

**CONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA EN CRÓNICAS
PERIODÍSTICAS COLOMBIANAS. ANÁLISIS SEMIÓTICO**

LAURA CRISTINA BONILLA NEIRA

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE IDIOMAS

MAESTRÍA EN SEMIOTICA

BUCARAMANGA

2013

**CONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA EN CRÓNICAS
PERIODÍSTICAS COLOMBIANAS. ANÁLISIS SEMIÓTICO**

LAURA CRISTINA BONILLA NEIRA

**Trabajo de tesis de grado para optar al título de
Magíster en Semiótica**

Director

Luis Fernando Arévalo Viveros

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE IDIOMAS

MAESTRÍA EN SEMIOTICA

BUCARAMANGA

2013

A mi mamá

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo de investigación está en deuda con varias personas que me brindaron su apoyo durante el proceso de realización. En primer lugar, agradezco a mi mamá, quien desde el principio me motivó a realizar la maestría y que sin importar las dificultades estuvo siempre ahí apoyándome incondicionalmente. A mi papá y mis hermanos, sobre todo a Jesús David que me dio luces en los momentos de oscuridad. A la Universidad Industrial de Santander por otorgarme una beca del Estado Colombiano la cual contribuyó, en parte, para alcanzar esta meta. Al profesor Luis Fernando Arévalo a quien siempre agradeceré por transmitirme la pasión por la semiótica, por orientar la construcción del conocimiento y sobre todo por apoyar mis ideas sobre el género y la mujer. Al profesor Horacio Rosales quien motivó y guio junto a otros maestros el proceso de mi formación académica. A mis compañeros de maestría que con sus aportes siempre estuvieron nutriendo el trabajo: Jhon, Leidy, Stefany, Nelly, Adriana, Alberto, Marcia y especialmente a Rafael quien me aconsejó en momentos clave de la construcción del texto. A mis amigas, quienes de una u otra manera compartieron mis angustias, mis hallazgos y mi cotidianidad de tesista. A Christian, quien estuvo a mi lado en todos los momentos e hizo que esto fuera posible, a ti mil gracias.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	13
1. LA MUJER COLOMBIANA DE FINALES DE SIGLO XX EN CRÓNICAS PERIODÍSTICAS	38
1.1 LA MUJER DOMÉSTICA	38
1.1.1 Esposa	47
1.1.2 Madre	61
1.1.3 Ama de casa	76
1.2 EL MODELO DE MUJER DOMESTICA EN CRISIS	83
2. DETERMINANTES DEL CAMBIO DE LA MUJER COLOMBIANA DEL SIGLO XXI	87
2.1 LO QUE QUIEREN LAS MUJERES	90
2.1.2 El querer manipulado de Delfalina y Clementina	92
2.1.3 El querer como disposición pasional: La ira de Gabriela	100
2.2 LO QUE SABEN LAS MUJERES	112
2.2.1 El saber en el discurso de las mujeres	114
3. EL EJERCICIO DEL PODER COMO COMPETENCIA FUNDAMENTAL EN LA TRANSFORMACIÓN IDENTITARIA FEMENINA	138
3.1 EL PODER DE LA MUJER DOMÉSTICA EN CRISIS	141
3.2 TRANSFORMACIONES A TRAVÉS DEL PODER	142
3.2.1 Madre. Clementina y la manipulación de la religión	145
3.2.2 Esposa	151
3.2.2.1 María, Gabriela y el príncipe azul	160
3.2.3 Ama de casa. En busca de la legitimación del poder femenino: el saber	166
3.3 EL DESEO DE OTRO PODER: EL CONTRAPODER	173
4. CONCLUSIONES	182
BIBLIOGRAFÍA.....	195
ANEXOS.....	202

LISTA DE TABLAS

	Pág.
Tabla 1. Deber ser madre	73
Tabla 2. Valoraciones de enunciados sobre el saber hacer.	117
Tabla 3. Sememas del saber	120
Tabla 4. Deber aprender.	122
Tabla 5. Enunciados de semema 'boba'.	124
Tabla 6. Lista de sememas de la religiosidad frente a los de liberación.	150
Tabla 7. Lista de sememas que oponen el temor frente al valor.	156
Tabla 8. Inventario de valores que originan el miedo.....	158
Tabla 9. Inventario de enunciados sobre el príncipe azul.	162
Tabla 10. Figuras y actividades relacionadas con el ejercicio del poder.....	181
Tabla 11. Factores que incidieron en las permanencias de la identidad femenina.	187
Tabla 12. Factores que incidieron en las transformaciones de la identidad femenina	189

LISTA DE FIGURAS

Pág.

Figura 1. Recorrido generativo-interpretativo	26
Figura 2. Esquema de los niveles de enunciación	30
Figura 3. Esquema actancial	53
Figura 4. Esquema actancial con Antisujeto	56
Figura 5. Esquema narrativo.	58
Figura 6. Cuadrado semiótico del querer-deber	61
Figura 7. Cuadrado semiótico de la veridicción	63
Figura 8. Esquema tensivo	69
Figura 9. Cuadrado semiótico confrontación deber ser/ poder ser	82
Figura 10. Cuadrado semiótico del deber	105
Figura 11. Esquema tensivo de la ira del sujeto patémico	108
Figura 12. Cuadrado semiótico de la veridicción	110
Figura 13. Saber de acuerdo a la división espacial	132
Figura 14. Cuadrado semiótico del saber cognoscitivo frente al pragmático	134
Figura 15. Cuadrado semiótico de la euforia	159
Figura 16. Esquema de la evaluación	165
Figura 17. Cuadrado semiótico del saber poder ser	172

LISTA DE ANEXOS

	Pág.
ANEXO A. Que nadie te arrebate la felicidad.....	202
ANEXO B. Secreto entre sábanas.....	206
ANEXO C. Mamita Clementina.....	209
ANEXO D. Los golpes de la vida.....	214
ANEXO E. Adelfa.....	218

RESUMEN

TÍTULO: CONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA EN CRÓNICAS PERIODÍSTICAS COLOMBIANAS. ANÁLISIS SEMIÓTICO*

AUTOR: LAURA CRISTINA BONILLA NEIRA**

PALABRAS CLAVE: identidad, discurso, mujer, análisis semiótico.

DESCRIPCIÓN

El presente trabajo se presenta como resultado del proceso de investigación y formación de la Maestría en semiótica de la Universidad Industrial de Santander. Esta tesina asumió como objeto de estudio la configuración de la identidad de las representaciones de mujeres colombianas, en un corpus seleccionado de crónicas periodísticas de finales de siglo XX. El proceso analítico se realiza a partir de las dimensiones cognitiva, lingüística, axiológica y pasional propias de los sujetos discursivos.

El proceso de análisis se construye en tres fases. En primer lugar se explora la identidad de la mujer doméstica a partir de las categorías de esposa, madre y ama de casa. Un segundo momento tiene que ver con los determinantes para el cambio identitario: las modalidades del querer y el saber. El tercer apartado muestra las transformaciones y las conservaciones que presentan los sujetos femeninos desde la realización de su existencia discursiva. Asimismo, se da lugar a las conclusiones, los resultados y los retos de próximas investigaciones en este ámbito. Los resultados dan cuenta de la transversalidad que tiene el método semiótico discursivo para abordar temáticas de las ciencias sociales como el género. En las conclusiones se hace énfasis en el estado que presentaron las representaciones femeninas donde las transformaciones hasta ahora están empezando.

El trabajo investigativo estuvo avalado por el grupo de investigación CUYNACO, Cultura y Narración en Colombia, en la línea sobre lenguajes y prácticas culturales de la misma universidad. Desde esta línea investigativa se persiguió el objetivo de estudiar las variadas formas de construcción de simulacros de los actores femeninos y las formas en que interactúan. Además, se evidenciaron los efectos de sentido que produjeron tanto las conservaciones como las transformaciones a partir de los discursos que enunciaron las mujeres y aquellos que enunciaron otros actores, configurando así la identidad relacional.

*Tesis de Maestría

** Maestría en Semiótica, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Idiomas. Director: Luis Fernando Arévalo Viveros.

ABSTRACT

TITLE: IDENTITY SET IN CHRONIC JOURNALISTIC COLOMBIAN WOMEN. SEMIOTIC ANALYSIS*

AUTHOR: LAURA CRISTINA BONILLA NEIRA**

KEY WORD: identity, discourse, woman, semiotic analysis.

DESCRIPTION

In the research work presents results of training process of the Master of semiotics of the Industrial University of Santander. This dissertation took as study object identity representations Colombian women in a corpus of newspaper articles selected. The analytical process was performed by means of the configuration of feminine identities from the cognitive, linguistic, passionate and axiological own discursive subjects.

The analysis process was constructed in three stages. In a first part explores the identity of the domestic woman from the categories of wife, mother and homemaker. A second point has to do with those components that are as crucial to identity change; these include the modalities of the will and knowledge. Finally, the last section shows conservations transformations and presenting the female subjects from realizing their discursive existence. It also leads to the conclusions, findings and future research challenges in this area. The results show that gender mainstreaming has the discursive semiotic method to address issues of social sciences and conclusions emphasizes the state who take female representations where transformations until now beginning.

The study was supported by the research group CUYNACO, Culture and Narration in Colombia, on the line on languages and cultural practices of the university. From this line of research was pursued in order to study the various ways of building simulation and images of female actors and the ways in which they interact. Also show the effects of meaning that occurred both conservations as transformations from the speeches and women enunciated those other actors, it is this set that establishes the relational identity.

* Master thesis.

** Master in Semiotics, Faculty of Human Sciences, Languages School. Director: Luis Fernando Arévalo Viveros.

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo pasado, el tema de las mujeres ha tomado relevancia académica, cultural y social. El papel que ellas desempeñan, la manera cómo actúan y sus discursos han sido materia de estudio. Este conocimiento ha permitido evidenciar las problemáticas a las que han estado sujetas y los logros alcanzados en lo que tiene que ver con equidad de oportunidades en la sociedad. Además, dichos estudios han desvirtuado ciertos mitos como la subordinación natural y la inferioridad intelectual y laboral de las mujeres.

Esta situación de tensión ha traído la preocupación por la identidad, específicamente la identidad de género. Esta ha sido estudiada por distintas ramas del saber que se han preocupado por resolver las preguntas existenciales del ser. En las décadas recientes estos estudios de las ciencias sociales y del lenguaje han cobrado vigencia puesto que, los efectos del acelerado mundo globalizado como el desplazamiento, las relaciones de género, la incorporación de nuevas tecnologías, entre otras han exigido análisis profundos desde diversas perspectivas que permitan afrontar de mejor manera estos fenómenos.

En este sentido, la presente investigación parte de la inquietud por la situación actual que tiene la mujer en la sociedad, donde aún no se ha definido el lugar que ocupa. Se observa que la mujer ha ido transformando sus roles de género. Esto le ha permitido establecer otras relaciones aparte de la conyugal así como participar de otros espacios diferentes a la casa, por cual su configuración identitaria dentro de la cultura ha cambiado. Ante esta situación surgen preguntas como: ¿cuál es la configuración de la identidad femenina antes y ahora?, ¿cómo ha sido esta transición?, ¿qué aspectos han influido en las transformaciones identitarias?, ¿qué efectos de ideologías se encuentran en los discursos femeninos? De manera que, re-

sulta importante ver cómo la mujer ha transformado su identidad entendida como una construcción discursiva dentro del espacio que la rodea y de su necesidad de sobrevivir.

Así mismo, se cuestionó por las transformaciones y las permanencias de la identidad de femenina en crónicas periodísticas colombianas de finales de siglo XX y principios del siglo XXI. Para ello, se realizó un análisis por los constituyentes de la identidad desde la semiótica discursiva: la dimensión cognoscitiva, los sistemas de valores y las pasiones en diálogo con los estudios de género. De modo que, la configuración identitaria fue abordada como un estudio interdisciplinario que diera cuenta de los cambios en las representaciones de las mujeres durante un periodo de transformación político y social¹ en Colombia. Es preciso tener en cuenta que “las configuraciones no son otra cosa que formas de contenido propias del discurso”², es decir, la configuración pretende dar cuenta de la estructura organizada que comprende el recorrido figurativo y temático del discurso. Por lo cual se profundiza en las figuras y por tanto en la red de relaciones que conforma la identidad femenina en el corpus seleccionado.

Con este enfoque se ha puesto en la mira el fenómeno de la identidad, como un complejo entramado de relaciones intersubjetivas dadas en nuestra realidad y representadas en los discursos. Es por esto que, en la actualidad también se está renovando el interés por el discurso en las ciencias del lenguaje, puesto que en él hay una gran fuente de representaciones donde se establecen dinámicas de relaciones entre sujetos y su relación con el mundo que los rodea. Pues, el análisis semiótico trata las representaciones de la realidad como objeto de estudio y no la realidad en sí misma.

¹Es la época de la puesta en marcha de la Constitución política de Colombia de 1991 que determinó la igualdad de género, raza y libertad de culto. Con ello se pretendió enfrentar los problemas referentes a “la inexistencia e invisibilidad jurídica, económica y civil predominante a comienzos de siglo, pasando a tímidas reivindicaciones, desiguales y heterogéneas, pero asociadas con la apertura de acceso a la educación y la participación política calificada” RICO DE ALONSO, Ana. Género, identidad y posibilidades de la juventud femenina en Colombia. Fundación para la Libertad (Friedrich - Naumann-Stiftung) Consejería presidencial. Santafé de Bogotá. 1994.

²GREIMAS, Algirdas Julien. Del sentido II. Ensayos semióticos. Madrid: Gredos.1983. p.72.

El problema de investigación

La identidad surge como una pregunta por el ser y por los modos de actuar en el mundo natural. Las teorías de la identidad se dividen en dos grandes grupos, aquellas que abogan por la identidad como una esencia del sí mismo y aquellas que entienden la identidad como un fenómeno de construcción social para el sujeto. La primera, sostiene que la identidad es un asunto que posee el sujeto en sí mismo, es decir, una relación que se mantiene solo consigo mismo; este es un planteamiento naturalista de Van den Berghe, citado por Jacorzynski³ asumido por algunas corrientes filosóficas y psicológicas. Este enfoque se denomina esencialista y describe la identidad como un atributo natural, inamovible e inmutable con el que nacen y se desarrollan los sujetos que determina de una vez y para siempre su conducta a largo de la vida.

Mientras que propuestas desde la sociología y el análisis del discurso⁴ afirman que la identidad concierne no solo lo que se hace y dice de sí mismo sino aquello que los demás puedan aportar en la construcción del yo. Este enfoque no ve a la identidad como esencia inmutable y solamente sincrónica, sino como construcción social, pues la identidad cambia constantemente y está cargada de historicidad. En la última perspectiva se circunscribe la semiótica, específicamente el enfoque discursivo, que explica que “la identidad sirve para designar el principio de permanencia que le permite a un individuo seguir siendo el mismo, persistir en su ser, a lo largo de su existencia narrativa, a pesar de los cambios que provoca o sufre”⁵.

Este enfoque no solo evidencia la orientación hacia el sujeto entorno a sus características sino que reconoce la existencia de transformaciones que puede padecer o hacer padecer a otros. Lo cual evidencia que el hacer produce cambios que im-

³JACORZYNSKI, W. R. En busca del paraíso perdido: el ‘otro’ en la mirada desde Chiapas. En: Estudios Sociológicos. Volumen XVIII: 52. Enero-abril, 2000.

⁴MARTÍNEZ, María Cristina. La argumentación en la dinámica enunciativa del discurso y la construcción discursiva de la identidad de los sujetos. En: Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Cali: Ed. Artes Gráficas Facultad de Humanidades Universidad del Valle, 2005.

⁵GREIMAS, Algirdas y COURTÉS, Joseph. Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. BALLÓN, Enrique (Trad.) Madrid: Gredos, 1990. p. 212-213.

plica el ser y que por tanto configuran la identidad de un sujeto. Además, reconoce el carácter relacional, puesto que pretende analizar al sujeto no solo en sí mismo sino en relación con otros, es decir, según lo que los otros sujetos también digan de él. Así lo afirma el antropólogo Denys Cuche: “La identidad es siempre una relación con el otro [...] porque se construye y reconstruye asiduamente en los intercambios sociales”⁶.

De la misma forma, los estudios sobre la de la mujer han sido de gran trascendencia en las últimas décadas lo que ha permitido que diversas áreas de las ciencias sociales aborden este tema. Según Arango⁷, las investigaciones han cobrado gran auge en Latinoamérica, lo que ha favorecido una multiplicidad de perspectivas y modos de aproximación al fenómeno. La condición femenina ha sido estudiada a partir de los roles de género, las relaciones con la masculinidad, la familia, la cultura y sus fronteras entre lo público y lo privado. Sin embargo, los acelerados procesos sociales, políticos y económicos de las últimas décadas han modificado las formas de pensar sus problemáticas, así lo puntualiza Estela Serret en un estudio sobre la subjetividad femenina:

La problematización de la condición de la mujer forma, imprescindiblemente, parte de todo espacio social en nuestra cultura; se le discute en todas las instituciones, las políticas públicas y los movimientos sociales, sencillamente porque la presencia de las mujeres se hace cada vez más importante en todos estos espacios y su incorporación a la vida social en los mismos términos en que participan los hombres obliga a la discusión para cambiar cánones y formas de evaluación tradicionales⁸.

En Colombia, por ejemplo, se reglamentó la participación política de forma equitativa a partir de la Constitución Política de 1991 donde se legisló, entre otros temas, entorno a los derechos y participación de la mujer en la sociedad. Lo cual generó

⁶CUCHE, Denys. La noción de cultura en las ciencias sociales. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002. p. 110.

⁷ARANGO, Luz Gabriela et al. Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

⁸SERRET, Estela. La subjetividad femenina en la cultura occidental moderna. En Sociológica, Revista del departamento de sociología. Universidad Autónoma Metropolitana. Año 5, N° 14, 1990, p. 9.

un cambio transversal en la forma cómo se concebía la participación ciudadana en la constitución confesional y conservadora de 1886⁹ donde las mujeres no tenían participación como sujetos activos de la sociedad. Esto evidencia durante las últimas décadas un mayor impacto en las dinámicas sociales y una necesidad de estudiar esta temática en profundidad. En otras palabras, se hacen necesarios más estudios focalizados en cada cultura respecto a la problemática del género no solo para visibilizar el tema sino para encontrar elementos de análisis y mejorar la comprensión del fenómeno de manera que se generen herramientas que faciliten las mejoras en la convivencia social. Pues, a pesar de que hay avances, es importante que se diversifiquen las perspectivas y se maticen los requerimientos de los grupos sociales.

Dichos cambios sociales condujeron a que se abordaran otros temas como las relaciones de poder, la participación política y aspectos como la sexualidad, la salud y la identidad. En consecuencia, se han elaborado nuevas conceptualizaciones sobre las mujeres como sujetos históricos y sociales. Recientemente, el tema de las identidades de género, especialmente el femenino ha estado en el foco de distintas disciplinas sociales que lo han incorporado en sus investigaciones; lo que sugiere la trascendencia que este problema tiene en la actualidad. Se ha explorado la identidad de la mujer en relación con el cuerpo¹⁰, la familia, la violencia, el trabajo obrero; entorno al marianismo¹¹, al mestizaje y a lo masculino desde el psicoanálisis, la sociología, la antropología, entre otras.

Por su parte, Magdalena León en la línea de estudios de género afirma que la identidad de cada individuo está determinada por las relaciones intersubjetivas.

⁹ En general, en todas las normas civiles aprobadas durante el período federal, desde 1858, fundado en libérrimos principios liberales, hasta las aprobadas en el marco de la Constitución confesional y conservadora de 1886, tuvieron como denominador común el que incrementaran las obligaciones y prohibiciones a las mujeres y los correlativos derechos absolutos de los varones sobre sus hijas y esposas (VELÁSQUEZ, Magdala. Las mujeres en la propiedad. En. Revista Credencial Historia, Edición 149, 2002)

¹⁰LAMAS, Marta. Cuerpo e identidad. En: Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

¹¹FULLER, Norma. En torno a la polaridad marianismo-machismo. En: Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

Así se puede decir que la identidad emerge del contacto con el otro y es un asunto “[...] de tipo relacional”¹². Esta concepción coincide con el enfoque constructivista que ve en la identidad una arquitectura relacional basada en las interacciones con los otros. El constructivismo conceptualiza la identidad como un proceso creado y no como una incorporación natural, propia de la visión esencialista. De acuerdo con Giménez, la identidad es: “[...] una construcción social que se realiza en el interior de marcos sociales que determinan la posición de los actores y, por lo mismo, orientan sus representaciones y acciones”¹³. De manera que solo la existencia observable no genera automáticamente identidad, se hace necesaria la interrelación que continuamente la construya.

En esta dirección, tanto la semiótica como los estudios de género coinciden en abordar la identidad como una constante dinámica y no estática, que se conserva y se transforma en el tiempo y el espacio. Además, ambas teorías confluyen en el carácter relacional de la identidad, pues como afirma Hernando: “La identidad es una construcción social, la principal manera que tiene todo ser humano de formarse una idea de lo que es el mundo y de su relación en con ese mundo en orden a sentirse seguro y orientado en la compleja realidad que vivimos”¹⁴. Frente a este panorama de la investigación sobre la identidad, las principales motivaciones que condujeron la realización de este estudio fueron: reconocer la configuración de la identidad de las mujeres puesta en escena en una muestra de crónicas periodísticas de la región, identificar qué saberes cognitivos y lingüísticos así como qué sistemas axiológicos y pasionales hacen parte de las formas de vida femeninas y los cambios que se han presentado.

¹²TORRES, Andrés. Identidades discursivas divergentes en “Desterrados: crónicas del desarraigo” de Alfredo Molano y “No somos machos pero somos muchos” de Juanita León. Tesis de Maestría. Santiago de Cali: Ed. UniValle, 2010.p. 28.

¹³GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto. Paradigmas de identidad. En: CHIHU AMPARÁN, Aquiles (Comp.) Sociología de la identidad. (pp. 35-61) México, D. F. UAM y Grupo editorial Porrúa, 2002. p.38.

¹⁴HERNANDO, Almudena. Mujeres y prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado. En: SÁNCHEZ, Margarita (Ed.) Arqueología y género. Granada: Biblioteca de humanidades, arte y arqueología, 2005. p 76.

En este sentido, se plantean algunos interrogantes ¿Cómo se configura la identidad femenina a finales del siglo XX? ¿Hay un cambio significativo en las mujeres en sintonía con los cambios sociopolíticos del país? ¿Qué similitudes y diferencias se encuentran al comparar la representación de la mujer de antes con la de ahora (siglo XXI)? ¿Cuáles han sido los sistemas de valores bajo los que las mujeres se han regido? ¿Qué discursos hacen parte de los procesos de permanencia y transformación en las identidades?

En la dirección propuesta por los anteriores cuestionamientos y atendiendo al rigor de la semiótica se agrupan estas inquietudes en: ¿Cómo se configura la identidad de la mujer de finales del siglo XX en una muestra de crónicas periodísticas colombianas? Puesto que interesa indagar cómo el actor femenino ha construido su identidad y cómo esta se ha transformado en crónicas basadas en testimonios de mujeres y en las cuales estas actoras discursivas presentan una imagen de sí mismas, por medio de un trabajo de análisis semiótico. En otras palabras, se planteó un estudio a partir de los elementos que brinda el método semiótico donde se tuvieron en cuenta las dimensiones identitarias cognitiva y evaluativa así como los modos de existencia del sujeto: deber, querer, saber y poder en el proceso de construcción identitaria.

Los antecedentes

En el estudio sobre la identidad de la mujer se han hecho muchos trabajos y análisis desde la perspectiva de género aplicando teorías psicoanalíticas. Por ejemplo, se encontraron estudios de identidad en el conflicto, de identidad en contexto de inequidad de género, así como de configuraciones dependiendo del contexto socioeconómico en el que se ubicaban las mujeres. Es decir, el tema se ha diversificado y contextualizado en las diferentes culturas, sin embargo, desde la perspectiva semiótica es poco lo que se ha abordado la temática del género siendo entonces de gran importancia realizar un estudio de esta índole. No sólo

por evidenciar otra mirada del objeto de estudio sino a través de este se pueden encontrar elementos para mejorar la comprensión de la problemática y a construir soluciones en torno al tema. Debido a la cantidad de estudios sobre género que existen se seleccionaron solo aquellos que interrelacionan el discurso, la identidad con perspectiva de género.

Entre esos trabajos figura: El análisis crítico del discurso como herramienta para el examen de la construcción discursiva de las identidades de género de Eduardo de Gregorio Godeo¹⁵. Este artículo que hace parte de una investigación sobre identidades masculinas plantea un abordaje del objeto de estudio a partir de ACD (Análisis Crítico del Discurso) en el cual se toma una muestra de una revista británica llamada Maxim que es de consumo masculino. El referente teórico de este trabajo es Van Dijk y Fairclough que plantean un acercamiento al discurso desde la perspectiva crítica, la cual analiza el texto a partir de las relaciones de poder, su reproducción y contestación en la sociedad. La importancia de este artículo radica en que el autor centra su análisis en las posibilidades que brinda el discurso en la construcción de las identidades de género. Aunque no profundizó en el sentido global del texto sino en las microestructuras, este artículo confirmó la idea de la relevancia que este tema tiene internacionalmente a través de la conjugación que establece el autor entre el género, la cultura e identidad.

En esta línea de medios, la revista de Comunicación y sociedad de la Universidad de Guadalajara en México publicó un estudio sobre la Construcción de la identidad femenina en programas de belleza radiofónicos¹⁶. El artículo tiene un enfoque socio-semiótico desde la teoría de Halliday y analiza un corpus compuesto por siete programas radiales en los cuales se observa la generación de una identidad femenina. El planteamiento de Patricia Córdova consiste en mostrar cómo en un

¹⁵GODEO, Eduardo Gregorio. El análisis crítico del discurso como herramienta para el examen de la construcción discursiva de las identidades de género. En Revista Interlingüística N°. 14, 2003, págs. 497-512. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=918726>. Consultado el 12 de marzo de 2013.

¹⁶CÓDOBA ABUNDIS, Patricia. Construcción de la identidad femenina en programas de belleza radiofónicos. Comunicación y sociedad. Nueva Época 7 (77-99), 2007.

programa hecho por mujeres y para mujeres (emisoras y receptoras) se materializa el imaginario popular de la ignorancia, la actuación y la diversión. Estos tres elementos, según la autora, configuran la identidad femenina social que hace partícipes a las mujeres que intervienen en el proceso comunicativo de la zona donde se escucha el programa radial.

Las representaciones mostradas y explicadas dan cuenta de la fuerza que están tomando las estrategias radiales repetitivas (porque el programa se transmite todos los días), puesto que se está imponiendo por encima de las cualidades y valores de las mujeres un modelo de miedos y falsas creencias. Esto contrasta con otras investigaciones que afirman que, la mujer sí puede tener una vida exitosa, es inteligente y no solo un elemento decorativo ignorante, por lo que se enmarca en la cultura global mediática que agrupa entes para el consumo no seres humanos. El artículo no solo fue fundamental por el tema de construcción de identidad sino por el análisis teórico planteado desde la socio-semiótica, que aunque alejado de los modelos semióticos de la Escuela Intersemiótica de París sí complementa el panorama entre la teoría y la cultura.

En otras referencias se encontró la tesis de Andrés Torres quien analiza la configuración de identidades en su tesis publicada bajo el nombre Identidades discursivas divergentes en “Desterrados: crónicas del desarraigo” de Alfredo Molano y “No somos machos, pero somos muchos” de Juanita León¹⁷. El trabajo se apoya en la semiótica discursiva de la Escuela de París, además de algunos conceptos del construccionismo social, la pedagogía de Bruner¹⁸ y la estética de creación que plantea Bajtín¹⁹. El objetivo del trabajo de maestría fue mostrar las diferentes estrategias discursivas puestas en funcionamiento en la configuración identitaria de los actores discursivos en las crónicas analizadas.

¹⁷TORRES, Op cit. p, 1.

¹⁸BRUNER, Jerome. La fábrica de historias: derecho, literatura, vida. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2003.

¹⁹BAJTIN, Mijail. Estética de la creación verbal. El problema de los géneros discursivos. Argentina: Siglo XXI, 2002.

En esta línea, el método utilizado es el análisis discursivo desde la semiótica usando apartes del texto que revelan la forma enunciativa que utiliza el narrador. La investigación contribuye con su análisis a la caracterización de la identidad discursiva colombiana en un corpus que coincide con el abordado por esta investigación, las crónicas. Además lo hace desde el análisis del discurso semiótico de la misma escuela y esto hace que sea aún más importante, puesto que orientó los pasos para este estudio, dando elementos bibliográficos para teorizar sobre los diferentes aspectos de la investigación.

En la búsqueda, también se encontró un artículo que versa sobre un análisis semiótico de un texto erótico que hace parte de una tesis aún no publicada que se titula Construcción discursiva de la identidad femenina a partir de textos eróticos publicados en las revista Soho y Cosmopolitan. El título de la investigación de María Eugenia Díaz²⁰ es: El erotismo se lee en clase. Construcción de identidad discursiva en revistas. Aunque su intención es de corte didáctico, el enfoque metodológico es la semiótica discursiva. Allí su interés principal es demostrar la instauración del erotismo como parte importante del desarrollo femenino. Para ello su objetivo principal es emplear el modelo semiótico discursivo en el aula de clase para realizar análisis de textos que construyan identidad discursiva y específicamente en revistas como Cosmopolitan. Sin embargo, el texto se centra solo en el erotismo que es tan solo una de las variables que se contemplaron para abarcar el amplio escenario que configura la Identidad.

La síntesis de los antecedentes expuestos muestra que se ha estudiado en gran medida la identidad, pero se observa que estas investigaciones han sido desde un enfoque psicoanalítico, sociológico y de análisis del discurso que han apoyado los estudios de género. Esta tendencia ha crecido haciendo de las investigaciones de género un bastión vigente en el debate académico y social. Para la presente investigación, el antecedente que más llama la atención y que resulta de gran perti-

²⁰DÍAZ COTACIO, María Eugenia. El erotismo se lee en clase. Construcción de identidad discursiva en las revistas. En: MARTÍNEZ, María Cristina. (Ed.), Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Cali, Colombia: Ediciones Univalle, 2005.

nencia es El erotismo se lee en clase, construcción de identidad discursiva en las revistas, porque en él se conjuga tanto el objeto de estudio de la identidad como la metodología analítica semiótica de la Escuela de París.

Metodología y referentes teóricos básicos

En los métodos cualitativos se pretende describir, explicar e interpretar fenómenos sociales y en esta línea se circunscribe el análisis semiótico del discurso. La semiótica, en tanto práctica metodológica orientada a la indagación por el sentido, se ve comprometida a una reconstrucción interpretativa de la objetividad científico-social. Específicamente el método semiótico con enfoque discursivo posibilita la descripción e interpretación de las representaciones y no de los seres humanos en sí mismos. En otras palabras, se analizan los sujetos como actores sociales que enuncian y manifiestan su identidad a partir de sus discursos. En esa medida se puede abordar la identidad de los sujetos, tomando en cuenta su discurso y aquel que enuncien otros sobre éste.

El enfoque discursivo permite un acercamiento a los fenómenos sociales por medio de las representaciones generadas en los discursos. Esto significa que la ciencia no puede prescindir del contexto social, político y económico en el que se desarrolla. En palabras de Mardones: “no se puede atender a la lógica de la ciencia, al funcionamiento conceptual, y asumir como baladí el contenido mismo de la ciencia, el atender al entorno social que la rodea y la posibilita”²¹. Este tipo de metodología permite un acercamiento humano con el cual también se produce conocimiento válido, “generalizable a la clase de situaciones y procesos tratados, que realiza un aporte al conocimiento en el área y la teoría respectiva y que sea a la vez criticable y modificable”²².

²¹MARDONES, José María. Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Barcelona: Anthropos Editorial, 2001. p. 39.

²²SAUTU, Ruth et al. Manual de metodología. Buenos Aires: Clacso Libros, 2005. p. 27.

Dentro de la metodología cualitativa, el enfoque de la semiótica discursiva tiene su base en la propuesta de la Escuela Intersemiótica de París que acoge el postulado de Hjelmslev sobre la división de los planos o niveles interrelacionados del lenguaje desde donde se realiza el análisis: el plano de la expresión o del significante que remite al nivel perceptible del lenguaje y el plano del contenido o significado que se refiere al nivel semántico. Esto es, corresponden al mundo exterior y al mundo interior respectivamente determinados por la toma de posición que realice el sujeto.

Este estudio retoma los niveles propuestos en el plano del contenido que pertenecen al recorrido generativo-interpretativo compuesto por estructuras figurativas, narrativas, temáticas, actanciales y fundamentales. Este camino permite develar el sentido del signo como discurso, es decir, de los complejos significantes. Desde el plano de la expresión se atiende a las prácticas y formas de vida, pues en estas abordan las circunstancias en las que se desarrollaron las historias de vida de cada relato de manera que se interconecten con los rasgos de la cultura colombiana.

En este sentido, la propuesta del análisis semiótico del discurso sobre el recorrido generativo-interpretativo, según Courtés y Greimas, implica no solo “una disposición lineal y ordenada de los elementos entre los que el recorrido se efectúa, sino también una perspectiva dinámica que sugiere una progresión de un punto a otro punto, gracias a instancias intermediarias”²³. Dicho recorrido plantea tres niveles de análisis (figurativo, narrativo y fundamental) y cada uno de estos posee un componente sintáctico y semántico.

El nivel figurativo se compone de observación y análisis de los actores, los espacios y el tiempo en el que transcurre el relato. Estas figuras representan el acercamiento inicial del proceso e interpretación. En el caso del estudio de la identidad, la figurativización resulta muy pertinente porque es el contacto con el

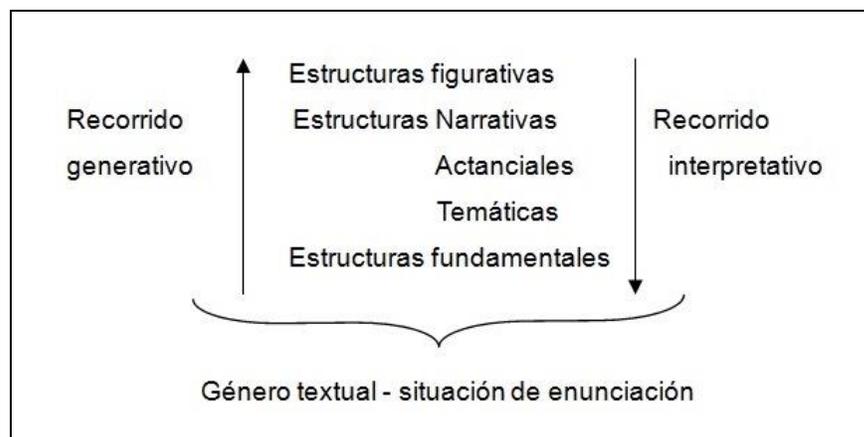
²³ GREIMAS, Algirdas Julien y COURTÉS, Joseph. Op. Cit. p. 333

mundo visible, representa la puerta de acceso a la significación, pues son las formas lo que de forma inicial se percibe. En otras palabras, es la etapa donde el mundo sensible se hace presente, donde se produce la interacción entre lo sensible y la representación, que es aquello que se percibe. En ese contacto con los sentidos se perciben las figuras que desarrollan estados y procesos, en los cuales actúan los actores en un determinado tiempo y espacio.

Esos estados y procesos se organizan entorno a un sujeto que se orienta hacia un objeto. Esta etapa del análisis se produce en el nivel semionarrativo. En este nivel se desarrollan las estructuras narrativas, temáticas y actanciales que dan cuenta de las transformaciones que las figuras sufren durante su existencia narrativa. Este nivel permite observar y analizar los cambios y al mismo tiempo los modos de existencia, es decir, las modalidades, aquellas formas que modifican el predicado. Además es en este punto donde se conciben las relaciones isotópicas y ende dónde se construye una descripción más precisa para comprender el doble recorrido semiótico: generativo-interpretativo.

En cuanto al nivel de las estructuras profundas donde se fundamentan los valores que subyacen en el discurso, se introducen los esquemas lógicos que generalizan los procesos de análisis generados en las estructuras de superficie. Según Courtés: “Se trata de un nivel subyacente que, de modo intuitivo, corresponde a una aprehensión de conjunto de un universo semántico determinado”. Lo que resalta la importancia del recorrido, pues no se pueden plantear estructuras lógicas sin haber realizado el proceso pues carecerían de sentido. Estas formas se esquematizan a través del cuadrado semiótico que actúa a partir de las oposiciones y las complementariedades; y a través del esquema tensivo, que es pertinente en el análisis de las pasiones, puesto que permiten un acercamiento de modo gradual a los desarrollos pasionales. La siguiente proyección permite comprender y sintetizar la dinámica del recorrido analítico:

Figura 1. Esquema del recorrido generativo-interpretativo



La selección del corpus

La selección del corpus tiene en cuenta presupuestos del enfoque cualitativo de la investigación en ciencias sociales y por supuesto el anclaje en la metodología semiótica. La muestra de trabajo se sometió a una selección de tipo no probabilístico que requirió de “una cuidadosa y controlada elección de sujetos con ciertas características previamente en el planteamiento del problema”²⁴. Este tipo de muestras llamadas también dirigidas, pues hacen parte del direccionamiento que el investigador da a su trabajo, en este caso se clasifican en sujetos-tipo que son “estudios de perspectiva fenomenológica donde el objetivo es analizar los valores, ritos y significados de un determinado grupo social”²⁵. En este caso, sin duda, la perspectiva gira en torno a los sujetos femeninos donde no solo se abordan los sistemas de valores sino las dimensiones cognitivas y lingüísticas.

Así, el enfoque cualitativo de la mano del método semiótico interviene en el proceso de selección del corpus. Este conjunto conduce a delimitar criterios trascendentales como la pertenencia al universo sociocultural colombiano que es aquel en el que se pretende comprender a los sujetos femeninos. De este modo, se objetiva el aporte científico para los estudios del discurso en Colombia, asumiendo el proble-

²⁴ s, R. et al (1998). Metodología de la investigación. México: McGRAW-HILL(2º Ed.), p. 226.

²⁵ Ibid, p. 227.

ma de la identidad femenina desde esta región, su historia y sobre todo las influencias de diversos discursos en esta región suramericana.

Bajo estos presupuestos y dentro del universo de fuentes posibles fue escogido el género de la crónica porque en ella se articula una mezcla de ficción y realidad que da cuenta no solo de una noticia sino que es descrito de una forma detallada y refiere de forma interpretativa situaciones sociales. Según Herrera: “La crónica nace estrechamente vinculada a la historia propiamente dicha. Podríamos añadir que es la primera forma de ‘historiar’”²⁶, pues es a partir de la crónica de Indias que surge este tipo de narraciones que luego, apoyadas por la literatura transforman las formas de expresión.

Para Vivaldi, la crónica “es un género informativo, algo más que una pura y simple información. Es [...] valoración de los hechos que en ella se narran. Posee esencia filosófica, social, política o humana”²⁷. Por tal razón, este tipo de discursos fueron los escogidos, pues ofrecen una relación muy cercana entre las interacciones sociales y las prácticas discursivas; las crónicas permiten hacer un acercamiento a las realidades sociales que narran hechos extraídos de la realidad que se amalgaman con la ficción.

Dicho elemento ficcional recorre el género cronístico. Según Samper Pizano en su Antología de grandes crónicas colombianas precisa la relación literaria: “El aporte de la literatura al periodismo se concentra sobre todo en el despliegue de recursos que ha desarrollado la narrativa de ficción para dar la sensación de verdad, para recrear un suceso o un personaje, para comprometer al lector con el texto, para hacerlo partícipe de la experiencia”²⁸. De modo que la forma cronológica propia de este género no es otra cosa que una estrategia que ofrece esa percepción de verdad. En esa dirección se plantea la idea de Rossana Reguillo cuando afirma que:

²⁶SAMPER PIZANO, Daniel. Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo I. Bogotá: Aguilar, 2004. p. 20.

²⁷VIVALDI, Gonzalo Martín. Géneros periodísticos. Reportaje, crónica y artículo. Madrid: Paraninfo, 1987. p. 127.

²⁸SAMPER PIZANO. Op. cit. Tomo II. p. 40.

La crónica aspira a entender el movimiento, el flujo permanente como característica epocal: personas, bienes y discursos, que no sólo reconfiguran el horizonte espacial de nuestras sociedades, sino señalan, ante todo, la migración constante del sentido. Sentido en fuga que escapa de los lugares tradicionales, que fisura las narrativas “legítimas” que incrementa la disputa por las representaciones orientadoras²⁹.

De modo que, la crónica se configura como un género que ofrece una globalidad de representaciones que construyen una determinada cultura. En este caso, las crónicas colombianas construyen la cultura local a partir de las representaciones de espacio, tiempo y actores. Por tanto, este tipo de discursos cobra una gran pertinencia debido al gran influjo cultural que tiene en la sociedad.

Además, resulta interesante la relación que establece Marc Angenot cuando explica la relación entre las formas que utiliza la crónica para narrar la realidad social y la finalidad que cumple. “El periodismo contribuye a [...] ilustrar los diversos hechos chocantes, a epilogar, a una semana escasa los estereotipos transgredidos y los desórdenes del microcosmos femenino³⁰. En este caso alude a técnicas como crear suspenso, descripciones detalladas, empleo de diálogos, manejo especial que sirven precisamente para manifestar la realidad de la mujer.

Este paisaje que ilustra el mundo de la crónica contribuyó de forma significativa para determinar los criterios de la elección. Estos se establecieron de la siguiente manera: en primer lugar, la temática de las crónicas debía estar relacionada con el desarrollo cognoscitivo de la mujer, pues es una de las dimensiones que históricamente sirvió para subordinarla a través del discurso biologicista. El mandato del texto científico es demostrar que la mujer se define exclusivamente por la naturaleza y no en la cultura. Que su «reserva», su «pasividad» no son de ningún modo los «resultados de la educación solamente». La mujer ha heredado

²⁹REGUILLO, Rossana. Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie. En: Diálogos de la comunicación N° 58 de Felafacs. Agosto del 2002. [Archivo en línea] Disponible desde internet: <http://www.dialogosfelafacs.net/textos-fronterizos-la-cronica-una-escritura-a-la-intemperie/> [con acceso 18-11.2012]

³⁰ANGENOT, Marc. Intersubjetividades. De hegemonías y disidencias. Córdoba: Editorial universidad Nacional de Córdoba, 1998. p. 198.

sus aptitudes de sus ancestros hembras y «las hembras permanecen pasivas, asegura el Dr. Tilller, quien formula la ley biológica del «mayor ardor del macho»³¹.

En segundo lugar, el sujeto narrador debió ser femenino, independientemente si el autor fuese hombre o mujer, pues no se analizó la intención de quien escribió sino la intencionalidad del texto en sí mismo, para lo cual no es relevante en la pesquisa semiótica quien escriba el texto sino quien lo enuncia, puesto que se establece como objeto de análisis el plano de la enunciación enunciada³².

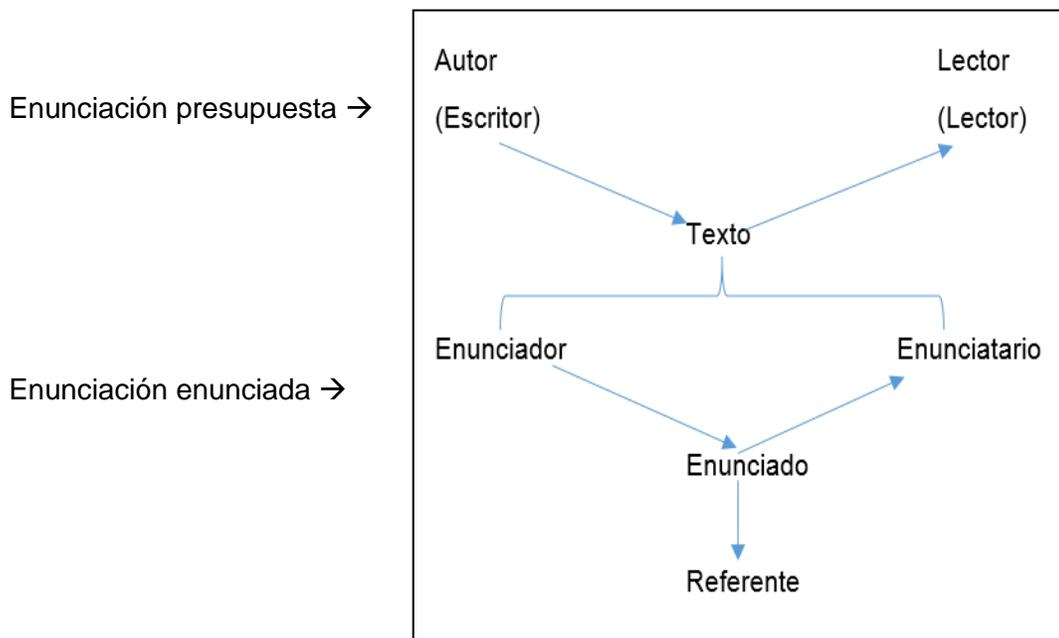
La caracterización del género discursivo permite introducir el marco enunciativo de las crónicas. El diagrama de la figura 1 resulta pertinente, puesto que pone en evidencia a los planos de la enunciación: Se parte del primer plano donde se relacionan un autor y un lector con un texto, es decir, el escritor o hablante produce un texto destinado a un lector u oyente. Este plano proyecta otro que es un simulacro donde se configura a un enunciador y este a su vez a un enunciatario orientados por un enunciado que habla de un referente. Este último describe el mundo y a su vez puede desplegar nuevos simulacros con sus respectivos actores.

Las crónicas se centran en el segundo plano donde se analizan los enunciados propuestos por la enunciadora y en el tercer plano, es decir, en el referente donde se encuentran las voces de otros actores que también dan cuenta de elementos identitarios de las mujeres. De manera que, el análisis se focalizó en la configuración de la identidad tanto en las enunciadoras como en las actoras, esto es, en los simulacros que ellas construyeron de sí. Puesto que, el discurso habla de sí mismas y de las situaciones que las rodean, entre las que se encuentran las situaciones familiares, las relaciones con otros actores, otros espacios y en distintas etapas de la vida.

Figura 2. Esquema que muestra los niveles de enunciación en el discurso

³¹Ibid. p. 201.

³²COURTÉS, Joseph. Del enunciado a la enunciación. En: Análisis semiótico del discurso. Madrid: Gredos, 1997. p. 368.



Fuente: SERRANO OREJUELA, Eduardo. Narración, argumentación y construcción de identidad. En: MARTÍNEZ, María Cristina (Ed.) Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Talleres (pp.97-103). Cali: Ed. Artes Gráficas Facultad de Humanidades Universidad del Valle, 2005. p.98.

El tercer criterio de selección incluye que las crónicas por medio de las historias de vida describan sus roles en la sociedad de tal suerte que se puedan comparar dichos desarrollos de las existencias subjetivas a finales del siglo XX. En consecuencia, las crónicas debieron aparecer en publicaciones nacionales (periódicos, revistas, libros o en internet) de modo que fuesen de fácil acceso para la ciudadanía y por tanto que hayan teniendo relación con hechos o noticias de carácter social. Y finalmente en relación con el punto anterior, el requisito fundamental fue que las historias dentro de las crónicas se desarrollasen en Colombia, de manera que se pueda comprender mejor el influjo cultural de la región en la identidad de los sujetos femeninos.

Más adelante se afinaron los criterios de selección al tener en cuenta que las crónicas no solo debían tener un enunciador sino que era positivo que fuese polifóni-

ca, puesto que en la multiplicidad de voces se halla la construcción relacional de la identidad, según lo que decía la actora de sí misma pero también lo que decían otros actores, como los integrantes de la familia, los amigos, los jefes, los compañeros de trabajo etc. Pues en sus discursos también se evidencian características que identifican al sujeto y al ser procesados conforman su identidad.

Bajo los criterios anteriores fueron seleccionadas las crónicas: Que nadie te arrebate la felicidad de Ana María Bedoya Builes, Secreto entre sábanas de Paula Camila Osorio Lema, Mamita Clementina de Francis Nelly Jaramillo Osorno, Golpes de la vida de Lina María Ararat Ospina y Adelfa de Alfredo Molano Bravo. En las cinco crónicas se presentan historias de mujeres de distintas edades, la mayoría relatan apartes de su vida a través de la enunciativa desde su juventud pasando por su edad adulta. Todas confluyen en la etapa de tránsito del siglo XX al siglo XXI, hablan de la violencia en Colombia así como de los tiempos que ellas llaman modernos.

La primera crónica escogida la escribe Ana María Bedoya, estudiante (en ese momento) de octavo semestre de Periodismo en la Universidad de Antioquia y fue asesora del concurso Voces y silencios de mujeres trabajadoras de la Escuela Nacional Sindical entre 2008 y 2010. Paula Camila Osorio era también estudiante de Periodismo en la misma universidad y fue coordinadora editorial, reportera y directora del periódico De la Urbe entre 2005 y 2007. Por su parte, Francis Nelly Jaramillo pertenecía a la Corporación Mujeres Unidas de la Noroccidental y era estudiante de Planeación y desarrollo social de la universidad Colegio Mayor de Antioquia. Lina María Ararat era estudiante de economía y Negocios internacionales de la Universidad Icesi de Cali. Finalmente, Alfredo Molano es un reconocido sociólogo y escritor que ha dedicado su vida a los estudios culturales, preocupándose esencialmente por el desentrañamiento de los orígenes y desarrollos de ciertos fenómenos sociales colombianos, sobre todo en relación con la violencia en Colombia.

Proceso de investigación

El presente texto se compone de tres capítulos de análisis, puesto que la introducción se mencionó de forma sucinta el estado del arte de la investigación. En cada uno de los capítulos se refieren análisis particulares que dan cuenta de los estados y transformaciones de las representaciones identitarias de las mujeres en las crónicas. Cada capítulo focaliza una o dos modalidades que en el proceso de análisis dieron origen a las categorías y de esa forma se organizó la exposición del trabajo. Tal como lo plantea Fontanille: “las modalidades aseguran una mediación entre los actores y su predicado de base al interior de la escena predicativa”³³, es decir, articulan su actuación con las acciones y los estados que mantienen los enunciados.

En el primer capítulo se explora la identidad inicial de la cual parten la mayoría de las mujeres de las crónicas, es decir, aquella que es reiterativa en el comienzo de los relatos: la mujer doméstica. Teniendo en cuenta lo que menciona Arfuch la identidad –en singular- será vista entonces como un “momento” identificador en un trayecto nunca concluido, donde está en juego tanto la mutación de la temporalidad como la “otredad del sí”³⁴. Este capítulo por tanto recibe este nombre y hace un recorrido por el modelo de domesticidad que fue dado a las mujeres desde la ilustración. Para lo cual fue necesario reunir fundamentos históricos, políticos, religiosos y del antiguo discurso cientificista que determinaban un carácter natural de subordinación en las mujeres; situación que implicaba la obediencia permanente a la autoridad masculina, desde el padre hasta el esposo.

En consecuencia, este apartado destaca la modalidad del deber como englobante en la identidad femenina aún a finales del siglo XX en las crónicas estudiadas. Lo

³³FONTANILLE, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Ediciones Universidad de Lima, 2006. p. 142.

³⁴ ARFUCH, Leonor. *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2002. p. 11.

cual configura a esta identidad como una forma de vida que generó una serie de relaciones sociales y por ende de discursos en los cuales la mujer tenía exclusivamente el deber de servir por encima de sus deseos como sujeto. Es por esto que la modalidad deóntica³⁵ del deber se constituye como eje articulador en este capítulo de análisis, pues a través de esta se legitima el sistema de axiológico que incluye valores como la obediencia, la sumisión y la docilidad que movilizan al sujeto.

Así mismo, en este primer capítulo como claves metodológicas de la investigación cualitativa se establecieron tres categorías de la mujer doméstica: esposa, que tiene en cuenta las relaciones actanciales de las representaciones femeninas con el esposo, el contrato matrimonial con fiducia polémica así como el valor de la obediencia como bandera. También se encuentra la categoría de madre, que instaura valores como la maternidad, la fertilidad y por ende la reproducción y la masculinidad en relación con los hijos. La tercera categoría es la que se relaciona con el espacio, pero sobre todo con las funciones que cumple en él y es el ser ama de casa.

Sin embargo, como las “identidades son cambiantes, fluidas, transitorias, finitas e internamente contradictorias”³⁶ es inevitable tener diversas interpretaciones de acuerdo a la actualización o a la situación espacio temporal en la que se desarrolle el sujeto. En términos de modalidades Greimas afirma que “[...] un sujeto de estado posee una existencia modal susceptible de ser perturbada en cualquier momento, sometida a las transformaciones efectuadas, bien por él mismo como actor (sujeto de hacer), bien por otros actores de la misma escenografía”³⁷. De modo que, tanto las permanencias como los cambios son los elementos que ges-

³⁵ Desde el punto de vista semiótico, la estructura modal deóntica aparece cuando el enunciado modal, teniendo como predicado el deber, determina y rige el enunciado de hacer. Por lo que la deontología se entiende como el sistema de reglas de conducta que, supuestamente, se observan en el ejercicio de una profesión o de una actividad. Greimas, A. y Courtés, Joseph. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Ballón, E. (Trad.) Madrid: Gredos, 1990. pp. 108-109.

³⁶SERRET, Estela. *La subjetividad femenina en la cultura occidental moderna*, Op. cit. p. 89.

³⁷ GREIMAS, Op. cit. p. 116.

tan la construcción identitaria de los sujetos por lo cual también se hace necesario resemantizar las categorías mencionadas en el primer capítulo en los siguientes.

En ese sentido se construyó el capítulo dos que se divide a su vez en dos apartados. El primero tiene que ver con la modalidad virtualizante de querer, que al igual que el deber conforman los modos de existencia que preceden a la junción. En el caso del querer se habla de un enunciado de carácter volitivo que configura las motivaciones y los deseos propios de un sujeto. En tal dirección, se reconoce el querer como la disposición afectiva de base que el sujeto tiene para buscar estar conjunto o disjunto del objeto de valor. En esta misma sección se analiza un caso particular que revisa el desarrollo pasional de la ira de una actora, en cual no solo se determina el esquema pasional canónico sino que además se muestra cómo dicho proceso contribuye a la toma de conciencia de la mujer, lo cual tiene que ver con el saber pero al mismo tiempo con el cambio del querer que le genera poder tomar más tarde sus propias decisiones.

La segunda parte del este capítulo trata sobre lo concerniente al saber, entendido como un modo de existencia actualizante del sujeto. Para efectos del análisis, esta modalidad se trabajó como la competencia entendida como “un saber-hacer, es «ese algo» que hace posible el hacer. [...]”, que permitió generar el cambio del estado uno al estado dos de las mujeres. Se habla entonces del saber desde la propuesta de Serrano Orejuela:

Se trata del saber que un sujeto tiene sobre el ser y el hacer propios o de otro sujeto y sobre el mundo al que pertenecen; es decir, del saber como representación: propongo llamarlo saber proposicional; en el segundo, del saber que le permite al sujeto actualizar y realizar un programa narrativo virtual (un hacer); es decir, del saber como habilidad ejecutiva: propongo llamarlo saber procedimental³⁸.

³⁸SERRANO OREJUELA, Eduardo. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. En: *Semiótica discursiva* [En línea], 2006. Disponible desde internet: <http://reocities.com/Paris/Tower/4027/competencia5.html> [Con acceso el 20-02 2013]. p. 8

En consecuencia, se tuvo en cuenta el saber proposicional en la medida en las mujeres reconocen su condición doméstica exclusiva, su estado de mujeres obedientes a expensas de los deseos de otros sujetos, es decir, identifican su forma de vida de domesticidad. Y en segunda instancia, se tiene en cuenta el saber procedimental en cuanto a que el saber que adquieren sobre otros temas distintos al doméstico les permiten generar nuevos programas narrativos y cambiar objetos de valor que estén encaminados a sus deseos.

Asimismo, el segundo capítulo revisa dos modalidades que constituyen elementos determinantes en el proceso de transformación de las mujeres. En la primera par teniendo en cuenta el proceso manipulatorio del querer así como un desarrollo pasional que permite señalar el modo de existencia del querer como determinante de cambio. Así como en la segunda parte el saber se establece como eje articulador que genera y a la vez motiva la transformación identitaria de la mujer doméstica, lo que evidencia la importancia de saber para obtener poder.

En el tercer capítulo se retoman los ejercicios de análisis anteriores y se evidencian los procesos de cambio teniendo en cuenta la modalidad y a la vez competencia del poder. Se presenta un estudio del poder como modalidad propia de la competencia del sujeto teniendo en cuenta lo que asegura Foucault: “[...] la forma de poder se aplica a la inmediata vida cotidiana que categoriza al individuo, lo marco por su propia individualidad, lo adhiere a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él debe reconocer y que los otros tienen que reconocer en él”³⁹. De modo que las formas por medio de las cuales se ejerce poder son efectos que generan verdad, es decir, el poder no es algo que se posea sino que se ejerce en relación con otros sujetos. Para la semiótica, el poder se tiene en la competencia y se actualiza en el hacer, de manera que ambas concepciones encuentran un nexo en el ejercicio del poder. En esa medida, el acto del poder se consolida no solo como una actualización de las competencias sino que además ya hace parte de la

³⁹ FOUCAULT, Michel. El sujeto y el poder. Por qué estudiar el poder: La cuestión del sujeto. Tomado de: HOUBERT, Dreyfus y RABINOW, Paul. Michel Foucault: Beyond Estructuralism and hermeneutics. Trad. Leslie Sawyer. Chicago press, 1983. p. 90.

realización del sujeto y es un elemento fundamental que forja también la identidad de las representaciones femeninas.

Además, se muestra un análisis de la crónica Adelfa en el cual se evidencia cómo una la actora ejerce contrapoder. Este entendido como la construcción que realiza un sujeto de estado conjunto al poder y antisujeto de otro sujeto de estado conjunto al poder, al cual, intenta poner en un estado de no poder hacer⁴⁰, es decir, poner al otro en el rol de impotente mientras este ejerce el poder en contra. Según Villoro⁴¹, el contrapoder es la capacidad de llevar a cabo las acciones por sí mismo y determinarlas por la propia voluntad en contravención con las establecidas por el sistema regente.

Asimismo, afirma Julieta Kirkwood, retomando a Foucault, que: “toda situación de poder conlleva intentos de contrapoder, todo esfuerzo por imponer una determinada legalidad, coexiste simultánea y automáticamente con una o varias ilegalidades”⁴². Lo que podría traducirse en que desde que se impuso la absoluta obediencia femenina coexiste también la posibilidad de generar desafío que evidencien la rebeldía de las mujeres.

En consecuencia, se permite suponer que todas las representaciones femeninas estudiadas ejercen contrapoder al salirse del canon establecido de mujer doméstica con el cual ellas se habían conjuntado. Asimismo cómo se consolidan alternativas de ejercicio del poder, puesto que se contrarresta el poder masculino y de otros actores (incluso mujeres, como las madres) que manipularon las actuaciones de estas mujeres y que además manifestaron sanciones negativas.

⁴⁰ARÉVALO VIVEROS, Luis Fernando. Análisis semiótico de la construcción de identidades discursivas y de manifestaciones de contrapoder en letra de canciones del rock underground de Colombia. Tesis Maestría [Inédita], Cali: Universidad del Valle, 2008. p. 25.

⁴¹VILLORO, Luis. Poder, contrapoder y violencia. En: Valor y poder. México: Editorial UNAM. Disponible en: <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/handle/10391/1873>. Consultado el 23 de junio de 2013.

⁴²KIRKWOOD, Julieta. Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista. Santiago: Editorial Cuarto propio, 1990. p. 66.

Para terminar, es importante aclarar que tanto el acercamiento metodológico como las bases teóricas expuestas en esta parte continuarán desarrollándose a lo largo del trabajo. Dado que, se requirió ampliar los constructos ya tratados para realizar los análisis específicos en cada capítulo como: la identidad, las formas de vida, la situación de enunciación, las modalidades y sus relaciones con las isotopías y todas las estructuras del recorrido generativo-interpretativo del discurso.

1. LA MUJER COLOMBIANA DE FINALES DE SIGLO XX EN CRÓNICAS PERIODÍSTICAS

1.1 LA MUJER DOMÉSTICA

Para analizar las posibles transformaciones en la configuración identitaria de las mujeres se hace preciso indagar sobre los enunciados propios y ajenos que se abordan en las crónicas. Dichos discursos revelan la identidad de los sujetos a través de la descripción de sus estados y de sus acciones. Para Greimas y Courtés, la identidad es entendida como “el principio de permanencia que permite al individuo permanecer él “mismo”, “persistir en su ser” a lo largo de su existencia narrativa, a pesar de los cambios que provoca o sufre”⁴³, esto es, la identidad vista como el conjunto de rasgos que se mantienen en medio de las transformaciones. Para Magdalena León⁴⁴, la identidad de cada individuo está cruzada por diferen-

⁴³ GREIMAS, Algirdas Julien y COURTÉS, Joseph. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Gredos, 1990. p. 212-213.

⁴⁴LEÓN, Magdalena. *La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina*. En ARANGO, Gabriela (Comp.) *Género e identidad*. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995, p. 180.

tes aspectos, o por aquellos que son relevantes en su vida social. Lo cual evidencia que tanto para la semiótica como para la teoría de género es importante el carácter constructivo e intersubjetivo que configura la identidad.

En este sentido, determinar la identidad de las mujeres en sus discursos permite analizar este fenómeno social desde las prácticas discursivas que subyacen a las prácticas sociales. Puesto que en los discursos es donde se aprecian las dimensiones cognoscitiva y evaluativa. La primera compuesta por el saber y el aspecto lingüístico y la segunda por el aspecto axiológico y el pasional⁴⁵. Estas dimensiones permiten describir la identidad de los sujetos involucrados en el discurso según lo que digan de sí mismos y lo que enuncien los otros. Por tanto las dimensiones cognitiva y evaluativa constituyen la base del análisis semiótico que explica los estados y los procesos de transformación o conservación identitaria dentro de una práctica social y discursiva que la describe.

Dentro de dichas prácticas, las denominaciones cotidianas como el Ángel del hogar o la Reina de casa han construido de un modelo ampliamente difundido dentro de la cultura occidental. Este modelo se ha denominado mujer doméstica y se ha asumido a partir del rol que las mujeres desempeñan en la sociedad y con el cual son valoradas de forma positiva. Miriam Brito⁴⁶ se refiere a este concepto como una herramienta indispensable para analizar y comprender el problema de la subordinación moderna de las mujeres. Puesto que la aplicación de dicho concepto en los discursos filosóficos-políticos instauró la idea de domesticidad como hegemónica; lo cual evidencia una práctica social institucionalizada en la que se halla la forma de vida de la mujer doméstica. Entendiendo formas de vida, según lo que afirman Fontanille y Zilberberg, como la “captación de la globalidad de una

⁴⁵ SERRANO OREJUELA, Narración, argumentación y construcción de identidad. Op. cit. p. 99.

⁴⁶ BRITO, Myriam. La construcción del discurso sobre la mujer doméstica. Tesis de Licenciatura en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2000.

práctica significativa en relación con las elecciones axiológicas propias de un individuo o de una cultura entera⁴⁷.

Así, a partir de las funciones que cumplen las mujeres, de las relaciones que mantienen y de la fuerte influencia del tradicionalismo se han clasificado los roles de las mujeres dentro de las prácticas sociales. Se presenta la mujer ama de casa como núcleo de la sociedad, el rol de madre como determinante propio de la naturaleza y el papel de esposa que institucionaliza la familia. De modo que cada uno de estos roles se integran con la denominada mujer doméstica, es decir, con relación a los actores (esposo e hijos), al espacio donde ella se desarrolla y con las funciones de cuidado de la casa y servicio que realiza. Estos roles se generan como construcción social donde se destaca la modalización del deber que incluye las sobre modalizaciones del deber-hacer y el deber ser como las más focalizadas.

La forma de vida de la mujer doméstica se construyó dentro de un marco histórico que le permitió institucionalizarse y ser naturalizada en el imaginario social. Desde la ilustración, la idea de la mujer doméstica fue creada en sincronía con la construcción y desarrollo de la sociedad. En esa época se configuró el modelo de mujer al que aparentemente todas podían llegar, es decir, no importaba la estratificación social o la situación geopolítica, la mujer del hogar podría estar en cualquier sociedad moderna. En este devenir histórico se ha hecho creer que desde siempre ha existido la situación de sujeción de las mujeres, donde se presenta como única alternativa de realización el modelo de mujer doméstica.

Sin embargo, diversos estudios⁴⁸ han demostrado que este modelo de mujer ha sido implantado entre otros a partir del concepto de naturaleza, establecido y pro-

⁴⁷FONTANILLE, Jacques & ZILBERBERG, Claude. Tensión y significación. Lima: Universidad de Lima, 2004.p. 212.

⁴⁸ ARMSTRONG, Nancy. Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela. Trad. María Coy. Madrid: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de mujer (Colección Feminis-

mulgado por el Estado y la Iglesia en el imaginario occidental y está lejos de ser una proposición transhistórica, esto es, que trasciende y cruza los límites de la historia. Vale la pena entonces decir que, tanto el Estado como la Iglesia se han constituido a través de la historia y con sus diversas estrategias como actores que asumen el rol de manipuladores en el discurso. Puesto que han hecho hacer y han hecho saber sobre este modelo de feminidad al que han idealizado. Ambas son instituciones que han estandarizado y naturalizado la figura doméstica determinando, por ejemplo, el hogar como el único espacio donde las mujeres deben habitar:

Lo más importante del carácter de una mujer se circunscribe a la vida doméstica –escribía Richard Steele en el *Spectator*–. A ella se le puede culpar o alabar según el efecto que su comportamiento tenga en la casa de su padre o de su marido. Todo lo que tiene que hacer en este mundo se ciñe a sus deberes como hija, esposa y madre⁴⁹.

De este modo y poco a poco se fue instaurando la idea de la mujer, sujeta a su condición de reproducción, siendo hija, luego esposa y fundamentalmente madre, dadora de vida. En esa situación de hacer ver su indisoluble vínculo con lo natural se genera el discurso biologicista, considerando solamente la proximidad de la mujer a la naturaleza por su condición de reproductora de la especie humana y convirtiendo, como dice Celia Amorós, a lo natural en un “juez” que asigna y rige los roles en la sociedad. Este argumento de naturalización se constituye, dentro de los niveles de pertinencia de la expresión, como una estrategia discursiva generada para hacer creer que el único carácter que define a las mujeres es el natural. Puesto que las estrategias se erigen como “conjuntos significantes más o menos

mo). LAURETIS, Teresa de. Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine. Trad. Silvia Iglesias. Madrid: ediciones Cátedra, 1992. CLÉMENT, Catherine y KRISTEVA, Julia. Lo femenino y lo sagrado. Trad. Maribel García. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.

⁴⁹BONNIE S., Anderson y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres: una historia propia. Volumen 2. Barcelona: Crítica, 1991. p. 139.

previsibles como ritos, usos y programación de los recorridos”⁵⁰. Y la maternidad, se hace ver como una ritualización inherente a la condición femenina.

Dicha naturalización tiene varios aspectos que la justifican, entre ellos, la alusión al carácter cognitivo, la instauración de la familia como institución primaria, la debilidad física y, como ya se mencionó, la maternidad como determinantes naturales. Todos estos aspectos basados en la idea general de ordenación sistemática, de poder sobre las actuaciones de los actores sociales. Por eso, para algunos teóricos la relación mujer-naturaleza está fundamentada en la oposición a lo cultural y para otros el concepto de naturaleza se basa en la relación entre la mujer y la pasión. A ella, se le confiere el adjetivo de pasional frente al hombre que se relaciona con la razón. En la esfera social, la mujer representa lo salvaje y pasional lo cual se opone a la razón; necesidad y pasión frente a libertad y autonomía, estos últimos adjudicados a la figura masculina; razón por la cual se hace necesario dominar lo salvaje y ubicarlo en un espacio cerrado que permita la domesticación.

Esta ubicación no solo era demostrada con el espacio de adecuación femenina sino también relacionándola como sitio propicio para la realización familiar. La familia era pensada como la única institución “natural”, en el sentido en que ha sido instituida directamente por Dios y que bajo su potestad era posible dominar esos deseos femeninos o por lo menos apartarlos de la vida pública para que no generaran problemas a la ciudadanía. Así, la mujer debía actuar dentro de la práctica social como representante de la irracionalidad contra la cual estaba la figura del hombre ilustrado, evidentemente relacionado con el razonamiento:

La cercanía de la mujer respecto a la naturaleza física –asociación conceptual que no parece como algo que pueda derivarse, sin más, de su proximidad a la

⁵⁰ FONTANILLE, Jaques. Textos, objetos, situaciones y formas de vida. Los niveles de pertinencia de la semiótica de las culturas. En: Revista de la Asociación italiana de estudios semióticos on-line. Trad. Horacio Rosales. 28 de mayo del 2004.

vida por ser dadora de la misma- significa en la Ilustración el alejamiento de lo femenino de aquello que se entiende por 'naturaleza humana'⁵¹.

Esta situación causaba temor al hombre-razón, no solo como contrario sino como primitivo, es decir, según lo 'natural' la mujer era lo originario prerracional y lo que por tanto se debía dominar. Sin embargo, esta idea de lo natural como 'lo salvaje a domesticar' o plenitud primitiva, se aplica de forma distinta para las mujeres. En los postulados de Rousseau, el hombre racional para ser público necesita de la Naturaleza como pasión ciega encaminada a incitar los deseos del hombre generada por la mujer. Mientras tanto, en la teoría de la semiótica el razonamiento tiene que ver en el hacer interpretativo con la fiducia entre el manipulador y el manipulado. Particularmente, la semiótica plantea la manipulación del saber⁵², en la cual aparece el discurso cognitivo donde el enunciador convoca procedimientos o "razones" para convencer al enunciatario, pues dan cuenta de los efectos de sentido de hacer-creer y de creer. De modo que, el razonamiento desde la semiótica no es de carácter natural sino un proceso que implica un saber, una base epistémica. Sin embargo, ambas posiciones se semejan en la importancia que se le da a la dimensión cognitiva para describir las identidades de los sujetos.

Siguiendo la idea de Rousseau, para el Estado era necesario establecer una organización jerárquica que permitiera mayor control sobre las sociedades. Entonces, la institucionalización de la relación hombre - mujer con el matrimonio podría garantizar un ordenamiento de la familia para la ciudadanía. Para John Locke⁵³, la sociedad familiar está compuesta por la sociedad conyugal, la relación de paternidad y los servidores de la casa. De ese modo la organización está liderada por el hombre y la mujer hace parte del grupo de servidores junto a los hijos. Así lo retoma Nancy Armstrong:

La mujer de la modernidad, el tipo deseable de feminidad que este orden elaboró fue creado, en consecuencia, como algo funcional para la división jerár-

⁵¹ MOLINA PETIT, Cristina. *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Madrid: Editorial Anthropos, 1994. p. 33.

⁵² GREIMAS, Op. cit. p.142.

⁵³ LOCKE, John. *Ensayo sobre el gobierno civil*. Trad. A. Lázaro Ros. México: Aguilar, 1983. p. 58.

quica de la sociedad, una división que tenía como objetivo el separar a los individuos de las alianzas socio-políticas para alinearlos en una división de género, a la que se subordinarían todas las demás diferencias sociales⁵⁴.

Como se expresó al principio, otro elemento de influencia para la consolidación del modelo de mujer doméstica es la influencia religiosa. La religión era (es) un apoyo muy importante de convencimiento y persuasión de la idea de la mujer-naturaleza. La religión apoyaba y legitimaba el imaginario del pecado relacionándolo con la mujer. De este modo se hacía más fuerte la no-razón femenina y su relación con lo natural, que como ya se dijo estaba relacionado con su carácter pasional primitivo, también con el manto mítico del ser madre. En la carta de Pablo a Timoteo, se hace evidente este pensamiento:

[...] que las mujeres se atavien con vestido decoroso, con modestia y prudencia; no con peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos; sino más bien con buenas obras, como conviene a mujeres que profesan reverencia a Dios. La mujer se debe dejar instruir en silencio con toda sujeción; porque no permito a una mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Pues Adán fue formado primero; después, Eva. Además, Adán no fue engañado; sino la mujer, que se dejó engañar y cayó en el pecado. Sin embargo, se salvará teniendo hijos, si permanece en fe, amor y santidad con prudencia⁵⁵.

Así, la institución eclesiástica por medio de la Biblia forma una escena predicativa que genera y fortalece el discurso del deber ser femenino hacia lo masculino, figurativizado en Dios y en el hombre terrenal. En esta práctica, los arquetipos religiosos tendrán que ver con la figura de la virgen. Las vírgenes y las reinas representan las figuras femeninas que encarnan del modo más completo los valores morales que todas las mujeres deben perseguir, la castidad, la pureza y la obediencia, sea que decidan casarse o ir al convento. La virgen encarna la figura de la salva-

⁵⁴ ARMSTRONG, Nancy. Deseo y ficción doméstica. Madrid: Ediciones Cátedra, 1991. p. 10.

⁵⁵ Biblia para el pueblo de Dios. Primera carta a Timoteo. Capítulo 2: 9-15.

ción ante el pecado de Eva. Y se presenta así el ideal al que a pesar de las clases sociales, toda mujer puede acceder a este modelo de mujer virginal:

[...] las grandes religiones monoteístas hicieron de la diferencia de los sexos y de su valor desigual uno de sus fundamentos. La jerarquía de lo masculino y lo femenino se les presenta como el orden de una Naturaleza creada por Dios. [...] Se reservan para las mujeres la oración, el convento para las vírgenes consagradas, la santidad. Y el prestigio creciente de la virgen María, el antídoto de Eva, la reina de la cristiandad medieval⁵⁶.

Esto muestra que la visión de la mujer no empezó en el periodo de la Ilustración pero sí fue allí donde, basados en elementos de épocas precedentes, se empieza a construir un modelo jerárquico en las relaciones entre hombres y mujeres, que luego toma forma en el siglo XVIII, se concreta en el XIX y permanece su influencia aún en el siglo XX. En este modelo, la mujer le debe respeto al marido y debe callar, contrario a lo que hizo Eva. Además, la virtud se consolida como un valor altamente positivo que se debe tener para alcanzar la salvación, esto es, no solo una exaltación del deber ser como práctica predicativa dentro de los niveles de expresión sino también un efecto de manipulación, puesto que, para poder borrar el pecado original con el que se nace, según la creencia religiosa, se debe sufrir con las situaciones naturales visibles (tener hijos y menstruar). Con este argumento, se mantendrá la idea de la sujeción al marido, la obediencia y el silencio.

Según lo planteado anteriormente, la mujer naturaleza reposaba en un estado de sinrazón que era necesario poner en el espacio hogareño para ser controlada y de cierta manera educada. Las estrategias para generar esta forma de vida doméstica de las mujeres también se diversificaba según la clase social a la que pertenecían. En las clases altas, en el siglo XVIII la obediencia era valorada como una alta virtud⁵⁷ que se conseguía con educación desde jovencitas, con prohibición de lecturas clásicas y hasta haciéndoles dormir en camas duras para que no se despertara ningún placer antes de llegar al matrimonio. Y en las demás clases sociales,

⁵⁶PERROT, Michelle. Mi historia de las mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. pp. 105-106.

⁵⁷ Ibid. p. 108.

por medio del ejemplo de las madres y abuelas se transmitían los valores de la obediencia y la virtud como importantes para conseguir esposo, es decir, continuar siendo dependientes, pasar de la familia paterna al cónyuge.

Los discursos filosóficos y políticos⁵⁸ de la ilustración plantean una especie de norma social en términos de una identidad delineada para que, según los postulados de la ilustración, la sociedad funcione mejor. Así, se evitan alteraciones del orden social preestablecido y se cuidan las instituciones. En esta forma de vida se daba paso al planteamiento del hombre ilustrado: libre y autónomo y no del ser humano libre independientemente de su género. De modo que los discursos de esa época permearon el continuum histórico que aún hoy se vivencia y han hecho que, como lo afirma Brito, “la mujer doméstica no sea una figura transhistórica y universal, sino una idea específicamente moderna y ubicable en occidente”⁵⁹. Es decir, la condición de naturalización jerárquicamente inferior de las mujeres respecto a los hombres ha sido construida históricamente a partir de implantaciones y reforzamientos: que la semiótica denomina manipulaciones a lo largo del desarrollo de la humanidad.

Ante dicho planteamiento del ideal de mujer se estableció en una triada que la determina y describe parte de un sistema axiológico que culturalmente en ese momento y aún hoy se comparte. La triada está compuesta de: *madre-esposa-ama de casa*. Estos tres pilares fundamentales para cumplir con el modelo de mujer establecido también contenían una serie de figuras que permitían el acercamiento al ideal:

[...] antes que belleza física importa su belleza ‘interna’, que debía expresarse básicamente por medio de sus virtudes (ternura, compasión, docilidad, recato, mesura, abnegación) también importa que tenga un sentido ‘innato’ de sacrifi-

⁵⁸ ROUSSEAU, Jean Jaques. Emilio o de la educación. Trad. Antonio Valiente. Barcelona: Fontanella, 1973. LOCKE, John. Ensayo sobre el gobierno civil. México: Ed. Original, 1995.

⁵⁹BRITO. Op. Cit., p. 28.

cio y dedicación hacia los otros (su familia), así como un fuerte sentido de vigilancia hacia todo lo que conformase su hogar⁶⁰.

Dichas características configuran un sistema axiológico en el cual la mujer debía desempeñarse y por tanto en el nivel de la expresión hacen referencia a la conjetura generada para la consecución de la forma de vida doméstica. Un universo de valores transmitido por la historia de la sociedad a todas las mujeres. Pues, aunque como se expresó más arriba, el modelo fue consolidado en los siglos XVII y XVIII, este imaginario se enmarcó en el pensamiento clásico, lo privado era entendido como “el ámbito de la necesidad y la supervivencia donde se realizaban todos los trabajos de manutención necesarios para que el hombre pudiera dedicarse a la vida pública”⁶¹. Para tener hombres públicos, hombres de leyes, es decir, hombres de letras o ciudadanos se hacía necesario tener mujeres en el ámbito privado, que estuvieran pendientes de los quehaceres, de atender todas las necesidades de la familia.

En este sentido, la configuración axiológica de la mujer doméstica se presentará a continuación. Se realiza un análisis de tres crónicas representativas de un gran grupo de este tipo de narraciones colombianas en el cual este modelo sigue vigente. En las tres se evidencia el rol doméstico englobante que ejercían las mujeres, por lo cual se convertía en su rasgo identitario definitorio. De esta manera se hará referencia a los constituyentes: la mujer esposa, madre y ama de casa como roles determinantes en la construcción de la identidad de la mujer doméstica. Es decir, se hará énfasis en los elementos que hacen referencia a las estrategias necesarias para llevar a cabo la configuración de la mujer doméstica como forma de vida dentro de la cultura colombiana representada en las crónicas. En cada constituyente se podrán apreciar las modalidades y de las dimensiones evaluativa y cognitiva. Y así se pondrán en evidencia las coincidencias y rupturas del discurso de la domesticidad.

⁶⁰Ibíd., p. 29.

⁶¹ Ibíd., p. 24.

1.1.1 Esposa

El primer elemento de la triada que configura la mujer doméstica es el ser esposa. Este concepto según el diccionario de la Real Academia Española se refiere a: “una persona casada con respecto a su cónyuge, que acepta los esponsales (mutua promesa de casarse)”⁶². La esposa es quien comparte la unión marital con otro, el esposo. El término está ligado a los esponsales que jurídicamente representan un contrato que conduce al matrimonio. En la obra *Historia de las mujeres* compilada por Georges Duby y Michelle Perrot se dedica un apartado especial para resaltar la importancia de la relación marital entre el hombre y la mujer:

El marido es, por definición, la figura central en el universo de la mujer casada. Pero no sólo es el destinatario y usufructuario específico de toda una serie de actitudes y comportamientos de la esposa, sino que termina por ser el perno alrededor del cual gira todo el sistema de valores que se propone a los cónyuges. Hablar a las esposas y de las esposas quiere decir también, e inevitablemente, hablar a los maridos y de los maridos, enfocar una serie de obligaciones recíprocas y de tareas específicas a través de las cuales ambos componentes de la pareja encuentran su definición. A la mujer corresponde ante todo la obligación de amar al marido: la exhortación al amor (directo) inaugura constantemente y, en todo caso, compendia, los deberes de la mujer respecto del esposo⁶³.

Esta descripción muestra que, a pesar de especificarse una relación donde ambas partes esposos y esposas cumplen unos deberes para mantener el vínculo, se jerarquiza la relación. Para la mujer casada el centro de su vida debe ser el hombre, es decir, su objeto de valor positivo debido a que es a él a quien le debe obedecer. Así, se plantean los deberes de la mujer y no los del hombre. En semiótica

⁶² Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 22ª edición. Madrid: Espasa, 2001. p. 984.

⁶³DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores): *Historia de las mujeres*, vol. 2: La Edad Media. Madrid, 1992. p. 130.

se habla de contrato fiduciario⁶⁴, donde dos actores establecen un pacto con acuerdos. Sin embargo en la referencia de Duby no se presenta una alusión explícita de reciprocidad, donde por medio de las obligaciones mutuas y las tareas específicas se definen el uno al otro. Sin el esposo no habría esposa y viceversa. Hay una relación de dependencia, según lo expuesto.

Para evidenciar cómo la subcategoría de “esposa” hace parte de la identidad de una representación de la mujer doméstica colombiana se propone la crónica: *Que nadie te arrebate la felicidad*. Allí se narra la vida de una mujer que atravesó por muchas dificultades para poder alcanzar su objeto de valor. La crónica fue escrita por Ana María Bedoya Builes, periodista de la región de Antioquia. Dicho discurso fue publicado en la primera década del siglo XXI, pero hace referencia a una historia de vida de finales del siglo anterior.

A la una de la madrugada estaba en la cocina, preparando el desayuno para 19 trabajadores que llegaban a las cuatro de la mañana. También les tenía que empacar el almuerzo y el algo. Humberto, el esposo, con quien se casó a los 16 sin saber qué era eso de ser esposa, se iba con todos los trabajadores para el monte. Sin darle un beso, sin decirle adiós. Después, lo mismo de siempre: alimentar ese par de niñas que ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre, luego coger un costal lleno de ropa sucia e ir a la quebrada a lavarla.

[...] Por ahí a las cinco de la tarde terminaba de lavar la ropa, cuando veía de lejos a esos trabajadores y a Humberto, sentía una rabia. Me entraba para la cocina, ese era mi refugio. Él empezaba: ¡Delfa! la comida, el fresco, la merienda, no servís para nada, ¡Delfa!” [...]

Su tiempo transcurría en la opresión de la soledad y los insultos de Humberto. Ella nunca protestaba, guardaba silencio tal como se lo enseñó su madre, su obligación era obedecerle al esposo en todo. Se refugió en la naturaleza, cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos. Guiada por la intuición, les curaba las heridas, les ayudaba a parir; supo que era una fortaleza, que ella sí era capaz

⁶⁴ El contrato fiduciario es un contrato enunciativo (o contrato de veridicción) que garantiza el discurso—enunciado; si el contrato fiduciario sanciona un programa narrativo en el discurso, se hablará entonces de un contrato enuncivo. Cf. GREIMAS, Algirdas & COURTÉS, Joseph, 1990, p. 174.

de hacer algo, que Humberto estaba equivocado cada que le repetía que no servía para nada⁶⁵.

La figura femenina que subyace en el relato, evidencia de manera superficial un típico retrato de la mujer doméstica. Pues, inicialmente se presenta como toda mujer-esposa: en conjunción con un marido. Al ser una unión familiar tradicional se presenta la unidad del hombre y la mujer (aunque en la actualidad esos binarismos puedan cambiar según el reconocimiento de nuevas leyes⁶⁶). Sin embargo, se evidencia que la relación entre los dos actores Delfalina y Humberto está mediada por objetos de valor que circulan entorno al querer, en el caso de ella ser tratada con amor “Sin darle un beso, sin decirle adiós”. El título del relato reafirma la hipótesis de que el objeto de valor es la felicidad: Que nadie te arrebatte la felicidad.

El deseo estar conjunta a la felicidad produce la representación de la mujer sobremodalizada por un deber-ser esposa cuando se enuncia: “Ella nunca protestaba, guardaba silencio tal como se lo enseñó su madre, su obligación era obedecerle al esposo en todo”⁶⁷. Así, se configura un Sujeto: Delfalina y el valor de la obediencia, que le permita alcanzar la felicidad como fin último. Sin embargo, para Humberto es importante que Delfalina le sirva sin importar si ella es feliz o no: “su tiempo transcurría en la opresión de la soledad y los insultos de Humberto”. Por tanto, él actúa como antisujeto de Delfalina en la búsqueda de la felicidad. De este modo, la mujer sanciona disfóricamente el mal trato que le daba Humberto al afirmar que: “Sin darle un beso, sin decirle adiós”, donde reclama el cumplimiento del contrato fiduciario marital.

⁶⁵ BEDOYA BUILES, Ana maría. 14 de julio de 2010. Que nadie te arrebatte la felicidad. En: Vamos por ti mujer. [En línea]. Disponible desde internet en: <http://www.vamosmujer.org.co/site/index.php/herramientas/banco-de-noticias/233-seriedecronicas> [con acceso el 20-06-2012]

⁶⁶ Matrimonio igualitario [En línea]. Disponible desde internet en: <http://www.matrimonioigualitario.org/> [con acceso el 13 -04-2013].

⁶⁷ BEDOYA BUILES, Op. Cit., p. 28.

Lo anterior presupone un programa narrativo de búsqueda orientado hacia el buen trato, puesto que hay un contrato implícito entre los esposos en el que debe haber una reciprocidad de la fiducia como se expuso anteriormente. El contrato del matrimonio en la crónica se encuentra en estado polémico, pues a pesar de que Delfalina es obediente el esposo no la valora de forma positiva. Hay una ruptura del modelo ideal, donde hay un acuerdo y los deberes deberían ser recíprocos.

De modo que el sujeto femenino está orientado a un deber-ser, enseñado por su madre, tal como dice el relato. La madre le instauró ese sistema axiológico del deber, que tiene que ver con los tres elementos característicos del ser doméstica, es decir, no sólo labores precisas del hogar, sino como el enunciado mismo dice: en todo, sea cual sea la petición del esposo, la mujer está obligada a cumplirla. Entonces el rol actancial que tiene la madre es el destinadora-manipuladora. Ella le transmite un saber hacer que configura en Delfalina el deber ser, es decir, ella le enseña a su hija, inculca en ella desde niña valores como la docilidad y el recato que hacen parte del deber ser buena esposa en el universo axiológico de la mujer doméstica.

Las relaciones actanciales permiten observar los roles y la interacción que da entre los actantes. Una madre que, como destinadora manipuladora, actúa sobre Delfalina, un sujeto que está conjunto al valor obediencia, un deber ser impuesto por la madre. Ante esto, Hernando afirma que: “La mayor parte de las mujeres seguía identificando con esa identidad el hecho de ser mujer: una mujer es una persona dulce, dócil, presta a intuir y satisfacer los deseos de los demás, discreta y doméstica”⁶⁸. De modo que se reitera la posición de la mujer en el estado inicial: doméstica. Para lo cual necesita a la madre quien también actúa en el rol actancial de sancionadora, así como Humberto y la misma Delfalina, lo cual evidencia un sincretismo actancial⁶⁹, pues Delfalina se ubica en la posición de sujeto y también

⁶⁸ HERNANDO GONZALO, Almudena. Mujeres y prehistoria, en torno a la cuestión del origen del patriarcado. En SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (Ed.). Arqueología y género. Granada: Biblioteca de humanidades, Arte y Arqueología. Serie Monográficos N° 64, 2005. p. 100.

⁶⁹ Se da cuando el mismo sujeto ocupa dos o más roles actanciales.

de judicadora. También la madre de la actora central entra en sincretismo actancial al desarrollar dos roles dentro del esquema, el de destinadora manipuladora y el de destinadora sancionadora porque es quien hace valer la obediencia para el sujeto. Es necesario precisar el sentido con el que se trata el término manipulación pues es determinante en la construcción identitaria discursiva, en este caso, de Delfalina.

La semiótica postula que la manipulación es una acción que un sujeto hace sobre otro. La manipulación discursiva es el arte de influir sobre otro, esto es, manipular se refiere a que un sujeto haga que otro haga. De modo que el objeto de deseo de un manipulador es tener un efecto sobre el manipulado. Según Courtés, “el término manipulación designa simplemente la relación factitiva (hacer-hacer) según la cual un enunciado de hacer rige otro enunciado de hacer”⁷⁰. El cual se puede dar por medio de provocación, seducción, tentación, intimidación o compasión, esta última propuesta por Arévalo⁷¹. En consecuencia, no se está hablando de un concepto de maldad como culturalmente se conoce. De manera que, la instauración de valores, es decir, el acto de *hacer-hacer* sobre otros, la manipulación, es el acto que realiza la madre sobre la hija en la crónica. En esta medida, el modelo semiótico intenta depurar un esquema aplicable a todo tipo de manipulación, pero cada manipulación es discursivamente particular en relación con los valores que convoca en el vertimiento temático.

Para Greimas y Courtés, la manipulación es la acción del hombre sobre los otros hombres. Agregan que, “en términos modales, un hacer-hacer y de manera englobante se refieren a ella como una vasta estructura de intercambio entre dos actantes considerados en una situación eventualmente conflictiva”⁷². El relato enuncia: Su tiempo transcurría en la opresión de la soledad y los insultos de Humberto. Ella

⁷⁰ COURTÉS, Op. cit. p. 158.

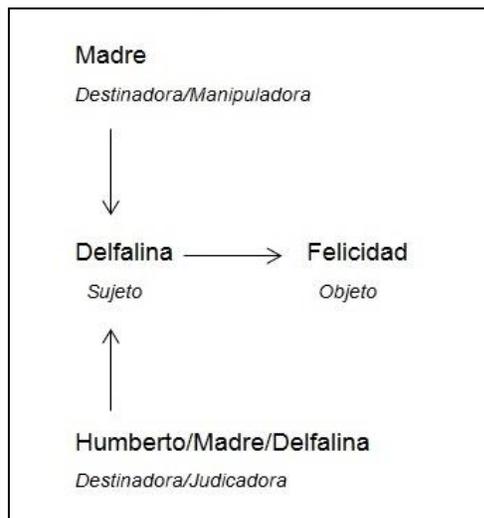
⁷¹ ARÉVALO VIVEROS, Luis Fernando. Manipulación discursiva: la compasión en diles que no me maten, de Juan Rulfo. En: Revista S. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. Vol.4, 2010.

⁷² GREIMAS y COURTÉS, Op. cit. p. 252.

nunca protestaba, guardaba silencio tal como se lo enseñó su madre, su obligación era obedecerle al esposo en todo [...].⁷³ Para el caso de Delfalina ser buena esposa-madre-ama de casa no fue algo generado por ella misma. El relato evidencia que su madre la destinó hacia tal realización. Ella la determinó a partir del *deber-deber* que se convierte entonces en un ‘tener’, que es una obligación, esto es, el ser doméstica como único camino posible de realización femenina.

Así, en la representación del esquema actancial aparecen tres destinadores judicadores. El primero es Humberto quien juzga a Delfalina como una persona que “no sirve para nada”, es decir, la obediencia que se enuncia no es reconocida por el esposo. La madre de Delfalina también se ubica en esta posición debido a su enseñanza juzga a partir de su manipulación en el actuar de su hija, es decir, su acción de hacer-hacer respecto al comportamiento de Delfalina (deber ser obediente).

Figura 3. Esquema actancial (Ver siguiente página)



⁷³ BEDOYA BUILES, Op. cit., p. 2.

Como se observó, Delfalina también se ubica en la posición de judicadora pues ella también evalúa su accionar. Los programas narrativos se ejecutan gracias a que existe un sujeto de hacer modalizado por el deber-ser. Delfalina obedece “en todo” al marido y ella juzga no recibir compensación en el contrato fiduciario del matrimonio. Esto se observa en los enunciados: “Sin darle un beso, sin decirle adiós”, “Humberto estaba equivocado cada que le repetía que no servía para nada” y “Su tiempo transcurría en la opresión de la soledad y los insultos de Humberto”⁷⁴. En los tres enunciados, Delfalina juzga el trato que no recibe de parte de su marido. Ella cumple con el deber ser buena esposa pero no recibe la contraprestación de ese contrato que en este caso es el respeto, el afecto y la compañía de parte de su esposo.

El marido debe protección a su mujer y la mujer debe obediencia a su marido” dice el artículo del Código civil francés. Son términos duros pero han sido tomados de San Pablo y esta autoridad es tan válida como cualquier otra, dicen los redactores⁷⁵.

Esto lleva a analizar, como previamente se advirtió, que no es solo la obediencia el valor que circula en el recorrido narrativo de Delfalina. Su objeto de deseo es el buen trato de parte de su marido. Ese deber ser que es obedecer al marido “en todo” está motivado por un querer ser bien tratada, respetada y querida por Humberto, es decir, la fiducia del matrimonio se establece como un contrato recíproco. El simulacro que se construye del matrimonio ideal es: si la mujer es obediente el esposo deberá tratarla bien, hacerla feliz. Así lo enuncia Duby: “El verdadero amor conyugal establece entre los esposos una relación de igualdad; este amor hunde sus raíces en la escena primitiva de la creación de la mujer, que, nacida de la costilla del hombre está destinada a ser su sierva y su compañera”⁷⁶. Es en este punto que Delfalina se constituye en una judicadora de su deber ser de manera eufó-

⁷⁴BEDOYA BUILES. Op. Cit. p. 1.

⁷⁵DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores): Historia de las mujeres, vol. 4: Siglo XIX. Op. cit. p. 130.

⁷⁶Ibid. p.131.

rica pero también juzga el trato que recibe de su marido de forma disfórica, pues se espera ser compensada, ser amada y no lo consigue.

En otras palabras, se evidencian modelos de vida y universos axiológicos donde es fundamental la crianza cristiana que se basa en los mandamientos, de los cuales el cuarto reza: “Honrarás a tu padre y a tu madre”⁷⁷, y ese honrar refiere explícitamente a la obediencia sin objeción de parte de los hijos. En el enunciado citado, Delfalina decide aceptar (y no rechazar) la manipulación y hace lo que la madre le dice “obedecerle al esposo en todo”. Esta última la *hace hacer* por medio de un *hacer saber*, esto es, la estructura modal de la información también actúa en el proceso manipulatorio.

Asimismo, el fragmento también muestra a Delfalina relacionada con la naturaleza. Según el relato, al no ser valorada por su marido ella se refugia en la naturaleza. Asume otra opción como alternativa para ser feliz: “Cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos. Guiada por la intuición, les curaba las heridas, les ayudaba a parir”⁷⁸, dicha actividad le permite demostrarse a sí misma que es capaz de hacer, contrario a lo que su marido le dice. En ese sentido Delfalina se empodera, su actividad con los animales le da poder sobre algo, puede hacer algo, como ella misma enuncia, en este caso ayudar a los animales. Entonces ese poder hacer otras actividades con las cuales se pueda sentir útil y al mismo tiempo feliz se opone al no poder que le significa el obedecer en todo al esposo.

En el análisis semiótico se sabe que un sujeto obediente tiene competencias, por ende poder, pero al mismo tiempo se encuentra disjunto del poder no hacer-ser pues depende de otro, en el caso concreto: Humberto. Se enuncia que “supo que era capaz de” por lo tanto Delfalina actúa como antisujeto de sí misma. Ella es obediente pero al mismo tiempo es ella la que puede transgredir esa obediencia. En su recorrido narrativo en el que busca conjuntarse con la felicidad, Delfalina toma conciencia de una fortaleza que desconocía de sí misma. Poder hacer y ha-

⁷⁷ ASTETE, P. Catecismo básico. Bogotá D.C.: San Pablo, 1992.

⁷⁸ BEDOYA BUILES, Op, cit. p. 1.

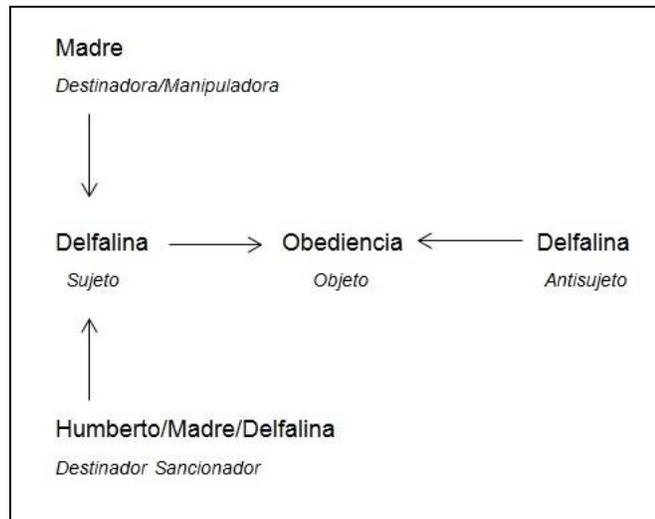
cerse consciente de ese saber la hace reconocer sus competencias, es decir, reconocer que posee un saber y lo actualiza para poder realizar las actividades agrícolas. De este modo, se reconoce un aspecto de la dimensión cognoscitiva: el saber sobre, el tomar conciencia de algo. Estos elementos se desarrollarán ampliamente en el segundo capítulo de este trabajo.

Como ya se expresó y también se puede apreciar su representación gráfica en la figura 4, la madre ejerce un rol actancial de judicadora, pues es ella quien le enseña a obedecer en todo, es decir, es quien también juzga el hacer de Delfalina, pues la madre es quien hace-valer la obediencia. Entonces, podría decirse que el sincretismo entre el manipulador (la madre) y el judicador (la madre); es un mismo actor que participa de dos posiciones en la red de relaciones que se dan en la crónica.

Asimismo, el enunciado muestra cómo una mujer, la madre de la actora principal, es quien lo legitima, lo actualiza, puesto que el sistema ya está configurado en la cultura y que supone debía ser generado por los hombres. Esto demuestra elementos establecidos por una sociedad de carácter androcéntrico⁷⁹. Pero en este caso se hace evidente que quien reproduce ese universo de deberes hacia la figura masculina es una mujer. La madre por ende también podría actuar como Antisujeto en la medida en que los valores positivos que Delfalina vea en la obediencia cambien, pero eso se verá más adelante. Por el momento, en esta etapa, la manipulación es ejercida por la madre que al mismo tiempo la sanciona.

Figura 4. Esquema actancial con Antisujeto.

⁷⁹ Se define en el DRAE como la visión del mundo y de las relaciones sociales centrada en el punto de vista masculino.



Además de esta implantación, es claro en el discurso el silencio como figura que regula el discurso. Según Charaudeau⁸⁰, el principio de regulación del discurso constituye la condición para que los participantes se comprometan en el proceso de reconocimiento del contrato de comunicación y “[...] permite al sujeto comunicante implementar ciertas estrategias de base cuya finalidad consiste en asegurar la continuidad o la ruptura del intercambio”. Con lo cual, el silencio refiere una estrategia de rechazo por la voz del otro. En el discurso se le obliga a Delfalina a obedecer y se le condiciona para que lo haga en silencio. Dentro del modelo del *deber ser* no puede haber contestación, porque no sería una obediencia completa, necesariamente dentro del hacer-saber que le fue transmitido por la destinadora madre se le enseña también a no contradecir al marido, simplemente hacer lo que él diga que haga sin contradecir y objetar. Este silencio es interpretado como un rasgo fundamental de la identidad femenina doméstica: la docilidad. Además de su carácter figurativo que evidencia una ausencia del decir, de poder expresarse de las mujeres.

⁸⁰ CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique. Diccionario de análisis del discurso. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005. p. 494.

Esto significa que, ser dócil representa una disposición que facilita el proceso de educación-manipulación. La docilidad es una de las características del ideal de mujer doméstica de la ilustración que según el análisis permanece en la actualidad. Primero la madre, luego es Humberto quien la educa, es dócil, frente a lo que él le diga, por eso le obedece en todo “Él empezaba: ¡Delfa! La comida, el fresco, la merienda, no servís para nada, ¡Delfa!”⁸¹. Estas actividades que aparentemente serían las de ama de casa, están destinados a servir al marido, a seguir sus órdenes y probablemente al no hacerlo con la rapidez que él espera la sanciona negativamente al decirle que no sirve para nada. Esto sigue aumentando la intensidad de la disforia en Delfalina que acrecienta su fuerza para ser antisujeto en el relato, ir contra la obediencia dócil que le fue inculcada.

Entonces, la obediencia se configura como un paso hacia el objeto de deseo que es el buen trato de parte de su esposo. Para Delfalina es importante obedecerle y de forma callada de modo que sea competente para poder alcanzar la felicidad. Así pues, Delfalina se cualifica, en términos de Courtés pues se está cumpliendo uno de los requisitos, “la prueba calificante le permite al héroe proporcionarse los medios para obrar [...] (aprendizaje, entrenamiento, iniciación)”⁸². Lo que luego será reformulado por Serrano Orejuela como las competencias necesarias para actualizar y realizar el recorrido narrativo del sujeto: “toda performance presupone, como condición de realización tanto la competencia modal cognitiva (saber-hacer) [...] y deóntica (deber-hacer) del sujeto”⁸³. Lo cual es claramente percibido en el corpus con la manipulación de la madre haciendo saber el deber ser de esposa.

En resumen, para Delfalina el recorrido narrativo que pretende conjuntarla a la felicidad tiene una primera etapa de manipulación por medio de las enseñanzas de la madre que la hacen ser obediente con su marido. También, se presenta una

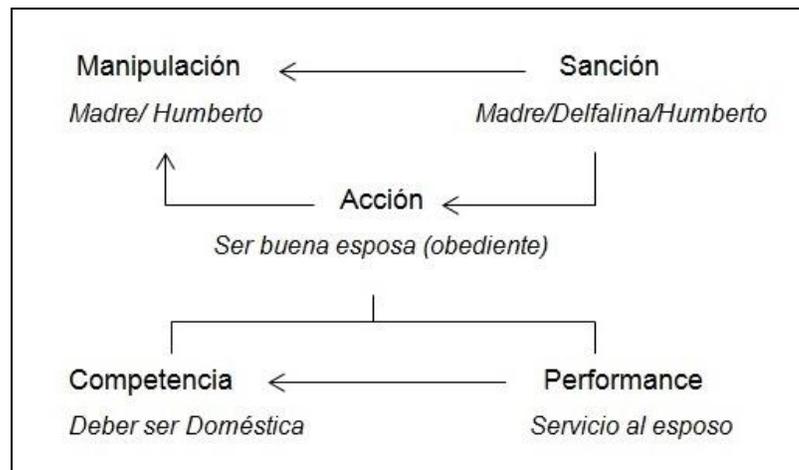
⁸¹ BEDOYA BUILES. Op. Cit. p. 1.

⁸² COURTÉS, Joseph. Análisis semiótico del discurso. Madrid: Gredos, 1997. p. 143.

⁸³ SERRANO O., Eduardo. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. En: Semiótica discursiva [en línea], 2006. [Citado el 20 de febrero de 2013]. Disponible en: <http://reocities.com/Paris/Tower/4027/competencia5.html>

sanción pues se enuncia: “Sin darle un beso, sin decirle adiós”. Delfalina sanciona de forma disfórica su frustración, pues no es compensada la obediencia que ella le profesa a su esposo, que en el contrato matrimonial ideal el compromiso es mutuo, por tanto el esposo debería tratarla bien y respetarla. Gráficamente se obtiene el siguiente esquema:

Figura 5. Esquema narrativo.



Fuente: COURTÉS, Op. cit. p. 145.

La actuación de la mujer está dada por el performance del servicio al marido, el cumplimiento de todos sus mandatos. Entonces se hace evidente uno de los rasgos identitarios de la mujer doméstica que confirman el carácter de construcción y por ende niegan la visión naturalista con que se ha visto el deber-ser de la mujer “la relación entre los sexos no es un hecho natural, sino una interacción social construida e incesantemente remodelada, consecuencia y al mismo tiempo motor de la dinámica social”⁸⁴ afirma Thébaud. El caso de Delfalina se repite en la historia de María, la actora central de la crónica *Secreto entre sábanas*. Allí se narran hechos de violencia intrafamiliar tanto en su casa paterna como en su matrimonio. Pero es en su relación marital donde espera ser bien tratada:

⁸⁴ THÉBAUD, Françoise. Introducción. En: *Historia de las mujeres*, vol. 5. DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores). Siglo XX. Madrid, 1992.

Pasar calladita había sido rutina desde niña, y por lo mismo se le volvió rutina todo lo demás. “Yo aguanté tanto porque él era muy buen padre, se veía en ellos”, dice. Pagó siempre las cuentas a tiempo, fue lo que llaman un tipo responsable. “Lo que hizo me lo hizo fue a mí”, explica, aunque sin demasiada convicción⁸⁵.

Al enunciar los maltratos: “Que la iba a matar, le decía también Antonio, y hasta llegó a intentarlo un par de veces, una vez tratando de sofocarla con una almohada, y otra vez con un empujón por las escalas”⁸⁶ se evidencia que hay una descompensación en el contrato matrimonial. Ella obedece pero él se compromete a tratarla bien, a protegerla, pero evidentemente eso no es lo que sucede. Sin embargo, ella le resta valor a esta situación y prefiere focalizar la responsabilidad del esposo con los hijos para mantener el matrimonio: “Yo aguanté tanto porque él era muy buen padre, veía de ellos [...] lo que hizo me lo hizo fue a mí”.

En esta crónica, el maltrato pasa a un segundo plano si el esposo cumple con los hijos y con el pago de las cuentas. Entonces, en el contrato polémico, se genera una ruptura pues no se están cumpliendo las condiciones mínimas dentro de este. Porque aunque cumple con los deberes como padre, Antonio maltrata a la esposa. Así se rompe el simulacro de hombre ideal que al igual que Delfalina, María también esperaba encontrar en el esposo. De modo que los golpes le configuran un nuevo simulacro, pues se pasa del contrato de esposa-esposo a la relación entre víctima y victimario.

En este sentido, la sanción del sujeto femenino, en este caso, se focaliza en las cualificaciones del antisujeto, es decir, del esposo quien no le permite alcanzar su objeto de deseo que es el buen trato. Ella también cumple con un deber ser pues al igual que Delfalina, ella ha cumplido sus deberes de buena esposa callada, en silencio. Desde niña a ambas actrices les fue inculcada la docilidad que, como se

⁸⁵ OSORIO LEMA, Paula Camila. Secreto entre sábanas. En: Vamos por ti mujer, [En línea]. Disponible desde internet: <http://www.vamosmujer.org.co/site/index.php/herramientas/banco-noticias/245cronicasecretoentrelasabanas> [con acceso el 20-6-2012]

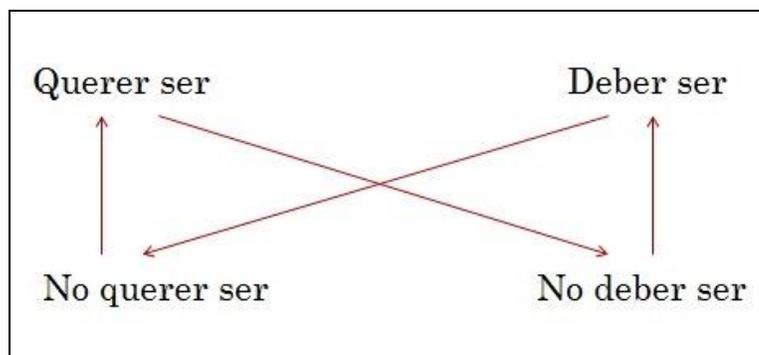
⁸⁶Ibid., p. 2.

enuncia en la crónica, fue una rutina desde la infancia. Ese semema identitario de docilidad es entonces recurrente en las dos historias de vida de las mujeres. Ambas son persuadidas al deber-ser domésticas a partir del deber-hacer.

Tanto Delfalina como María no son solo esposas, ellas reúnen más rasgos (que se ampliarán en los siguientes apartados) del deber como lo son la maternidad y también ama de casa, lo cual hace que ellas obtengan las competencias necesarias para ser lo que se llamó en la historia modelo de Mujer ideal (doméstica): esposa-madre-ama de casa. La acción de obedecer de forma silenciosa, es el hacer producto del deber instaurado por la manipuladora (madre-familia). Y en esta parte la sanción es realizada por Delfalina, puesto que ella está esperando ser recompensada por su deber-hacer.

Las modalidades deónticas, es decir, aquellas expuestas anteriormente realizan el siguiente recorrido: Las dos mujeres quieren ser amadas o por lo menos respetadas tanto verbal como físicamente por sus esposos. Sin embargo, ellas cumplen con los deberes que implican su condición de mujer doméstica, por ahora en lo que tiene que ver su ser esposas. Ellas no quieren seguir siendo maltratadas por eso insisten en su deber ser buena esposa, servicial, dócil, obediente a pesar de las vejaciones y el no deber ser está representado en la manipulación a la que ellas están expuestas, en el caso específico de Delfalina, ella no debe rebelarse, debe resistir en silencio. Se presenta así una oposición en entre el querer ser bien tratadas y deber ser domésticas que en simulacro creado no deberían oponerse puesto que al hacerse competentes en el deber ser (recatada, abnegada, dócil) esto les permitiría obtener su objeto de deseo. En otras palabras, las modalidades deónticas se complementarían con la volición de las mujeres, pero en los relatos sin opuestos. Esta estructura se puede representar en el siguiente cuadrado semiótico:

Figura 6. Cuadrado semiótico del querer-deber.



Fuente: GREIMAS, Op. cit. p. 101.

1.1.2 Madre

La concepción del deber ser esposa, buena esposa, lleva internamente también el ser buena madre. Aunque el ser esposa esté relacionado con la atención al marido, este a su vez también pide atención para sus hijos. Así, el ser madre se valora positivamente por parte del esposo, pues ha sido aprendido del universo axiológico inculcado por la sociedad. Según Richard Steel ensayista del siglo XVIII deja claro en el famoso periódico de la época los parámetros a partir de los cuales se juzga a las mujeres “una mujer es una hija, una hermana, una esposa y una madre, un menor apéndice de la raza humana [...]”⁸⁷. En caso específico de Delfalina, este esquema de esposa-madre está dado por la madre de ella, manipuladora como ya se planteó, porque es la encargada de transmitir los saberes del *deber ser*.

La característica de madre está íntimamente ligada a los efectos de naturalización del deber ser. La maternidad fue catalogada como característica inherente de las mujeres. Lo natural en las mujeres, con la idea de la ilustración, era evidente en relación con los hombres, la mujer es procreadora. Es decir, no sólo por la falta de razón sino por ser madre, el discurso de la Ilustración estableció a la mujer doméstica. Entonces, la vida de la mujer gira entorno a la capacidad de tener hijos: “Es

⁸⁷STEELE, Richard. Spectator. Citado por ANDERSON, B. Y ZINSSER, J. Historia de las mujeres una historia propia. Vol. 2. Barcelona: Editorial Crítica, 1991. p. 139.

verdad que no están preñadas todo el tiempo, pero su destino es estarlo”⁸⁸. Esto es, no importa que la mujer no tenga hijos en todo momento, está predestinada a esta función porque la naturaleza de su cuerpo así lo demuestra.

De este modo, en la manipulación generada por la forma de vida doméstica acude a fenómenos del mundo natural para naturalizar (hacer-parecer verdad) la maternidad. Se muestra como indispensable el rol materno para determinar la identidad de las mujeres. Asimismo, desde las competencias, se observa que un sujeto puede tener el saber y el poder para ser y hacer algo, en este caso: ser madre, pero no necesariamente serlo y hacerlo. Puesto que, las intenciones y motivaciones son de orden discursivo, cultural e individual, no innatas ni predestinada por la naturalezas. Luego del argumento biologicista se acude a la culturalización de algo denominado instinto maternal. Elisabeth Badinter al respecto señala la exaltación del amor maternal como valor simultáneamente natural y social, favorable a la especie y a la sociedad, puesto que

Le crean a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran un mito que doscientos años más tarde seguiría más vivo que nunca: el mito del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo que en la antigüedad no existía⁸⁹.

El argumento que Badinter tiene para catalogar de mito al instinto maternal y más adelante como producto de la evolución reciente de Occidente es su investigación sobre historia francesa en la cual da cuenta del *modus vivendi* de los niños antes de 1760: aislados, abandonados por sus madres y entregados a nodrizas puesto que la concepción del infante era adulto aún no formado. Esto hacía que ellos hasta fueran objeto de miedo porque se les señalaba como sujetos producto del pecado original o estorbos⁹⁰, “incluso la lactancia del niño era vista en muchos círcu-

⁸⁸ ROUSSEAU. Op. Cit. p. 249.

⁸⁹BADINTER, Elisabeth. ¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós, 1991. p. 117.

⁹⁰Ibid., p. 47.

los como una pérdida de tiempo para la madre”⁹¹. Así, la respuesta de las mujeres era la llamada indiferencia materna, que no era sancionada de forma negativa por la sociedad, pues la población tenía esos mismos imaginarios sobre la condición del niño, es más, podría llegar a ser absurdo hablar de un instinto materno en esa época.

De modo que, la maternidad como valor tuvo una transformación pasó de causar disforia a euforia en la sanción social que se le otorgaba. Primero se crea el deber, con el fin de preservar la especie humana porque el abandono estaba generando alta mortandad infantil, pero al no ser este un argumento tan evidente se le otorgó un sentido pasional y así mostrar la maternidad como deber y acto de nobleza humana, entrañable digno del amor: “un deber que sería además la fuente de la felicidad humana”. Esto evidencia el carácter cultural de dicho valor y el efecto manipulatorio de su hacer parecer como natural, es decir de su naturalización. Un cuadrado semiótico de la veridicción permite analizar este fenómeno de persuasión en el cual se pretende hacer parecer verdad el instinto también llamado amor maternal con el cual se pretende mostrar la maternidad como determinante indispensable para dar identidad a las mujeres:

Figura 7. Cuadrado semiótico de la veridicción (ver siguiente página)



Fuente: GREIMAS, Op. cit. p. 63.

⁹¹GERGEN, Keneth. El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós, 1997. p. 34.

Esta relación con la naturaleza hace que le sea asimilado el rol de reproductora por defecto. Pues se establece que, todas las mujeres deben procrear puesto que poseen el aparato reproductor que las determina para dicha función. Además, se argumenta que la conformación de un hogar no puede darse solo con la unión marital, la reproducción es indispensable, la familia necesita de los hijos. Y, de ser posible, varios hijos, pues esto es muestra de la fertilidad que puede tener la mujer. Esta capacidad es valorada de forma positiva y de la cual se dependen otros valores como la armonía del hogar. Los hijos son vistos como la alegría de la casa, semejanza de la sagrada familia de la cristiandad, hombre, madre e hijos, donde la mujer sea el eje articulador:

El culto a la virgen María proporciona un patrón de creencias y prácticas cuyas manifestaciones conductuales son las fortaleza espiritual de la mujer, paciencia con el hombre pecador, y respeto por la sagrada figura de la madre⁹².

De esta manera, la familia constituye un rasgo determinante para la identidad de la mujer. Por el poder que representa dar a luz, de tener hijos, la vida de la mujer se define a partir de esta representación. Ser capaz de dar a luz evidencia un poder femenino, que en el momento de la consolidación del modelo (en la ilustración y posterior) fue solo señalado como una situación natural y se le restó importancia en la producción de la vida social. Es decir, la reproducción era subvalorada y encerrada en la vida privada de las familias: “Por ser madre, la vida de una mujer se va a centrar en los límites de la esfera privada, una vez que se ha definido la familia en torno a las relaciones madre-hijo”⁹³. Esta idea es reforzada con la visión rousseauna que advierte que a la mujer se le define como infantil por su cercanía a los niños; mujeres y niños formarán un grupo homogéneo y aparte de la sociedad racional de los hombres.

⁹²FULLER, Nelly. En torno a la polaridad marianismo-machismo. En: género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino, ARANGO, Gabriela (Comp.). Bogotá D. C. Ediciones UNIANDES y Facultad de Ciencias Humanas UN, 1995. p. 243.

⁹³MOLINA PETIT, Cristina. Dialéctica feminista de la ilustración. Barcelona: Anthropos. p. 119.

No significa entonces que la reproducción no fuese importante sino que se encontraba en otro nivel de jerarquía, todo lo contrario, la reproducción es en relación con la mujer un valor positivo. Mientras que, los valores masculinos giraban en torno a la actividad pública, sea de carácter intelectual o laboral obrero. Mientras que para las mujeres la reproducción se configuraba como el valor más exaltado por el cual se hacían visibles ante los demás actores de la sociedad, sobre todo si los hijos eran hombres, pues se obtenía una valoración más eufórica. Si los niveles se contrastaban, primaban los valores masculinos, de modo que la actividad reproductiva era subvalorada.

Según esta idea, la reproducción de la mujer se opone a su poder de razonamiento, al saber de carácter intelectual que pueda tener, es decir, un saber semántico o proposicional de gran prestigio en la tradición racionalista occidental. El poder dar a luz y la convivencia con los infantes le resta poder (y tiempo) para saber sobre otros aspectos de la vida social, lo cual matiza aún más el carácter salvaje y únicamente natural con el cual se señalaba el rol femenino. Así, el hombre al no estar relacionado culturalmente con el proceso de la reproducción se inmiscuye en otros asuntos. Él se relaciona con el carácter cultural, en clara oposición con la aparente sinrazón femenina, pues la mujer sigue apareciendo en la dupla mujer-hijo y por ende no se desliga del instinto maternal que la acompaña. Bajo esta premisa no queda más remedio que refugiarla en la casa, lugar propicio para que se desarrolle como buena esposa y ahora madre.

Para el caso de las actoras de las crónicas, la experiencia de ser madre presenta variaciones respecto al ideal. Ante eso, Perrot afirma que “para las mujeres es una fuente de identidad (la maternidad), es el fundamento de la diferencia reconocida, aun cuando no haya sido una etapa vivida”⁹⁴. A eso se suma el sentimiento maternal que se vio en aumento durante el siglo XVII por medio de la manipulación de los discursos y el anclaje social a través de políticas de Estado institucionalizando,

⁹⁴PERROT, Op. cit. p. 88.

por ejemplo, el día de la madre en Estados Unidos⁹⁵ y que luego se expandió por todo el mundo. Hacer sentir amor por la experiencia de la maternidad carga de simbolismo un acto que, como se ha visto hasta ahora, era solo naturaleza femenina.

El valor de la maternidad es claramente observado en la crónica *Secreto entre Sábanas*. María, figura femenina central de la historia, no focaliza su discurso en la maternidad y es parte inextricable de la situación de violencia intrafamiliar que padece. Ella reseña su experiencia sobre el embarazo y la relación que tenía con el esposo. Dichas relaciones entran en crisis cuando media el acto de violencia, pues la maternidad se ve afectada, tanto así que puede no llegar a compartir el ideal maternal de la forma de vida instaurada socialmente:

Tras unos pocos meses de amoríos, un embarazo no planeado y una propuesta de aborto que ella rechazó, María y Antonio juraron ante un cura estar juntos hasta que la muerte los separase. [...] La primera vez –ubica luego de patinar entre hechos y momentos–, debió haber sido cuando todavía estaba en embarazo del primer hijo, algunos meses después del matrimonio, por allá a principios de los años ochenta. El suyo es un drama que se repite desde hace siglos, y todavía: Antonio bebía, llegaba “contentico”, y en la alcoba la buscaba pero ella no accedía. Que no le gustaban los borrachos, le había dicho siempre, pero él la obligaba, y cuando no podía la llamaba puta, le pegaba, le preguntaba si era que había pasado muy bueno con el otro. [...] María no lo dice, pero cualquiera de sus cinco hijos (o varios) puede ser producto de una violación, y posiblemente todos hayan sido testigos desde el vientre de alguna de tantas vejaciones⁹⁶.

El recorrido de María en el relato empieza con un querer no estar embarazada, pues se enuncia un embarazo no deseado. Sin embargo el hecho de abortar tampoco fue su opción, por lo cual hace presencia un querer no estar. Es decir, el no querer hijos en dicho momento (al no estar planeado) no representaba un no quererlos como tal. El matrimonio fue su alternativa, lo cual muestra que la relación marital fue producto de un deber ser madre que le implicaba su estado de embarazo, es decir, el deber ser madre le instaura la intención y la motivación de modo

⁹⁵Ibid., p. 89.

⁹⁶ OSORIO LEMA, Op. Cit. p. 1

que el deber conduzca al querer. En este caso, la maternidad se construye como un acto voluntario y consciente. Entonces, María aparece sobremodalizada con el deber-deber, pues se encuentra sometida, se ve obligada mediante la violencia a tener relaciones sexuales con su esposo cuando ella no lo deseaba así. El enunciador manifiesta que es un acto reiterativo en muchos hogares donde la jerarquía de mando, quien tiene el poder sexual sobre la mujer es el hombre.

Así se puede hallar un deber ser esposa-madre que contrasta con un no poder actuar frente a las acciones violentas del esposo. Ante esta situación de maltrato proferido por el marido se muestra impotente. El que resista dichas vejaciones está dado por una valoración más importante hacia el deber ser madre “yo aguanté tanto porque él era muy buen padre, se veía en ellos”⁹⁷. Este enunciado nuevamente cobra importancia porque no solo evidencia la obediencia como ya se analizó anteriormente, sino que además muestra la importancia que para María tenía el mantener un hogar por sus hijos. El deber ser madre supera entonces la violencia a la que fue expuesta en el deber ser esposa.

María manifiesta no querer borrachos, es decir, sanciona negativamente el estado de embriaguez de su marido, pero esto no es impedimento para el hombre, quien se contrapone insultándola. De este modo, el marido aumenta la disforia de la actora en no querer. A pesar de esta situación de violencia sexual e intrafamiliar, María no rechaza a sus hijos. El deber ser madre a pesar del acto discursivo del sujeto masculino se mantiene.

En el caso de María, la maternidad está atravesada por un acto de violencia. Ella no rechaza a sus hijos, es decir, no evidencia un no quererlos sino a la forma como los concibe. Ante esto, el enunciador expone una escena en la que un hijo, ya grande, defiende a María del esposo cuando intenta continuar con las ofensas: “Una amenaza de golpe, su segundo hijo como testigo y defensor, y ella que empuña el palo para defenderse”. También, se hace presente la reiteración y los re-

⁹⁷Ibíd., p. 2.

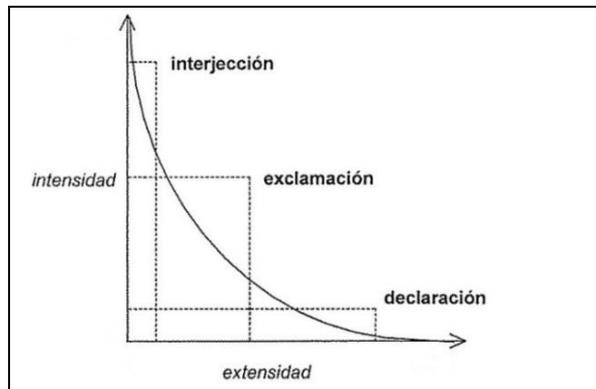
cuerdos de la violación “María no lo dice, pero cualquiera de sus cinco hijos (o varios) puede ser producto de una violación, y posiblemente todos hayan sido testigos desde el vientre de alguna de tantas vejaciones”⁹⁸.

De esta forma, María configura un conjunto de valores que le generan su identidad. La actora realiza valoraciones eufóricas ante el cumplimiento del deber como padre respecto a sus hijos así como a sus deberes con la economía del hogar, pues él paga a tiempo las deudas; mientras que manifiesta disforia ante la borrachera de su esposo y sobre todo ante su maltrato físico y verbal. Esta situación evidencia una tensión que le profiere la presencia de Antonio a María, pues su marido se configura como un sujeto ambivalente, de modo que se pueda representar un esquema tensivo donde se observe el carácter de intensidad producido por la mira sensible de María y la extensidad producto de la captación de las vejaciones que ella padecía. Él la golpea, la abusa y la insulta, estos elementos contribuyen a forzar la disforia de ella hacia él.

Esta tensión hace evidente que los valores que componen la identidad de la mujer la condujeran a poner en riesgo su propia vida. El esquema muestra el recorrido de ascendencia pues en la valencia de la declaración se hacen los insultos, en la exclamación cobran valor los golpes que es un tránsito de concentración y la interjección hace referencia al grito de basta, en el que pone en riesgo su vida pues está en un punto de máxima intensidad. En el capítulo dos se analizará con más profundidad el querer como determinante del cambio. El esquema que se presenta a continuación ilustra la progresión tensiva de María:

Figura 8. Esquema tensivo

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 2.



Fuente: ZILBERBERG, 2006.

De otro lado, hay que recordar que la maternidad como hecho natural instaurado por el discurso ilustrado fue investida del amor maternal, una dedicación exclusiva a los hijos para mantener unidos los lazos familiares. Sin embargo, el ser madre genera estados y acciones movilizadas por el deber más que por el querer, también llamado instinto maternal⁹⁹. Así también se puede observar en la crónica Mamita Clementina de Francis Nelly Jaramillo, que relata la historia de una mujer-madre trabajadora en Antioquia:

Como esposa debía cumplir con otro mandato divino, tener los hijos que Dios le enviara, lo cual con mucha valentía, atrevimiento y desacato, sólo tuvo tres hijos, dos mujeres y un hombre, lo que del mismo modo la puso en apuros y merecedora de muchos golpes, que en esa época estaba mal visto tener tan pocos hijos y más aún tantas mujeres, que además de hacer perder el apellido se convertían en una carga, sino se tenía lo suficiente para pagar o arreglar un buen casorio¹⁰⁰.

En este apartado de la crónica se manifiesta nuevamente la reiteración del discurso de lo natural, esta vez sustentado en la divinidad. Era dios quien determinaba los roles y el de la mujer era ser madre. Deber ser madre era sagrado y como tal debía ser más que un deber una obligación porque dios así lo dice. Lo cual hace

⁹⁹BADINTER, Op. cit. p. 197.

¹⁰⁰ JARAMILLO, Francis. Mamita clementina. En voces y silencios. Testimonios de mujeres trabajadoras. HENAO, Amparo (Ed.). Medellín: Ediciones Escuela Nacional Sindical, 2005. p. 25.

evidente la función de legitimación que cumple la iglesia como institución que genera y al mismo tiempo hace saber sobre los mandatos del discurso sagrado. Sin embargo, Clementina rompe con esa obediencia solo teniendo tres. Es decir, no rompe del todo el mandato divino, pues tiene hijos, pero por lo menos frena un poco su índice de natalidad. Clementina, como sujeto orientado al deber ser madre actúa en el relato también como antisujeto de ella misma, pues es ella quien decide no tener hijos a pesar de las consecuencias: “merecedora de muchos golpes” tuvo de parte de su marido.

Asimismo, la figura femenina enuncia rasgos axiológicos con visión androcéntrica al decir que “en esa época estaba mal visto tener tan pocos hijos y más aún tantas mujeres, que además de hacer perder el apellido se convertían en una carga”. Es decir, la mujer debía demostrar ante la sociedad su fertilidad, hacer ver que cumplía con su deber ser madre a través del número de hijos que podía parir. El poder concebir hijos, ser fértil, construye un valor sancionado de forma positiva por la sociedad. Más allá de cuidarlos (pues no se enuncia explícitamente), alumbrarlos daba estatus a la familia. La maternidad entonces es valorada por la sociedad de manera positiva y así la mujer era vista: como cumplidora de su deber. Lo contrario le traía problemas, la ponía en apuros con su marido y por ende con la sociedad.

Es importante insistir en que, el todo no era tener hijos, era importante que fueran varones. Por dos razones que investían de valor negativo el tener hijas. Estas se enuncian explícitamente: 1) perdían el apellido y 2) se convertían en una carga sino tenían un buen trato económico en un matrimonio. Esto determina la importancia que tiene la masculinidad, que al estar focalizada en el discurso se puede hallar un valor. La reproducción femenina es considerada como un valor positivo, pues era bien visto socialmente. A esto se suma la importancia que se le daba a que hijos sean de sexo masculino, mientras que si fuesen mujeres el prestigio social de familia y a su vez el propio de la mujer era gravemente reducido. Algo no

muy distinto sucede con Delfalina, quien en la crónica *Que nadie te arrebate la felicidad* donde se enuncia tal disforia representada en sus hijas:

Cuando la barriga le crecía y se le ponía dura, se daba cuenta que estaba en embarazo, se odiaba, no sabía cómo pasaba. “Para qué hijos —se lamentaba—, si la vida es para sufrir. Y él me decía: vos que no servís para nada, no me das sino mionas. Ahora es que me doy cuenta de que el hombre es el que define el sexo”. Cuando nació la niña se fueron a vivir donde otra familiar que al ver como lloraba Delfalina le dijo que no fuera boba, que planificara. Le explicó cómo, la llevó al centro de salud, le compró las pastillas. Feliz. No más hijos. Estaba feliz¹⁰¹.

Humberto utiliza el semema “mionas” para referirse a las hijas que le da Delfalina. Esta asimilación fonética es derivada de meón-ina, que significa que orina mucho o con mucha frecuencia, pero su uso representa un fenómeno fonético del habla regional. Este calificativo reduce el valor de la identidad del sujeto pues aminora sus capacidades al mero rol del sujeto. Es decir, “mionas” es un rasgo descriptivo que le produce molestia al marido y a su vez a la mujer. La disforia presente en Delfalina a causa de tener solamente hijas mujeres se convierte en un rasgo disfórico adicional a su rechazo hacia la maternidad.

Esta crónica reúne de cierta manera las angustias que la maternidad, el deber ser madre, trae para las mujeres. Pues tener hijos ha sido el deber de la mujer no solo para tener prestigio familiar sino para ocupar el cargo de mujer en la sociedad. La maternidad la inviste del rol de dadora de vida, en cumplidora de su deber que les da estatus al lado de su marido, le da poder. El no dar a luz representa los valores contrarios, señalamiento social, maltratos (verbal y físico) de parte de sus maridos y sanciones de los sujetos que asumen el rol de destinadores judicadores (generalmente sus madres y sus familias). En los casos de Delfalina y Clementina se describe un círculo de reproducción que paradójicamente es sancionado de forma negativa. En los casos de Delfalina y Clementina se hace evidente un círculo de reproducción que paradójicamente es sancionado de forma negativa. Tener hijas

¹⁰¹BEDOYA BUILES, Op. Cit., p. 2.

es señalado por la sociedad; pero al mismo tiempo es la garantía de la reproducción siguiente tanto de varones como de mujeres que continúen con el ciclo vital.

Así, el deber ser, modalidad virtualizante, se actualiza a través del poder que este trae consigo, es decir, se presenta una sobre modalización. Puesto que el deber ser madre junto al deber ser esposa constituyen una forma de poder femenino del cual son portadoras; como lo afirma Fuller cuando se refiere a que el modelo tradicional del sujeto femenino está asociado al ámbito doméstico y a la maternidad “su lugar en la sociedad pasa por la influencia que ejerce en el hogar y su poder sobre los hijos. Sus cualidades son su valor moral superior y su rol de mediadora frente a lo sagrado”¹⁰².

Puesto que, la mujer casada se convierte en cuidadora también de su esposo, se halla un poder sobre la familia pero que solo puede conservar si mantiene su carácter sacrificial, en otras palabras, su abnegación frente al esposo, sino se somete no puede. Por lo tanto “de este cuerpo de actitudes y valores (abnegación, docilidad, paciencia) habría surgido el marianismo como expresión de la creencia en la superioridad moral de la mujer que asocia la madre a la Virgen María”¹⁰³. Esto evidencia no solo el poder sino el efecto de manipulación discursiva, que hace parecer a la mujer como superior en cuanto a los valores morales frente a la forma de vida libertina que pueda tener el hombre. Se presenta un hacer creer para la mujer que le da poder, situación indisociable también del efecto manipulatorio que le dio la nominalización *ama* de casa, dueña del hogar.

Pese a este hacer creer, la invisibilización de rol de mediadora, por ejemplo, han reducido la importancia de valores fundamentales en la sociedad. Al naturalizar la maternidad se hace a un lado la importancia cultural de la crianza subvalorando dicho acto. Por eso, ellas no enuncian sentir rechazo pero tampoco una grata alegría al tener hijos, más bien sancionan de forma negativa el tener ‘tantos’ hijos. Es

¹⁰²FULLER, Op cit. pp. 242-243.

¹⁰³ Ibid. p. 243.

decir, ven en el embarazo una carga, pues es un deber ser y no un querer ser. Esto se puede visualizar mejor en la tabla 1 sobre las valoraciones del deber ser madre.

En la tabla que sigue se muestra la valoración que cada mujer realiza y al mismo tiempo qué tipo de norma predomina según el esquema propuesto por Philippe Hamon¹⁰⁴ sobre los sistemas normativos en el texto. Pues reconocer el carácter de la norma identifica la forma como son evaluados los estados, que como se verá se hace presente la predominancia de una norma ética¹⁰⁵. Esta norma refiere a lo bueno y lo malo, lo conveniente e inconveniente, en síntesis, al saber vivir y en la semiótica se asumen partir de las evaluaciones que un sujeto realizan con respecto a una acción de otro o de sí mismo. Para tener un panorama más compacto sobre aquello que enuncian las mujeres, se analiza la maternidad como rasgo identitario. Se presenta el siguiente cuadro en que se compendian los enunciados que en cada crónica refieren a la figura femenina y su relación el deber ser madre.

Tabla 1. Deber ser madre

DEBER SER MADRE			
Actora	Enunciado	Valoración	Norma predominante
María	• Tras unos pocos meses de amoríos, un embarazo no planeado y una propuesta de aborto que ella rechazó [...]	(-) embarazo no deseado (-) aborto	Ética
	• María no lo dice, pero cualquiera de sus cinco hijos puede ser producto de una	(-) ofensas (-) violencia sexual	Ética

¹⁰⁴HAMON, Philippe. "Texto e ideología: para una poética de la norma", en: *Criterios* N° 2-28, enero 1989-diciembre 1990. La Habana: Documenta Magazines, pp. 66-94.

¹⁰⁵ La norma ética hace parte de los aparatos normativos textuales incorporados al enunciado, con los cuales se construye el efecto ideología en un texto. [...] Cada vez que una persona actúa en colectividad, su relación con los otros puede hallarse reglamentada por etiquetas, leyes, un código civil, jerarquías, procedencias, virtuales tabúes alimentarios, manera de la mesa, códigos de urbanidad (decoroso/indecoroso, culpable/inocente, etc.) que asumidos por tal o cual evaluador, vienen a discriminar sus actos y su competencia para obrar en sociedad su saber-vivir (Cf. Ibid. p. 22)

	violación [...]		
	<ul style="list-style-type: none"> • Una amenaza de golpe, su segundo hijo como testigo y defensor [...] 	(+) hijo como defensor	Ética- Instrumental
Delfalina	<ul style="list-style-type: none"> • Alimentar ese par de niñas que ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre [...] 	(-) no saber sobre embarazarse	Instrumental
	<ul style="list-style-type: none"> • Ella amarró a sus niñas con una cuerda a su cintura, porque le dijeron que se las podían robar. 	(+) cuidado hijos	Ética
	<ul style="list-style-type: none"> • Él me violaba, yo no entendía lo que él me hacía. 	(-) violencia sexual	Ética
	<ul style="list-style-type: none"> • Cuando la barriga le crecía y se le ponía dura, se daba cuenta de que estaba en embarazo, se odiaba, no sabía cómo pasaba. 	(-) embarazo (-) Mionas (hijas mujeres)	Ética
	<ul style="list-style-type: none"> • Para qué hijos –se lamentaba- , si la vida es para sufrir. 	(-) sufrimiento	Ética
Clementina	<ul style="list-style-type: none"> • Como esposa debía cumplir el mandato divino, tener los hijos que Dios le enviara, lo cual con mucha valentía, atrevimiento y desacato, sólo tuvo tres hijos [...] 	(-) norma religiosa (+) poder tener control natalidad	Ética Instrumental
	<ul style="list-style-type: none"> • [...] ya que estaba mal visto tener tan pocos y más aún tantas mujeres. 	(-) sanción social	Ético
	<ul style="list-style-type: none"> • Debes aprender [...] a cuidar a tus hijos, a formarlos bien. 	(+) formación (saber)	Ético
	<ul style="list-style-type: none"> [...] cuidado con dejarte cuentear pues si tienes hijo por fuera del matrimonio nadie te volteará a mirar. 	(-) dejarse cuentear	Ética

Fuente: Autora

Lo anterior, en resumen, presupone un juicio de valor disfórico con relación a la maternidad. El deber ser madres está sobremodalizado, es un deber-deber, pues es impuesto del mismo modo que el deber ser esposa. Entonces, hay una obligación de por medio, una norma ética por cumplir ante la sociedad que la representan los vecinos, la familia, etc. Ser madres no nace a partir de un deseo eufórico y propio de las mujeres, según los testimonios de las crónicas. Las valoraciones positivas respecto al tema dejan ver que es el poder, el no tener tantos hijos lo que quieren. El carácter positivo de este juicio de valor evidencia la transformación, pues la sumisión o la obediencia a la norma de conducta ética del deber-ser madre está intentando ser cambiado por estas tres mujeres. Además, los enunciados muestran la disforia en la que se encuentran, a lo que han tendido en llamar 'llenarse de hijos': "pues la otra ya se había casado y está llena de hijos"¹⁰⁶.

1.1.3 Ama de casa

El tercer rasgo es el ser *ama de casa* que pertenece a la triada de mujer ideal. Toda mujer casada cambia de espacio, de la casa paterna a la casa marital, como lo dijo Rousseau en la Ilustración y como se fortaleció esta idea en el siglo XIX y aún hoy se escucha, "en el caso de las hijas, ellas pasan de la tutela paterna al dominio del esposo en el matrimonio"¹⁰⁷. En la casa se convierte en la *ama*, ya no la que ayudará a su mamá o a sus hermanos en la casa de sus padres, ahora ella será quien dirija o realice las labores del hogar. Dependiendo de la condición socioeconómica será ella quien dé las órdenes a las empleadas o será la que personalmente velará por mantener limpia y acondicionada la casa y hará todas las labores que impliquen su nuevo estado.

¹⁰⁶ JARAMILLO, Op. Cit., p. 26.

¹⁰⁷ Refiriéndose a Sofía de Rousseau. BRITO, p. 72.

Respecto a la nominalización de ama de casa se destaca el significado del DRAE: “Persona dueña de algo. Persona que predomina sobre otros, o en algo” y el uso refiere “como tratamiento dirigido a la señora o a alguien a quien se desea manifestar respeto o sumisión”¹⁰⁸. Estas significaciones dan cuenta de una forma de hacer-hacer sobre la mujer, puesto que hacer parecer que son dueñas de algo permite que las mujeres entren de forma más rápida al contrato matrimonial, lo cual evidencia un efecto manipulatorio. Ser amas de casa implica ser cabezas o señoras de una familia por tanto obtener un lugar dentro de la familia y por ende en la sociedad. Gabriela habla de un hacer cuando enuncia: “él [esposo] prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa”¹⁰⁹. De modo que el ejercicio de un rol es un poder-hacer. Siendo hijas eran subordinadas de sus padres, pero al darle el nombre *ama* se le otorga poder a la mujer, en apariencia, puesto que se evidencia una argumentación por seducción, se obtiene poder si se casa y cumple con los oficios de la casa. Así se hace parecer verdad que las mujeres tendrán poder, mas como se ha podido ver, el contrato del matrimonio ha sido un contrato de subordinación donde la figura femenina pasa de obedecer a sus padres a obedecerle al esposo en todo.

En este sentido, la medievalista Silvana Vecchio evidencia la forma de vida ideal heredada de la tradición cristiana. Para ello resalta los deberes de la buena esposa recurriendo a la cita bíblica que se refiere a Sara¹¹⁰: “Dicho esto, abrazando los padres a su hija la besaron y dejaron ir; amonestándola que honrase a sus suegros, amase al marido, cuidase de su familia, gobernase la casa y se portase de

¹⁰⁸RAE, Op. cit. 129.

¹⁰⁹ ARARAT OSPINA, Lina María. Los golpes de la vida. En KREMER, H. El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas. Santiago de Cali: Universidad Icesi, 2010. p. 71.

¹¹⁰ Sara es un personaje de la Sagrada Escritura que fue ignorado por mucho tiempo, pero que hoy es el personaje predilecto para ilustrar cómo debe ser una buena esposa. Sara casada con Tobías después de que las insidias diabólicas le robaran el marido en siete oportunidades, la víspera de la boda, se enfrenta al matrimonio tras tres noches de oración y con las más santas instrucciones. Obediente, casta, devota, Sara encarna a los ojos de los clérigos ya una, ya la otra de todo ofrece la posibilidad de compendiar los múltiples roles de la mujer en el seno de la familia y las reglas específicas de comportamiento para cada uno de ellos.

un modo irreprochable”¹¹¹. Según este texto los deberes de una mujer tenían que ver con honrar a los suegros, amar al marido, cuidar la familia y más que cuidar de la casa le encomienda “gobernar”, es decir, mandar con autoridad, dirigir. De manera que el hogar es considerado de alta importancia puesto que la casa representa en ese imaginario el espacio femenino por excelencia. La casa es el espacio dado para la reproducción y la conservación de la institucionalidad familiar y es allí donde actúa la mujer, quien debe encargarse de su mantenimiento. Para el hombre está reservada la vida pública, por ende la calle, espacio exterior y abierto opuesto al espacio interior y cerrado que constituye la casa.

Para la mujer casada, estar en casa quiere decir, lo mismo que para la virgen, estar protegida de los peligros, pero también manifestar virtudes idóneas para la tranquilidad del marido: fidelidad, continencia, pudor, vergüenza. Al mismo tiempo, para la mujer casada la casa es también un espacio a custodiar; la mujer, incapaz de administrarse, necesitada de la custodia y la guía moral del marido¹¹².

El espacio doméstico es el lugar que la mujer está llamada a preservar. La mujer debe atender y resolver todos los problemas que se presenten, además del aseo, puesto que la pulcritud no solo debe ser de la mujer sino de todo el hogar. Para Almudena Hernando, el espacio doméstico puede tener una explicación referente a la movilidad: “cuanto menos es la movilidad en un espacio que se representa a través de los elementos que contiene, menor es la racionalización del mundo y mayor la vinculación emocional a cualquier elemento de la naturaleza que lo integra”¹¹³. En tal sentido, que las mujeres estén adentro, en la casa, está relacionado no solo con el cuidado de la prole que en un principio se justificó sino también, posteriormente, con la decisión de apartarlas de otro tiempo de conocimiento distinto al doméstico. (Para ampliar ver capítulo 2).

¹¹¹ Biblia para el pueblo de Dios. Tobías. Capítulo 10: 12-13.

¹¹² VECCHIO, Silvana. La buena esposa. En. Historia de las mujeres. Vol. 2. La edad media. DUBY, Georges y PERROT, Michelle. Madrid: Taurus. p.172.

¹¹³ HERNANDO, Op. cit. p. 90-91.

Asimismo, se debe tener en cuenta que si las eventualidades que se dan en la casa tienen que ver con dinero, con la economía del hogar, ya se sale de las competencias femeninas, por ende existe una limitación en el poder, pues ella no debe inmiscuirse en esos asuntos. Esta lógica describe que el dinero lo provee el esposo y la mujer no debe meterse en ello.

Excluida la posibilidad de estipular contrato y de manejar el dinero del marido, la actividad femenina se reduce una vez más a la gestión de lo que es necesario para la subsistencia física –comida y ropa- mientras que la virtud esencial de la economía doméstica se precisa en la frugalidad que, tendencia natural de la mujer se compagina perfectamente con su tarea específica de conservación¹¹⁴.

Por eso la colaboración que las mujeres hacen para el hogar junto a otras actividades, como costura o labores de la cocina para otras personas, no pueden representar mayor dinero, pues los hombres deben mantener sus estatus de proveedores económicos. Es más, dicha colaboración se ve como eso, tan solo como una ayuda y no como un trabajo. Esta situación la vivió Delfalina, quien en un entorno rural asumió unas actividades que parecían estar en el ordenamiento del trabajo doméstico. Recordemos el apartado:

A la una de la madrugada estaba en la cocina, preparando el desayuno para 19 trabajadores que llegaban a las cuatro de la mañana. También les tenía que empacar el almuerzo y el algo. Humberto, el esposo, con quien se casó a los 16 sin saber qué era eso de ser esposa, se iba con todos los trabajadores para el monte. Sin darle un beso, sin decirle adiós. Después, lo mismo de siempre: alimentar ese par de niñas que ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre, luego coger un costal lleno de ropa sucia e ir a la quebrada a lavarla¹¹⁵.

De este conjunto de enunciados de la crónica, se pueden evidenciar las competencias que dan cuenta al mismo tiempo de rasgos cognitivos¹¹⁶ del deber ser ama de casa: Delfalina sabe cocinar, sabe lavar, sabe preparar el desayuno para muchas personas, empaca y arregla el almuerzo para el esposo. También está pen-

¹¹⁴ANDERSON, Op. cit. p. 140.

¹¹⁵BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 1.

¹¹⁶SERRANO OREJUELA, Narración, argumentación y construcción de identidad. Op. cit. p. 99.

diente de las niñas, sabe ir a la quebrada y sabe lavar. Esos saberes enunciados la constituyen como un sujeto manipulado, que como ya se había indicado, la madre la había hecho competente para para cumplir las labores que la distinguían como buena esposa. Hay que aclarar el deber ser buena esposa reúne también las características de la buena ama de casa, pues son interdependientes. No se puede ser buena esposa, por más que se estime y cuide al marido, si no se es buena ama de casa, es decir, si no se cumple con los oficios del hogar; según Velázquez lo conforman actividades: “que implican desde la búsqueda de los alimentos y el mejor costo de éstos, la preparación de la comida, el mantenimiento en orden de la casa, el lavado y zurcido de la ropa hasta el desplazarse por los hijos e hijas en horarios escolares”¹¹⁷. Por razones metodológicas, la división espacial respecto al saber se tratará en el capítulo 2.

Dentro de los rasgos cognitivos presentes en la crónica en lo que se refiere a la categoría Ama de casa, se visibilizan en la enunciación de la modalidad del saber. Reconocer que se sabe sobre los oficios, pero se enuncia que se casó a los dieciséis años “sin saber qué era eso” y más adelante se dice que “ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre”. Es decir, se reitera el no saber sobre hechos elementales dentro de su rol de mujer doméstica: casarse y tener hijos. Su madre la manipuló para que se constituyera como tal, pero solo en los oficios de la casa fue que obtuvo el conocimiento: cocinar y atender a los hijos y al esposo. Así, temas como la sexualidad se asumen como tabú, están ausentes en el discurso, lo que evidencia la inexistencia de la educación sexual, pues no se debía hablar de eso.

En ese caso, el no saber se opone al saber dentro de un mismo rol: mujer doméstica. A esa evidencia hay que sumarle los rasgos axiológicos que se presentan, que aunque ya se trataron algunos, el enunciado “lo mismo de siempre” carga de disforia la atención por sus hijas. Hay entonces una valoración positiva para aten-

¹¹⁷ VELÁZQUEZ, Pilar. El espacio doméstico: Geometrías de la subjetividad. Tesis de Maestría en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2011.

der al esposo a pesar de que este se marcha sin besarla y sin decirle adiós. Pero el cuidado de sus hijas constituye una carga que no quisiera tener. Esto demuestra que el valor de la abnegación se focaliza más que los otros, es decir, las labores de ama de casa, exaltan el valor del sacrificio o renuncia voluntaria de las pasiones por los deseos o intereses en favor del prójimo, aquí entiéndase esposo e hijos.

En este sentido, el rasgo de ama de casa refuerza la idea del “sentido de vigilancia hacia todo lo que conformase su hogar”¹¹⁸, como lo afirma Brito. Sin olvidar que este rasgo es también evidencia de la domesticación de la naturaleza, pues el semema de doméstico es relativo o perteneciente a la casa u hogar. Asimismo, los postulados de Rousseau cobran importancia pues la educación vista como manipulación de la madre hacia Delfalina para que sea esposa-madre-ama de casa constituye una domesticación de la naturaleza. En el caso de María, también desde niña colaboraba en su casa, donde tenía muchos hermanos pero al ser ella mujer debía encargarse de los oficios de la casa “desde pequeña, y para capotear la mayoría masculina de su familia, ella se esforzó en ser invisible”¹¹⁹, hacer las labores en silencio.

En la crónica Mamita Clementina, el deber ser *ama de casa* se presenta como un elemento fundamental en el desarrollo del rol de mujer doméstica y también como una huella aprendida desde la casa paterna. Su familia está presente para recordarle que ella había jurado ante un sacerdote estar siempre con su marido. Clementina también colabora en otras actividades, como Delfalina, para ayudar a su esposo y al hogar:

Ya que su familia le recordaba que había jurado ante Dios aceptar a su esposo para toda la vida hasta que a muerte los separara. Ella hace los trabajos de la casa normales y además le ayuda con la siembra y cosecha maíz, frijol, ca-

¹¹⁸BRITO, Op. Cit. p. 29.

¹¹⁹ OSORIO LEMA, Op. cit. p. 1.

fé y cacao, también de algunas plantas medicinales y hortalizas como para aderezar alimentos, de los cuales deja un poco para su utilización¹²⁰.

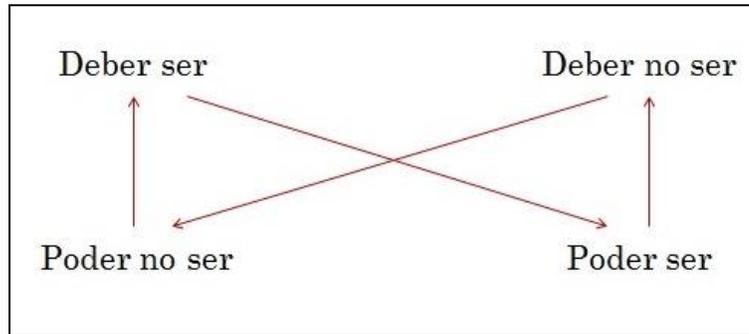
Así, estas figuras femeninas dan cuenta de una variación o una alternancia al trabajo meramente del hogar. Colaborar en las siembras, hacer la comida para más personas, trabajadoras de una mina, por ejemplo, dan cuenta no solo de los cambios en las familias donde el dinero que el esposo gana no es suficiente sino la apertura que tienen las mujeres en la vida pública o fuera del hogar. El salir un poco, porque no se puede decir aún que hayan salido y consigan su propio dinero, puede ser la huella que marca la toma de conciencia, el saber sobre otros escenarios y sobre otras actividades que les permiten ver que no solo el hogar es el espacio donde se pueden desarrollar. Delfalina por ejemplo, encontró en el trabajo del campo un aliciente que le demostró que ella sí era buena para algo, que sí era capaz.

Entonces, el deber ser obedientes como esposas, madres y como amas de casa se evidencia en el hacer, ellas realizan o cumplen estos roles a través de las actividades que ellas ejercen. Ese deber ser les permite alcanzar un poder ser queridas y/o respetadas por la sociedad como mujeres casadas cumplidoras de su deber. Sin embargo, ese poder no se genera porque son humilladas por sus esposos, es decir, no son ni siquiera respetadas por ellos menos aún por los otros actores. Ejemplo de ello está en Delfalina cuando la cuñada la pone de sirvienta porque Humberto se lo ordenó “Nos fuimos a vivir a Castilla a una pieza de una tía de él. Desde que yo llegué, le dijo a la tía que yo iba a ser la sirvienta de ella”¹²¹. Hecho valorado con disforia. Esta situación lleva a la imposibilidad, es decir a un deber no ser. El recorrido inverso empieza en esta imposibilidad y pasa por poder no ser que es el irrespeto y maltrato del que son víctimas, que las lleva nuevamente al deber ser obedientes que incluye estas vejaciones como parte de la docilidad silenciosa de la domesticidad. Este recorrido se puede proyectar a través de la oposición de las modalidades en el siguiente cuadrado semiótico:

¹²⁰JARAMILLO, Op. cit. p. 25.

¹²¹ BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 1.

Figura 9. Cuadrado semiótico confrontación deber ser/ poder ser



Fuente: GREIMAS, Op. cit. p.98.

En conclusión, se puede decir que los actores que asumen el rol de manipuladores instauraron en las actoras un poder sobre el hogar, que es un poder en lo que se ha llamado en la cotidianidad “la reina del hogar”, esto ha sido a través del deber ser que les han transmitido. Se les configura así un poder sobre los objetos que conforman la casa, muebles, electrodomésticos, y por supuesto, las labores que ellas deben realizar para mantenerla en buen estado: hacer aseo, lavar, planchar, organizar, limpiar el polvo, etc. De modo que si se cumplen estas labores son valoradas positivamente, pues cumplen con las normas éticas e instrumentales que así la describen: “el ama de casa que cumple sus <<deberes>> (norma ética) <<maquinalmente>> (norma tecnológica)”¹²². En consecuencia, el deber de hacer los oficios de la casa les configura el deber ser doméstico completo que su vez les otorga el poder hacer sobre el conjunto hogar y propicia la continuación de la ideología en el cumplimiento de las normas éticas y técnicas.

1.2 EL MODELO DE MUJER DOMÉSTICA EN CRISIS

Como se analizó, el deber ser esposa, ama de casa y sobre todo madre se evidencia como un motor que genera poder y les instaura un estado. La mujer doméstica a pesar de sus limitaciones de espacio, de las vejaciones que puede tener

¹²² HAMON, Op. cit. p. 33.

en el ámbito íntimo privado gesta un poder. Esto es, la mujer doméstica está empoderada, en la medida en que ejecuta el programa narrativo de búsqueda del ideal de mujer ella va alcanzando poder. Sin embargo, la realización femenina no se reduce al ámbito doméstico y de eso es que han dado cuenta las actrices centrales de las historias descritas. Brito explica esta idea de:

La figura de la mujer doméstica en las sociedades modernas fue adquiriendo tal hegemonía que pudo ser producida, como modelo y arquetipo, en todos los grupos sociales, hasta que se constituyó en un “deber ser” a la vez deseable y obligado para todas las mujeres que desean la aceptación y el prestigio; la domesticidad se ha convertido en un componente sustancial del moderno ideal de femineidad¹²³.

De modo que el deber ser quedó instaurado como un valor modal para la construcción del simulacro de mujer ideal. Pasa de ser una modalización de la mujer a generar sistemas de valores de orden cultural y social a partir de los cuales se actualizan la existencia de los sujetos. El deber ser como modalidad virtualizante se actualiza en el poder que genera el estar conjunta a un matrimonio ideal. Pero al ser esto una sobremodalización, es decir una obligación (deber-deber), al empezar a descubrir la frustración que le generaba no ser compensada en el simulacro del matrimonio ideal, la volición cambia de perspectiva y busca otros modos de realización y se pone en crisis la idea de componente sustancial del ideal femenino la alternativa instaurada que supone la domesticidad para la vida de las mujeres.

También se debe enfatizar en que el modelo de mujer doméstica en cuanto a la maternidad está sufriendo cambios. En los casos de las tres mujeres, la maternidad se constituye por obligación. Los destinatarios manipuladores hacen hacer a los sujetos femeninos quienes asumen ese rol de forma natural y no como un deseo puro de las entrañas como se quiso hacer ver. La maternidad es, como ya se dijo, un deber que da prestigio y aceptación social y que por supuesto empodera de cierta manera a las mujeres. La crisis nace a partir del no querer continuar con

¹²³BRITO, Op. cit. p. 102-103.

un ciclo en el cual ellas no se sienten recompensadas por sus esposos, a pesar de hacer este y otros sacrificios. Y la crisis identitaria modaliza nuevamente al sujeto y constituye el primer paso de cambio.

Los valores más recurrentes en los discursos analizados fueron: la maternidad, la fertilidad, la reproducción sexual, la abnegación y por supuesto la obediencia. Este sistema de valores conforman la ideología sobre la domesticidad femenina como ideal moderno del ser mujer. Este sistema da cuenta además de la valoración positiva de masculinidad, porque los hijos son mejor recibidos en las casas de las hijas. El conjunto de estos valores deja entrever que sigue prevaleciendo la relación entre mujer y naturaleza y que son los argumentos relacionados con lo natural-femenino los que aún prevalecen en el imaginario de las representaciones femeninas analizadas. Asimismo aparecen valores como la obediencia y la abnegación junto con la representación de la masculinidad que también muestran el carácter cultural de la domesticidad. De modo que naturaleza y cultura son magnitudes complementarias en las crónicas. Este sistema se corrobora con las palabras de Velázquez:

El siglo XIX europeo no sólo es el momento de consolidación del matrimonio burgués y de la aparición de la familia nuclear moderna, sino que es ante todo el momento en que, tal como lo hemos visto, la figura de la mujer doméstica se instala como eje vertebrador del hogar; se trata de la creación de un ente virtuoso, provisto de cualidades esenciales a la vida matrimonial y doméstica: discreción, modestia, abnegación, afecto, protección, frugalidad, obediencia y sumisión; un prototipo de mujer o “ángel del hogar” que [...] se irradió a los países occidentales a lo largo del siglo XX¹²⁴.

Las recurrencias que se presentaron en este primer apartado muestran también isotopías sobre el silencio. Puesto que no solo es enunciada la figura sino que, a pesar del carácter testimonial del discurso, el silencio es contrapuesto a la presencia, es decir, se presenta también en forma de ausencia. Un no decir, representa una focalización de lo ausente, que estos corpus es recurrente, el callar, el pasar desapercibida, el no decir nada para no incomodar. A estas mu-

¹²⁴ VELÁZQUEZ, Op cit. p. 70.

jerer las educaron en el silencio, sus deberes los realizaban calladas, no decían nada. Esta es una evidencia de la docilidad durativa que debían tener y hacer ver, la obediencia silenciosa para no enfadar a los antisujetos y a los actores que asumían el rol de manipuladores que les generaban una imposibilidad a ellas mismas: ellas podían convertirse en antisujetos al querer decir algo, reclamar algo. Así el silencio se configura como una figura que refuerza el eje identitario fundamental de las modalidades deónticas que con este rasgo se oponen a las modalidades volitivas.

Finalmente, es importante resaltar que gran parte de los aportes teóricos e históricos establecen relaciones con la situación de las mujeres en la edad media y en la Ilustración, pero las formas de vida de dicha época son influencia clara de la configuración de las identidades actuales. Esto muestra que a pesar del tiempo las mujeres siguen manteniendo recurrencias y reiteraciones discursivas. Se puede afirmar entonces que la construcción de la identidad presenta más estados, en palabras de Greimas permanencias que le permiten permanecer en sí mismo. No hay un cambio de modelo. Los recorridos para conseguir el poder a través del matrimonio siguen estando vigentes. Sin embargo, sí se piensan otras formas de realización, aunque aún en los fragmentos analizados no se hace tan evidente excepto por la disforia que ya empiezan a presentar. La toma de conciencia de parte de las mujeres en cuanto a sus roles y sus espacios de desarrollo será clave en los siguientes apartados.

2. DETERMINANTES DEL CAMBIO DE LA MUJER COLOMBIANA DEL SIGLO XXI

Este capítulo presenta la configuración identitaria de las mujeres a partir de las modalidades y los valores modales que determinan las transformaciones que sufren los sujetos femeninos en sus discursos. Para cumplir este objetivo se hace necesario reiterar el constructo teórico desde el cual se realiza el análisis: La identidad de las representaciones de mujeres colombianas en las crónicas es una construcción relacional, implica un sí-mismo y un otro observante. Así lo plantea Ricoeur cuando afirma que: “la identidad en el sentido de *ipse* no implica ninguna afirmación sobre un pretendido núcleo no cambiante de la personalidad [...] En sus variadas acepciones, «mismo» es empleado en el contexto de una comparación, y

tiene como contrarios: otro, distinto, diverso, desigual, inverso”¹²⁵. En otras palabras, la identidad se configura a partir de lo que el propio sujeto enuncie y de aquello que otros sujetos enuncien sobre él para aportar en la construcción del yo. En este marco, el enfoque de la semiótica discursiva analiza la identidad como construcción social y no como esencia inmutable y ahistórica. En las crónicas, las mujeres interactúan con objetos de valor descriptivos como la maternidad, vista en el capítulo anterior, y al mismo tiempo con otros sujetos donde se construyen relaciones y por tanto las identidades.

Este carácter relacional de la identidad se evidencia también en las reflexiones que realiza la teoría de género cuando afirma que: “las identidades son construidas porque son un producto discursivo, semiótico, de interpretación y producción de significados, no se nace con una identidad”¹²⁶. Por lo cual, la identidad es una construcción continua de los sujetos que deviene en sus estados y su hacer. Es en el discurso donde se hace presente su acervo identitario. Las dos dimensiones que la fundamentan son la cognitiva y la evaluativa. La primera, según Serrano, se basa en la competencia cognitiva del sujeto para la apropiación del saber sobre sí y los demás, que se expresa a través de un sistema lingüístico y otros sistemas de significación con los cuales enuncia; y la dimensión evaluativa a la que pertenecen las valoraciones de carácter afectivo y axiológicas "en el primer caso, reacciona como sujeto sensible (pasional) ante las situaciones en las que se ve involucrado; en el segundo, realiza evaluaciones desde diversos sistemas de valores (estéticos, religiosos, morales, políticos...) en los que se inscribe”¹²⁷.

Las dimensiones mencionadas son constitutivas y se hacen perceptibles en el recorrido narrativo del sujeto, de modo que las transformaciones que sufra afectan la identidad y pueden cambiar o mantener su estado. La identidad es un trasegar de conservaciones y transformaciones que se expresa en el hacer y en ser del sujeto.

¹²⁵ RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1996. p. XII.

¹²⁶ SERRET, Estela. Hacia una redefinición de las identidades de género. En: *Revista Géneros*. Colima. Vol. 18, N° 9 (marzo-agosto 2011); p. 75.

¹²⁷ SERRANO OREJUELA, Narración, argumentación y construcción de identidad. Op. cit. p. 99.

Por lo cual, se constituye un carácter relacional de la identidad, que se debe a su interacción constante con los demás sujetos y con los objetos, lo que hace la identidad sea un continuo devenir intersubjetivo.

Esta intersubjetividad también se construye por medio de las modalizaciones del sujeto. Para cada acción, el sujeto se modaliza para hacerla efectiva, puesto que, las modalidades son aquellas condiciones necesarias que debe tener el actor para poder realizar una acción. Así lo define Greimas y Courtés, la modalidad es entendida como lo que modifica el predicado, por lo cual la modalización se entiende como la producción de un enunciado llamado modal que sobredetermina a un enunciado-descriptivo¹²⁸.

Estas modalidades se dividen en virtualizantes, actualizantes y realizantes¹²⁹, que determinan el modo de existencia modal del sujeto y su relación con el sujeto. Graciela Latella¹³⁰ hace una clasificación: querer y deber (virtuales) donde hay una relación virtual con el objeto de deseo, saber y poder (actuales) donde se pretende un estado de conjunción con el objeto de deseo, y hacer (realizante) cuando ejerce la performance y permite entrar en conjunción con el objeto.

A partir de lo anteriormente señalado, el presente estudio sobre la identidad de las mujeres en las crónicas requiere explicitar las condiciones previas o facultativas para la acción transformacional de dichos sujetos. Es necesario acotar que en el capítulo anterior se indagó sobre la modalización del deber en un estado inicial de varias de las actrices (Delfalina, Gabriela y María). Dicho estado permitió la nominalización identitaria preliminar de mujer doméstica. En ese sentido, este capítulo se acerca a la configuración de la identidad de las representaciones femeninas a partir de los efectos de sentido que generan las modalidades en dichas crónicas

¹²⁸ GREIMAS, Algirdas Julien. y COURTÉS, Joseph. Op. cit. p. 262.

¹²⁹Fontanille plantea el modo potencializado generado a partir de las creencias caracterizado por las variedades: creer y adherir. Cf. FONTANILLE, Jacques. Semiótica del discurso. Lima: Editorial Universidad de Lima, 2001.

¹³⁰LATELLA, Gabriela, 1981-1982; 2011. Semiótica greimasiana y teoría de la comunicación. Revista de la Facultad de filología. [Archivo en línea] Disponible desde internet en Dialnet: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=143982> [con acceso el 3-2-2013].

periodísticas. Dicho propósito se lleva a cabo de la mano del análisis de los que se consideran determinantes para el cambio de las mujeres, es decir, de las modalidades virtualizadas y las que se actualizan.

Asimismo, se desarrolla un análisis particular de la dimensión pasional de las mujeres de acuerdo con la metodología de la semiótica discursiva, pues el querer como modalidad también articula los deseos. Esta empresa se argumenta a partir de lo que Greimas expresa como roles patémicos puesto que “si se desean captar las identidades transitorias del sujeto discursivo dentro de los sintagmas pasionales”¹³¹. Es necesario entender los procesos por los cuales transita el sujeto y se pueden identificar diversas características (de carácter evaluativo y cognitivo) que hacen parte de las transformaciones que luego llevarán al sujeto a un nuevo estado.

2.1 LO QUE QUIEREN LAS MUJERES

Como se enunció en el capítulo anterior, la figura femenina inicia su recorrido narrativo sobremodalizada por el deber, puesto que es una obligación para ella ser doméstica a partir del contrato fiduciario, explícito o implícito, del matrimonio o la convivencia conyugal en cual deben hacerse cargo del hogar y todo lo que implica: el cuidado de los niños, la limpieza del hogar, la atención al esposo, etc. De modo que se complete la triada instaurada esposa-madre-ama de casa. Dicha modalidad del *deber* se convierte en valor modal, así que genera la existencia discursiva del sujeto también configura un objeto valor disfórico cuando se toma conciencia de la no compensación del contrato mutuo del matrimonio.

¹³¹ GREIMAS, Algirdas Julien y FONTANILLE, Jacques. *Semiótica de las pasiones*. México D.F.: Siglo XXI editores S.A., 1994. p. 74.

A pesar de que la identidad inicial de la mujer se haya focalizado en el deber-deber (sobremodalización) esto no quiere decir no se presenten otras modalidades en el recorrido narrativo. El querer como modalidad virtualizante también aparece en la configuración identitaria, esta vez como intención y motivación para el cambio de estado. Entonces, ¿qué es lo que las mujeres quieren?, ¿qué es lo que esperan?, ¿qué valoran de forma positiva o negativa como sujetos de estado y de hacer?, ¿qué recorridos pasionales tienen las mujeres en sus discursos para transformar su existencia narrativa?

Para la semiótica, el *querer* es una modalidad para designar uno de los predicados del enunciado que rige el enunciado de *hacer*, en otras palabras, es el enunciado de carácter volitivo que configura las motivaciones, las intencionalidades y las competencias que le permiten al sujeto realizar su existencia. El *querer* se configura como una de las modalidades virtualizantes, pues tanto “las modalidades realizantes del estar-ser y del hacer, presuponen las modalidades actualizantes saber-hacer y poder-hacer y éstas a su vez, presuponen las modalidades virtualizantes: el querer hacer, querer ser y el deber hacer, deber ser”¹³². Cuando los sujetos destinatarios manipulan el deseo de obtener objetos de valor en los sujetos destinatarios, de modo que estos últimos se conjuntan o disjuntan a estos, puesto que la junción es la relación que determina el estado del sujeto con respecto a un objeto de valor.

Dentro del discurso, la modalidad del querer no necesariamente tiene que estar lexicalizada. Puede aparecer dentro de un conjunto de isotopías de las que se infiera la timia hacia algún objeto u otro sujeto, en otras palabras, la disposición afectiva de base que el sujeto tiene para buscar estar conjunto o disjunto del objeto de valor. Entonces, el querer se puede analizar como la motivación e intención que tienen los sujetos, puesto que el querer se presenta como uno de los motores que impulsa la transformación del sujeto de estado a través del sujeto de hacer. El *querer*, tal como las demás modalidades existenciales, modula el estado potencial

¹³² COURTÉS, Joseph. Análisis semiótico del discurso. Madrid: Gredos, 1997.p. 154.

del sujeto. De modo que el aspecto volitivo también rige los enunciados de hacer y los enunciados de estado, modificando los predicados, estableciendo un sistema modal interdefinido y autosuficiente que lleva a la transformación.

Asimismo, la modalidad del querer está relacionada con las pasiones. Puesto que, lo pasional está íntimamente ligado con el sentir y los efectos de sentido que produce su combinación con el conocer. Para esto desarrollos pasionales la semiótica ha establecido niveles de taxonomía que permitan caracterizarlas de una mejor forma. Así, pueden estar divididas en dos grupos, según Greimas y Fontanille hacen referencia a dos universos, uno que él ha denominado de carácter idiolectal y otro sociolectal. El primero, de naturaleza reflexiva lo llama taxonomía idiolectal construida” en cuanto que forma parte de un sistema filosófico propio”;¹³³ y el segundo lo denomina taxonomía sociolectal inmanente “en la medida en que descansa en un tradición sociocultural”¹³⁴. En palabras de Rastier, el idiolecto es un “sistema de normas textuales propias de un emisor”, mientras que el sociolecto “consiste en prescripciones positivas o negativas. Un sociolecto depende más bien de una práctica social que de un grupo social determinado”.¹³⁵ Por tanto, se puede rastrear en las crónicas elementos de ambos universos a fin de clasificar por efectos metodológicos los sistemas de interacción que están en constante sincronía.

A continuación, se analizan los casos de Delfalina y Clementina, dos representaciones femeninas que a lo largo de sus recorridos narrativos presentan diversas manipulaciones a través de sus relaciones con otros sujetos pues desean estar conjuntas a objetos que representan los valores que ellas evalúan eufóricamente. Además, se aprecia el desarrollo pasional de Gabriela que constituye otra forma de transformación del estado inicial: la domesticidad femenina.

¹³³ GREIMAS y FONTANILLE, Op. cit. p. 77.

¹³⁴Ibid., p. 77.

¹³⁵ RASTIER, François. Situaciones de comunicación y tipología de los textos. En: Sens et textualité. París: Hachette, 1989. p. 50. Traducción de SERRANO O., Eduardo.

2.1.2 El querer manipulado de Delfalina y Clementina

El programa narrativo que Delfalina desarrolla corresponde a su identidad inicial de mujer doméstica, esto es, la trayectoria que sigue el sujeto en la búsqueda de un objeto de deseo. El sujeto femenino está disjunto del ser doméstica, luego, para ser feliz se casa y tiene hijos, tal como su mamá le dijo que hiciera. El programa se ilustra en la siguiente representación:

$$\text{PN: } H = S1 \cup O1 \rightarrow S2 \cap O$$

Delfalina (S1), se presupone, estaba disjunta del objeto de valor y lo alcanza, desea estar conjunta al deber ser buena esposa, deber que la madre le instauró como efecto de la manipulación: “Debes obedecerle a tu marido sin quejarte”.¹³⁶ Sin embargo, ella se cuestiona y evidencia que eso no es lo que quiere: “yo por qué me casé [...]”, “Esta vida así no puede seguir, yo no puedo seguir viviendo así”. ¿Cómo se puede explicar esto? La situación muestra que hay un cambio en la intención que se opone al deber ser, es decir, hubo un cambio, querer no ser/estar. En el estado inicial, Delfalina no tenía otra opción, sino la que la madre le plantea que es casarse, tener hijos y cuidar la casa, modelo de mujer doméstica. Pero ahora, en el relato, surge un interrogante que marca el cambio que se produce en el sujeto. El no conseguir la felicidad a través del matrimonio evidencia una falta: ella sigue en la búsqueda del valor felicidad que es el objeto valor profundo del relato.

En el caso de Clementina, la manipulación se da bajo la premisa del amor y de encontrar un buen hombre, lo cual está dado bajo el tipo manipulatorio de tentación. Las mujeres son tentadas por el ideal de familia, el ideal del buen hombre-esposo-padre:

¹³⁶BEDOYA BUILES, Ana maría. 14 de julio de 2010. Que nadie te arrebatte la felicidad. En: Vamos por ti mujer. [En línea]. Disponible desde internet en: <http://www.vamosmujer.org.co/site/index.php/herramientas/banco-de-noticias/233-seriedecronicas> [con acceso el 20-06-2012].

Debes ser una buena mujer para que des con un buen hombre y que ojalá te valore, debes aprender todos los oficios de una casa y a cuidar a tus hijos a formarlos bien, [...] busca un hombre que sea un buen hermano, buen hijo y buen trabajador, [...] no te apures en casar, así te presionen todos, es mejor vestir santos que desvestir borrachos, sé orgullosa, y no te fijes en el peón de la finca¹³⁷.

Es así como se les instaura un querer ser buenas esposas-madres-amas de casa (Ver capítulo1) de modo que sean respetadas y probablemente tenidas en cuenta por la sociedad, es decir, la tentación del poder. Para el caso de Clementina, como se puede observar, el hecho de dar con un buen hombre garantiza de cierta manera reconocimiento social, prestigio como esposa y poder sobre el marido y los hijos. Eso lo generan las competencias de la mujer manipulada por el imaginario del modelo de familia ideal, pues ella como se observa en la cita, logra actualizar el saber (sobre el cuidado del hogar y los niños) y el poder sobre los hijos y sobre la casa en general.

El pacto matrimonial se propone como el simulacro de una conjunción deseada y en tal sentido es instaurado como un estado al que se accede por el programa narrativo de base fundamentado en dicha unidad marital. En consecuencia, la mujer está virtualmente conjunta a su objeto de valor que es el *deber ser* tanto como a su objeto de deseo que es ser feliz con el hombre ideal. Este proceso la debería conjuntar con el respeto, el buen trato y en la mayoría de los casos al prestigio social que representa ser esposa y formar una familia ideal. Así, se moviliza al sujeto femenino a buscar la realización del mismo.

En este sentido, las mujeres de los relatos están bien conjuntas, como dice Greimas, al objeto deseable en su estado inicial: mujer recién casada. Dicho autor afirma en esta línea: “un sujeto (de estado) posee una existencia modal susceptible de ser perturbada en cualquier momento, sometida a transformaciones efec-

¹³⁷ JARAMILLO, Op. cit. p. 28.

tuada bien por él mismo como actor (sujeto de hacer), bien por otros actores (sujetos de hacer) de la misma escenografía”¹³⁸.

En la crónica *Que nadie te arrebate la felicidad* son varios los actores los que a lo largo del recorrido hacen hacer a Delfalina y a la vez le instauran diversas motivaciones. La primera manipulación es la materna y ya casada, es manipulada en segunda ocasión por su marido a través del matrimonio, pues debía obedecerle en todo: “Él le mandó decir con su mamá que vendiera los animales y que se fuera para Medellín [...] pero la plata que le dieron por ellos se la tenía que entregar a Humberto, porque él le dijo”¹³⁹. Se halla así, un sujeto destinador manipulador, porque le dice a Delfalina qué hacer, es decir, le hace saber y hace hacer, irse con sus hijos para donde él se encuentra. Estas dos manipulaciones son las del deber-deber de las que ya se ha hablado, pero el relato revela otros manipuladores y tipo de manipulaciones:

Se refugió en la naturaleza, cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos. Guiada por la intuición, les curaba las heridas, les ayudaba a parir; supo que era una fortaleza, que ella si era capaz de hacer algo, que Humberto estaba equivocado cada que le repetía que no servía para nada¹⁴⁰.

En este caso se observa una manipulación propia de Delfalina de carácter idiolectal. Aparece entonces un subprograma narrativo, que nace del seno del desear estar conjunta a la felicidad. Así, Delfalina, al no encontrarle en el deber impuesto, decide “refugiarse en la naturaleza”, ve en las labores del campo una forma de felicidad, pues le permite darse cuenta de que sí puede hacer cosas, al contrario de lo que su marido piensa “no servís para nada” a pesar de que ella cumplía con las labores domésticas. Dicha situación evidencia el reconocimiento de sus competencias potestivas que le hacen sentirse satisfecha consigo misma, lo cual es valorado de manera positiva. También, es importante resaltar que al enunciar: “supo que era una fortaleza, que ella sí era capaz de hacer algo” se muestra su

¹³⁸ GREIMAS, Algirdas Julien. Op. cit. p.116.

¹³⁹ BEDOYA BUILES, Op. cit. 2.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 2.

automanipulación (sumisión), ella se dice a sí misma qué hacer y cómo hacer. Su cercanía espacial al campo se presenta como un estado alternativo, es decir, a este modo de existencia guiado por un querer hacer y ya no por un deber, por una obligación a hacer.

Nuevamente, aparece un rasgo del universo sociolectal cuando el esposo la hace hacer en la forma de vida que engloba la identidad de la mujer doméstica. Hay que recordar que, el esposo de Delfalina presenta un sincretismo actancial, al actuar como manipulador y como antisujeto al ocupar dos posiciones en el esquema actancial. De este modo, él refuerza su rol de antisujeto cuando se enuncia en la crónica: “Nos fuimos a vivir a Castilla a una pieza de una tía de él. Desde que yo llegué, le dije a la tía que yo iba a ser la sirvienta de ella”¹⁴¹. Por tanto, también manipula a otros actores para que ejerzan poder sobre Delfalina, en este caso, la hacen hacer los oficios de la casa de la tía de Humberto. El lexema sirvienta¹⁴² se refiere únicamente a “mujer dedicada al servicio doméstico”¹⁴³. Así, hay que resaltar que culturalmente, en Colombia dicha palabra tiene un sentido despectivo, lo cual hace que Delfalina genere disforia a esta sumisión a la que la somete su esposo ahora en la ciudad. Es diferente ser Ama de casa (uno de los constituyentes de la Mujer doméstica) a ser solamente la sirvienta; la primera tiene poder sobre los elementos del hogar, mientras que la segunda es subordinada. Para profundizar en la modalidad del poder se puede ver el capítulo 3.

Más adelante aparecen otros manipuladores que instauran diversos valores en Delfalina, los cuales hacen parte del universo sociolectal, pues la influencia socio-cultural aparece como eje articulador que hace hacer a través de otros actores:

¹⁴¹ Ibid., p. 1.

¹⁴² Es importante resaltar que en los diccionarios se encuentra también la acepción sirviente, que significa “que sirve”, sin género determinado y “persona adscrita al manejo de un arma, de una maquinaria o de otro artefacto”. En cambio para sirvienta hay otra entrada que significa “Mujer dedicada al servicio doméstico”. Es decir, no son sinónimos, no solo cambian de género masculino o femenino pues son entradas distintas que se dan sentidos diferentes. En el primero no se refieren a un género específico, mientras que en el segundo es determinante que dicha labor del servicio es de mujeres.

¹⁴³ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa Calpe, 2002. p. 2073.

“Cuando nació la niña se fueron a vivir donde otra familiar que al ver como lloraba Delfalina le dijo que no fuera boba, que planificara. Le explicó cómo, la llevó al centro de salud, le compró las pastillas”.¹⁴⁴ Como se explicó en el capítulo anterior, Delfalina valoraba disfóricamente el estar en embarazo y tener hijos, y que dicha situación fue manipulada por Humberto quien le recriminaba el hecho de que sólo engendrara hijas mujeres, a quienes llamaba “mionas”. Esto muestra que su sufrimiento no era explícitamente ocasionado por sus hijos sino por el hecho de que su marido los rechazara, por ende ella no quería tener más. Esta manipulación llevó a otra, que se enuncia en este apartado, la familiar le dice cómo hacer para no tener más hijos.

Asimismo, la familiar actúa como manipuladora, pues no sólo le hace saber a Delfalina sobre los métodos anticonceptivos sino que además le compra las pastillas. También, actúa en las relaciones actanciales como judicadora, pues al decirle “boba” está sancionando su actividad de reproductora de tres hijos como de poco entendimiento al dejarse manipular por Humberto. Esta situación la lleva a presentar una identidad por ahora transitoria, pues aparece hasta ahora en la mitad de relato, pero que la muestra en un estado completamente opuesto al inicial: “Feliz. No más hijos. Estaba feliz”.¹⁴⁵ De modo que, esta nueva manipulación se encuentra relacionada con el programa narrativo de base: querer estar conjunta a la felicidad.

En ese no querer más hijos, Delfalina actúa como manipuladora de un médico al enunciar: “Ella, con el bebé en las manos, le decía al doctor que no quería tener más hijos, él le dijo que podía operarla [...]”¹⁴⁶. Esto a raíz de su olvido de las pastillas para planificar lo que hizo que quedara embarazada nuevamente. Esta vez ya era su cuarto hijo. Por lo tanto, el deseo de no tener más hijos le instaura la intención de querer operarse, esto es, la instauración de una disposición para configurar un nuevo estado modalizado por el querer no tener más hijos. En conse-

¹⁴⁴BEDOYA BUILES, Op. cit., p. 2.

¹⁴⁵Ibid., p. 2.

¹⁴⁶Ibid., p. 2.

cuencia, la identidad de Delfalina se caracteriza por la instauración profunda de un querer y un deber, pues ella se debe operar si no quiere traer más hijos al mundo.

El relato continúa describiendo los deseos que con el pasar de los años surgían para Delfalina, generados por el entorno en el que vivía: “Don Anselmo, el dueño (de la casa donde vivían en arriendo) le dijo a ella que él tenía un local pequeño para que montara un negocio. Se entusiasmó [...]”¹⁴⁷. Es decir, el manipulador la tentó haciéndole saber la disponibilidad del predio para que ella realizara su negocio. Más adelante: “Fue donde don Alirio, un vecino que tenía tienda, le dijo que ella también quería montar una, pero que no tenía como surtir. Él le fío seis gaseosas, seis panes y un paquete de cigarrillos”¹⁴⁸.

Así, los dos sujetos le dan la confianza para que ella siga su sueño emprendedor, lo cual muestra sus posiciones actanciales no sólo como manipuladores destinados sino también como judicadores, pues el hecho de fiar evidencia una valoración positiva hacia la labor que quería hacer Delfalina, se muestran prestos a colaborar. Ambos, sancionan positivamente la acción del sujeto que cumple otro programa de uso: estar conjunta a la independencia económica para poder alcanzar su conjunción al buen trato, pues no sólo es el dinero sino hacerse saber a sí misma que es capaz de hacer.

Se establece otra manipulación de parte del actor Anselmo, esta vez se enuncia: “Delfalina soñaba con tener una casa propia, se la imaginaba de tres pisos y con un negocio. Un día don Anselmo le dijo que estaba vendiendo un lote unas cuerdas arriba, valía cinco mil pesos”. Nuevamente aparece un programa de uso para alcanzar la felicidad: tener casa propia. El sueño evidencia el deseo, el querer estar conjunta al objeto que le permita estar-ser feliz. Ambos objetos, el negocio y la casa muestran que la mujer tiene deseos que no son sólo los que implican servicio exclusivo al esposo. Esto recuerda las palabras de Virginia Woolf sobre el querer femenino: “Cuando les pido que ganen dinero y tengan una habitación propia, les

¹⁴⁷Ibid., p. 2.

¹⁴⁸Ibid., p. 2.

estoy pidiendo que vivan en presencia de una realidad; una vida estimulante, púedase o no comunicarla”.¹⁴⁹ Estas palabras hacen presentes otros deseos que estaban negados para las mujeres a las que el espacio doméstico las alejaba de la propiedad privada y más aún de tener dinero propio, lo que podría significar una posibilidad de independencia u otra alternativa frente a la sociedad

De este modo, se puede evidenciar que las diversas manipulaciones que se establecen durante el recorrido narrativo de Delfalina instauran un querer hacia objetos o situaciones que pretenden transformar su configuración identitaria de mujer doméstica. Detrás del deber estaba el querer estar conjunta a la felicidad y cada elemento: la agricultura y el cuidado de animales, el no tener más hijos, el negocio de la tienda y la casa propia virtualizan el sufrimiento que padecía con su esposo y actualizan su conjunción a la felicidad. Entonces, estos objetos y actividades están cargados de valoraciones positivas y son investidos de un valor eufórico para el sujeto femenino en cuestión.

En este sentido, las mujeres como sujetos del discurso están siendo movilizadas por los valores que se van actualizando al ser enunciados de modo que se convierten en determinantes de las transformaciones posteriores. Inicialmente tienen el compromiso del matrimonio: “que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa”¹⁵⁰, con lo cual están modalizadas por el deber, pero al mismo tiempo se instaura un querer estar bien, conjuntas al bienestar, a la felicidad, que tiene que ver con el respeto y el buen trato por parte de los esposos. Entonces se tienen sujetos femeninos, por el momento, doblemente modalizados (querer y deber).

Estas valoraciones, a su vez, movilizan acciones y al mismo tiempo pasiones que transforman a los sujetos. Esto lo afirma Greimas: “los actantes de la manipulación antes de ser sujetos ‘obrantes’, son sujetos ‘pacientes’ cada uno con su propia

¹⁴⁹ WOOLF, Virginia. *Un cuarto propio*. Barcelona: Ediciones Júcar, 1991. p. 142. Traducción de Jorge Luis Borges.

¹⁵⁰ ARARAT OSPINA, Op. cit. p. 71.

historia de éxitos y fracasos, historia marcada con esperanzas y deberes”¹⁵¹. Aquello que esperan hace parte de la disposición pasional de base que tienen todos los sujetos discursivos.

En este sentido, al analizar las transformaciones identitarias que sufren los actores femeninos se establecen recorridos narrativos y al mismo tiempo objetos de deseo que motivan los cambios. En los casos estudiados cobra valor también los desarrollos pasionales es importante interpretar no sólo el programa narrativo que siguen sino también el recorrido pasional que desarrollan. En el discurso tal como lo plantea la teoría semiótica se involucran diferentes dimensiones que lo componen.

Entre esas dimensiones se puede presentar la pasional que deja en evidencia, como se verá en el siguiente apartado, los objetos de deseo a los que quieren conjuntarse las actoras. Para evidenciar el mencionado asunto, se introducen los conceptos del recorrido pasional de la teoría semiótica para así analizar un caso específico de la crónica *Los golpes de la vida* de Lina María Ararat, en la cual se muestra la modalización del querer a la que está sujeta Gabriela (actora central del relato), la pasión que ella focaliza y en consecuencia el desarrollo de otro determinante propia de la transformación de la identidad femenina.

2.1.3 El querer como disposición pasional: La ira de Gabriela

Las pasiones hacen parte de los constituyentes propios de la identidad discursiva así como las axiologías de la dimensión evaluativa. Para la semiótica, no sólo las acciones construyen la identidad de los sujetos, la pasión también se erige como eje fundamental que contribuye en las transformaciones de los sujetos, verbigracia: “La pasión se convierte en uno de los elementos que contribuyen a la indivi-

¹⁵¹ GREIMAS, Op. cit., p. 160.

dualización actuarial, capaz de ofrecer denominaciones para los roles temáticos reconocibles”¹⁵², es decir, las identidades con las cuales se configuran los sujetos.

Asimismo, Fontanille asegura que la identidad está compuesta por muchos constituyentes, particularmente por muchas modalidades que le otorgan la coherencia a los estados y transformaciones de los sujetos, “la pasión podría ser considerada como el principio de la coherencia interna del sujeto. Disocia o moviliza, selecciona un rol y suspende otros, reúne los roles en torno a uno sólo [...] rige las relaciones entre sus partes constitutivas”¹⁵³.

En la diversidad de pasiones se encuentra la ira, que la semiótica ha estudiado como cólera. En la crónica *Golpes de la vida*, la secuencia pasional que desarrolla Gabriela, actor femenino principal, presenta rasgos de esta pasión. En consecuencia, resulta pertinente elaborar una descripción del proceso pasional para evidenciar su relación con las transformaciones identitarias femeninas.

En relación con esta pasión, Greimas hace un estudio que titula *De la cólera*, estudio de semántica léxica¹⁵⁴. En él, hace unas aproximaciones de la progresión de esta pasión a través de una secuencia inicial compuesta por: frustración-descontento-agresividad. Sin embargo, en el diccionario de pasiones literarias¹⁵⁵, este esquema es ampliado, lo cual genera un complemento en la secuencia canónica. La semiótica define la cólera como un proceso organizado que forma una secuencia donde todas las etapas son necesarias para la identificación de la pasión. Puesto que es en la progresión donde se pueden vislumbrar las causas y los alcances que puede tener dicha pasión.

En la mayoría de los estudios, se le da prioridad a la confianza rota que es una predisposición de la cólera. Esto lleva a evidenciar que la cólera se remonta inicialmente a un contrato fiduciario roto, es decir, se rompe una puesta en juego de

¹⁵²GREIMAS, Algirdas Julien y COURTÉS, Joseph. Op. cit. p. 187.

¹⁵³ FONTANILLE, Jacques. Semiótica del discurso. Op. cit. p. 181.

¹⁵⁴ GREIMAS, Op. cit. p. 255.

¹⁵⁵ RALLO DITCHE, Elizabeth; FONTANILLE, Jacques y LOMBARDO, Patricia. Dictionnaire des passions littéraires. Paris: EditionsBelin, 2005. p. 61.

“un hacer persuasivo por parte del destinador y en compensación la adhesión del destinatario”. Así, se puede entender que la ira presenta una espera fiduciaria¹⁵⁶ que no es compensada, esto a su vez causa la segunda etapa que es la frustración. Esta última desemboca en un descontento que causa una reacción agresiva.

Confianza ➔ Espera ➔ Frustración ➔ Descontento ➔ Agresividad ➔ Explosión

En este sentido, se demuestra cómo actúa el dispositivo pasional en la construcción de la identidad de la actora central, Gabriela. Lo cual evidencia un constituyente de la identidad transitoria en pro del cambio de estado del sujeto femenino. Esta crónica cuenta la vida de una mujer colombiana maltratada por su esposo y, en la secuencia específica de la que parte el análisis, Gabriela reacciona frente a la agresión. A continuación, el fragmento donde se destaca el componente pasional:

Esa mañana habíamos discutido por cualquier bobada que en este momento no es importante recordar. Mi hermana, Sonia, ese día vino a visitarme a escondidas de mi marido porque a él no le gustaba que yo recibiera visitas, y menos si mi hermana venía acompañada de su novio. Según mi esposo era hombres que ella me traía, por lo que él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa. Ese día Sonia me trajo como regalo una torta.

Esa tarde, al llegar de trabajar y sin darse cuenta, le pidió a la empleada que le sirviera una porción y, después de comerse el primer bocado, cayó en cuenta de que él no la había comprado y que yo tampoco pude haberlo hecho porque ni trabajaba, ni él me daba plata. Como no nos estábamos hablando por la discusión de esa mañana, le preguntó a mi hija quién la había comprado. Ella, con tan solo seis añitos, ya conocía el temperamento de su papá y al oírlo gritar preguntando quién había traído la torta, empezó a temblar sabiendo que tenía mentir sobre la presencia de otro hombre en nuestra casa. Pero su hermanito, de tan sólo cuatro añitos, no estaba al tanto de lo que ocurría y con

¹⁵⁶El contrato fiduciario es un contrato enunciativo (o contrato de veridicción) que garantiza al discurso—enunciado; si el contrato fiduciario sanciona un programa narrativo en el discurso, se hablará entonces de un contrato enuncivo. (GREIMAS Y COURTÉS, Op. cit. p. 174).

total inocencia respondió que había sido el tío Martín. En ese instante mi marido la cogió contra la niña, empezó a gritarle y la mandó a dormir sin comer.

A mí eso me apreció un crimen por lo que yo la cargué y la llevé a su cuarto. Él trató de arrebatármela pero yo no lo dejé: mi niña temblaba del susto. Después de dejarla me dirigí a la cocina para servirle un plato de comida y llevárselo a la habitación. Y cuando ese hijueputa vio lo que estaba haciendo, me metió un puño en el ojo izquierdo que me tiró al suelo. Inmediatamente empecé a sangrar y mis dos hijos corrieron hacia mí para ver qué había pasado. Mi reacción fue de histeria. No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer. Al oír los gritos, una de mis vecinas entró y se llevó a los dos niños. En eso yo me paré y me asomé al espejo del baño para ver lo que me había hecho: botaba sangre por la nariz y por el pómulo. Él se paró detrás, burlándose de mí. Yo alcanzaba a verlo a través del espejo, así que lo cogí con la intención de quebrárselo a los pies, pero no calculé, no pensé que estuviera tan cerca y se lo quebré en la cabeza.

Alcanzó a cortarse el brazo derecho y, el muy hijueputa, me denunció ante la Fiscalía, alegando que fui yo quien primero lo atacó. Pero no la supo hacer, pues todos sus alegatos se vinieron al piso ya que si yo lo hubiera cortado primero, él no hubiera podido pegarme en el ojo izquierdo. Al final decidió retirar los cargos¹⁵⁷.

Se observa al actor femenino manipulado por un deber ser que se puede suponer es instaurado por el esposo “él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa”. Ella se presenta como un sujeto obediente que responde al contrato fiduciario matrimonial, entonces también está modalizada por el querer hacia su marido y hacia sus hijos. Sin embargo, las acciones de José alteran el estado de las cosas. Ella, al ver la injusticia de la que son víctimas sus hijos, se ve determinada por un deber que surge de su saber-sobre el ser buena madre y desobedece la orden del esposo al intentar llevarles comida al cuarto a pesar de la orden dada por José. Ese rompimiento produce la reacción violenta de José. A pesar de eso, Gabriela continúa modalizada por el deber, pues ella no reacciona inmediatamente después de la agresión. Fue necesario ver la burla de parte de José, ver a través del espejo no solo cómo la sangre corría sobre su rostro sino la risa de José, elementos que detonan la ira de

¹⁵⁷ARARAT OSPINA, Op. cit., pp. 71-72.

Gabriela, es decir, activan el poder que ella siempre ha tenido de hacer lo que no le es ordenado. Esto es, Gabriela actualiza su poder y hace: le quiebra el vidrio en la cabeza, aunque no iba dirigido hacia allá, ella misma afirma no haber calculado el impacto.

El esquema modal muestra que Gabriela está disjunta del respeto, pero ella no es consciente de eso, es la secuencia pasional la que muestra cómo poco a poco va tomando conciencia de que ella no está siendo compensada en el contrato fiduciario que mantiene con su esposo. Puesto que, a pesar de las lesiones psicológicas que José hace sobre la niña especialmente, ella no actúa contra él directamente, es decir, no le reclama. Tan sólo en el acto de desobediencia implícita hay una muestra de potencia vs impotencia, puesto que ella no debe hacer un reclamo, porque no está dentro de los cánones de dicho contrato. Sin embargo, el hecho de cuidar a sus hijos a pesar de las órdenes del marido le revela el poder que tiene. En este punto actúa una especie de frustración ante el poder que en ese momento no enfrenta directamente. A pesar de eso, el golpe que le fue propinado y su reacción de histeria hacen que se incremente su estado pasional ya través de él consiga de cierta manera “romper las cadenas”, hace uso de su poder.

En este punto, se puede decir que la identidad del sujeto se transformó, pues ella está siendo modalizada por los efectos que tiene la dimensión pasional. Los afectos trastocan el estado de mujer abnegada y sumisa, de mujer temerosa de lo que diga y haga su marido. El incremento pasional despierta, dispone y motiva la transformación de la enunciadora. Ella se configura como un sujeto de estado y de hacer impulsado por la pasión que empieza a sentir.

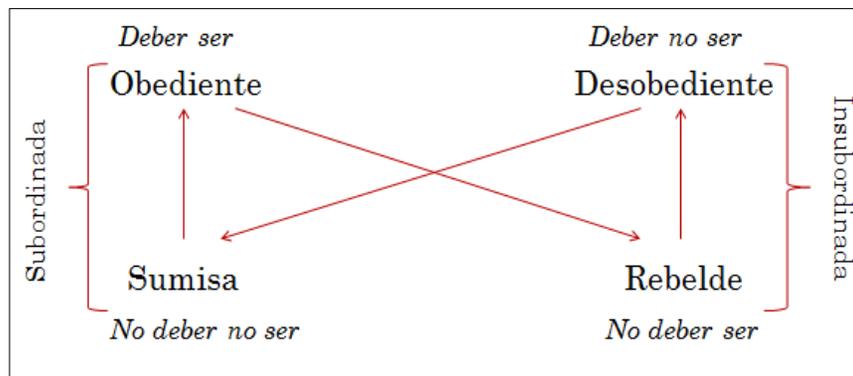
En síntesis, el rompimiento de la fiducia del matrimonio evidencia la transformación de un estado de sumisión que podría verse como un estado de ceguera que pasa a cierta lucidez. Ella observa que no es el hombre que idealizaba, no la regaña porque es un buen hombre que la quiere corregir, es un hombre agresivo que le está haciendo daño. En otras palabras, Gabriela rompe el imaginario de

hombre ideal y por ende de mujer abnegada, el simulacro de otro y el simulacro de sí misma. “Cada vez que discutíamos me empujaba y yo tan inocente, o más bien boba, pensaba: ‘Tan divino mi esposo como me regaña’” contrasta, refiriéndose al golpe, con “No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer [...] él se paró detrás, burlándose de mí”.

Esto es, un estado 1 se transforma, pasa a un estado 2. El primero modalizado por un deber ser obediente y el segundo por un querer cambiar, es decir, se produce un cambio de simulacro, pues al tomar consciencia de con quien estaba conjunta (saber sobre José maltratador) el querer estar conjunta a él se reemplaza y se instaura el querer acabar con el dolor que le producen los golpes de los que ahora es víctima. Y ese querer cambiar, ese apasionamiento producido *in situ* le da poder para hacer: “Yo alcanzaba a verlo a través del espejo, así que lo cogí [...] se lo quebré en la cabeza”. El sujeto de estado, pasivo, se transforma en sujeto de hacer impulsado por un estado afectivo en sujeto activo.

La organización de los valores se puede representar en un cuadrado semiótico, donde el sujeto se encuentra modalizado por el deber ser obediente pero los malos tratos y en general la ruptura del modelo de hombre ideal que ella tenía en su simulacro, la llevan al acto de rebeldía que la pone en un nuevo estado, un deber no ser que es la desobediencia. Ese estado en su recorrido inverso, la llevaría nuevamente a la sumisión que es el paso en el recorrido que la lleva a la obediencia nuevamente. Esta última pareja compuesta por los valores de obediencia y sumisión que representan el carácter de subordinación en el que se encontraba Gabriela. Mientras que la desobediencia y la rebeldía, en oposición al fácil del doblegar, son características de la insubordinación, estado que le brinda el desarrollo pasional de la ira, pues le permite saber y por tanto instaurar un nuevo deber no ser doméstica.

Figura 10: Cuadrado semiótico del deber



Fuente: Adaptado de GREIMAS, Op. cit. 114.

Para dar cuenta detalladamente de la configuración pasional, es necesario evidenciar el perfil de intensidad del sujeto. “La pasión se basa en la lógica de las modulaciones continuas de la intensidad semántica, en relación con la cantidad (sea la cantidad actancial o la extensión espacio-temporal)”¹⁵⁸, puesto que la pasión, como la acción, transforma. Gabriela como actor principal que cumple el rol del actante sujeto, es quien presenta sus cavilaciones: “No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer”, en forma de exclamación sobre el comportamiento de su esposo al pegarle. La intensidad aumenta cuando en el relato se refiere al marido con insultos: “hijueputa”, “imbécil”. El primero es repetido en dos ocasiones lo que muestra un aumento en la cantidad pasional. Al mismo tiempo, estas palabras soeces configuran una regulación del discurso.

El principio de regulación del lenguaje constituye a la vez la condición para que los participantes se comprometan en el proceso de reconocimiento del contrato de comunicación y la condición para que el intercambio comunicativo prosiga y culmine. En el caso le permite al sujeto comunicante implementar ciertas estrategias de base, cuya finalidad consiste en asegurar la continuidad o la ruptura del intercambio por: aceptación/rechazo de la palabra del otro y de

¹⁵⁸ FONTANILLE, Semiótica del discurso. Op. cit. p. 175.

su estatuto en tanto ser comunicante, valorización/desvalorización del compañero [...] ¹⁵⁹.

Entonces, según lo acotado por Charaudeau, los insultos insertos en el discurso de Gabriela cumplen una función regulatoria, precisan el momento en el que se da paso a un nuevo contrato fiduciario. Esto es, el sujeto femenino está actuando según el simulacro que ella construyó del hombre ideal que junto a sus hijos conforman lo que ella desea: una familia ideal en la que haya felicidad, respeto, amor, etc. Es la fiducia del matrimonio instaurada en el imaginario ideal. Esa imagen de hombre ideal se configuró como su objeto de deseo: “se sentía muy enamorada de José” y, más adelante, cuando habla de la felicidad que le produjo irse a vivir con él.

De ese modo, las palabras soeces constituyen el cambio de contrato que se rompe con la explosión. Esas palabras ya no son para el hombre ideal, sino para el hombre que ella no reconocía, aquel que la humillaba y que ahora la golpea. Este discurso entonces está modalizando ese nuevo contrato, las groserías dan muestra de esa transformación discursiva, de las valoraciones negativas donde se regulan las ofensas, las humillaciones y las agresiones de las dos partes. El discurso de Gabriela cumple dicho principio, instaurando una nueva fiducia donde se rompe el simulacro del ideal de hombre caballero y amoroso, pasa al hombre maltratador, lo que lleva a un cambio del simulacro del sujeto femenino.

La intensidad sigue aumentando con sus gritos, que ella misma denomina reacción de histeria: “Mi reacción fue de histeria”. Esta pertenece al léxico pasional, según el DRAE es una enfermedad nerviosa, crónica, más frecuente en la mujer que en el hombre, caracterizada por gran variedad de síntomas, principalmente funcionales y a veces por ataques convulsivos. La histeria era diagnosticada como enfermedad y categorizada como muy grave en el siglo XVIII, aún hoy es estigmatizada como una enfermedad exclusiva del género femenino. En este caso, la histeria es

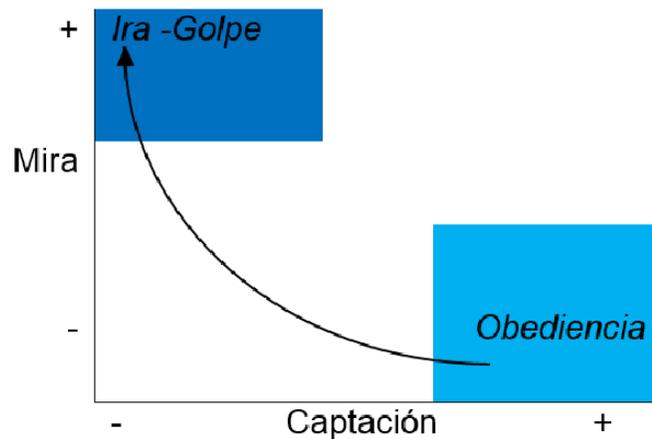
¹⁵⁹ CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique. Diccionario de análisis del discurso. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005. p. 494.

solamente la cantidad e intensidad de gritos emitidos por Gabriela en respuesta a la herida provocada por su esposo. Esta histeria mencionada también hace parte del conjunto de códigos pasionales, se encuentra dentro de los códigos rítmicos, pues los gritos son códigos sonoros que ambientan el estado de *shock* en el que ella entra cuando es golpeada por su marido.

Así, la intensidad continúa aumentando cuando, por medio del espejo, puede ver lo que en una situación distinta a la de crisis y directamente no había podido ver su risa burlona, maliciosa. El espejo le permite ver, el contrato fiduciario del que ella era parte el cual tenía una cláusula de sometimiento que ella no había visto de esa manera, la obediencia a cambio de buenos tratos era una relación falsa, el rol de esposa abnegada a cambio del rol de buen padre se esfumó. Sin embargo, fue su risa de burla la que selló sus dudas, esos aumentos de intensidad. En otras palabras, el efecto pasional que desata la risa de José en Gabriela, la induce más adelante a desplegar la explosión de su ira en una agresión, a responder frente a la ofensa que recibió. Esta figura de burla genera además el develamiento de que José no era el hombre que ella creía, es decir, se cambia el simulacro de buen hombre ya instaurado.

El esquema tensivo representa la tensión que se genera entre el simulacro de buena mujer que tiene Gabriela y el despliegue pasional que le produjo el golpe y que la llevó al estado patémico de la ira. De modo que, la ira va aumentando a partir de las actuaciones de José mientras se disminuye la focalización del deber hacia su esposo. Primero se encuentra la intimidación para no recibir hombres en la casa, lo cual marca desde el principio una predisposición, sigue aumentando cuando José maltrata sus hijos, luego cuando la grita, la insulta, la golpea y, finalmente, se burla de ella; es ahí donde Gabriela se ensimisma y actúa golpeándolo, por tanto, el esquema tensivo es de carácter ascendente.

Figura 11. Esquema tensivo de la ira del sujeto patémico.



El exponente pasional de la cantidad, la captación, afecta a los participantes del despliegue, sean estos sujetos, objeto y situación espacio temporal. Según Fontanille hay casos en los que la “pasión ‘recorta’ el objeto en partes, para retener algunas y ocultar otras”¹⁶⁰. Por ejemplo, la ira actúa de esta manera en la medida en que moviliza a Gabriela, pues ella selecciona el rol de mujer herida, ofendida, humillada y en ese momento suspende el de madre y esposa abnegada. Asimismo, la ira recorta la realidad del hombre que veía como querido esposo y lo transforma en antisujeto. Es decir, el sujeto ha focalizado en ciertos aspectos (su risa burlesca), ha ocultado otros (que es responsable con llevar dinero a la casa, por ejemplo) y porque toda su atención se dirige a las ‘partes’ seleccionadas.

Además, la risa burlesca sumada a los insultos hacen parte de la regulación discursiva de cada actor y al mismo tiempo la primera hace parte de la cadena de manipulación por intimidación y provocación de la que es víctima Gabriela. José manipuló a Gabriela, primero con los niños luego hizo que ella se cuestionara sobre el marido que tenía, “no podía creer lo que ese imbécil hizo” y finalmente se burla de ella a través del espejo y ese detonante rompe la línea discursiva, se genera la ruptura de la que habla Charaudeau; se aparta el lenguaje y se recurre al acto físico del golpe.

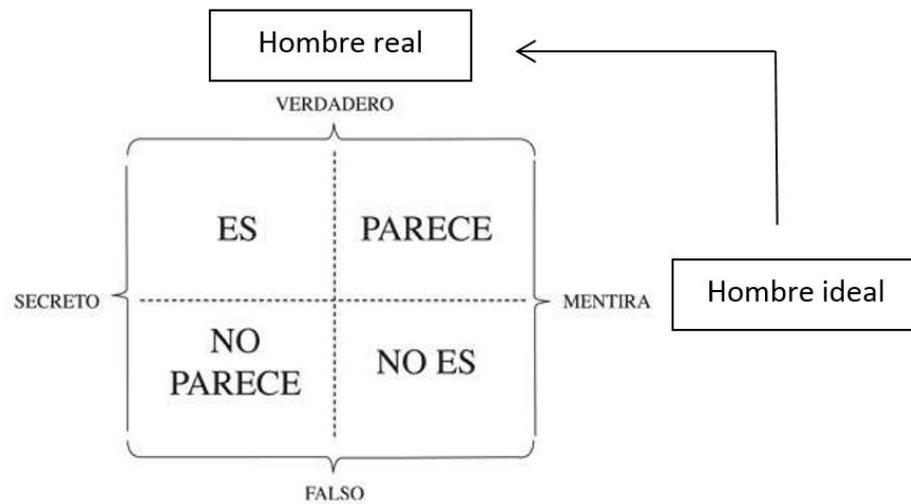
¹⁶⁰ FONTANILLE, Op. cit., p. 180.

Se puede postular en este punto un cuadrado semiótico de la veridicción, en el cual se sintetiza de forma ilustrada el proceso que lleva a cabo Gabriela en el cual cambia el simulacro de su esposo de hombre ideal a real producto del desarrollo pasional de la ira. Se encuentra un sujeto femenino ubicado en la mentira o en un estado ilusorio, pues ve en su esposo un hombre ideal, buen padre y esposo, es decir, parece pero no es, cambia de simulacro. De este modo, ella encuentra como falso el hombre ideal cuando la golpea, un hombre maltratador que no parecía ser. Después del episodio ella puede reconocer que su identidad se encuentra en secreto para mantener el simulacro de la mentira. En este simulacro, Humberto es el hombre real aunque ella no lo pueda creer, lo que finalmente le revela el hombre verdadero que es y parece cuando se burla de ella tras el espejo.

Con estos presupuestos pasionales se puede emprender un reconocimiento del esquema pasional que desarrolla Gabriela en la crónica y dispone a la transformación inminente de identidad inicial de mujer doméstica. Ese recorrido de posesión pasional que experimenta el sujeto femenino se puede organizar en el esquema pasional canónico, para integrar al actante con la propioceptividad, es decir enlazar en el cuerpo propio del actante lo sensible y lo inteligible, los dos elementos que convoca Greimas al describir las pasiones como portadoras de efectos de sentido “poder hablar de la pasión es, pues, intentar reducir la distancia entre el ‘conocer’ y el ‘sentir’”.¹⁶¹

Figura 12. Cuadrado semiótico de la veridicción

¹⁶¹ GREIMAS y FONTANILLE, Op. cit., p. 21.



Fuente: GREIMAS, Op. cit. p. 63

Así pues, el esquema pasional canónico propuesto por Greimas y reevaluado por Rallo evidencia una confianza en su etapa inicial. Esta se observa en el momento en que se sella pacto fiduciario de un matrimonio, de una unión familiar: “Desde ahí nos fuimos a vivir juntos los tres”.¹⁶² Luego, aparece la fase de la espera, pues la fiducia establecida genera una expectativa de un buen trato de parte del esposo como retribución a su obediencia, el fragmento empieza en este punto en el que ella enuncia “él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa”.¹⁶³ Así se desprende la etapa de la frustración que no es otra cosa que la insatisfacción frente a la no obtención del objeto de deseo, esto se da cuando Gabriela ve y siente la injusticia que se comete con los niños al dejarlos sin comida. Hay que aclarar que en la frustración aún ella se encuentra modalizada por el deber por lo cual no se enfrenta directamente a José, aún prevalece la fiducia. Pero es el golpe el que la lleva a la siguiente etapa del descontento. Cuando él la golpea, la ira que empieza a sentir se conjuga con la toma de conciencia “No lo puedo creer”, el saber se hace presente en el

¹⁶² ARARAT OSPINA, Op. cit., p. 73.

¹⁶³ *ibid.*, p. 71.

puro sentir que es la cólera que siente ante la agresión del esposo. El descontento se evidencia cuando ella enuncia “mi reacción fue de histeria”.

En el esquema canónico general se ubica la etapa de la moralización. Esta fase es la evaluación que el actor hace sobre la pasión que ha experimentado. Gabriela, evalúa de forma positiva el golpe que, producto de su ira, le dio a su marido. Ella ve que es una redistribución de las cargas, pues ella misma enuncia que no le quería pegar en la cabeza sino a los pies, que fue un ‘mal cálculo’. A esto, se suma la evaluación de un observador que es la Fiscalía, como ente regulador en Colombia, media en el conflicto: “el muy hp, me denunció ante la Fiscalía, alegando que fui yo quien primero lo atacó. Pero no la supo hacer, pues todos sus alegatos se vinieron al piso ya que si yo lo hubiera cortado primero, él no hubiera podido pegarme en el ojo izquierdo. Al final decidió retirar los cargos”.¹⁶⁴Entonces, se presenta una sanción del acto de violencia del hombre y a la vez la reacción de Gabriela son sancionadas por la Fiscalía, en la cual ella se ampara para sancionar su hacer como una defensa propia.

Concluyendo este apartado, se puede decir en palabras de Greimas y Courtés: “Las pasiones y los estados del alma que los componen son los hechos de un actor y contribuyen, con sus acciones, a determinar ahí los roles que él soporta”.¹⁶⁵ Es decir, la identidad se genera también por los efectos pasionales que desarrollan los actores en el discurso. La configuración identitaria no está dada sólo por la acción, sino también por las pasiones. El querer como deseo que motiva, que impulsa el hacer, definitivamente actualiza los estados, lo cual permite una disposición hacia la transformación.

¹⁶⁴ Ibid., p. 72.

¹⁶⁵ GREIMAS Y COURTÉS, *Semiótica*. Tomo II. Op. cit. p. 186.

2.2 LO QUE SABEN LAS MUJERES

Antes de abordar el saber cómo modalidad discursiva en las crónicas, es importante revisar el entorno sociocultural en el que se desarrolló el saber y cómo este ha marcado las formas de vida de las mujeres. Las divisiones de género han hecho que las mujeres a lo largo del tiempo hayan tenido menos acceso que los hombres al conocimiento científico. En términos de Fontanille,¹⁶⁶ los niveles de la expresión, las formas de vida y la cultura que hay tras los signos y los textos-enunciados presentes en el corpus. Perrot retoma premisas que se tenían sobre el acceso al saber de las mujeres:

El saber es contrario a la feminidad. El saber que es sagrado, es exclusividad de Dios y del hombre, su delegado en la tierra. Por eso Eva cometió el peor de los pecados. Ella, mujer, quiso saber; sucumbió a la tentación del diablo y fue castigada¹⁶⁷

En la historia, para las mujeres el saber es una característica contraria a su mis-midad, pues pertenece al círculo de lo masculino. Si la mujer es naturaleza como se señalaba en la ilustración y el hombre es razón, la feminidad no podía ser portadora del saber. Este saber es entendido como sabiduría, pues el saber doméstico era desestimado tanto como conocimiento como labor, por lo cual no era remunerada, ni aún hoy¹⁶⁸. Así pues, se puede acotar a la afirmación de Perrot: “feminidad y saber se excluyen”¹⁶⁹.

Asimismo, afirmaciones como las del conservador Joseph de Maistre citado por Perrot “el gran defecto de una mujer es ser un hombre. Y querer saber es querer ser un hombre”¹⁷⁰, marcan una clara división de géneros en el acceso a los cono-

¹⁶⁶ FONTANILLE, Jaques. Textos, objetos, situaciones y formas de vida. Los niveles de pertinencia de la semiótica de las culturas. En: Revista de la Asociación italiana de estudios semióticos on-line. Trad. Horacio Rosales. 28 de mayo del 2004.

¹⁶⁷ PERROT, Michelle. Mi historia de las mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico, 2008. p. 116.

¹⁶⁸ Históricamente, esa normatividad ha desembocado en los papeles de esposa y madre en el ámbito privado-doméstico, cuya característica más visible ha sido el carácter no remunerado de todo este trabajo de reproducción biológica y material. (Cf. Rosa Cobo Bedia).

¹⁶⁹PERROT, Op. cit. p. 116.

¹⁷⁰ Ibid., p. 116.

cimientos de la época. Además enuncian un querer ser relacionado con la alteridad de la mujer que sería su opuesto, el hombre. Esta situación no está muy lejos de la que aún en el siglo XIX se mantenía sobre la educación de las mujeres. Aquellas que tenían el privilegio de educarse fueron tildadas por la sociedad de “malas mujeres”, es decir, sanciones negativas. Se decía “si quieres ser feliz, no te cases con una medias azules, era un dicho francés”. Estas mujeres eran quienes frecuentaban los salones de las tertulias intelectuales en Francia e Inglaterra, que inicialmente eran aceptadas pero que luego se usó como un término peyorativo, que ponía en entre dicho la virtud femenina. Cuando se habla de ‘logro intelectual de las mujeres’ se usaba como una expresión reprobatoria, es decir, una judicación disfórica, pues “a un hombre generalmente le complace más tener una buena comida sobre la mesa que el que su mujer hable griego”.¹⁷¹

Así, el saber académico fue degradado y señalado como otro argumento para que las mujeres en unos casos permanecieran y en otros volvieran a sus hogares, donde sí encontraban respeto y prestigio social “ La oposición entre la inteligencia y la bondad surgía de forma natural en una generación que fue testigo del rechazo de la *salonnière*”, por lo cual era preciso optar por las características del deber ser domésticas que por el saber, que no las conducía a los valores por los cuales eran reconocidas socialmente como la maternidad, la fertilidad, la abnegación, etc. La escritora Hannah More citada por Andersen escribe: “La mujer que basa sus principios en la Biblia no perseguirá la mirada de los otros [...] sus recursos están dentro de la misma”¹⁷². Por mejor decir, el virtuosismo instaurado por la iglesia era la norma con la cual se sancionaba de forma positiva a las mujeres.

El discurso histórico evidencia a las mujeres carentes de saber, es decir, desprovistas de saber que no necesitan, que no les hace falta. Esto se relaciona con la idea de no-enseñanza pues ¿para qué educarlas si solamente estarán en la cocina y cuidando de los hijos? Esto no significa que dichos sujetos femeninos no ten-

¹⁷¹ ANDERSON, Bonnie y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres: Una historia propia. Vol. II. Barcelona: Editorial Crítica, 1991. p. 139.

¹⁷² Ibid.,p. 151.

gan entonces una dimensión cognoscitiva, sino que en la cultura se les configura como sujetos guiados por la naturaleza, irracionales y luego como peligrosos si desarrollaban la capacidad cognitiva, pues trastornaban la forma de vida instaurada y legitimada que generaba las condiciones domésticas necesarias de un hombre público. Como se verá las mujeres además de estar modalizadas por el deber también están sobremodalizadas por el saber-hacer, el saber-no ser, entre otros.

2.2.1 El saber en el discurso de las mujeres

El saber, al igual que el querer tratado en el anterior apartado, constituye una modalidad inherente al sujeto. Dicha modalidad integra los conocimientos que se tienen sobre el ser y sobre el hacer del sujeto que integran del saber sobre mundo, lo cual fundamentó su accionar y se revela en los enunciados de estado. El saber se consolida como modalidad clave de la competencia del sujeto de hacer, pues el conocimiento es una de las variables que permite la actualización y la realización de las acciones.

Para la semiótica discursiva, el saber es una modalidad de carácter actualizante, a diferencia del querer y del deber que son modalidades virtuales, el saber da una existencia más cercana a la realización del sujeto que es el hacer, pues es una calificación del sujeto. El saber, según la semiótica se presenta como un objeto en circulación “se hablará entonces de la producción, de la adquisición del saber, de su ausencia (el no saber) e, incluso de sus grados”¹⁷³. Es decir, dicha modalidad que se encuentra en los enunciados descriptivos del discurso evidencia todas las variantes de la dimensión cognitiva propia de la identidad de un sujeto.

En este sentido, el análisis nos lleva a plantear el saber desde la semiótica a partir de los conceptos de la identidad, una de las dos dimensiones que la compone es la cognitiva. Esta dimensión caracteriza al sujeto a partir de su saber y su no sa-

¹⁷³ GREIMAS y COURTÉS. *Semiótica*. Tomo I, Op. cit. p. 345.

ber, de lo que informa y de aquella información que omite. Por tanto, los sujetos femeninos de las crónicas en sus enunciados revelan estas derivaciones del saber, con lo cual se puede rastrear cómo actualizan su existencia y, más adelante, su proceso de empoderamiento (Capítulo 3).

En el caso de la crónica *Que nadie te arrebatte la felicidad*,¹⁷⁴ se indicó que existe un deber generado por la manipulación materna sobre el ser obediente “[...] guardaba silencio tal como se lo enseñó su madre, su obligación era obedecerle al esposo en todo”. Sin embargo, esta manipulación se instaura con un hacer-hacer, mas no con un hacer saber como se verá, pues aunque le dice, no le transmite el saber propio del deber hacer y del deber ser doméstica, configurado con el ser esposa, esposa, madre y ama de casa.

Para el componente identitario del ser madre, Delfalina se establece como sujeto disjunto de este saber cuando en la crónica se enuncia: “ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre” y más adelante se reitera “cuando la barriga le crecía y se le ponía dura, se daba cuenta de que estaba en embarazo, se odiaba, no sabía cómo pasaba”. En dichos enunciados se infiere un no saber sobre el proceso del embarazo. Este no saber sobre la gestación evidencia que la manipulación de la madre fue solamente una instauración del deber, mas no una instauración del saber ser madre. No se le transmitió dicho conocimiento, solamente del deber, la sumisión hacia el esposo pero no las competencias con las cuales poder ser, en este caso, buena madre, característica propia del ser mujer doméstica. Es decir, hay un hacer pragmático mas no un hacer cognoscitivo.

Asimismo, estos enunciados evidencian un no saber sobre el ciclo menstrual femenino, lo que lleva a suponer que desconoce cómo funciona su cuerpo y el poder que tiene en la reproducción humana. Este objeto de valor cobra relevancia en la medida en que reitera el desconocimiento sobre la sexualidad. Se evidencia un ejemplo del tabú que permanece en la sociedad respecto al tema del deseo, del

¹⁷⁴ BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 2.

cuerpo y por supuesto de las formas de cuidado que estos temas conllevan. Fernández,¹⁷⁵ caracterizando a la mujer de la ilusión, describe la abstinencia, la castidad y la virginidad como valores morales espirituales sumamente exaltados en el cristianismo, que la madre de Delfalina le inculca el deber contenerse ante el placer, deber conservar la virtud hasta el matrimonio, mas no le explica o le enseña sobre su sexo. Es el cristianismo históricamente como institución eclesiástica, que ha contribuido al ocultamiento de la sexualidad por medio de la confesión, pues según Foucault “La verdad del sexo, al menos en cuanto a lo esencial, ha sido presa durante siglos de esa forma discursiva, y no de la de la enseñanza (la educación sexual se limitará a los principios generales y a las reglas de prudencia), ni de la iniciación (práctica esencialmente muda, que el acto de despabilar o de desflorar sólo torna risible o violenta)¹⁷⁶. La falta de educación sexual, es decir, el no saber sobre la sexualidad, en Delfalina contribuyen a aumentar la intensidad disfórica, pues le hace falta conocer su cuerpo, saber cómo funciona su ciclo femenino, el proceso de embarazo. El desconocimiento de cómo y cuándo se queda embarazada es lo que ella valora negativamente. Le incomoda actuar, se siente utilizada por el esposo al no entender el mecanismo y poder evitar reiteradamente estar en embarazo, es decir, controlar su reproducción, lo que evidencia una falta de poder, al no saber.

En cuanto al componente identitario del ser esposa, se enuncia un no saber sobre qué es serlo: “Humberto, el esposo, con quien se casó a los 16 sin saber qué era eso de ser esposa [...]” Sin embargo, dicho enunciado habla del pasado, pues en la crónica se describen las actividades que realiza: Delfalina preparaba el desayuno, iba a la quebrada, lavaba, cuidaba de las niñas, cocinaba, etc., además de cumplir con sus deberes maritales, que en este caso constituían un acto de violencia intrafamiliar “yo me acostaba y ahí mismo llegaba y me decía: voltéese haber. Se montaba y ahí mismo se bajaba”. Todas estas tareas conforman los múltiples

¹⁷⁵ FERNÁNDEZ, Ana María. La mujer de la ilusión, pactos y contactos entre hombre y mujeres. Buenos Aires: Paidós, 1994.

¹⁷⁶ FOUCAULT, Michel. Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Madrid: Biblioteca Nueva Siglo XXI Editores, 2012. p. 62.

programas narrativos de uso que como se explicó en el apartado precedente hacen parte del querer deber que la configura como mujer doméstica. Es decir, si ella cumple con dichos programas se establece una obediencia activa¹⁷⁷ que la conjuntaría al querer obedecer instaurado en el contrato del matrimonio y así con el hombre ideal, la familia ideal que representan en ese estado inicial, el objeto de deseo: la felicidad.

A partir de lo anterior, se muestra que el rol de Delfalina como esposa sí era realizado, pues su simulacro del ideal encuentra sentido al servirle al marido en lo que él ordene, a pesar de que él enuncie lo contrario con sus valoraciones disfóricas respecto al hacer y al saber que la modalizan:

Tabla 2. Valoraciones de enunciados sobre el saber hacer. (Ver siguiente página)

Enunciados	Actualización semántica
Él siempre me decía: usted no hable, usted es una boba ahí, usted es una montañera que nunca sabe nada	Poco entendimiento
[...] otra familiar que al ver como lloraba Delfalina le dijo que no fuera boba que planificara. Le explicó cómo, la llevó al centro de salud, le compró las pastillas	Ingenua e inocente
Esta tan boba, qué se está creyendo, toda la vida me ha conocido así.	Poco entendimiento
Qué vas a ser vos capaz Delfa, vos como has sido de boba toda la vida.	Poco entendimiento

El cuadro evidencia que a pesar de que la actora se configura con una falta de saber sobre el desarrollo de la concepción y en un principio sobre el ser esposa, Delfalina lleva acabo la triada doméstica. Así Humberto niegue su hacer. Esto lle-

¹⁷⁷ La obediencia activa se construye con el deber hacer y el querer hacer. Las dos sobremodalizaciones se oponen a la voluntad pasiva que recoge las modalizaciones de no deber, no hacer, no querer y no hacer. (Cf. GREIMAS, 1989 p. 101).

va a suponer que la actora aunque enuncia un no saber cómo traer hijos al mundo, lo hace, es decir lo actualiza y realiza. De igual forma pasa con su esposo, que la señala de no servir para nada, pero ella cumple con los deberes de ser esposa:

[Delfalina] Agarró el machete y un costal. Salió de la finca, caminó por el cafetal [...] A la una de la madrugada estaba en la cocina, preparando el desayuno para 19 trabajadores que llegaban a las cuatro de la mañana. También les tenía que empacar el almuerzo y el algo [...] Después, lo mismo de siempre: alimentar ese par de niñas [...] luego coger un costal lleno de ropa sucia e ir a la quebrada a lavarla [...] cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos¹⁷⁸.

Entonces se suma que Delfalina cocina para diecinueve trabajadores, cultiva café, tiene una huerta, cría animales en la finca lo que mantiene su configuración como mujer doméstica y además la muestra como una mujer trabajadora fuera de su hogar. Por tanto, la no competencia en cuanto al saber materno e inicialmente sobre el ser esposa no le impiden el hacer, pues este está motivado por el deber, por la sobremodalización que se desarrolla a partir del deber hacer y que figura el saber pragmático.

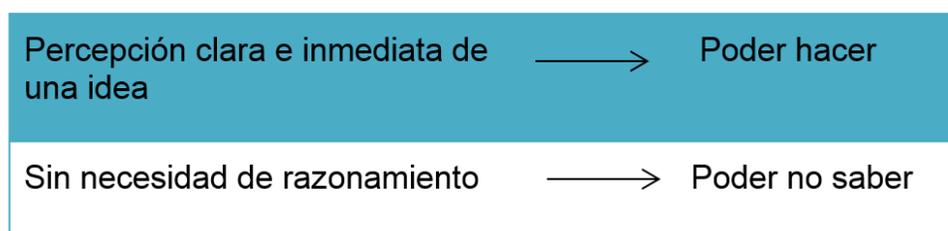
Asimismo, Delfalina aparece conjunta al saber hacer doméstico: cocina, lava y cuida de los hijos, según su enunciado. La tercera característica propia de la identidad doméstica de la actora también se hace evidente. Pero al mismo tiempo aparece aquello que enuncia su marido que, como se pudo ver en el cuadro anterior, configura un no saber de Delfalina. De este modo, se contrapone la conjunción con dicho saber en el discurso, en este caso del antisujeto, que es el rol actancial, que en esta parte del enunciado asume el actor Humberto.

Las valoraciones disfóricas que realiza Humberto sobre la figura de Delfalina también coinciden con lo que se enuncia sobre el carácter instintivo de los conocimientos que ella posee. Delfalina a raíz de los maltratos físicos y verbales que recibía de su esposo desarrolla otro hacer además de sus labores como mujer doméstica. Dentro de ese hacer alternativo en la finca:

¹⁷⁸BEDOYA BUILES, Op. cit., p. 1.

Se refugió en la naturaleza, cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos. Guiada por la *intuición*, les curaba las heridas, les ayudaba a parir; supo que era una fortaleza, que ella sí era capaz de hacer algo, que Humberto estaba equivocado cada que le repetía que no servía para nada¹⁷⁹.

El saber que Delfalina reconoce es motivo para seguir en la búsqueda de su objeto valor, la felicidad. Esta competencia la configura como un sujeto de saber que le da poder para hacer. Sin embargo, surge la pregunta sobre cómo es este saber, qué sentido tiene la expresión “guiada por la intuición” se podría pensar, en apariencia, que la mujer tiene o desarrolla un “sexto sentido” que le permite avanzar y progresar en su recorrido narrativo. Puesto que, en la sociedad este tipo de saber es valorado de forma positiva, pues se muestra como un saber adicional que tienen las mujeres y con el cual se diferencian de los hombres, es decir, se instaura como un elemento identitario femenino. Sin embargo, la etimología de la palabra intuición revela un sentido distinto al aparente: “Percepción clara e inmediata de una idea o situación, sin necesidad de razonamiento lógico”¹⁸⁰, lo que conduce a revisar las modalidades del poder hacer y del saber, puesto que se otorga un poder para hacer pero se desestima el saber, o por lo menos el valorado culturalmente de forma positiva que es el saber lógico. Esto se puede visualizar de la siguiente forma:



Para revisar más este constructo, a este semema se le relaciona por efectos de sinonimia con el instinto que es:

¹⁷⁹Ibid., p. 1.

¹⁸⁰REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa Calpe, 2002. p.

Conjunto de pautas de conducta que se transmiten genéticamente, y que contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie. Impulso in-deliberado que mueve la voluntad de una persona. Facultad innata para captar ciertas impresiones o para desenvolverse en ámbitos determinados¹⁸¹.

Asimismo, la intuición está relacionada con el presentimiento, la visión, el olfato y la clarividencia. Esta última recoge las significaciones de las anteriores pues es una facultad sobrenatural de percibir cosas lejanas o no perceptibles con los sentidos o de adivinar hechos futuros o lejanos. De este modo, se evidencia que la intuición presentada en el enunciado se refiere a un tipo de conocimiento que carece de razonamiento lógico. Una forma de separación del saber lógico aceptado hacia el saber que poseen las mujeres, porque si bien en superficie es reconocido en las esferas sociales de la cultura como importante, en el fondo, está relacionado con la no razón, propia de la mujer salvaje, de la mujer irracional que se ha comentado más arriba. Revisemos la iteración de sememas:

Tabla 3: Sememas del saber

Sememas recurrentes	Semas recurrentes
Percepción	Humano
Innato	Natural
Inmediato	Irracional
Ilógico	

Tanto la intuición como el instinto sin duda han sido relacionados más con las mujeres que con los hombres. Aunque este tipo de conocimiento es reconocido como otro en una jerarquía, este se encuentra por debajo del llamado conocimiento lógico o culto, el cual ha sido reconocido y legitimado. Se dice cotidianamente que las mujeres actúan por instinto, o son más intuitivas, que poseen un sexto sentido, lo cual a muchas seduce. Todos estos enunciados generan un sociolecto que han

¹⁸¹Ibid., p. 1296.

apropiado las mujeres del cual se ha hecho sentir orgullo y esto es evidente si se revisa la crónica donde quien manifiesta este carácter del saber es la propia enunciadora que habla a través de las palabras de la misma actora y no Humberto o la madre que son quienes actúan como antisujetos y manipuladores en una lógica siempre contraria al deseo de Delfalina. El conocimiento estándar frente a la facultad sobrenatural que representa la intuición. Una forma de ilustrar lo anterior es como sigue:



Dicha lógica refiere a la cultura patriarcal que a partir de la mismidad dada para lo masculino observa y señala a la mujer como la diferencia. En la cual, el sujeto femenino es opuesto al masculino, por tanto con caracteres identitarios contrarios que evidencian la idea del hombre-razón y la mujer-irracionalidad. Sin embargo, en esta parte no se niega de forma tajante sino que se usa de forma eufemística, se disfraza el saber femenino. Se le da un significado distinto, tanto que se le cataloga como algo innato carente de razonamiento lógico y se le da un sentido mágico al relacionarlo con la clarividencia. Así como el ser llamada 'ama' de casa constituye una manipulación que oculta el verdadero carácter de trabajo incansable y no reconocido, así mismo el sexto sentido o la intuición ocultan el carácter de saber no reconocido o equiparable con el que produce la cultura de dominancia masculina. Sobre este punto la antropóloga Rosaldo estima:

Puesto que las mujeres deben trabajar en un sistema social que esconde sus metas e intereses, son capaces de desarrollar formas de ver, sentir y actuar que parecen ser «intuitivas» y asistemáticas con una sensibilidad respecto a la gente que les rodea que les permite sobrevivir. Es posible, entonces, que sean «expresivas». Pero también es importante darse cuenta de que estereotipos culturales informan las propias percepciones de los observadores. Es por el

hecho de que los hombres se integran en el mundo de las relaciones sociales articuladas que nos parecen intelectuales, racionales o instrumentales; y el hecho de que las mujeres estén excluidas de ese mundo hace que parezca que piensan y actúan de forma diferente¹⁸².

El carácter desorganizado, sin orden lógico o como lo afirma Rosaldo, asistemático que caracteriza la forma como aparentemente razonan las mujeres, se da a partir de la identificación de la masculinidad, que encuentra en su forma de razonar, el estándar. Entonces se produce el idiolecto de intuición al saber femenino, diferenciándolo así del masculino y aumentando la valoración eufórica en apariencia y al mismo tiempo disfórica en el fondo. Porque para Delfalina del mismo modo que para la enunciativa, el saber intuitivo es de carácter positivo, se enuncia como una revelación determinante para la existencia del sujeto femenino, porque le brinda la oportunidad de hacerse saber así misma que tiene capacidades. Esto a raíz de las descalificaciones de Humberto de las cuales ella es enunciativa.

De otra parte, en la crónica Mamita Clementina,¹⁸³ el saber se evidencia claramente en la forma de los enunciados que aparecen a modo de consejos, un discurso prescriptivo inserto en el discurso narrativo (crónica) donde una enunciativa-actora hace saber a una enunciativa. Ella configura el mundo doméstico para el que debe ser competente “debes aprender todos los oficios de una casa y a cuidar a tus hijos a formarlos bien, debes aprender ahorrar para la vejez”. Dichos aprendizajes, según el enunciado le servirán para ser buena mujer lo que la llevará a casarse con un buen hombre:

Tabla 4. Deber aprender

Debe	Aprender todos los oficios de la casa.
	Aprender a cuidar a los hijos.
	Aprender a formarlos bien.
	Aprender a ahorrar para la vejez.

¹⁸² ROSALDO, Michelle Zimbalist. Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica. En: HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate (Comp.) Antropología y feminismo. Barcelona: Editorial Anagrama. p. 178.

¹⁸³JARAMILLO, Op. cit. p. 28.

De este modo, la buena mujer para la enunciativa es aquella mujer identificada con la identidad de la domesticidad, puesto que debe aprender fundamentalmente todos los oficios de la casa, a cuidar a los hijos y a formarlos bien. Dentro de los imaginarios colectivos de las buenas mujeres, sigue estando presente, al igual que en la crónica anterior, la caracterización doméstica de las mismas. Luna lo describe como la “emblemática construcción de mujer-madre-esposa-virtuosa”,¹⁸⁴ compartido en la lógica moral-religiosa de la época. Su entrega en la labor de ama de casa y de madre es pieza clave en la configuración de lo que la actora que enuncia llama buena mujer. Ser buena mujer en estos enunciados y atendiendo a sus rasgos semánticos (Ver tabla 2) da cuenta una mujer servicial, una madre que cuide (el cuidado también es un saber hacer) y que al mismo tiempo enseñe a sus hijos, es decir, el rasgo del saber se empieza a configurar como importante para las siguientes generaciones de mujeres, pues si antes era negado ahora el saber se constituye como elemento definitorio en la transformación de la identidad femenina.

También en esta crónica, sucede algo similar respecto al trabajo alternativo y, a la vez, adicional que asumen estas mujeres al estar en un espacio rural y la agricultura es la actividad que ejercen como apoyo a sus maridos y por ende como la economía de sus familias: “Ella sabe secar, moler y preparar bebidas que consumen de café, cacao y realiza varios alimentos con maíz, como sopas, tortas y mazamoras”.¹⁸⁵ Este saber de carácter procedimental se conjuga con el netamente doméstico y ambos se construyen sobremodalizados con el querer, pues en ambos casos el querer saber está motivado por el querer estar mejor, que hace necesario querer ser retribuidas por la pareja con la cual realizaron el pacto matrimonial.

¹⁸⁴ LUNA, Lola. El sujeto sufragista. Feminismo y feminidad en Colombia, Cali: Centro de Estudios de Género Universidad del Valle. p. 180.

¹⁸⁵ JARAMILLO, Op. cit. p. 25.

En la crónica *Que nadie te arrebate la felicidad*, a pesar de que los saberes domésticos son negados por el antisujeto Humberto, este hombre reconoce que Delfalina tiene un saber, y lo hace cuando enuncia “usted es muy llevada de su parecer” se refiere a una opinión o juicio, en otras palabras, le está adjudicando al sujeto femenino una facultad del entendimiento que permite discernir y valorar, que es lo que significa tener juicio. Él enuncia que sí tiene juicio sólo que es contrario al suyo, por lo cual lo descalifica, sanciona de forma negativa el hecho de que ella esté llevada de su parecer, porque le lleva la contraria. Este reconocimiento que hace Humberto de un saber en Delfalina contrasta nuevamente con los enunciados donde se caracteriza al sujeto femenino con el adjetivo de boba:

Tabla 5. Enunciados de semema ‘boba’.

Enunciados	Actualización semántica
Él siempre me decía: usted no hable, usted es una boba ahí, usted es una montañera que nunca sabe nada	Poco entendimiento
[...] otra familiar que al ver como lloraba Delfalina le dijo que no fuera boba que planificara. Le explicó cómo, la llevó al centro de salud, le compró las pastillas	Ingenua e inocente
Esta tan boba, qué se está creyendo, toda la vida me ha conocido así.	Poco entendimiento
Qué vas a ser vos capaz Delfa, vos como has sido de boba toda la vida.	Poco entendimiento

La recurrencia del semema boba se observa en las cuatro iteraciones durante el relato. Boba es un adjetivo de género lingüístico femenino que significa “de poco entendimiento y capacidad”¹⁸⁶ y al mismo tiempo señala a una persona como excesivamente candorosa o ingenua, es decir a una persona inocente. Humberto configura a Delfalina como sujeto carente de saber y la familiar con falta de saber. Las valoraciones de Humberto respecto al saber de Delfalina son contrarias a las

¹⁸⁶REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa Calpe, 2002. p. 327.

que enuncia ella misma en su discurso, pues ella sí considera que sabe sobre lo doméstico cuando hace tales labores. Este semema tiene una valoración negativa porque hace infeliz a la actora, puesto que como su objeto de deseo es la felicidad, ser catalogada como carente de saber le quita las posibilidades de realización. Además pone en duda sus competencias, lo cual es totalmente negativo para la identidad del sujeto. De una y otra forma, la identidad siempre se protege a través de la proyección de las competencias.

Mientras que, el semema boba enunciado por la familiar tiene el sentido de falta de saber, porque Delfalina sí necesita y por tanto es importante el conocimiento sobre cómo no tener más hijos “No más hijos. Estaba feliz”. De este modo poder alcanzar su objeto de valor, la felicidad, esto es, Delfalina tiene una necesidad de estar conjunta a este saber, dejar de ser boba o inocente como la configura la familiar que al mismo tiempo la manipula para que deje de serlo brindándole información (saber) sobre los anticonceptivos. Por lo tanto, Humberto no sólo configura al sujeto femenino con un no saber sino con un no poder hacer, mientras que el discurso de la familiar sí la configura con poder que ella le proporciona a través del saber y de esa forma poder-hacer para realizarse.

Más adelante, en la crónica Mamita Clementina, la espera, es decir, el querer (deseo de) ser compensada por su esposo, se articula con el saber. Esta sobremodalización, querer-saber, se constituye en un elemento fundamental que fomenta el cambio y esto se observa claramente en el proceso de desilusión. Puesto que al no recibir dicha compensación del esposo, producto del contrato matrimonial, la espera se vuelve insostenible y los actos de Fauriciano, su esposo, le hacen saber que el simulacro de matrimonio ideal no continuará más. Entonces ella genera otro simulacro en el cual entra en acción con otros saberes que se enuncian:

Ella empieza a descubrir el hombre que en sus propias palabras “era un mataperros”, traducido a mi vocabulario, para que la entendiera, era un hombre que le pegaba porque sí y porque no, ella no podía decirle a nadie, ya que su

familia le recordaba que había jurado ante Dios aceptar a su esposo para toda la vida hasta que la muerte los separara¹⁸⁷.

Esta experiencia de desengaño, es decir, de develar la veridicción hallando la falsedad del simulacro que generaba el contrato fiduciario matrimonial, evidencian un rasgo idiolectal con el cual designa a la figura masculina. Clementina lo llama “mataperros”, según el diccionario, se refiere a un “muchacho callejero y travieso”. Sin embargo el sentido específico se lo da la misma actora a la enunciativa aduciendo la característica de maltratador. Este mismo enunciado evidencia una vez más el silencio al cual se debían someter las mujeres cuando su identidad se encontraba en el estado de domésticas, pues la fiducia matrimonial eliminaba la objeción, la queja, la obediencia debía ser silenciosa. Entonces se construye el hacer no saber, es decir, ocultar a pesar de saber que son víctimas de maltrato.

Asimismo ocurre en el relato de Delfalina al desengañarse de su esposo. La figura femenina estaba “dividida entre él y lo que ella deseaba” que en este caso se refiere a estudiar. Ahora la felicidad se genera estudiando, lo cual marca un cambio en la forma como pretende alcanzar su objeto de deseo. Este saber-saber está antecedido por otros objetos con los cuales ella quiso alcanzar la felicidad pero no la obtuvo. Pues, al principio el deber no la satisfacía pero el contrato fiduciario del matrimonio hacía que ella se mantuviera en una espera constante en la que cambiara el rol de Humberto, que el marido la valorara, que su esposo cumpliera con el simulacro que ella generaba del hombre ideal, es decir, que Humberto dejara de ser el antisujeto de su relato: “Pero ella solo esperaba que Humberto cambiara”¹⁸⁸. Entonces, la felicidad la quiso realizar con su saber sobre otras cosas, específicamente sobre anticonceptivos para no tener hijos, luego con su saber hacer sobre el negocio de la tienda y después con su saber hacer convites para que sus vecinos le ayudaran a construir su casa. Finalmente su felicidad la ve alcanzable por medio de la alfabetización:

¹⁸⁷JARAMILLO, Op. cit. p. 24.

¹⁸⁸ BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 3.

Dividida entre él y lo que ella deseaba. Empezó a estudiar en las noches: “Eso era una felicidad, yo ponía la mano así en el pupitre, ese era el sueño mío, yo quería estar en esta silla escribiendo y mirando para el tablero, yo no salía a recreo ni nada. Como no sabía casi escribir, escribía tan despacio, miraba una letra y la otra¹⁸⁹.”

Delfalina integra el saber que refiere al espacio de lo público, pues enuncia un querer saber al pretender estudiar en una escuela “yo quería estar escribiendo y mirando para el tablero”. Este querer obtener conocimiento académico, configura un programa narrativo de uso en el cual ella busca estar conjunta a la alfabetización para contribuir al programa narrativo de base que es estar conjunta a la felicidad. En otras palabras, para alcanzar la felicidad que es su objeto de deseo a largo de la crónica, en este punto del relato un requisito es aprender a leer y escribir, lo que la lleva a estar en un espacio fuera de la casa, en una escuela. Adquirir la competencia del saber se convierte entonces en elemento clave de actualización y posible realización del programa narrativo. Pero, dicho programa se actualiza en un espacio diferente en el que ella se ha desarrollado hasta el momento, la casa.

La descripción que Delfalina realiza del lugar donde quisiera encontrarse se actualiza no sólo con la enunciación del espacio como tal sino también con la duratividad verbal que evidencia continuidad en el tiempo, pues es un futuro continuo. Representa así un programa narrativo de búsqueda continua de ese saber académico que complementa los saberes domésticos y juntos constituyen la dimensión cognoscitiva de la actora. Pero, esta actualización es una transformación, pues, en su estado inicial de mujer doméstica, ella no veía otra forma de realización diferente a la que le ofrecía el hogar. Esto coincide con lo que Almudena Hernando manifiesta sobre la espacialidad: “las mujeres no han ocupado posiciones especializadas, ni de poder en el grupo social hasta la modernidad, y que hasta entonces, se han caracterizado por mantenerse apegadas a sus espacios domésticos en mayor medida que los hombres”¹⁹⁰. En otras palabras, las mujeres que no se desplazan se mantienen conjuntas a la casa. Sin embargo, la desilusión del

¹⁸⁹Ibid., p. 3.

¹⁹⁰ HERNANDO, 2005. Op. cit. p. 82.

programa de uso doméstico le motiva a ampliar su dimensión cognitiva y lo expresa así: “yo por qué me casé, sin estudiar, para esto”. En otras palabras, Delfalina sanciona su estado inicial de forma disfórica y propone una salida distinta para esa condición.

De este modo, se construye un nuevo espacio, que según la historia de las mujeres estaba vedado para ellas: la calle. Aunque inicialmente no lo estuvo, pues las mujeres en las tribus ancestrales paseaban al igual que los hombres por el espacio público, que desde la creación del discurso doméstico instaurado en la ilustración hasta la contemporaneidad se mantiene una naturalización del espacio privado para las mujeres. Al erigirse el modelo modernizador del hombre público, la mujer fue enviada a la casa naturalizando la maternidad y caracterizándola así como mujer doméstica: “en los sistemas culturales encontramos una oposición recurrente: entre el hombre, que es responsable de la ‘cultura’, y la mujer, que (definida por medio de símbolos que dan importancia a sus funciones biológicas y sexuales) es responsable de la ‘naturaleza’ y a menudo del desorden”¹⁹¹ y en la misma línea, refiriéndose a la naturalización propuesta por Otner, Moncó añade:

Si se adscriben a la familia y a la mujer en sí, funciones biológicas específicamente reproductivas, verdaderamente lo que se está significando es que ella representa un tipo de ocupaciones de nivel inferior, socialmente fragmentadas y particularistas que se contraponen a las relaciones interfamiliares que suponen un tipo de intereses de nivel superior, integradores y universalizantes¹⁹²

Se puede hablar entonces de dos oposiciones, adentro- afuera y arriba- abajo. En la primera pareja, adentro entendido no sólo como la casa sino como el espacio reducido donde la mujer se realizaba en su estado inicial pues desarrollaba los tres elementos propios de la triada doméstica: esposa, madre y ama de casa. Este adentro se opone al afuera, que tampoco se le otorga el nombre de calle, porque

¹⁹¹ OTNER, Sherry. ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? En: HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate (Comp.) Antropología y feminismo. Barcelona: Anagrama. 1979. p. 166.

¹⁹² MONCÓ, Beatriz. Antropología del género. Madrid: Editorial Síntesis S. A. y el Instituto de la mujer del Gobierno de España, 2011. p. 148.

engloba otros ambientes donde ahora la mujer vislumbra realización. Tanto Delfalina como Clementina hallan en la alfabetización una forma alternativa que les permite actualizar sus valores y sus conocimientos para realizarse como sujetos. Se habla de un afuera en la crónica explícitamente con la descripción que hace Delfalina de su asistencia a la escuela, el salón y su intencionalidad de aprender.

La otra oposición se articula en la verticalidad, aparece un arriba que da cuenta del espacio público, pues es donde tradicionalmente el hombre ha estado y ahora la mujer quiere estar ahí también, encontrar en ese sitio una forma de realización. El abajo lo constituye la casa, el lugar designado por cultura patriarcalista y asumido como espacio natural para las mujeres:

El supuesto individuo universal es, entre otras cosas, un sujeto masculino y ello es así porque el espacio colectivo en el que él se desempeña, el espacio de los iguales, en tanto que equivalentes, sólo puede funcionar gracias al carácter jerarquizado, verticalista y autoritario del espacio doméstico. De acuerdo con la forma misma como ha sido construida la propia noción de comunidad política en la modernidad, el acceso de los varones al mundo político, en condiciones de igualdad, sólo es posible para aquellos que son jefes de familia; es decir, para aquellos que ejercen un poder autoritario en el ámbito doméstico del hogar familiar¹⁹³.

De este modo, se evidencia que según los espacios ocupados por las mujeres de las crónicas se revelan los saberes que cada una y en conjunto desarrollan, y parece hallarse una división entre lo público y lo privado. Sin embargo, ambos espacios se encuentran estrechamente articulados en la existencia narrativa de los sujetos femeninos, puesto que las mujeres campesinas cultivan, cuidan animales como sus maridos, lo cual las hace salir del puro espacio doméstico (cocina-sala-alcoba). Delfalina y Clementina integran lo que se podría llamar el exterior de la casa, pero sin alejarse de esta. El lugar, la finca es contigua a su lugar naturalizado, el hogar.

¹⁹³ VELÁZQUEZ, Pilar. El espacio doméstico: geometrías de la subjetividad. Tesis de Maestría en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2011. p. 151.

En las crónicas, las mujeres colombianas realizan actividades agrícolas. Delfalina cuida animales y Clementina cosecha. Ambas contribuyen económicamente en el hogar, sólo que ellas no ganan dinero, pues la remuneración la reciben sus esposos. Sin embargo, la vinculación estrecha entre el afuera y el adentro, no opone los espacios sino que más bien los complementa. Frente a esta situación, Gabriela al pertenecer al ámbito urbano sí presenta diferencias: “Me arreglé rápidamente y esperé a que uno de los hombres que estaba bajo su mando me recogiera, porque sola no me dejaba andar por la calle”.¹⁹⁴ En este caso, la calle sí está totalmente opuesta a la casa, lo público se enfrenta a lo privado. Además, Gabriela enuncia querer aprender más, seguir estudiando y obtiene una respuesta negativa y descalificadora de parte de su marido, quien la manipula y le hace saber sus obligaciones como mujer doméstica en el espacio que ha sido naturalizado para ella:

Al ver que yo me quedaba sola tanto tiempo en casa, quise seguir estudiando y les conté mi idea a José y a mi mamá [...]. Lo primero que me dijo era que él no iba a pagar empleada para que cuidara de los niños e hiciera los oficios del hogar, no iba a dar más plata para el mercado, y que si yo tenía cómo mantener a la empleada podía hacer lo que quisiera. Pero eso sí, yo tenía que cocinarle porque él de mano de otra persona totalmente desconocida no iba a comer.

Lo cual muestra que en la lógica de la masculinidad, se toma en cuenta el deber para con el marido y como Almudena Hernando afirma: “se toma como justificación el cuidado de la descendencia, el desplazamiento por el espacio de las mujeres siempre ha sido más reducido que el de los hombres, y que esta relación con el espalo lo que ha reforzado en ellas la identidad relacional”. Sin embargo, hay que anotar que aunque tanto Clementina como Delfalina complementan sus espacios, no lo realizan porque hayan querido, hay detrás un deber previo que es obedecer a sus esposos, por aquello del contrato matrimonial. En el ambiente rural en el que se encuentran esta función es una que se suma a las ya reseñadas como parte del rol de mujeres dedicadas al hogar.

¹⁹⁴ARARAT OSPINA, Op. cit. p. 74.

El esquema que sigue ilustra los saberes de acuerdo a los espacios separados en adentro y afuera o público y privado. El esquema evidencia que se establecen otros saberes que no se encuentran en el espacio privado. Es el contacto con otros espacios lo que le permite a las mujeres acceder a conocimientos más especializados, sea sobre el agro o sobre las letras y los números, que es la forma que ella usa para referirse al proceso de alfabetización, pues no tenían este saber.

Figura 13. Saberes de acuerdo a la división espacial.



De acuerdo al saber la mujer se ubica en espacios distintos. Lo que Hernando reconoce como espacio cognoscible. Esta autora considera que el traslado espacial de la mujer por ende la apropiación del saber se convierte en factor esencial de su transformación: “el espacio está completamente connotado de sentido (porque se interpretan sus dinámicas a través de una proyección del comportamiento del propio grupo) y no existe interés ninguno en conocer lo que existe más allá de los límites que la propia actividad establece. Como sabemos, el espacio doméstico

cumple también con estos rasgos”¹⁹⁵. Si el saber está relacionado con la triada doméstica, su lugar como sujeto estará en la casa cumpliendo su deber de esposa, madre y ama de casa. Pero si su saber se relaciona con las letras y los números, por ejemplo, este ya pertenece a la calle, a la escuela: espacio público opuesto al espacio privado del hogar.

Los casos de las mujeres analizadas en las crónicas no se ubican en un único espacio, sino que al contrario, la pluralidad de estos les permiten adquirir otros conocimientos. Por ejemplo, Delfalina enuncia querer estar conjunta a su esposo por el compromiso que implica el matrimonio, lo que le instaura saberes domésticos, y el deseo de estar conjunta a la alfabetización, de estar sentada en un pupitre viendo un tablero, los encuentra en el espacio de afuera. Clementina pretende que su enunciataria, (que es la figura de una nieta, es decir, de una mujer de una generación siguiente) alterne los dos saberes y por tanto los dos espacios, público y privado. Esto tampoco quiere decir que las mujeres no quieran el hogar, sino que este ya no sea representado como el único predestinado espacio para la realización femenina. Las modalidades del querer y su actualización con el saber y el poder le permiten ahora explorar otros espacios que también les brinden elementos de realización como sujetos.

De este modo, las oposiciones se pueden articular para hacer axiomático el recorrido profundo que realizan las mujeres, Clementina y Delfalina, para tener en cuenta el afuera, que contiene los saberes de la educación, la alfabetización eufóricamente: “Estudié tres años, eso no lo borro de mi mente porque me llenó de satisfacción”¹⁹⁶; y el adentro como una forma de subordinación que les recuerda el compromiso, el deber, la obligación, por lo cual lo valoran disfóricamente “Y ahí

¹⁹⁵ HERNANDO, Almudena. Género y sexo. Mujeres, identidad y modernidad. En: Claves de razón práctica N° 188, diciembre del 2008. [Archivo en línea] Disponible desde internet: <http://www.upf.edu/materials/fhuma/age/docs/hernando3.pdf> [con acceso el 3-4-2013].

¹⁹⁶ BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 3.

estaba Delfalina, marcada con un ‘juntos hasta que la muerte nos separe’, visitándolo en la cárcel, llevándole comida, lavándole la ropa”¹⁹⁷. Se enuncia entonces un camino distinto para llegar a la felicidad que es su objeto de deseo. Ella se da cuenta, es decir, se hace saber, que Humberto no va cambiar cuando la vuelve a tratar mal, la descalifica frente a su saber “Esta tan bobá, qué se está creyendo, toda la vida me ha conocido así. Toda la vida he tenido mujeres, he sido jugador, bebedor. ¿Por qué no seguimos igual? De todos modos usted siempre es la primera y la otra es la segunda”¹⁹⁸. Así, la toma de consciencia como un hacer saber a sí misma que no es estando conjunta a su esposo como hallará su objeto valor: la felicidad.

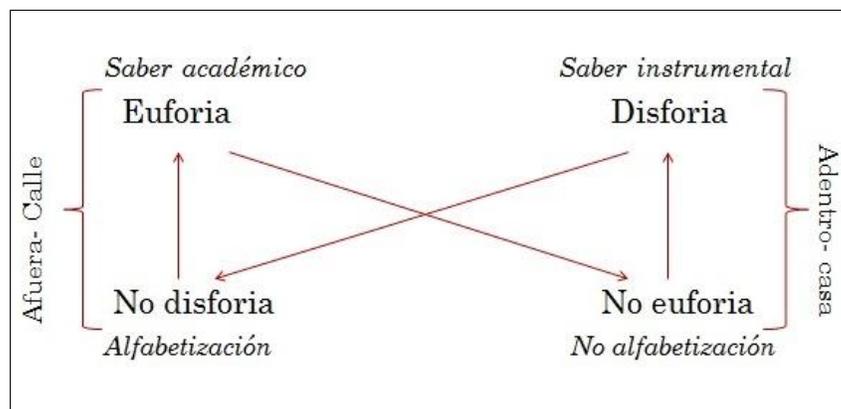
Por tanto, la alfabetización surge como una alternativa de actualización del sujeto. La alfabetización, como saber procedimental y probable productor de saber semántico¹⁹⁹, representa el querer saber, el querer conocer, el querer estudiar se oponen al saber meramente instrumental que le da el rol de mujer doméstica que le representa estar modalizada sólo por el deber ser doméstica, el servirle a un esposo que ahora está preso por múltiples delitos. Quedarse en casa, adentro, la mantendrían alejada de otros conocimientos que ella desea tener para alcanzar su felicidad. Tanto es así que ella enuncia “pensaba también, que de pronto él al verla inteligente la querría un poco”, es decir, el ser ignorante académicamente podría brindarle una nueva oportunidad en su matrimonio, pues el no saber es valorado de forma disfórica.

Figura 14. Cuadrado semiótico del saber cognoscitivo frente al pragmático.

¹⁹⁷ Ibid., p. 3.

¹⁹⁸ Ibid., p. 3.

¹⁹⁹ [...] el primero es el saber procedimental que permite actualizar y realizar un programa narrativo virtual, es decir, el saber como habilidad. En el segundo, el saber como representación se le llama saber proposicional porque expresa enunciados o proposiciones y por tanto aquello que es creído, opinado o sabido. (Cf. SERRANO OREJUELA, Op cit. p. 8)



Para terminar este capítulo, es importante reiterar la trascendencia que cobran las modalidades y a la vez competencias del querer y el saber. La primera virtualizante y motivación del sujeto, la segunda actualizante y sin duda promotora del poder que empezarán a desarrollar las mujeres. El saber sobre sí y sobre los otros, las nuevas relaciones que se establecen a partir de ese conocimiento y cambio de perspectiva respecto a la diversidad de formas de realización. Estas son sin duda los principales argumentos que hacen ver dichas modalidades como factores trascendentes que inciden en la transformación de las mujeres.

Asimismo, se puede acudir a la categoría de género que diserta del deseo como un querer ser semiótico y querer hacer para bienestar personal. Lo cual evidencia que no es sólo un deseo de carácter sexual sino que hacen parte también las dimensiones axiológicas y cognitivas que quieren las mujeres. “El término latino *desiderium* significa “desequilibrio” por un estado de deseo ardiente, de ansia o anhelo vehemente [...] el deseo es el apetito con conciencia de sí mismo”²⁰⁰. Los deseos de las mujeres están en sintonía con la realización como sujetos de hacer y al generarse una crisis en el rol doméstico, ellas quieren seguir buscando el bienestar y lo hallan en el saber, pues el hacer de la modernidad reclama de los sujetos competencias para afrontar los retos de la existencia discursiva.

²⁰⁰ LUNA, Ambrosio. Ilusión, seducción, persuasión. Tópicos del seminario. Vol 14. Julio-diciembre 2005 p. 87-109.

En la identidad femenina, como se ha visto hasta ahora, las modalizaciones de las dimensiones tanto cognitiva como axiológica marcan los estados y las transformaciones que sufre el sujeto. Se ha mostrado la importancia de la modalidad del querer, pues actúa como motivación, dispositivo modal y pasional. Dicho querer no se instaure de forma sencilla, puesto que también se puede actualizar de forma articulada con el saber que es la fuente de poder y, por tanto, competencia para el hacer-ser una nueva identidad de las mujeres. La modalidad del saber le permite tomar consciencia de sí misma, pasar del deseo virtualizado a la actualización cognitiva, lo cual otorga poder y, de esta forma, cuenta con las competencias para transformar su estado inicial que, como se vio, no la conjuntó con sus objetos de valor.

En los casos de las representaciones femeninas analizadas, se parte de que tienen motivos e intenciones, lo que demuestra que están modalizadas por un querer. Ellas quieren estar conjuntas al hogar pero también quieren tener casa propia, trabajos alternativos, esto las motiva para hacer lo necesario y alcanzar sus objetos valor. Sin embargo, ese querer no siempre es creado por ellas mismas, por sus propias experiencias, en la mayoría de los casos, sino que ha sido instaurado por otros, lo cual evidenció que las valoraciones que los sujetos hacen en los discursos provienen de dos fuentes íntimamente ligadas: el sociolecto y el idiolecto. En ambas se construyen los sistemas de valores que encierran la forma de vida doméstica.

Así pues, el querer que se presenta en las diversas manipulaciones dentro de los recorridos narrativos de las mujeres, los desarrollos pasionales y el deseo de saber y el saber en sí mismo representan los determinantes del cambio en las crónicas periodísticas estudiadas. El querer se construye como una isotopía modal recurrente en las crónicas, pues hay una sobremodalización que implica deber-querer, querer-querer y el querer-saber, lo cual evidencia un paso de la virtualización a la actualización de la existencia narrativa de las mujeres. Esto constituye una disposición permanente del sujeto femenino y se podría hablar así de un ras-

go idiolectal de las mujeres y por supuesto de un determinante para la transformación de su identidad.

Del mismo modo, el saber se instaura como determinante para cambio, puesto que las mujeres dan cuenta de la necesidad que tienen del conocimiento. La mujer doméstica tiene saber sobre su rol, es decir, sobre sus hijos y labores del hogar. Sin embargo, la movilidad a la que se vio abocada, su traslado al trabajo remunerado hizo que demandara otro tipo de conocimientos. Además, el semema aprender y la relación al saber ya no solo procedimental sino también semántico y proposicional, hace ver el cambio de perspectiva y empieza a configurar una identidad distinta. En la cual se plantea el poder como continuación para su realización alternativa.

En conclusión, las mujeres de las crónicas tejen sus procesos de transformación a partir de su sobremodalización del querer y del saber puesto que, la no compensación de su estado inicial de mujer doméstica se constituye como el primer motor de cambio, es el elemento que transforma la modalización del deber o el deber querer a un querer o a un querer saber que, como se verá en el capítulo siguiente, lleva a un querer poder diferente al que en el primer estado con el rol doméstico pudieron tener.

3. EL EJERCICIO DEL PODER COMO COMPETENCIA FUNDAMENTAL EN LA TRANSFORMACIÓN IDENTITARIA FEMENINA

En los anteriores capítulos se ha analizado cómo las modalidades han definido el sistema de valores que determina la identidad de un grupo de representaciones femeninas, lo cual ha permitido caracterizar su estado inicial. De modo que se han estudiado las manifestaciones del deber como modalidad en el desarrollo de los programas narrativos femeninos así como la importancia del querer y el saber como modalidades y competencias determinantes en los procesos de cambios identitarios de las mujeres.

Esta red de relaciones modales se articula en la actuación que se encuentra actualizada por el poder-hacer de los sujetos. Así lo estima Serrano Orejuela: “Toda performance presupone, como condición de realización, tanto la competencia modal cognitiva (saber-hacer) y potestiva (poder-hacer) como la motivación modal

volitiva (querer-hacer) y deóntica (deber-hacer) del sujeto”²⁰¹. En otras palabras, es necesaria la cadena de competencias del deber, el querer, el saber y poder para que el sujeto se realice. En tal sentido, el análisis modal permite configurar tanto los estados como los procesos de transición.

Estos procesos de cambio definen la identidad que como se ha dicho es de carácter relacional por interacción con otros sujetos. Según Ricoeur: “la ipseidad del sí mismo implica la alteridad en un grado tan íntimo que no se puede pensar en una sin la otra [...]”²⁰², de manera que el sí sin otro no existe, se hace necesario entonces la relación con un otro. En esta dirección, la identidad está directamente conectada con el poder como modo de existencia actualizante del sujeto. Puesto que, el poder se construye de forma intersubjetiva al ser ejercido en relación consigo mismo y con otros sujetos, es decir el poder como posibilidad de establecer relaciones sociales. Además, el poder desde la semiótica también es analizado como objeto de valor, lo cual muestra al poder en relación con otras figuras del discurso.

En este sentido, el presente capítulo analiza el funcionamiento de la modalidad y competencia del poder como actualizador y por ende transformador de la identidad de los sujetos femeninos de las crónicas y cómo este ha contribuido en su transformación. De este modo, que se busca articular la red de modalidades a partir de la dimensión cognitiva y la dimensión evaluativa, constituyentes propios de la identidad discursiva según la semiótica. Para ello se hará énfasis en los enunciados legitimen o no el poder femenino, además de un apartado específico donde se hace evidente una alternativa de poder.

El poder está presente en el discurso como condición previa y actualizante que presupone y hace posible la acción del sujeto. La crisis identitaria doméstica demandó una transformación de la identidad de la mujer, la cual hizo que la modali-

²⁰¹ SERRANO OREJUELA, Eduardo. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. Op. cit. p.6

²⁰² RICOEUR, Op. cit. p. XIV.

dad de poder se afianzara y tomara otros caminos de tal forma que las mujeres tuvieran opciones de realización para poder alcanzar el objeto de valor. De ahí la importancia de identificar los programas narrativos de las representaciones femeninas analizadas, para determinar existencia discursiva y poder establecer el punto de realización de las mujeres en dichos programas.

También resultó importante establecer las modalidades que impulsan en los recorridos narrativos. Tanto el querer como el saber se constituyeron como determinantes de la transformación de las mujeres. El querer como motivación e intencionalidad actorial permitía desarrollar competencias para alcanzar los objetos deseados. Del mismo modo, el saber se constituyó como competencia fundamental en los procesos de cambio femeninos, puesto que generó la toma de conciencia del rol que cumplen en la sociedad, de la situación de subordinación en la que se puedan encontrar y de la manera de cambiar dichas relaciones de poder, ejerciendo poder. En otras palabras, tanto el querer como el saber se articularon para dar paso al ejercicio del poder que les permitió a las mujeres analizar sus opciones de actualización y al mismo tiempo elegir una que les otorgue la realización.

De esta forma, el poder es fundamental en el desarrollo de la representación femenina pues se construye como una de las condiciones necesarias y facultativas para la acción transformacional lo cual determina la identidad del sujeto. El ejercicio del poder muestra la capacidad del sujeto femenino de generar cambio en su identidad doméstica, la cual le produce disforia y, así establecer otro tipo de relaciones. En otras palabras, el ejercicio del poder le otorga la capacidad de elección de una forma de vida alternativa.

Así pues, el poder se constituye como un punto de partida y un punto de llegada donde se unen las sobremodalizaciones de los sujetos femeninos estudiados. El poder hace parte de los modos de existencia postulados por la semiótica discursi-

va, para la cual la modalidad es entendida como “lo que modifica al predicado”²⁰³ de un enunciado y a su vez como uno de los predicados posibles del enunciado modal, que describe a los sujetos en los discursos. Tal como lo plantea Fontanille²⁰⁴, las modalidades aseguran una mediación entre los actores y su predicado de base, es decir, articulan su actuación con las acciones y los estados que mantienen en los enunciados.

También, el poder se aborda como ejercicio, puesto que como modalidad es una potencialidad, pero el poder como competencia se constituye como dominio, es decir, una competencia modal potestiva (poder-hacer). Pues no solo es una fuerza que actualiza las acciones sino que abre la posibilidad de realizarlas en el recorrido narrativo virtual de un sujeto. Estas acciones hacen parte a su vez de la identidad que, vista desde la semiótica, constituye el principio de permanencia a pesar de las transformaciones que sufra el sujeto.

3.1 EL PODER DE LA MUJER DOMÉSTICA EN CRISIS

Como se analizó, las mujeres domésticas ostentaban el poder sobre el hogar, los hijos y aparentemente sobre el esposo. Este poder fue otorgado por el modelo de mujer “ama de casa” en el cual debían estar en el hogar para suplir las necesidades del hombre moderno. Así se consolidó el ideal de mujer doméstica y por tanto el sistema social de la modernidad:

La realización de ese tránsito (la mujer a la esfera doméstica) hacia las estructuras sociofamiliares modernas no podía hacerse más que llevando a cabo una reinterpretación de una mujer ya hasta entonces y por doquier siempre estatuada en términos defectivos. Se requería una reestructuración general del sistema cultural²⁰⁵.

²⁰³ GREIMAS, Algirdas-Julien y COURTÉS, Joseph. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Gredos, 1990, p. 262.

²⁰⁴ FONTANILLE, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Editorial Universidad de Lima, 2001.

²⁰⁵ DELGADO, Manuel. *Sociedades movedizas Pasos a una antropología de las calles*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2007. p. 231.

Dicho modelo de reclusión de la mujer doméstica se dio, entre otras razones estudiadas en los capítulos precedentes, por efectos de manipulación donde la mujer a pesar de que estaba al cuidado de todo lo que le competía a su familia (esposo e hijos) y a su vez se le otorgaba el título de “ama de casa”, era él quien daba las órdenes. Él hombre era quien imponía su autoridad hasta el punto de golpear si era necesario para ejercer poder: “era él, que apenas le daba una rabieta la golpeaba”²⁰⁶ y mostrar de esa forma su poder y a la vez su jerarquía por encima de los demás miembros de la familia.

De modo que, las mujeres ejercían poder pero este era controlado por sus maridos y por la sociedad que judicaba sus acciones “sólo tuvo tres hijos, dos mujeres y un hombre, lo que del mismo modo la puso en apuros y merecedora de muchos golpes, ya que en esa época estaba mal visto tener pocos hijos y más aún tantas mujeres”²⁰⁷. Esta situación generó tensión en la forma de vida doméstica y esa su vez puso crisis la idea de felicidad a través del matrimonio y de la familia.

En los casos estudiados, las mujeres por tradición, obligación, desespero y única opción de realización se hicieron competentes para ser mujeres domésticas. En tres casos prima el deber ser y en un caso el querer que luego se convirtió también en un deber. Por lo cual, en todos los casos el *deber ser* se constituyó como una forma de realización personal y social para las mujeres, el ser buenas mujeres era sinónimo de ser domésticas. Sin embargo, esta forma de vida las mujeres poco a poco fue valorada de forma disfórica, pues no eran compensadas con el buen trato de parte de sus maridos, en otras palabras, el contrato matrimonial no era mutuamente retribuido. El tiempo y la reclusión espacial en casa poco a poco generaron absoluto rechazo por dicha forma de vida, lo cual puso en crisis el modelo de mujer ‘ángel del hogar’.

De modo que la representación femenina se hizo competente para afrontar el rol de ama de casa, esposa y madre, pero para realizar otro tipo de actividades o re-

²⁰⁶JARAMILLO, Op. cit. p. 25.

²⁰⁷Ibid, p. 25.

lacionarse con actores diferentes a los del ámbito doméstico para el que las mujeres no estaban preparadas. Los tiempos cambiaron y se empezaron a actualizar otras de competencias que les permitieron afrontar diversas clases de relaciones con la sociedad, como la económica, para la cual las competencias de mujer doméstica no eran suficientes, pues según esta identidad no debían manejar el dinero, eso era asunto de hombres. Esta situación demandó de parte de las mujeres una resemantización de las categorías: esposa, madre y ama de casa, donde ellas ejercieran poder en otros ámbitos y se construya así una transición que de paso a una práctica social donde las mujeres tuvieran equitativamente las mismas oportunidades de desarrollo tanto en la vida privada como en la vida pública.

3.2. TRANSFORMACIONES A TRAVÉS DEL PODER

En la crónica Mamita Clementina, el poder se ubica como punto de inicio en el programa narrativo de la enunciativa, donde por medio de la adecuación de la modalidad del deber, así como del querer es posible obtener poder. El fragmento que sigue permite dar cuenta de este recorrido:

Los tiempos han cambiado y si bien ya podemos votar por el caudillo de turno, los hombres nunca dejarán que nosotras opinemos sobre el mundo, debes ser una buena mujer para que des con un buen hombre y que ojalá te valore, debes aprender todos los oficios de una casa y a cuidar a tus hijos a formarlos bien, debes aprender ahorrar para la vejez, así te toque hacerlo a escondidas de él, quizás él muera primero y lo puedas usar, busca un hombre que sea un buen hermano, buen hijo y buen trabajador, cuidado con dejarte cuentear pues si tienes un hijo por fuera del matrimonio nadie te volteará a mirar para casamiento, aprende de las letras y los números lo que más puedas aunque eso a las mujeres no nos ayuda mucho, pero posiblemente tú corras con otra suerte, no te apures en casar, así te presionen todos, es mejor vestir santos que desvestir borrachos, sé orgullosa, y no fijes en el peón de la finca²⁰⁸.

El recorrido de este fragmento se explica así: Un sujeto uno busca el poder, lo que lleva a que un sujeto dos se conjunte a él a través de diversas actuaciones y obje-

²⁰⁸Ibid. p. 28.

tos que le permitan la realización de dicho programa narrativo. Este programa narrativo de base supone que Clementina está orientada hacia un objeto que es el poder, para eso hace que su nieta pueda alcanzarlo en representación suya a través de las recomendaciones que a modo de consejo ella le da. De manera ilustrada se establece así:

PN: H {S1 → O1 (S2 U O2)}

En primera instancia, se establece la alusión a una serie de actividades que a modo de consejos un sujeto femenino le da a otro de menor edad. Específicamente hay una relación de fraternidad entre los sujetos “no desaprovecha cuando habla con su nieta para advertirle sobre lo que le espera; es su vida de mujer”²⁰⁹. Se enuncia que son advertencias por lo cual se esclarece la intencionalidad del sujeto que es de carácter informativo, lo que presupone la competencia de la enunciadora y también actora del relato como sujeto que sabe y hace saber. En otras palabras, la actora, Clementina, posee una competencia modal cognitiva que le permite aconsejar a su nieta sobre la vida de mujer que le espera, a partir de su experiencia.

Según el enunciado de Clementina, la mujer no tiene una participación directa dentro de la sociedad sino a través del hombre con quien esté, por lo que la mujer debe encontrar un buen hombre con el cual casarse. Esto se encuentra en el enunciado: “debes ser una buena mujer para que des con un buen hombre [...]”. Lo que evidencia un primer programa narrativo de uso: buscar esposo, para poder hallar a través de él el poder que sola aún no tiene, a pesar de que tiene derecho al sufragio, el poder de opinar sobre el mundo aún no. Se hace evidente la articulación de las modalidades del poder y del deber, un deber hacer ciertas acciones para poder tener voz. Ella debe ser una ‘buena mujer’ para encontrar un ‘buen hombre’.

²⁰⁹Ibid. p. 28.

La enunciadora da una serie de consejos que invitan a la enunciataria del relato a ser un modelo de mujer distinto al que la enunciadora pudo ser, pues ella habla desde la experiencia que ha construido durante su vida. Hay una construcción histórica de la identidad que la abuela le está transmitiendo a su segunda generación. Entonces se despliega una serie de ‘deberes’ que de cumplirlos le garantizarían la consecución de un “buen hombre”. La secuencia explícita: “Debes ser una buena mujer para que des con un buen hombre y que ojalá te valore, debes aprender todos los oficios de la casa y a cuidar a tus hijos a formarlos bien, debes aprender ahorrar para la vejez”.

En este sentido, Greimas explica que las estructuras modales éticas “son aplicadas a los diversos términos de las estructuras deónticas, el sujeto que las asume adquiere un nuevo estatuto: se convierte en un “sujeto de hacer” potencial (no actualizado) dotado de un deber por el juego de las modalidades éticas”²¹⁰. Si bien la mujer en este punto del relato ejerce el poder al darle consejos, es decir, un hacer saber a su nieta, su búsqueda está encaminada a obtener el poder de participar activamente en la sociedad, es entonces el poder como objeto de deseo. Así, Clementina desea que su nieta a través de las estructuras deónticas pueda transformar su existencia narrativa.

3.2.1 Madre

Clementina y la manipulación de la religión

El discurso de lo religioso generó mandatos que deslegitimaron el poder de las mujeres en el desarrollo de sus programas narrativos, entre ellos el de Clementina. El sistema de valores que se estableció fue canalizado e impuesto por la religión cristiana, hecho que desestimó el gran poder de la maternidad, la reproducción y la capacidad de hacer, propia del ser humano. A cambio, el sistema instauró

²¹⁰ Op. cit. Greimas, A. & Courtés, J.p. 104.

la castidad, la debilidad y la abnegación como forma de vida para la mujer. Para ello fue necesario aislarla de cualquier otro tipo de conocimiento que no tuviera que ver con la familia y la casa. Además, como mecanismo de manipulación se acompañó dicho discurso con la figura del poder del hogar, lo que pretendía equilibrar el deseo intrínseco de poder del ser humano.

En la crónica Mamita Clementina se configura un sistema altamente articulado de figuras y temas que hacen referencia a la Iglesia católica, en este caso específico al catolicismo. Desde el primer momento se hace una descripción de la forma de vestir de la mujer y la relación estrecha de la vestimenta con la asistencia a la iglesia: “sus vestidos siempre amplios de la cintura para abajo, y hasta un poco más debajo de la rodilla un poco ajustados al talle, muy recatados y oscuros, siempre con mangas, nada de escotes y mucho menos el de ponerse el domingo, el cual acompañaba con un chal negro y con una mantilla negra que usaba en la cabeza para entrar a la iglesia en vez de su pañuelo blanco de otros días”.

Las figuras de las prendas refieren el rasgo temático del recato que se construye en un primer momento la identidad de Clementina que se relaciona con la castidad y el decoro. Esto a su vez se ajusta a la forma de vestir reglamentada por la Iglesia que así lo exige. La Biblia estipula y exalta la honra y el pudor que deben guardar las mujeres que se figuran no solo con el uso de la falda larga sino con el hecho de cubrir la cabeza para ingresar a la iglesia. Esta tradición se basa en un mandato bíblico que aún hoy muchas mujeres como Clementina siguen a pesar de que ha entrado en desuso con las nuevas generaciones. La primera carta de Pablo a los corintios manifiesta:

El velo de las mujeres. Quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo; que la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios. El hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra a Cristo, que es su cabeza. Y la mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra al marido, que es su cabeza, exactamente igual que si se la hubiera rapado. Por tanto, si una mujer no quiere llevar velo, que se corte el pelo al cero. Y si es vergonzoso para una mujer cortarse el pelo o raparse la cabeza, que lleva velo. El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria

del hombre. Pues el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre; el hombre no fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre. Por eso la mujeres deben llevar en la cabeza una señal de sujeción por respeto a los ángeles [...] Juzgad vosotros mismos. ¿Es decente que la mujer ore a Dios con la cabeza descubierta? ¿No os enseña la misma naturaleza que es una vergüenza que el hombre se deje el pelo largo, mientras que para la mujer eso es un orgullo? El pelo largo que tiene le sirve de velo²¹¹.

Como se evidencia, Clementina mantiene la tradición cristiana. El recato mencionado se relaciona estrechamente con lo que enuncia el Nuevo Testamento de la Biblia respecto a la justificación de llevar rebozo como una señal de sujeción y la alusión a la dependencia según la religión de carácter natural que tiene la mujer hacia el hombre. Así, las figuras de la vestimenta y el uso del velo como señales de poder sobre las mujeres se conectan con la mención del domingo, día en que se asiste a la misa para conmemorar el día en que Cristo resucitó.

Asimismo, estas estructuras figurativas y temáticas se articulan con lo que más adelante la crónica enuncia sobre el mandato divino que evidencia un campo semántico alrededor de la religiosidad: “era un hombre que le pegaba porque sí y porque no, ella no podía decirle a nadie, ya que su familia le recordaba que había jurado ante Dios aceptar a su esposo para toda la vida hasta que la muerte los separara”²¹². En otras palabras, el contrato matrimonial realizado ante Dios era una sentencia que le impedía poder decir, un acto de sometimiento en el cual ella no podía expresar ni siquiera que era maltratada.

Además, no solo debía callar frente al maltrato sino también obedecer las decisiones sobre el hogar que tomaba el esposo: de nuevo la sentencia que recibió el día en que se casó la anulaba, ella estaba obligada a acatar, lo que disponía su esposo y debía desalojar su casa luego de que llegara el nuevo dueño. De nada valían los esfuerzos de Clementina por ahorrar para intentar tener una parcela propia o algún objeto para la casa porque Fauriciano, su esposo, en cualquier momento se enojaba y decidía vender e irse con todos: “era él, que apenas le daba una rabieta

²¹¹ Biblia para el pueblo de Dios. Corintios I. Capítulo 11: 2-15. p. 1382.

²¹² JARAMILLO, F. Op. cit. p. 24.

no solo la golpeaba, sino que vendía todo cuanto tenían y a menos precio ya que su lema era que no iba a dejar riqueza para que otros que no se la habían trabajado, la gozaran”. De modo que, el mandato divino era permisivo con el poder autoritario que ejercía Fauriciano sobre Clementina, a pesar de que ella contribuía económicamente en la manutención del hogar al trabajar junto a él en las actividades de siembra, cultivo y recolección de las cosechas:

Cuando de nuevo había ahorrado un poco y comprado una pequeña parcela, en la cual construyó con su propio esfuerzo y manos una pequeña casa de baque, en la que ella misma recolectó la boñiga y la tierra roja. Ella pagó con lo que ahorró del acopio de café en fincas vecinas el aserrío de la madera para el techo y la teja, después de una discusión con su esposo, él la vendió²¹³.

Dicha situación la debía soportar sola, puesto que no contaba con su familia al ser ya una mujer casada y parte del mandato divino es soportar los tiempos difíciles en el matrimonio. De la misma forma, en otro enunciado Clementina deja ver su relación estrecha con la religiosidad hasta avanzada edad: “Nunca le faltó una camándula y una novena en sus manos o en la cabecera de su cama, siempre oraba [...] y no dejó de asistir a una misa un domingo [...] ella no dejaba de concurrir a misa de diez de la mañana”.

Estas iteraciones interconectadas por el semema religiosidad evidencian la manipulación ejercida por la religión que le fue instaurada desde su casa y que vivió durante toda su vida. Pues la religión le decía a través de sus mandamientos y de su familia, qué debía hacer y por supuesto qué no debía hacer, como obedecer al marido y no refutarle al mismo. Antes esto, el discurso religioso que se enuncia actúa como manipulador que impide el libre desarrollo del sujeto, enfrentarse a sus propias decisiones. Así la religión, en este caso católica, se configura como un actor y a la vez cumple el rol de actante de control²¹⁴, es decir, de obstáculo, que en este caso inhibe el poder que tendría Clementina si pudiera hacer de forma

²¹³ Ibid. p. 26.

²¹⁴ Entre el actante fuente y el actante blanco debe igualmente ser previsto un tercer actante, llamado de control. (Cf. FONTANILLE, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Fondo de Desarrollo Editorial Universidad de Lima, 2001.p. 135).

libre. No obstante el rol de regulador que tiene la religión a través de la iglesia, Clementina gana algunas batallas.

Cuando la mujer se da cuenta de quién es su esposo porque ella supo que la engañaba: “Ella empieza a descubrir el hombre que en sus propias palabras ‘era un mataperros’”²¹⁵, Clementina ejerce resistencia y en su función de reproductora decide: “Como esposa debía cumplir con otro mandato divino, tener los hijos que Dios le enviara, lo cual con mucha valentía, atrevimiento y desacato sólo tuvo tres hijos”. De modo que, Clementina tomó la decisión de ejercer poder sobre su cuerpo, controla su índice de natalidad, a pesar de que eso le acarree maltrato y sanción negativa de parte de la sociedad.

De la misma forma, Clementina en otra oportunidad ejerce un contrapoder frente a su marido: “hasta que el cansancio la hacía buscar la cama, sin mucho deseo de compartirla, hasta que un día se liberó de esa obligación y compró su propia cama” y consigue dormir en una cama distinta. Así demuestra su rebeldía frente a los designios religiosos y se asume como mujer de poder. Tanto que, llega a enunciar: “Si en mi época hubiera existido el divorcio yo me hubiera divorciado a los quince días de casada”. Lo cual evidencia el cambio en su forma de concebir el universo axiológico en el que se desarrolla; antes sin el ejercicio del divorcio se enuncia con un no poder, pero ahora al existir la separación legal ella lo haría. La existencia de la figura del divorcio de la mano de la experiencia que ahora tiene al dar los consejos, es decir, su saber la impulsa a ejercer poder para separarse del esposo.

Sin embargo, estas serían transformaciones transitorias que no le alcanzaron para conseguir una emancipación completa, pues ella misma dice: “aunque en lo demás, no pudiera hacer lo mismo y debiera mantener la servidumbre hacia su esposo”²¹⁶ a causa de los mandamientos que la sentenciaban a estar con sus esposo hasta que la muerte los separara. Se observa entonces la instauración de una

²¹⁵ Ibid. p. 24.

²¹⁶ Ibid., p. 25.

ideología por parte de Clementina, en tanto le fue transmitida por lo que el sistema axiológico religioso le impedía hasta preguntarse por qué tenía que vivir una situación de sumisión: “Su moral o su religiosidad nunca le permitieron cuestionar el por qué ella debía trabajar desde que despertaba”.

De este modo, se puede afirmar que la religión impuso la idea de poder solo en el ámbito doméstico y sujeto a los mandatos de Dios, representado en la tierra por el hombre, pues es él quien está hecho a imagen y semejanza suya. De tal suerte la mujer solo es un reflejo del hombre por tanto debe vestir de manera recatada y taparse el cabello y seguir las órdenes sin reclamar. Así, la religión actúa en oposición a la libertad, pues cuando Clementina ejerce poder contrario a su marido se utiliza el sema liberar, es decir opuesto a sujeción de la que hablaba la Biblia.

En la tabla que sigue cada columna representa un conjunto de unidades semánticas mínimas, es decir, una isotopía, que según Rastier: “está instituida por una serie de relaciones de identidad entre semas. Tales relaciones inducen relaciones de equivalencia entre sememas”²¹⁷. De modo que, la iteración de sememas constituye la recurrencia de semas como la religión y la liberación que le generan ciertas acciones que en el desarrollo de su existencia discursiva pudo realizar. Por medio de la tabla se recogen los sememas enunciados a lo largo de la crónica:

Tabla 6. Lista de sememas de la religiosidad frente a los de liberación (Ver siguiente página)

²¹⁷ RASTIER, François. Semántica interpretativa. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2005. p.12.

Religiosidad	Liberación
Dios	Divorcio
Matrimonio	Descubrir
Mandato divino	Propio esfuerzo
Anulación	Ella misma
Obligación	Construyó
Acatamiento	Ahorró
Iglesia	Desacato
Recato	Valentía
Camándula	Atrevimiento
Novena	Se liberó en parte
Misa	Poder votar

Las dos isotopías evidencian no solo la recurrencia de la religiosidad sino que dan sentido a la influencia ejercida por la iglesia y la sociedad en su conjunto quienes actuaban como legitimadores de las acciones de las mujeres, es decir, sujetos destinadores judicadores como rol actancial. Asimismo se puede anotar que dentro de la isotopía que tiene que ver con la religión, se muestra el semema anulación que es falta de poder así como acatamiento y obligación que dan cuenta de la perpetuación del deber como modalidad eje de la mujer doméstica. Mientras que, del lado del sema libertad se encuentran sememas de acciones que dan cuenta del poder que ejerció esta mujer, opuestos al no poder que del lado de la religión se desprenden.

De este modo, el poder de Clementina fue difuminándose en algunas expresiones de rebeldía que evidencian cambios de fondo en su identidad como mujer doméstica, pues al decir: “no llenarse de hijos” hace ver su posición, su poder sobre la maternidad y su cuerpo. Asimismo, dormir en camas separadas avista un cambio profundo en las condiciones bajo las cuales la mujer actúa y actuará. En la medida que el traslado espacial, de una cama a otra, representa un poder ejercido y evidencia un carácter independiente, lo cual tiene un efecto simbólico en la relación esposo-esposa y por ende en las relaciones sociales que establecen los actores.

No obstante, ella mantiene su estado pese a la toma de consciencia, es decir, ella sabe que esa forma de vida no es la quiere pero que, según su relato no había más remedio que asumir el matrimonio con todas las consecuencias que este traía consigo.

Por tanto, el ejercicio de poder de Clementina es un precedente de transformación para la generación futura a la que ella misma quiere preparar a través de su discurso de consejos. Por eso, sin dudarlo se expresa inconforme y recomienda estudiar, no tener en cuenta lo que diga la sociedad respecto a si se casa o no cuando enuncia que no tenga prisa y que es mejor vestir santos (pensamiento religioso presente) que desvestirse borrachos.

3.2.2 Esposa

En una misma línea de sentido, la crónica *Secreto entre sábanas* tiene como actora principal del relato a una mujer casada, víctima de abusos por parte de su esposo. María, desde pequeña fue una mujer maltratada determinada por el deber familiar. En esta crónica se evidencia la modalidad y la competencia del poder en su discurso tras la idealización del hombre como el príncipe azul, por efectos de manipulación y más tarde de sanción.

Al inicio del relato, María describe que su origen es la docilidad, lo que marca una manera de afrontar las situaciones de la vida, con obediencia, rasgo fundamental en la construcción de la mujer doméstica: “Pero en los últimos años ha ido rompiendo el voto de silencio impuesto por su dócil naturaleza”²¹⁸. Además se hace alusión al silencio, figura también muy importante en la consolidación de la obediencia como rasgo temático de esta mujer. Se presenta el silencio como una forma de contrarrestar el poder femenino, al no permitírsele hablar, al asumir su deber en oposición al poder expresarse. En otras palabras, el silencio actúa como

²¹⁸ OSORIO LEMA, Op. cit. p. 1.

impedimento para el libre desarrollo del poder, como actualizante de su modo de existencia.

Las dos figuras: la docilidad, según ella natural, y el silencio se articulan con las figuras de miedo, poca fuerza y decoro que luego son enunciadas: “A María le daba miedo la vergüenza, la alharaca, que la señalaran por abandonar el hogar, que se metieran con los hijos y se armara un pleito mayúsculo”²¹⁹. Así se evidencia el temor a la sanción que ella pudiera recibir de parte de la sociedad. Además de su preocupación por los hijos y el no querer que se generara una demostración o expresión excesiva por un ligero motivo que se manifiesta en la vehemencia de algún afecto, como de ira, queja o admiración y en este caso puntual por una queja. De manera que ella prefiere un tratamiento mesurado de la situación, lo que no es necesario si simplemente no habla del tema.

Por esa razón, la de evitar que se formara un escándalo, es que ella no hablaba de los maltratos que recibía con nadie y mucho menos con sus hijos hasta que ellos más adelante por sí solos se dan cuenta de la situación. En seguida, el silencio aparece nuevamente: “Pasar calladita había sido rutina desde niña”. Pero ese silencio como ya se enunció se fue rompiendo poco a poco a causa de la experiencia y del apoyo de sus hijos para afrontar el problema.

Dicho silencio se debía al poder que ejercía su esposo sobre ella y los hijos: “Hasta un día, no hace mucho, en que también su hija menor fue víctima de la voluntad paterna –o sea de los celos- [...] y un amiguito que a veces la visitaba y al que una vez Antonio sacó de la casa a patadas y entre improperios”²²⁰. Se evidencia el señalamiento del poder de Antonio que ejercido sobre ella ahora lo hace sobre su hija. El semema voluntad adjudicado al esposo desvirtúa su propio proceso de empoderamiento, pues señala esta característica como propia de otro sujeto además de que justifica su accionar al dar cuenta de que son los celos la razón por la

²¹⁹Ibid., p. 2.

²²⁰Ibid., p. 2.

cual él ejerce un exceso de autoridad. Él con poder, ella desprovista de este y a cambio debe asumir el rol de quien obedece, así como su hija, en este caso.

Asimismo, una escena en el relato evidencia otra vez su simulacro de mujer débil y carente de poder pero al mismo tiempo empieza a mostrar una mujer capaz de evitar más agresiones. Esto lo hace enfrentando a su esposo en un momento de violencia: “Una amenaza de golpe [...] y ella que empuña un palo para decir, ya reventada, pero con coraje: ‘no va a ser la primera vez que coja el palo, lo voy a seguir cogiendo cada vez que usted me pegue’”²²¹. Así, ella después de ser maltratada sienta su posición e impide, en un acto de evidente poder, que su marido continúe agrediéndola. Se enuncia que esta acción va acompañada de un apasionamiento: el coraje, lo que permite ver el impulso que proveer el querer como modo de existencia virtual y el empuñar que es la actualización que a través de un instrumento, el palo la dotan de competencias para enfrentar a su esposo y preservar su vida.

A pesar de haber hecho un alto en el camino y de amenazar con volver a hacerlo si le continua golpeándola, ella reitera su incapacidad cuando le preguntan si volvió a tomar el palo como elemento de defensa: “No, pero oiga, le digo pues que uno a la hora de enfrentarse a ellos, como con la fuerza uno no es capaz. Mire, ellos lo debilitan a uno tanto mental y físicamente. Muy triste eso”²²². Este enunciado muestra no solo que ella se siente débil frente al hombre en cuanto a fuerza, sino que esa situación le causa disforia, por lo cual se puede deducir que ella querría ser fuerte y poder defenderse de una manera igualitaria o por lo menos evitando el maltrato. En otras palabras, ella niega su fuerza frente a la de su esposo, enuncia que no es capaz y que las agresiones son un detonante que la debilitan no solo de forma física sino mentalmente, lo cual refiere a un cansancio y a una desmoralización.

²²¹Ibid. ,p. 2.

²²² Ibid. p. 2.

Sin embargo, en otro apartado, nuevamente María ejerce poder sobre su propio cuerpo y al igual que Clementina decide de no tener más hijos, en este caso por medio de una operación. Para que ella tomara esa decisión, no sólo influye la disforia que le produce su esposo sino la manipulación ejercida por su madre, que al principio de su vida estuvo ausente porque tenía un trabajo remunerado fuera de casa puesto que su esposo había muerto. Ahora ya con avanzada edad la apoya para que no tenga más hijos: “Su mamá, más cercana en su adultez, le había sacudido en parte el miedo al decirle ‘mija, vea, no se ponga a tenerle más hijos a ese hombre, no sea bobita, opérese que yo la cuido”²²³.

Es importante acotar en esta cita textual la figura del tiempo. La mención que se hace de la adultez revela que es en esta etapa donde empieza a darse el cambio en la actora. Esto a su vez supone que en las etapas precedentes, niñez, adolescencia o juventud e incluso en la primera etapa de adulta la madre no estuvo o en casos como el de Delfalina solo estuvo presente para instaurarle el efecto de ideología de mujer doméstica. En este sentido se puede decir, que la duratividad que mantienen en su estado inicial es bastante extenso, producto de la propia experiencia matrimonial, de madres y amas de casa así como de la nueva relación que en esta caso teje Ana con su madre, quien le brinda apoyo para operarse, las mujeres asumen su poder y lo ejercen. De manera que, es el tiempo una figura trascendental en el proceso de transformación femenino.

Respecto al poder que refuerza esta escena, se presenta una oposición entre el que ella podría ejercer y el miedo que se lo impide. En otras palabras, el miedo actúa durante su vida matrimonial como actante de control que entorpece la realización de las acciones de Ana. El poder que ella posee no lo ejerce a causa de esta pasión que está en contravía de la fortaleza. Sin embargo, en una parte del relato se enuncia: “[...] y con una fuerza proveniente no se sabe de dónde se lo sacudió de encima”²²⁴. Esta escena muestra un ejercicio de poder en contraven-

²²³ Ibid. p. 2.

²²⁴ Ibid. p. 3.

ción al miedo que ella mantiene, pero que apoyada esta vez por su madre y con la conciencia de que no podía tener relaciones sexuales, pues se encontraba en recuperación en la cirugía de la matriz consigue impedir un abuso que la podría haber llevado a la muerte. De manera que, si no se cuidaba en el postoperatorio podría agravar su condición convaleciente, lo cual evidencia un ejercicio de poder en defensa propia.

Se presentan así tres momentos de ejercicio de poder y de expresión de fuerza a pesar de que al mismo tiempo ella enuncie su debilidad y su carácter dócil frente a su esposo. Esto se confirma en el fragmento siguiente:

[...] Es su marido -irremediamente, piensa ella-, porque son ya casi tres décadas de convivencia y porque ha sido así, un paso a la vez con ocasionales desafíos como ha ido salvando la distancia entre ella y su vulnerada dignidad de madre y esposa²²⁵.

La característica de irremediable, es decir, de inevitable, evidencia lo que luego se enuncia como resignación, puesto que es un destino que ella debe aceptar a causa de su contrato fiduciario de matrimonio, por el tiempo que llevan juntos, por miedo a la sanción social negativa y sobre todo por el miedo a la precariedad. Sin embargo, el enunciado mismo deja ver la oposición con la que convive, que a pesar de lo irremediable ha logrado hacer salvedades para rescatar un poco de la dignidad que durante muchos años ha ido perdiendo.

Asimismo, hace parte fundamental en el proceso que ella denominó “decoroso despertar” en el cual ya es consciente de los maltratos y como se evidenció, en ocasiones logra evitarlos. Además, ella ha influido para que su marido cambie para hacer menos insoportable la convivencia: “Dejó de beber, pero todavía le grita, la cuestiona cuando sale, le pide explicación de casa uno de sus movimientos. Ella no se deja atajar más, pero le explica, y hasta le consigue pruebas [...]”²²⁶. En otras palabras, ahora ella se puede manifestar, puede explicar, ejerce el poder del

²²⁵Ibid. p. 3.

²²⁶Ibid. p. 3.

discurso verbal, un gran paso en el proceso de transformación que la experiencia y la conciencia le permitieron dar. La tabla siguiente organiza estos datos:

Tabla 7. Lista de sememas que oponen el temor frente al valor

Miedo	Valentía
Dócil	Explica
Silencio	Enfrenta
No es capaz	Empuña
Resignación	Desafía

Adicionalmente, se enuncia que María quisiera estar sola, después de la situación vivida de violencia intrafamiliar y de los problemas que le generaron su convivencia marital: “[...] y aunque ella trate de no pensar en el futuro se le nota que quisiera irse”. Se opone así la inquietud por el saber qué le depara el futuro sin su esposo y el modo de existencia presente en el cual aún no se siente cómoda, pues tiene aún en la memoria las vivencias negativas del pasado. A pesar de que su marido ya no la maltrata físicamente, ella desea alejarse pero hay un elemento estructural que se lo impide, aquello que le causa incertidumbre respecto al futuro y es el mismo elemento que le impidió a Gabriela, la actora de la crónica Los golpes de la vida, decidirse a pedirle el divorcio a su esposo: la dependencia económica.

El dinero constituye en el caso de María y de Gabriela el principal impedimento de no disolución de la relación de pareja que les causa disforia. Separarse implicaría afrontar solas las dificultades económicas. En el caso de María se enuncia de forma clara: “Ya difícilmente puede escudarse en la crianza de los hijos para no hacerlo (irse), pero con esa rabia, con ese hartazgo, convive aún el miedo de siempre, la innumerable causa de tanto aguante, la cara de la necesidad: irse para luego verse obligada a volver, caer en la precariedad, la idea de que a sus años no

puede aspirar a un trabajo digno”²²⁷. De modo que se hace presente la expresión de temor frente al futuro que tendría que afrontar si se separara de su marido.

A partir de las figuras y los elementos temáticos contenidos en la red semántica conformada por el miedo, la debilidad, la inseguridad y la precariedad subyacen las estructuras fundamentales, que llevan a estas representaciones femeninas a tomar decisiones frente a su situación conyugal. María presenta miedo que es equiparado con la debilidad que ella misma enuncia, lo cual la lleva a un estado de sufrimiento y al mismo tiempo a un estado inquietante frente al riesgo. Esto es, el miedo en su forma englobante es la representación de la inseguridad de sus propias competencias para enfrentar un espacio diferente al doméstico y realizar actividades distintas.

La representación que hace María como una mujer de dócil naturaleza fortalece su configuración identitaria de mujer débil, así como su comparación respecto a la fuerza física frente a su esposo. De tal suerte que la inseguridad le genera una tensión entre el porvenir incierto que le esperaría si se separa de Antonio y la insatisfacción de la convivencia presente. Hay que recordar que según Greimas²²⁸, todo estado de tensión produce disforia mientras que la relajación genera euforia.

En otras palabras, el estado de duda frente a lo que desconoce que será su futuro separada, sin un trabajo digno (bien remunerado) que le provea un sustento, la hace imaginar solo la precariedad en la que caería y a la que le tiene miedo. Asimismo, se reitera la importancia del rasgo temporal en la transformación femenina en la que a pesar de reconocer su situación en una segunda adultez, también es un impedimento para la realización de forma diferente a la doméstica.

De modo que no solo es el saber el que produce un estado de inseguridad en la mujer, sino también el temor que le genera el no saber y la preocupación por la incompetencia en el hacer otras labores distintas a las domésticas. También le

²²⁷Ibid. p. 3.

²²⁸ GREIMAS, Op. cit. 1989.

teme al escándalo, la sanción de parte de su familia y la vergüenza al ser señalada de abandonar el hogar; asimismo el miedo que le producía el desamparo de sus hijos o que ellos se metieran y armaran un problema mayor. Todos estos valores constituyen el origen del miedo que a vez produce inseguridad lo cual la lleva finalmente a tomar la decisión de no separarse de Antonio. La siguiente tabla ilustra con mayor claridad el inventario de valores:

Tabla 8. Inventario de valores que originan el miedo.

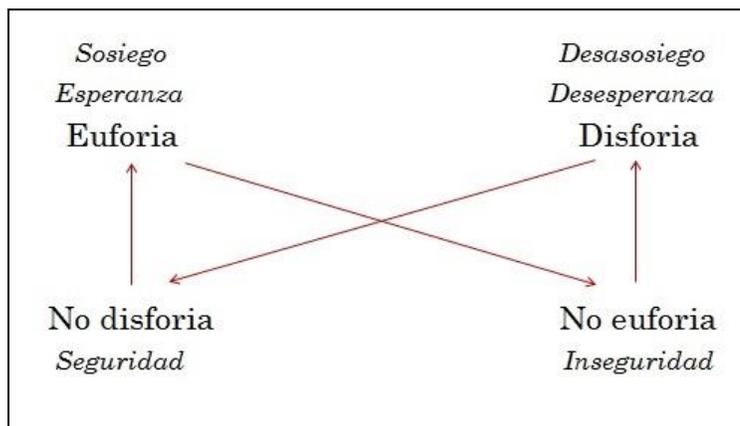
Valores
Miedo a la vergüenza
Vergüenza por el qué dirán (escándalo)
Abandono de hogar
Incompetencia en labores fuera de casa
Desamparo hacia los hijos
Hijos contra el padre

Esto muestra una preponderancia de la incompetencia así como de la marginación social que padece un sujeto de avanzada edad y mujer, a quien como ella enuncia no puede aspirar a su edad a un trabajo digno, tampoco al amor ni a otra oportunidad lo cual es causante de disforia.

En esta medida las estructuras lógicas permiten en el cuadrado semiótico que sigue mostrar las oposiciones y las complementariedades que se encuentran al interior del relato. María se encuentra tranquila habiendo superado en parte la angustiada convivencia con su esposo. Sin embargo, ella enuncia querer estar sola, ya cansada de todo lo sucedido, pero ese 'estar sola' la lleva a un estado de inseguridad que la lleva a la desesperanza que causa disforia. Entonces, el recorrido opone el sosiego frente a desasosiego que pasa por la inseguridad y en un recorrido contrario es el desasosiego que pasando por la seguridad económica que le

provee su contrato matrimonial la lleva encontrarse con el sosiego que causa euforia. La siguiente proyección ilustra dichos recorridos:

Figura 15. Cuadrado semiótico de la euforia (Ver página siguiente)



En cuanto a Gabriela su situación no es distinta, se mantiene la incertidumbre por su supervivencia y la de sus hijos lejos de su esposo así como su decepción y rechazo hacia el fracaso conyugal. Su expectativa de futuro es desoladora, la depresión le produce disforia y esta a su vez en un estado de indecisión:

Después de tanto maltrato físico y psicológico, después de que me dejó el ojo moreteado y yo haberle quebrado el espejo en la cabeza caí en una depresión horrible [...] ni modo de contarle a mis papás de la situación, primero porque mi mamá no me iba a dejar seguir viviendo así y yo no quería aceptar el fracaso de mi matrimonio, segundo, porque si les contaba y luego me arreglaba con mi esposo ellos iban a dejar de quererlo y ya las cosas se venían en mi contra²²⁹.

Se evidencia así una indecisión entre alejarse de su esposo o mantenerse a su lado por lo que guardaba una mínima esperanza. La sanción que hace de su estado como 'horrible' da cuenta de una desorientación respecto a su futuro que tiende a ser negativo. Puesto que mantenerse casada le trae sufrimiento y separarse le implicaría regresar a su casa, derrotada, ambos casos provocan disforia en el sujeto. Sin embargo, en ella prevalece el sentimiento de seguridad que le provee la relación conyugal así como su sentimiento de euforia si mantiene su matrimonio,

²²⁹ ARARAT OSPINA, Op. cit. p. 75.

pues cuando enuncia que no quiere fracasar, está dando cuenta de la posible no realización subjetiva que le causa disforia. Ve entonces el matrimonio como un reto que no quiere perder, como una esperanza para mantener su condición de mujer doméstica.

3.2.2.1 María, Gabriela y el príncipe azul

Es preciso insistir en la influencia del discurso cristiano católico presente en las mujeres de las crónicas: María mantiene su estado de mujer casada y Gabriela no decide si separarse o no, las dos estimuladas por el efecto contractual del matrimonio. El efecto de sentido de la unidad “hasta que la muerte nos separe” no solo está dado por el rito sacramental sino que se refuerza con el imaginario del príncipe azul mencionado en las crónicas. Esto se evidencia cuando María enuncia “uno ya no está en edad de pensar que va a venir un príncipe azul por mí y me va salvar, noooo”²³⁰.

El príncipe azul es el hombre que no solo es atractivo físicamente sino que además parte en la búsqueda de la princesa, su complemento, sino que además es un hombre solvente que brinda protección al mismo tiempo seguridad a la mujer que esté a su lado. Dicho imaginario es el discurso aprendido en los libros de texto, inculcado por madres, maestros de escuela y diversificado en medios de comunicación. Y en los casos de las crónicas es transmitido por las madres y la propia situación familiar que las abocan a casarse: “un embarazo no planeado”. De manera que se hace necesario para ellas que otro sujeto le brinde protección, lo cual refuerza la identidad con la que fueron educadas de dócil naturaleza.

En definitiva, en la lógica que brinda el discurso del cuento de hadas como manipulación ideológica, la mujer se aparta de actividades que le den solvencia económica y asumen esta forma de vida como parte inherente de su ser mujeres do-

²³⁰ OSORIO LEMA, Op. cit. p.3.

místicas. Además, la asumen como única opción de realización lo que permite que ellas mismas con su discurso legitimen dicho modelo sean ellas en un momento determinado antisujetos de su propio objeto de valor: la felicidad.

En los cuatro casos, las representaciones femeninas estudiadas tienen expresiones que evidencian el reconocimiento, el darse cuenta con quienes se casaron. Dos de ellas explícitamente hablan del hombre bueno que deben conseguir o del príncipe azul al que deben encontrar. Además, estas crónicas refieren el hecho del matrimonio como unión indisoluble al ser un compromiso ante dios imposible de romper.

Se muestra así como la a manipulación ideológica ejercida por la religión y a la vez por la sociedad a través de la instauración del modelo de felicidad a través de la figura de un príncipe azul condicionó las formas de vida de estas mujeres. Esta situación las llevó a desear para ser felices la conjunción con un hombre el cual debía hacerlas felices, lo cual traslada la responsabilidad y al mismo tiempo el poder de ser felices por sí mismo a otro actor. Por tanto no solo se figurativiza un hombre con cualidades príncipe y caballero andante sino que además se le dota con un rol temático de hacedores de felicidad lo cual tiene un gran contraste cuando estas mujeres se enfrentan con la realidad, toman conciencia (saben). La tabla que sigue recupera los enunciados que evidencian esta situación que justifica la convivencia a pesar de la disforia que produce:

Tabla 9. Inventario de enunciados sobre el príncipe azul (Ver página siguiente)

Actora	Enunciado
Delfalina	- “Él me decía, esta es mi casa, acá mando yo. A mí eso me martirizaba. Trabajar uno tanto y este hombre no ser capaz de tener siquiera un aliciente con uno, de decir, vos <u>sos</u> una mujer que vale mucho”
María	- María se dejó convencer por la promesa de príncipe que todavía encarnaba Antonio. - Porque es su marido –irremediamente- piensa ella. - “Uno ya no está en edad de pensar que va a venir un príncipe por mí y me va a salvar, <u>nooo</u> ”
Gabriela	- “Ahora veo de una manera más objetiva, me di cuenta con quién me casé”.
Clementina	- No obstante, ese amor solo le duro 15 días, al cabo de los cuales descubrió, muy a su pesar, que su recién esposo estaba hablando con palabra de matrimonio con otra joven de una vereda cercana. - “Ella empieza a descubrir el hombre que en sus propias palabras ‘era un mataperros’”

Asimismo, enunciar como algo “irremediable” el hecho de estar casados, muestra la alta disforia que representa este estado, así como el reclamo de ser valoradas da cuenta de la conciencia que tienen estas mujeres de la contravención en la que viven. Ellas son conscientes del estado polémico de sus contratos matrimoniales y aun así permanecen. Además, descubren en todos los casos que el ser de los hombres con los que se casaron no es el mismo que parecía ser y difícilmente son similares al retrato imaginario que cada una a partir de la manipulación ideológica tenía de príncipe azul o buen hombre.

De modo que el simulacro que cada mujer tenía del hombre que las iba a hacer felices se diluye con el reconocimiento de sus desplantes, el maltrato, la desatención y sobre todo con la falta de reconocimiento o valor que ellos le daban a las mujeres: “Trabajar uno tanto y este hombre no ser capaz de tener siquiera un ali-

ciente con uno, de decir, vos sos una mujer que vale mucho”²³¹. Todas denuncian no ser valoradas, no recibir palabras de aliento, alientos, cariños, respeto y lo que los reúne: felicidad.

En el caso de Gabriela, ella enuncia: “Ya no me aguantaba más esta situación y como no tenía ni un peso, no me atrevía a dejarlo”²³². Lo cual demuestra que el dinero, el no tenerlo, actúa como una actante de control que impide la realización de su querer, separarse. Además de que sanciona de forma negativa el no tener dinero. A esta situación se suma el hecho de no querer aceptar la derrota pues la separación para ella representa un fracaso en su matrimonio y algo que no quiere aceptar. Porque este era su proyecto de vida, su programa narrativo virtual; y al reconocer que no lo pudo realizar por completo le causa depresión: “La depresión me tomó por completo. Me la pasaba todo el día llorando en la cama”.

Esta situación hace evidente uno de los pilares fundamentales de la lucha de las mujeres a lo largo de la historia y es el de un lugar en la sociedad que les permita ser económicamente independientes. Esto es, poder ganar dinero a través de un trabajo remunerado y así gozar de las oportunidades y del poder sobre otros ámbitos que esta actividad trae consigo. El poder que otorga el dinero vence el miedo, y eso se observa en Gabriela que recibe el apoyo de su familia para poder seguir estudiando y manteniendo a sus hijos sin esperar el dinero de su esposo.

Para Gabriela el hecho de contar con el apoyo de sus padres y de su hermana además de su juventud es un paso importante en la transformación identitaria no solo por el hecho de divorciarse sino por el acto de decidir. Al vivir en opresión, Gabriela ya no podía hablar mucho menos protestar o exigir buen trato. En otras palabras, el maltrato que devenía del contrato matrimonial consentía la anulación del sujeto de hacer femenino lo que aislaba al sujeto en su poder ser lo cual imposibilitaba su identidad como agente de poder, pues desaparecía al sujeto como tal.

²³¹Ibid., p. 2.

²³²ARARAT OSPINA, Op. cit. p. 75.

En esa medida, la toma de decisión de Gabriela aunque no haya sido por iniciativa propia, rompe con el miedo, es decir, vence al actante de control que le impide dar paso al cambio en su vida. Asimismo vence el sufrimiento que le generaba la dependencia moral y económica hacia su marido, lo cual la ubica en el estado de sujeto de poder y le da la base para convertirse en un sujeto de hacer. Acaba con el miedo y además toma el riesgo, decide lanzarse hacia otros programas narrativos que le permitan su realización y que sean alternativos al discurso del cuento de hadas que legitima el discurso cristiano católico del matrimonio y su deriva de estructura mínima social: la familia.

La transformación en el recorrido de Gabriela es notable en la crónica. Cuando era soltera se definía como una mujer independiente: “Gabriela siempre fue muy independiente, de carácter fuerte y muy alocada”²³³. De casada su retrato era el de mujer golpeada y humillada, aparecen las figuras de la depresión, el fracaso y el llanto. Y producto del divorcio, Gabriela se describe como una mujer feliz, resignada a no tener un esposo pero contenta con sus hijos y sus padres, además de darle el impulso para operarse los senos, ejerciendo poder sobre su cuerpo, puesto que es una decisión exclusivamente de ella.

A pesar de que ambas actoras, enuncian que el miedo es causado por falta de poder adquisitivo que las obliga y las somete a los mandatos masculinos, el miedo también se relaciona indiscutiblemente con la representación de falta de seguridad y protección que deviene de la figura masculina. Es un miedo al desamparo que sin embargo no excluye el dinero, pues este se relaciona directamente con la dependencia económica a la que se entregaron cuando decidieron realizar solo las labores domésticas y renunciar a otros ámbitos de realización.

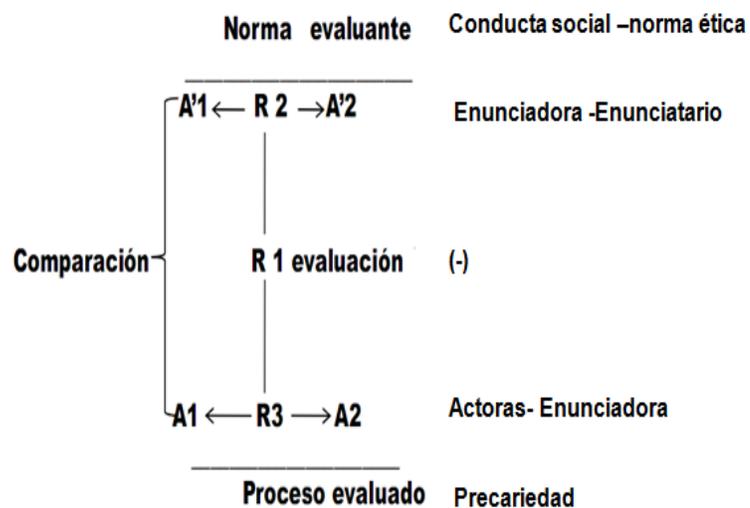
En este sentido, por medio de un esquema de evaluación, propuesto por Hamon²³⁴ es posible ilustrar la valoración que las representaciones femeninas hacen

²³³Ibid., p. 73.

²³⁴HAMON, Philippe. “Texto e ideología: para una poética de la norma”, en: *Criterios* N° 2-28, enero 1989-diciembre 1990. La Habana: Documenta Magazines, pp. 66-94.

de la precariedad; cuando refieren temer a tener que regresar por no tener o poder conseguir dinero para sobrevivir. Esto evidencia que sancionan positivamente la solvencia económica, lo cual les permitiría ejercer poder y marcharse, no obstante la norma ética evaluante que rige es aquella en la cual la mujer ama de casa debe depender económicamente de su esposo, pues es él el encargado del sostenimiento:

Figura 16. Esquema de la evaluación



Fuente: Adaptado de Hamon, 1989.

3.2.3 Ama de casa

En busca de la legitimación del poder femenino: el saber

Como en capítulos anteriores se mencionó, la categoría de mujer ama de casa se relaciona de forma estrecha con el saber que obtienen las mujeres para hacerse competentes en las labores de la casa. Estas no solo tienen que ver el espacio físico sino que también incluyen el servicio al esposo y a los hijos, desde servir la comida, hasta ayudarles con las tareas, son labores domésticas inherentes a esta

forma de vida femenina. También se incluyen en este segmento las actividades relacionadas con el campo, espacio cercano al hogar de cuya labor las mujeres no obtienen dinero directamente sino es una colaboración para que el esposo a su vez obtenga los recursos para sostener la casa.

De tal modo que, la dimensión cognoscitiva de las mujeres domésticas se restringe inevitablemente al espacio que ocupan en la sociedad²³⁵. Algo no muy distinto sucede con las representaciones femeninas estudiadas en las que se enuncian específicamente labores hasta que van más allá de las estrictamente familiares como hacer almuerzo para 19 personas, compañeros de trabajo del hombre, así como la siembra, la cosecha y hasta la venta de productos agrícolas. Nuevamente es pertinente aclarar que ninguna labor de este tipo es remunerada directamente, mucho menos el trabajo doméstico²³⁶ de lavar, planchar y cocinar.

Sin embargo, estas manifestaciones del saber como amas de casa se dispersan a raíz de la crisis del modelo de mujer doméstica, en el que ellas son lanzadas al mundo del trabajo remunerado por necesidad o en algunos casos aburridas de su estado inferior frente a los hombres. A partir de esta realidad, se presenta el caso de Delfalina que vive la experiencia del trabajo remunerado a causa de las humillaciones que de parte de su esposo Antonio tenía que vivir en la casa:

Pensó que quizás el problema era estar en casa, viendo cómo el marido se burlaba de ella, entonces se fue a trabajar a una fábrica de colchones en el municipio de Caldas, como recibía un sueldo, Humberto le dijo que él no volvería a mercar. Con toda la responsabilidad de su casa encima, madrugó durante seis años para ir a trabajar como obrera, mientras en casa el marido se bebía y acababa con el negocio. La resistencia de Delfalina se quebraba. Aunque se alejara de casa por unas horas sufría lo mismo²³⁷.

²³⁵VELÁZQUEZ, Pilar. El espacio doméstico: Geometrías de la subjetividad. Tesis de Maestría en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2011.

²³⁶ Hasta hace poco fue declarado trabajo doméstico con reconocimiento de remuneración en el cual deberán por ley ser afiliadas a servicios médicos y cotizar pensión. Beneficios de ley que no habían sido reconocidos y que aún hoy poco se practican. No obstante el decreto existe y se puede consultar en: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=52630>

²³⁷BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 2.

Delfalina no abandona los oficios propios del hogar y adicionalmente es quien provee el dinero que se necesita para sobrevivir. Su esposo se atiene a lo que provea ella y se quita la responsabilidad que por contrato matrimonial él debía asumir. Por tal razón, Delfalina termina cargando con todas las responsabilidades que devienen del hogar. El trabajo remunerado no representa para ella una forma de realización sino un escape de su tristeza por los malos tratos y la no valoración positiva de su rol de mujer doméstica de parte de su esposo. Todo lo contrario, él la sobre carga. Sin embargo, ella decide renunciar para intentar que su esposo cambie: “Renunció, volvió a casa, con la esperanza que todo podía cambiar, que Humberto algún día sería otro”. Pero eso no pasó.

Más adelante, ella tiene la oportunidad de compartir con mujeres del barrio para pavimentar la calle y es ahí donde el saber compartido se hace presente:

Yo reuní a varias vecinas y por medio del trabajo empezábamos a conversar: es que esos maridos no sirven para nada, es que esos maridos viven echados, es que esos maridos miren con la una y con la otra y nosotras en la casa trabajando. Yo les decía, sí, por eso es que a los hombres no les gusta que la mujer se consiga una amiga, porque ahí se les acaba la bobita de la casa. La bobita de la casa empieza a reflexionar y a darse cuenta de que esa no es la vida²³⁸.

Esta situación lleva a Delfalina a reflexionar sobre su situación: “Estaba sola, sus hijas se habían casado, seguía participando de las reuniones con mujeres en FEPI²³⁹, conoció la corporación Vamos Mujer, aprendió de sus derechos y de la violencia que sufrían las mujeres, ‘todo lo que nos decían sobre el maltrato, era como si eso ya estuviera escrito en mí’”²⁴⁰. En otras palabras, el proceso de intercambio, de terapia de grupo que empezó a mantener con otras mujeres, el reconocerse como ‘bobita’ así como que tener una amiga puede ser motivo de disforia para los esposos genera una reflexión en torno a la conciencia de ser mujer y de

²³⁸ BEDOYA BUILES, Op. cit. p. 2.

²³⁹ FEPI es una fundación dedicada al fomento de la educación popular y al fortalecimiento de la pequeña industria. Se especializa en la promoción de semilleros infantiles, grupos de mujeres, talleres de danza y capacitación en maquina plana. Además ofrece a la Comuna 1 el servicio de biblioteca.

²⁴⁰ BEDOYA BUILES. Op cit. p. 2.

vida como amas de casa. Esta introspección a la situación del maltrato y aislamiento en el hogar que a través del diálogo ellas estaba adquiriendo, se instala en Delfalina y hace visible como mecanismo de poder.

A través de los conocimientos en materia de derechos y violencia, de sufrimiento y sobre todo como reconocimiento de su propia experiencia se suma el saber escolarizado: “Estudié tres años, eso no lo borro de mi mente porque me llenó de satisfacción”²⁴¹. El querer superarse a través del proceso de alfabetización también se constituye como una herramienta que forja el cambio y por supuesto la perspectiva de Delfalina. Esa satisfacción es comparada con la no satisfacción que le produce la continua espera en el cambio de Humberto por eso ella se enuncia “Dividida entre él y lo que ella deseaba”.

Asimismo, la dimensión cognitiva también se basa en un hacer saber. Una mujer le informa a Delfalina que Humberto en la cárcel tiene otra mujer que lo visita: “Un día de visita en la cárcel, una señora la detuvo antes de verse con Humberto y le dijo: ‘señora, usted es muy bobita, usted viene un domingo y después viene la otra’”²⁴². Ante esta situación Delfalina le pide nuevamente que cambie y él solo responde: “Esta tan boba, qué se está creyendo, toda la vida me ha conocido así. Toda la vida he tenido mujeres, he sido jugador, bebedor ¿Por qué no seguimos igual? De todos modos usted es siempre la primera y la otra es la segunda”²⁴³. A lo que Delfalina con determinación responde ¡Basta ya! Y aunque en primera instancia le causa tristeza ella misma expresa su proceso de reflexión: “Luego pensé: no más y no más Delfa ¡Ya! De hoy en adelante sos libre.

En este sentido, el efecto de manipulación que produce Humberto al decirle que ella será siempre la primera no cumple probablemente con su intencionalidad, puesto que este enunciado es el último motivo que recoge Delfalina para apartarse y esta vez definitivamente de su esposo. Sin embargo, no es solo dicho efecto lo

²⁴¹ Ibid., p. 3

²⁴² Ibid., p. 3.

²⁴³ Ibid., p. 3.

que hace actuar, esto también es debido a las valoraciones y pasiones que tiene ella frente al matrimonio, a su paso por la escuela y sobre todo a la terapia de grupo a la que acude junto a otras mujeres en el barrio para intercambiar experiencias sobre sus vidas.

De modo que el enunciado de Humberto genera otras pasiones diferentes a las esperadas en su discurso, pues cambia el efecto de manipulación que pretendía tener y era mantener a su esposa en su casa sirviéndole como siempre. Lo que genera un efecto negativo hacia ella de modo que rompe con el modelo y produce en ella un hacer-hacer que la legitima no sólo como un sujeto actuante sino que además le permite tomar la decisión que ella había postergado por años: encontrar la felicidad, pues ella siempre esperaba era que él cambiara. Y Humberto al decir que él siempre ha sido así y no va a cambiar por fin trastoca el sistema que mantenía en espera a Delfalina y ella asume su poder de sujeto para tomar la decisión de apartarse y buscar en otros rumbos su tranquilidad, su felicidad.

También se presenta el caso de Gabriela. Ella, una mujer que estudió cuatro semestres de diseño en una universidad y que después de quedar en estado de embarazo decide irse a vivir con José, luego casarse y tener otro hijo:

Mientras él trabajaba yo estudiaba en el colegio, pero apenas terminé mi bachillerato me fui para la ciudad de la eterna primavera para continuar con mis estudios y a estar con él. Hice hasta cuarto semestre de Diseño de interiores en la Universidad Pontificia Bolivariana, porque a los 18 años quedé en embarazo²⁴⁴.

En principio, Gabriela enuncia sentirse feliz con su matrimonio, haber logrado su cometido, que era tener una familia. Pero esta realización fue transitoria porque luego, el desarrollo del saber le permitió darse cuenta de la realidad que vivía, no era un hombre que la regañaba porque la quería: “Cada vez que discutíamos me empujaba y yo tan inocente, o más bien estúpida, pensaba: ‘Tan divino mi esposo como me regaña’”, sino un hombre maltratador de un carácter que ella desconocía

²⁴⁴Op. cit. OSORIO LEMA., p. 73.

y que después de la experiencia del golpe y su desarrollo pasional de la ira comprende a cabalidad “con quién me casé”. Este enunciado permite afirmar no solo que el saber se articula como modalidad para transformar sino que se ejerce el poder, puesto que con la agresión producto de la ira (sobre este tema se habla detalladamente en el capítulo 2) ella toma conciencia y toma la decisión de agredirlo también. Ese momento deviene luego en una crisis depresiva: “La depresión me tomó por completo. Me la pasaba todo el día en la cama llorando [...] llegué a pesar 45 kilos”²⁴⁵; situación que la hace reflexionar, es decir, otros procesos de la dimensión cognitiva donde ella piensa en su presente y en su futuro, piensa en los niños y sobre todo decide reaccionar contra el fracaso que no quiere aceptar: “yo no quería aceptar el fracaso de mi matrimonio”.

Esta toma de conciencia y los enunciados que describen sus estados de tristeza y reflexión sobre su condición física y mental, y en general sobre su vida como mujer permiten que el efecto de manipulación que tiene el pedido de divorcio de su marido sea positivo. En otras palabras, aunque ella no toma la decisión de separarse, ella sí es consciente de que eso es lo mejor que puede hacer y actúa en consecuencia.

Hay que recalcar la actualización de la modalidad del querer en este punto, pues Gabriela en un momento, cuando sus hijos crecen un poco, quiere estudiar en la universidad nuevamente. Pero no puede, porque aunque su madre la apoya su esposo prácticamente se niega pues se enuncia: “Lo primero que me dijo era que él no iba a pagar empleada para que cuidara de los niños e hiciera los oficios del hogar, ni iba a dar más plata para el mercado, y que si yo tenía cómo mantener a la empleada podía hacer lo que quisiera”²⁴⁶. Todas las negativas de José evidencian un no querer que Gabriela salga a la calle, que se eduque y sobre todo un no hacia que ella tenga contacto con otras personas, pues su misión es solamente servirle a él.

²⁴⁵ Ibid., p. 75.

²⁴⁶ Ibid., p. 76.

Esta situación lleva a Gabriela a decir: “Lógicamente mi sueño (de estudiar) se vino abajo porque no podía pedirle más a mi mamá; así que olvidé la idea por completo”²⁴⁷. Por tanto, el efecto de manipulación discursiva de José sobre Gabriela gana al anteponer las labores que como ama de casa, esposa y madre debe cumplir como prioridad. Entonces, se hace evidente el querer saber de Gabriela y no querer que ella sepa de parte José. Sin embargo, este saber escolar es el que más adelante impulsa indirectamente el actuar de Gabriela. Ese saber previo y el querer saber más, le permiten a Gabriela saber que el futuro no es netamente incierto que es posible encontrar otra realización de vida aparte de la del matrimonio y que eso no significa abandonar la felicidad que finalmente nunca tuvo al lado de José.

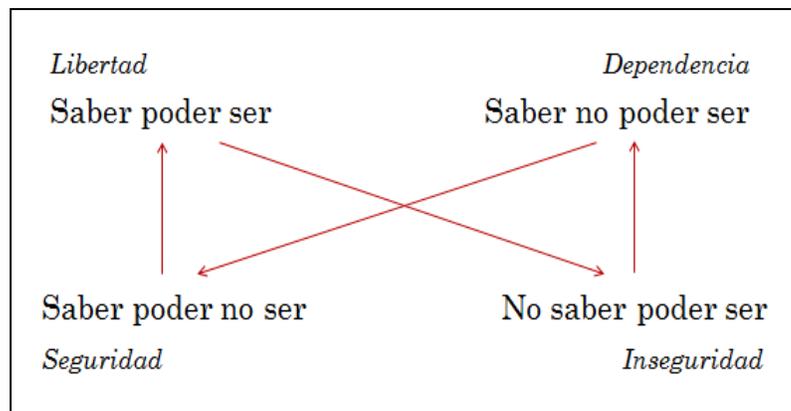
Se presenta así un cuadrado semiótico con una relación de oposición del poder que configura la identidad de las mujeres en un estado dos. Resulta pertinente entonces abordar la sobremodalización del saber-poder que se articulan como estructuras actualizantes que preparan al sujeto para la realización. De manera que se reúnen dos modalidades que según Greimas permiten la estabilidad y al mismo tiempo la movilidad del sujeto: “las dos deixis aparecen respectivamente como las modalizaciones ‘estabilizantes’ (deber vs saber) y las modalizaciones ‘movilizantes’ (poder vs saber)”²⁴⁸. Teniendo en cuenta que el saber unido al poder dan la posibilidad de libertad en el proceso de transformación identitaria de las mujeres, en la primera ubicación del cuadrado se encuentra el *saber poder ser* sujeto libre, es la libertad con la que las mujeres pueden conjuntarse. Así, su contradictorio en el recorrido es el *no saber poder ser* sujeto libre que se relaciona estrechamente con el sentimiento de inseguridad que pervive a causa de miedo que les produce no sentirse calificadas para realizar otras actividades diferentes a las domésticas, la incertidumbre por el futuro, el riesgo a la precariedad, la vergüenza por el escándalo y el señalamiento por abandono de hogar.

²⁴⁷Ibid., p. 74.

²⁴⁸ GREIMAS y FONTANILLE, Op. cit. p. 40.

Estas valoraciones que causan inseguridad las conducen a un estado de dependencia, es decir, a mantenerse en el estado de mujer doméstica sometida a la autoridad masculina, presas de la manipulación y sanción disfórica, que modalmente estructurado resulta un *saber no poder ser*, es decir, saben (creen) que no pueden ser sujetos libres donde se mantiene la inseguridad y estar solas se vislumbra como un estado imposible. Sin embargo, el saber es el actualizante que les permite invertir el recorrido, de modo que pueden pasar a un estado de *saber poder no ser*, es decir, las mujeres reconocen que pueden no ser las mujeres domésticas que como forma de vida la sociedad les ha instaurado, que es un estado evitable y que por tanto no deben estar obligadas a una sola forma de realización, revelación que les causa seguridad consigo mismas. Además, ellas descubren que no han sido libres, todo lo contrario han estado conjuntas a un poder no ser libres o a una aparente libertad que se les daba en la casa, de manera que el saber les provee un acceso a la libertad, como Greimas lo plantea: “El acto epistémico es una transformación”²⁴⁹ lo que las lleva un estado de libertad: saber poder ser libres. La proyección de estas estructuras profundas se puede ilustrar así:

Figura 17. Cuadrado semiótico del saber poder ser



²⁴⁹ GREIMAS, Op. cit. 1989. p. 136.

Así pues, el saber cumple la función de deconstruir el imaginario masculino en el que viven las mujeres, lo cual les da la posibilidad de tomar conciencia y de actuar para conseguir un cambio que les permita a su vez ser felices. En otras palabras, el saber les da poder de decisión y al mismo tiempo les da la alternativa de poder realizarse como mujeres en otros ámbitos. El poder ejercido por estas mujeres constituye inevitablemente una transformación, puesto que las competencias para enfrentar las dificultades familiares abren otras puertas, otros campos y así la identidad se transforma.

3.3 EL DESEO DE OTRO PODER: EL CONTRAPODER

Las mujeres de las crónicas estudiadas se caracterizan por una identidad determinada por el deber ser en un estado inicial. Lo cual podría hacer creer que a finales de siglo XX en Colombia, fecha de la cual se extraen estas historias, la mujer ha vivido atada a esta tipo de identidad. Sin embargo, en el espectro aparece una crónica de Alfredo Molano que muestra otra realidad respecto a las mujeres. Una mujer que desde niña fue educada, en su primera infancia en un colegio de monjas, luego en una escuela Normal de señoritas y así se convirtió rápidamente en una profesional universitaria en el área educativa. Desde pequeña quiso ser profesora lo que configura un programa narrativo virtual que se realiza: el ser maestra de escuela. Tuvo que soportar sacrificios en la escuela de monjas, pero siempre tuvo presente lo que quería:

Los cilicios eran como una “corona de sacrificio” en el muslo. Se podían usar apretadísimos, apretados y menos apretados. Los usé. No tenía más remedio. Yo quería ser maestra y para eso tenía que llegar a la Normal. Así que disciplina en la pierna derecha, debajo del uniforme azul oscuro [...] A mí en la Normal me iba bien. Por encima de todo yo quería ser maestra, y maestra de primaria, maestra de tiza y tablero. También choqué. El primer choque fue con un profesor de matemáticas²⁵⁰.

²⁵⁰MOLANO, Alfredo. Ahí les dejo esos fierros. Bogotá, D.C.: Aguilar, 2009. p. 80.

Es claro, que cumplir con el deber le permite acceder al ser que en su caso es maestra de escuela. Así se configura el programa narrativo de uso donde un sujeto inicial, Adelfa está disjunta de la profesión y quiere tener una transformación siendo maestra. La representación es la siguiente:

$$PNB: H = S_1 U O_1 \rightarrow S_2 n O_2$$

Sin embargo, este no es el programa narrativo de toda la crónica puesto que en profundidad lo que se plantea es un deseo el Adelfa de tener poder para ayudar a otros. Ser maestra de escuela le permite alcanzar este objeto de deseo. De modo que ser profesora es un objeto valor que le sirve para alcanzar el objeto deseado. Ese poder se encuentra en gran parte impulsado por el saber que la modalidad actualizante y que aunque estabilizadora permite en articulación con el saber movilizar el actuar del sujeto. Asimismo, el saber provee al sujeto de herramientas para su realización, pues no es solo un saber hacer sino también un saber sobre el ser. Por lo que el saber es pieza clave en el desarrollo de la dimensión cognitiva de la identidad. Serrano Orejuela los plantea así:

En el primer caso, se trata del saber que un sujeto tiene sobre el ser y el hacer propios o de otro sujeto y sobre el mundo al que pertenecen; es decir, del saber como representación: propongo llamarlo saber proposicional; en el segundo, del saber que le permite al sujeto actualizar y realizar un programa narrativo virtual (un hacer); es decir, del saber como habilidad ejecutiva: propongo llamarlo saber procedimental²⁵¹.

En ese sentido, la enunciadora al narrar su propia historia se dota a sí misma de un saber sobre su vida, además hace saber a los otros de una forma específica, lo que la hace también lingüísticamente competente. Al dar su nombre al relato, ya enmarca una presentación de sí misma, se describe, se nominaliza y predispone al enunciatario a un saber sobre su ser. Además, una narradora que usa la primera persona del singular empieza el desembrague de sí, con enunciados como:

²⁵¹ SERRANO OREJUELA. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. Op. cit. p. 8.

“[...] solté una perorata sobre nuestro deber como maestros pobres de estudiantes pobres”²⁵². Se observa en ese enunciado un saber sobre la oratoria y al mismo tiempo del contenido de su discurso sobre el deber del maestro en ciertas circunstancias. Entonces, se presenta un saber decir y un saber sobre el deber ser maestra que van dejando entrever la construcción iterativa del saber que genera poder.

La crónica presenta dos estados: el primero, una maestra de escuela sensibilizada por la realidad social de su comunidad y el segundo, una mujer partícipe directa de las luchas sociales. En ambos casos se establece una conjunción al poder, puesto que la enunciativa pasó de un estado a otro: de no ser maestra a serlo y al estar conjunta al ejercicio de la educación se une a la población menos favorecida a la cual desea ayudar. En la siguiente secuencia se puede apreciar el uso de la modalidad descriptiva entorno a la representación de la identidad y el ejercicio del poder:

[...] organicé un paro de solidaridad en la escuela de Santa Ana, adonde había sido trasladada. En plena clase tiré la tiza, me senté en el escritorio y dije: “No trabajo más, estoy en paro de solidaridad con la Nacional”. El director me llamó: “¿Qué le pasa? ¿Se volvió loca? ¿Qué tiene que ver lo que aquí hacemos con lo que allá no hacen?” La sugerencia de que el paro era una disculpa de vagos me golpeó la coca. Le tiré la puerta sin revirarle y me fui al patio. Me subí en un asiento y solté una perorata sobre nuestro deber como maestros pobres de estudiantes pobres. Me suspendieron ocho días. Cumplí la sanción con un sentimiento de orgullo y altivez que me hizo sentir parte de una cadena²⁵³.

En este fragmento se evidencia un estado posterior a unas acciones que enumera para dar cuenta de la posición asumiendo su voz previa, pues lo enuncia en presente y con cita directa “estoy en paro de solidaridad con la Nacional”. Así, la enunciativa describe su primera forma de lucha contra la injusticia desde su posición de maestra de escuela. Y lo hace a través de la enumeración iterativa de sus acciones: “tiré la tiza, me senté en el escritorio, dije, [...] tiré la puerta, me fui al

²⁵²Ibid., p. 78.

²⁵³Ibid., p. 83.

patio, me subí en un asiento, solté una perorata”²⁵⁴. Además, esta enumeración da cuenta de un estado pasional que se incrementa, que expresa un sentimiento eufórico por defender sus ideas. Luego, utiliza una comparación para hacer énfasis de su labor docente aludiendo al “deber como maestros pobres de estudiantes pobres” siendo este enunciado también una aposición adjetival que cualifica y al mismo tiempo realiza la actividad. Y en la última parte del párrafo usa una sinonimia al referirse a su actitud para afrontar la suspensión del colegio “con un sentimiento de orgullo y altivez”.

De este modo, se hace claro para el lector el énfasis que la enunciadora le quiere dar al hecho, como un rito de iniciación en la lucha política de base. Ella se asume como un sujeto dotado de saber (cognición), de poder hacer (acción), pasional y enmarcado en un sistema de valores donde la injusticia es el discurso impuesto por la sociedad en que vivía. Al enunciar el paro de solidaridad y al ser este hecho sancionado negativamente por el rector, se evidencia que su apoyo no hace parte del sistema axiológico que rige sino que es lo opuesto. Lo cual constituye un contrato polémico entre el rector o jefe y Adelfa profesora empleada. Esto a su vez es una muestra inicial del contrapoder ejercido por Adelfa frente al poder prevalente del Estado que representa el Rector.

Según Arévalo, el contrapoder se asume como “la modalidad de un sujeto de hacer o de estar que tiene como propósito contrarrestar el poder y el hacer, en esta oportunidad el control de su antisujeto, lo cual implica que el sujeto de contrapoder tenga, al igual que su oponente, como objeto de deseo el poder”²⁵⁵. En otras palabras, Adelfa no solo reconoce el poder del Estado representado por el rector sino que apoya el paro como representación de la inconformidad que ella y el pueblo tienen contra sus políticas. De modo que la actuación de Adelfa es un ejercicio de contrapoder.

²⁵⁴Ibid., p. 83.

²⁵⁵ARÉVALO, Luis Fernando. Análisis semiótico de la construcción de identidades discursivas y de manifestaciones de contrapoder en letras de canciones del Rock underground de Colombia. Op. cit. p.145.

Además, el rector no solo juzga el acto en sí, sino que valora negativamente a Adelfa al señalar que ha perdido la razón: loca. Esta sanción de otro actor en el discurso dota también de rasgos a la enunciativa, la muestra como una mujer inadaptada a los cánones establecidos en la sociedad, su actitud es rechazada a tal punto que es suspendida de la institución. Asimismo, este acto evidencia la deslegitimación que quien ejerce el poder hace de la condición psicológica de la enunciativa, de modo que el Rector la identifica con rasgos de contrapoder pero los subestima, dándole el título de desequilibrada e insensata.

Entonces, Adelfa es un sujeto que contradice tanto en lo cognitivo como en lo evaluativo el sistema de valores regente que legitima el poder establecido. Ella hace parte de otro sistema que quiere difundir inicialmente en la escuela donde trabaja, pues según su relato, siente que lo establecido no es justo. Ante esto reacciona con rebeldía tomando una actitud de altanería que la fortalece para continuar con sus acciones, es decir, su estado pasional se incrementa después de los hechos. Así la rebeldía se constituye como una forma de contrarrestar los efectos del poder que se ejerce sobre, en este caso, la población. Su acción la configura como una actora en contravía de los valores que pretende instaurar el Estado.

Esta idea de contravención se ve reafirmada cuando Adelfa ingresa a la guerrilla y sobre todo cuando pasa a la clandestinidad y ve en las armas la única forma de cambio social, pues el Estado también tiene armas con las cuales los combaten. Este hecho marca su perspectiva del poder al mismo tiempo que cuando hacen la amnistía, es decir, un acuerdo con el gobierno donde pactan el desarme del M-19, su reflexión es: “Las armas son poder puro, en el dedo. Soltar ese poder era también perder la libertad, estar sometido a la voluntad de otro y ese otro era –ni más ni menos– nuestro enemigo (el Estado), el que nos había decretado la muerte”²⁵⁶.

En este sentido, Adelfa ve el futuro de la organización sin armas incierto del mismo modo que su futuro como sujeto de hacer. Pues su accionar estaba ya dentro

²⁵⁶ MOLANO. Op cit. p. 138.

de esta guerrilla y ahora sin armas, es decir, sin la herramienta de defensa y ataque de la que disponían, su campo de acción para ejercer poder se verá altamente reducido. Así, al tener solo el poder concentrado en las armas y en el poder que estas representan, su propio poder de acción es eliminado: “Al dejar aquella mañana los fierros y volver a la vida civil –porque los de la civil también entregamos–, no sabíamos que lo que habíamos entregado era más que las armas, era la ilusión de un mundo mejor, justo, limpio, luminoso”²⁵⁷.

Dicha situación, la precariedad llegó y no quedó sino una realidad: “la necesidad del techo y del pan. Teníamos que conseguirlos sin la humillación de volvernos choferes de taxi, artesanitos de agáchese, y lo peor, amas de casa”²⁵⁸. Esta sanción se configura altamente negativa para trabajos, que ahora Adelfa sanciona como menores porque tiene el referente su poder en la estructura guerrillera. Y aún más importante es su sanción hacia la forma de vida doméstica. Decir que esta identidad es la peor en la que ella podría desempeñarse para conseguir la comida. Ella se negaba a botar las banderas de la revolución que propugnó en algún momento y que ahora no le dan de comer. Siente que se debe entregar al sistema contra el cual luchó.

Además, es importante resaltar que el conocimiento que Adelfa adquirió, a diferencia de las demás representaciones de mujeres analizadas, se aparta absolutamente de lo doméstico. Ella misma enuncia no querer tener que ser ama de casa y lo señala como lo peor que le podría suceder: “y lo peor, amas de casa”, es decir, Adelfa reconoce en esta identidad un retroceso en los procesos de cambio de la sociedad, le causa disforia pues hace parte de un sistema de valores que ella encuentra como articulador del sistema de poder al que ella se contrapone.

En otras palabras, Adelfa configuró un estado que le proveía otro tipo de ejercicio del poder, para el cual se educó y luchó constantemente. Ella interpreta el rol de mujer doméstica como un retroceso en su proceso de consecución del poder, ve

²⁵⁷Ibid., p. 138.

²⁵⁸Ibid., p. 138.

una reducción del campo de acción. Su saber, su lucha y su poder se ven entonces disminuidas y es inevitable su sensación de fracaso. De este modo su identidad se transforma nuevamente, permanecen sus rasgos cognitivos, pero la evaluación que ella realiza cambia de perspectiva al no tener trabajo, a ver que su forma de vida como militante de una organización guerrillera se terminó.

Con los programas de uso realizados, Adelfa consiguió actualizar su identidad de mujer independiente, alejada de los valores religiosos y morales y en general del sistema axiológico cristiano católico de mujer casada y con hijos. Sin embargo, la independencia estuvo atada a su trabajo social, que al transformar su identidad entra en crisis. Esto es, ella consigue cambiar su identidad pero siempre está contra el poder estatal, de manera que cuando deja su estado de guerrillera, su simulacro identitario entra en un sinsentido causado por la desesperación frente al presente y el futuro: “Me fui desesperando del desempleo, del rebusque y del empleo” El desempleo y la desesperanza por el futuro inmediato la llevan a no realizar a cabalidad su programa narrativo de base que se componía de su realización personal para poder ayudar a otros.

Este recorrido interpretativo presenta las evidencias que construyen a Adelfa como una actora sobremodalizada por querer como motivación en sus programas narrativos; el deber reflejado en la obediencia que tuvo en las escuelas (religioso y laico) para poder alcanzar su grado de normalista; el saber generado en todas sus etapas con el aprendizaje y al mismo tiempo la enseñanza en su labor como maestra y como militante, y el poder actualizar las demás modalidades y se haga competente para alcanzar su objeto de deseo: estar conjunta a la justicia social, poder ayudar a los demás. Las diferentes transformaciones la llevan a alcanzar parcialmente sus objetivos: ser maestra, ser sindicalista, trabajar de la mano con la gente en los barrios, hacer parte de una organización política. Pero esta realización tuvo un costo y fue estar sola y afrontar la crisis identitaria de la misma manera.

En síntesis, se puede decir que el poder constituye una estructura trascendental en los procesos identitarios de las mujeres, pues hace competente al sujeto al ser el modo que actualiza su existencia. En enlace con la modalidad del saber, el poder reconfigura la identidad femenina, de modo que el sujeto transforma su estado inicial. Así se establece la relación entre el poder que ejercido por las mujeres de las demás crónicas y Adelfa. Todas presentan transformaciones y giran alrededor de la actualización del poder y posterior realización en el hacer y lo cual constituye un cambio identitario.

Así, se presenta una relación entre elementos construidos mediante el poder y las mujeres de las crónicas. Se señala el tiempo como una figura fundamental que evidencia cambio puesto que representa la etapa en la que se generan las transiciones de manera que unas solo logran transformaciones en su edad adulta después de muchas experiencias, mientras que otras desde las juventud gestan los cambios oponiéndose desde el principio a los sistemas axiológicos como el religioso. Con la categoría del saber se evidencia que todas las mujeres tienen contacto con éste tanto proposicional como procedimental lo que por supuesto las transforma. La relación que se establece como expresión tiene que ver con el poder hablar, el poder explicar. La mayoría de las actoras no podía hacerlo en un principio, siempre estaban silenciadas dentro del modelo doméstico de manera que, al término de la crónica solo algunas logran expresar lo que piensan y sienten. Respecto a la categoría del cuerpo, esta engloba lo referente a poder sobre la reproducción, la maternidad, es decir, tiene que ver con un saber sobre la propia sexualidad que les permite ejercer poder controlando su procreación, decidiendo si se planifica o no, si se operan para no tener hijos o si se ponen implantes. Todo, poder sobre el cuerpo al que antes no tenía acceso, por desconocimiento, por impedimentos del sistema axiológico, entre otros.

La nominación de esposo se refiere al poder de decisión sobre continuar casadas o no, quienes se marcan son aquellas que emprendieron planes o se divorciaron. Respecto al espacio se muestra quienes se desarrollaron en otros lugares a parte

de la casa, relación muy estrecha con el saber académico, pues casi todas pasaron por aulas de clase. Asimismo, esta categoría incluye la relación con otros actores diferentes a los que conforman el hogar. La categoría economía tiene que ver con aquellas mujeres que consiguieron manejar su propio dinero, sus propias finanzas sin depender del hombre que decidiera cómo administrarlo. La tabla que sigue proyecta las estructuras relacionadas con las modalidades que intervienen en el desarrollo del poder:

Tabla 10. Figuras y actividades relacionadas con el ejercicio del poder

	Categorías relacionadas con el poder de las mujeres						
	Tiempo	Saber	Expresión	Cuerpo	Esposo	Espacio	Economía
Delfalina	Adultez	X	X	X	X	X	X
Ana	Adultez	X	X	X			
Clementina	Adultez	X		X		X	
Gabriela	Juventud	X		X	X	X	
Adelfa	Juventud	X	X	X		X	X

En este sentido, la tabla evidencia la iteración de saber en la actualización del poder y por tanto la importancia que ambos representan para la identidad de las mujeres. Aunque esta categoría es muy amplia pues recoge todo lo analizado sobre el saber, se aduce la importancia del saber como reconocimiento del sí mismo y así de sus condiciones, es un darse cuenta del estado en el que se encuentran para emprender los cambios que sean necesarios. Además es evidente que ese saber está relacionado estrechamente con el reconocimiento del cuerpo y el poder (control) que se ejerce sobre el mismo. En el caso de Delfalina y Adelfa se observa el tránsito por todas las estancias relacionadas con el poder, de manera que se puede afirmar que ellas son altamente distintas a las mujeres que iniciaron en la crónica, mientras que sus congéneres aún no ejercen plenamente su poder.

A manera de conclusión, se puede decir que el ejercicio del poder y más aún el contrapoder femenino abren las puertas a una transformación de carácter profundo. En un primer momento el ejercicio de poder se reduce al espacio doméstico así como a una edad temprana producto de la instauración del sistema de valores cristiano católico. Sin embargo, en un segundo momento, las mujeres en crisis identitaria bajo este modelo reconocen que la conjunción a un hombre no debe constituir enteramente su realización. Ellas asumen el poder como objeto de deseo y como modo de existencia que le permite actualizar sus competencias y realizarse alternativamente en otros ámbitos: como maestras, estudiantes etc. y no solo en el hogar.

Resulta preciso aclarar que, las mujeres dentro del contrato también ejercen poder, pero como se vio se ve en la mayoría de los casos este es subvalorado. En el discurso de la domesticidad se le resta importancia al poder ser madres, al poder administrar un hogar a pesar de que el dinero casi siempre esté restringido para ellas. También se ve disminuida la importancia de la fortaleza y más bien se le señala como débil y dependiente. De modo que en su ejercicio de poder, las mujeres participan pero en este paradigma de masculinidad (donde se le sigue dando preponderancia al recién nacido varón y se le resta interés a la recién nacida mujer) depende de hasta qué punto la sociedad portadora y legitimadora lo permita.

Uno de los objetivos fundamentales de este capítulo ha sido mostrar las evidencias del poder que ejercen las mujeres. Las anteriores crónicas han mostrado el ejercicio del poder dentro del esquema establecido por el discurso cristiano católico y en parte como ellas a partir de esta lógica han podido ejercer alternativas de poder. Sin embargo, esta no ha sido la única forma de vida rastreada, como se dijo, Adelfa representa otra tipo de mujeres de la misma generación que con otras herramientas cognitivas y al mismo tiempo evaluativas ha podido establecer relaciones de poder que la llevaron sin duda a ejercer contrapoder no solo ante el Estado sino ante la forma de vida doméstica, pues es ella la representante de una alternativa totalmente opuesta a la indicada por la sociedad.

CONCLUSIONES

El objetivo de esta investigación fue analizar la configuración de la identidad de la mujer colombiana a partir de una muestra de crónicas periodísticas, con el propósito de caracterizar las permanencias, las transformaciones y qué efectos de sentido se produjeron en los sujetos. Para este fin se partió del análisis de las dimensiones constitutivas de la identidad: cognitiva y evaluativa. La primera comprende la cognición y la competencia lingüística y de la segunda hacen parte los sistemas de valores subyacentes y los desarrollos pasionales. Estas dimensiones fueron no solo constructos teóricos propicios sino conductores metodológicos; lo que permitió evaluar de forma detallada la identidad discursiva de las mujeres en cada uno de los enunciados de las crónicas estudiadas.

Asimismo, en el marco del recorrido generativo-interpretativo el proceso de actualización cobró gran trascendencia. A partir de las ubicaciones espacio-temporales de las mujeres en sus relatos se pudo establecer los momentos en los cuales se encuentran las permanencias así como los procesos de transformación. La identidad doméstica reconoce su espacio en la casa, el hogar en relación con el esposo y los hijos. Esta identidad se gesta desde temprana edad, entre la niñez y la juventud donde se instaura el sistema axiológico que tiene que ver con el discurso de la religiosidad así como las tradiciones que deben prevalecer en las que se encuentra por supuesto el contrato matrimonial. Ya en la primera adultez pasa el programa narrativo virtual a actualizarse cuando aprende las labores domésticas y se realiza al ejecutarlas diariamente. En el caso de Adelfa y Gabriela tejen su proceso de transformación durante la juventud. Esta situación evidencia que el tránsito hacia el cambio en las mujeres se gesta cada vez más jóvenes.

Mientras tanto, el lugar de la mujer en un estado dos se encontró fuera del espacio doméstico; puesto que, salirse de este implica para ellas sanciones negativas que limitan la relación espacial y con otros actores. Así, se planteó una diferenciación

que tiene como referente la casa. El afuera es el otro lugar: la calle, el aula de clase de la escuela o la universidad, la fábrica, la oficina, el campo. Espacios que permitieron el cambio de perspectiva frente a lo que puede ser su realización. Este cambio espacial se generó en una segunda adultez, es la experiencia, las situaciones de conflicto, los despliegues pasionales y el reconocimiento del ser lo que hace que en las crónicas la transición sea en estas etapas. Salir del estado dependiente y motivado por la manipulación discursiva requirió de un acto epistémico de transformación donde el saber proposicional produjo un efecto de sentido hacia el cambio de estado. En consecuencia, el no saber que son dependientes y pasar a admitirlo originó la transformación del estatus epistémico, por lo cual el sujeto ya no es el mismo, se transformó.

Con estas herramientas de análisis, el estudio llevó a determinar un estado inicial: la mujer doméstica, de la cual se derivaron las categorías esposa, madre y ama de casa que conforman la construcción identitaria femenina. Esta fue reiterativa en cuatro de las cinco mujeres de las crónicas lo cual evidencia el simulacro común del ideal de mujer: deseable y deseada en todos los hogares y por la sociedad. Por lo cual, se estableció que la identidad femenina, era objeto de una sobremodalización (deber-deber) es decir, una obligación.

Asimismo, se identificó el deber como modalidad articuladora del ser y hacer femenino en los primeros estados. Dichos modos de existencia han sido transmitidos a través de los discursos religiosos de obediencia y biologicista de debilidad y por ende de docilidad. En esta medida se encontró como elemento clave la acción que ejerce la modalidad virtualizante del querer, pues esta determina el deseo y las motivaciones que permiten actualizaciones de las competencias que luego llevaron al cambio de estado.

En ese sentido, la imposición de la forma de vida doméstica generó descontento, lo cual generó que el modelo de mujer obediente entrara en crisis. La manipulación de algunos actores, el maltrato de parte de sus esposos y la rutina, entre

otras fueron las razones que llevaron a un despertar de su estado inicial. En consecuencia, uno de los determinantes que empieza a gestar cambios es la motivación modal volitiva²⁵⁹, que se establece como una condición previa virtual. En otras palabras, el querer como motivación e interés por algo encuentra nuevos objetos de valor: el acceso a la educación, tener casa propia, trabajar fuera de casa para tener dinero propio lo cual remite el objeto de deseo de la realización personal.

Asimismo, el saber, como modalidad actualizante, determinó el proceso de transición de mujer sumisa a mujer independiente. Aunque no en todos los casos se visualiza un cambio de estado definitivo o totalmente opuesto al inicial, sí se evidencia que la toma de conciencia de parte las mujeres frente a su condición, el conocimiento de los derechos que tiene y la relación que establecen con el saber académico construyen cambios. Estos conocimientos forjan a su vez nuevos estados en los cuales las mujeres son ahora conscientes de sus posiciones de poder en la sociedad y sobre todo de la necesidad de realización por ellas mismas e independientes de otros sujetos. Se establece así una toma de poder en contravención con el poder que tenían como de amas de casa: el poder doméstico.

Lo anterior evidencia que también fue indispensable analizar el desarrollo de la competencia potestiva, es decir, el ejercicio del poder. No obstante, en los casos estudiados, el poder actúa en oposición al establecido, lo que se reconoce entonces como contrapoder²⁶⁰. En ese sentido, se establecieron alternativas opuestas al poder hegemónico que a las mujeres ubicaba jerárquicamente en un puesto inferior. Por tanto, las mujeres logran construir contrapoder al reconocer su estado de sumisión y ejercer así poder en beneficio propio. Ven entonces el poder como objeto de deseo alcanzable para ellas y sus futuras generaciones, pues consideran que a través de este pueden tener opciones de realización distintas a la doméstica.

²⁵⁹ GREIMAS, Algirdas Julien. y COURTÉS, Joseph. Querer En: Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Tomo I. Madrid: Gredos, 1990.

²⁶⁰ FOUCAULT, Michel Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Madrid: alianza editorial, 2000.

En consecuencia, el contrapoder no solo se presentó como el no estar de acuerdo sino como un poder ejercido para contrarrestar el poder masculino o de otras actoras que quieren mantener el modelo de domesticidad. Adelfa se presentó como el mejor modelo de rechazo a la identidad femenina de mujer ama de casa, pues ella sí tuvo acceso a una formación escolarizada y a pesar de sus dificultades mantuvo la idea de no ser ama de casa al explorar alternativas como por ejemplo el trabajo con la comunidad siendo profesora y más tarde en la militancia guerrillera. Este último se configura como elemento de contrapoder frente a la masculinidad y frente al poder del Estado.

Asimismo, respecto a la hipótesis, se puede decir que se verifican las transformaciones que las representaciones femeninas tuvieron en su identidad. La obediencia como pilar articulador de su identidad inicial cambia, los sujetos se multimodulizan en relación a otras actividades y otros actores, lo que les permite tener alternativas y al mismo tiempo poder de elección y decisión sobre estas. Las transformaciones están muy relacionadas con los cambios sociopolíticos producidos en el país como la constitución Política de Colombia y decretos en favor de la equidad de género, que hacen parte de los conocimientos que han empezado a circular entre los actores sociales.

En las tablas que siguen se aprecian los factores que incidieron tanto en las conservaciones como en las transformaciones, es decir, dos esquemas que muestran la configuración identitaria de las representaciones de mujeres que se estudiaron en el presente trabajo. Esta lista de elementos representativos evidencia no solo las figuras que se componen de actores espacio y tiempo sino también actividades, relaciones y modos de existencia que tuvieron relación en los procesos de transformación de los sujetos femeninos. A continuación se presenta la tabla de factores que tuvieron que ver con las conservaciones:

Tabla 11. Factores que incidieron en las conservaciones de la identidad femenina

Relaciones de incidencia en conservaciones		
Figuras	Actores	Madre- Esposo- Hijos- Religión- Estado
	Espacios	Casa- Cocina- Habitación- Sala
	Tiempo	Niñez- Juventud- Primera adultez
	Objetos	Novena- Camándula Silencio –Depresión
Modalidades	Deber	Ser buena esposa Ser buena madre Ser buena ama de casa
	Querer	Recibir buen trato del esposo Ser valorada Reconocida su labor
	Saber	Todas la actividades domésticas prevalece el saber procedimental
	Poder	Reproducción Sobre los hijos
	Hacer- Actividades	Coser- Cocinar- Siembra- Lavar - Planchar- Cuidar (esposo e hijos)
Valores	Disfóricos	Fertilidad - Tradición - Docilidad - Resignación - Humillación – Miedo - Vergüenza
	Eufóricos	Maternidad – Ternura - Compasión - Religiosidad - Matrimonio - Celos del esposo

Las figuras anteriores relacionadas con las actrices mujeres evidencian un estado que, como se analizó en el trabajo se fue transformando en mayor o menor medida dependiendo de cada caso. Cada uno de los elementos integra un todo que se denominó mujer doméstica, que pertenecía especialmente al hogar y establecía relaciones solamente con los actores participantes de la familia: la madre, el esposo y los hijos. Se ve reflejada también la valoración positiva a tradición puesto que esta identidad era transmitida de generación en generación e instaurada como una obligación, es decir, una sobremodalización del deber. Este último modo de existencia es el focalizado en esta forma de vida que, al ser reiterativa y valorada de forma positiva por la sociedad se convirtió en una forma de vida establecida para las mujeres. En ese sentido, el poder que tenía se centralizaba en la casa y las actividades propias de esta. Además se encontró que el discurso que mantenía esta forma de vida era en su gran mayoría el religioso, el Estado que promulgaba también el contrato matrimonial. De modo que, así como se hallaron elementos que influyeron en las permanencias hubo elementos que generaron transformaciones en el estado inicial de mujer doméstica. La tabla que sigue detalla los factores que incidieron en los cambios:

Tabla 12. Factores que incidieron en las transformaciones de la identidad femenina (Ver siguiente página)

Relaciones de incidencia en las transformaciones		
Figuras	Actores	Abuela- cuñada- vecinas
	Espacios	Salón de clase- Fábrica
	Tiempo	Segunda etapa de la adultez
	Objetos	Voto – ahorro (dinero)
Modalidades	Querer	Saber Despliegues pasionales
	Saber	Semántico proposicional: Propio cuerpo- Sexualidad- Reconocimiento de sí- Derechos -
	Poder	Desafío- Expresión – Enfrentamientos- Manifestación –Protesta –Contrapoder
	Hacer (Actividades)	Trabajo remunerado – Estudiar en las escuela- Estudiar en la universidad- conformar grupos y asociaciones
Valores	<u>Disfóricos</u>	Obligación- irrespeto – Desasosiego – Opresión- Desesperanza –Religiosidad
	Eufóricos	Realización –Fortaleza –dignidad – Resistencia –Libertad –Independencia

Esta segunda lista de factores incidentes en la identidad de las mujeres hace parte del ejercicio de búsqueda de las transformaciones. Las figuras allí relacionadas dan cuenta del proceso de cambio que vivieron en su existencia discursiva las representaciones femeninas estudiadas. Se observa así, una clara incidencia en el traslado espacial así como en la edad adulta en las que sufren las transformaciones. Esto tiene que ver con el proceso espacio-temporal en el cual, las mujeres toman conciencia, es decir, asumen su existencia teniendo conciencia de sus dimensiones tanto cognoscitivas como pasionales. Esto es, se reconocen como sujetos y

asimismo como seres racionales de modo que focalizan su saber semántico y proposicional por lo que se hace efectivo un cambio. De modo que, el saber se constituye como un factor trascendental en las transformaciones femeninas, además por las actividades que aprenden a hacer aparte de las domésticas. En este cambio hace parte la relación que las mujeres tienen ahora con la formación académica, así como la participación en otros espacios y actividades públicas lo que le exige y al mismo tiempo le permite otro tipo de realizaciones, lo cual muestra una gran transformación en el tiempo de lo tradicional a lo moderno.

En síntesis, la descripción e interpretación que se ha realizado entorno a la identidad de las mujeres en el pasado reciente (1990-2010) ha permitido configurar dos estados y dar cuenta de las transformaciones que allí se produjeron. Ya lo decía Greimas: “Todo discurso, en el momento en que plantea su propia isotopía semántica, no es sino una explotación muy parcial de la considerables virtualidades que le ofrece el tesoro lexemático; si sigue su camino, es dejándolo sembrado de figuras del mundo que ha rechazado, pero que continúan viviendo su existencia virtual, dispuestas a resucitar al mínimo esfuerzo de memorización”²⁶¹. En otras palabras, el análisis discursivo realizado ha permitido descubrir la red de relaciones tejida por las iteraciones y recurrencias de figuras que le han dado sentido e identidad a las representaciones de las mujeres colombianas.

De otra parte, sobre la metodología de la investigación es importante resaltar su debido cumplimiento y pertinencia en la consecución de los objetivos. El método de análisis semiótico de la Escuela semiótica de París en conjunto con postulados de las teorías de género permitió un análisis riguroso por medio del cual se analizaron los discursos. El procedimiento se llevó cabo seleccionando los enunciados para establecer la estructura profunda a través de figuras y temas. Estos a su vez permitieron interpretar de forma relacional las diversas identidades y de este modo generar juicios de valor sólidos a partir de inferencias argumentadas. De modo que, el método semiótico, contrario a lo que se podría pensar no es inflexible, se

²⁶¹ GREIMAS, Algirdas Julien. Op. cit. p. 69.

ajusta dependiendo de las necesidades del objeto de estudio y permite la focalización de las representaciones de acuerdo a los intereses investigativos. Ejemplo de ello es la realización del tejido de este trabajo entre los enunciados de análisis, la teoría y el proceso interpretativo que permitieron correlacionar de mejor forma los datos obtenidos.

Sin duda, la base metodológica y epistemológica que provee la semiótica permitió un acercamiento a la práctica cultural femenina representada en las crónicas periodísticas analizadas. Además posibilitó la articulación con la construcción cognitiva, social y afectiva de las mujeres en el plano discursivo, de modo que se pudo configurar la identidad femenina en los diferentes estados y en los procesos de transformación.

En cuanto a los aportes y contribuciones, este estudio generó un impacto en el carácter de la investigación semiótica pues no es sólo una perspectiva de género sino fue un ejercicio dialógico entre los estudios de mujer y género en el modelo metodológico del análisis semiótico discursivo de la Escuela Intersemiótica de París, de modo que se pretendió conseguir un diálogo entre las ciencias sociales. Así mismo, este trabajo no sólo se ocupó de desarrollar el modelo de análisis sino que intentó mostrar los efectos de sentido que tanto el recorrido generativo como el interpretativo pudieron tener para las representaciones de las mujeres colombianas que se encontraron en las crónicas periodísticas.

En el ámbito sociocultural, este trabajo contribuye, a través de las investigaciones en ciencias del lenguaje, específicamente desde el análisis semiótico del discurso, a mostrar cómo estuvo configurada la identidad femenina y cómo se encuentra en la actualidad. De modo que se podrían utilizar los hallazgos de esta investigación para comprender mejor la situación actual de las mujeres colombianas según lo predicado en las crónicas, en estos tiempos donde se experimentan grandes cambios sociales, políticos y económicos, tales como la reglamentación por decreto del trabajo doméstico remunerado así como los derechos sexuales y reproducti-

vos. En ese sentido, la importancia de este trabajo se enmarca en el impacto que tiene este estudio como semilla para la toma de conciencia de dichas problemáticas así como en el carácter político para futuros acuerdos sociales que se conviertan más tarde en el inicio de un proceso que genere políticas públicas con equidad de género.

Finalmente, la semiótica y el género como planteamientos teóricos permiten variados desarrollos y por tanto son puertas abiertas de investigación que continúan en vigencia. En un trabajo posterior sería pertinente ampliar el corpus para explorar otras identidades y por supuesto otras alternativas de realización que hayan tenido las mujeres durante esta época de cambios. Asimismo, dentro de futuras áreas de desarrollo de este tema sería importante utilizar este método en pesquisas con corpus producto de trabajos etnográficos que permitan así acercamientos a otras ciencias sociales e interacción directa con los testimonios femeninos de la sociedad.

RESULTADOS

La investigación señaló como resultados una ponencia nacional y una publicación indexada en este mismo nivel. Sin embargo, estos objetivos fueron sobrepasados obteniendo más evidencias del trabajo realizado a partir de la experiencia adquirida en este proceso investigativo. Por eso es importante resaltar de forma detallada las publicaciones de los avances así como las exposiciones públicas que a modo de ponencias se han realizado durante el período de la investigación.

El primer avance se presentó en el VII Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso, ALED, con la ponencia titulada: "Identidad y descripción de Adelfa, crónica de Alfredo Molano" en septiembre del 2012. Luego se publicó el texto de la ponencia en una versión más rigurosa y ampliada en la revista *Adversus* del Centro di Ricerca Semiotica (CRS) del Instituto Italo-argentino

di Ricerca Sociale (IIRS) en diciembre del mismo año titulada: Análisis semiótico del dispositivo descriptivo en la configuración de la identidad discursiva de una crónica colombiana. En febrero de 2013 fue aceptado para publicación el artículo: Configuración de la identidad femenina en la crónica Adelfa de Alfredo Molano, en la Revista UIS Humanidades Vol. 40 N° 2 editada por la Universidad Industrial de Santander.

En marzo del mismo año se presentó en Zacatecas, México la ponencia: “El poder de las mujeres” en el I Congreso Internacional en Estudios de Mujeres y Género, cuyas memorias fueron publicadas en el libro digital “Estudios desde una perspectiva interdisciplinaria” editado por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Además, en julio de 2013 fue publicado el artículo: “La ira como pasión en la configuración de una identidad femenina” en Cadernos de Semiótica Aplicada, CASA, revista brasilera con registro Qualis/Capes B1 a cargo de la Facultad de Letras de la Universidad Estadual Paulista, Unesp.

Así mismo, se expuso la ponencia: “La transformación del discurso doméstico de la mujer colombiana” donde se presentaron algunos resultados del presente trabajo los días 5, 6 y 7 de septiembre en el IX Congreso Argentino y IV Congreso Internacional de Semiótica de la Asociación Argentina de Semiótica a realizarse en Mendoza, Argentina. Luego, fue presentada la ponencia “El caso del príncipe azul en el discurso doméstico de la mujer colombiana. Análisis semiótico” en el IV Congreso Internacional de Semiótica y VII Coloquio Nacional de Semiótica celebrado en Bogotá los días 16, 17 y 18 de septiembre. Finalmente, se compartió el trabajo: “El saber como categoría fundamental en la transformación de la identidad femenina” en el III Coloquio de estudios de género en América Latina el 22, 23 y 24 de octubre en la Universidad Nacional de Colombia.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Bonnie y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres: Una historia propia. Vol. II. Barcelona: Editorial Crítica, 1991.

ANGENOT, Marc. Intersubjetividades. De hegemonías y disidencias. Córdoba: Editorial universidad Nacional de Córdoba, 1998.

ARANGO, Luz Gabriela. et al. Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

ARARAT OSPINA, Lina María. Los golpes de la vida. En KREMER, H. El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas. Santiago de Cali: Universidad Icesi, 2010.

ARÉVALO VIVEROS, Luis Fernando. Análisis semiótico de la construcción de identidades discursivas y de manifestaciones de contrapoder en letra de canciones del rock underground de Colombia. Tesis Maestría [Inédita], Cali: Universidad del Valle, 2008.

ARÉVALO VIVEROS, Luis Fernando. Manipulación discursiva: la compasión en diles que no me maten, de Juan Rulfo. En: Revista S. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. Vol.4, 2010.

ARFUCH, Leonor. Identidades, sujetos y subjetividades. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2002.

ARMSTRONG, Nancy. Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela. Trad. María Coy. Madrid: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de mujer (Colección Feminismo). Madrid: Ediciones Cátedra, 1991.

ASTETE, P. Catecismo básico. Bogotá D.C.: San Pablo, 1992.

BADINTER, Elisabeth. ¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós, 1991.

BAJTIN, Mijail. Estética de la creación verbal. El problema de los géneros discursivos. Argentina: Siglo XXI, 2002.

BEDOYA BUILES, Ana maría. 14 de julio de 2010. Que nadie te arrebate la felicidad. En: Vamos por ti mujer. [En línea]. Disponible desde internet en: <http://www.vamosmujer.org.co/site/index.php/herramientas/banco-de-noticias/233-seriedecronicas> [con acceso el 20-06-2012].

BONNIE S., Anderson y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres: una historia propia. Volumen 2. Barcelona: Crítica, 1991.

BRITO, Myriam. La construcción del discurso sobre la mujer doméstica. Tesis de Licenciatura en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2000.

BUNER, Jerome. La fábrica de historias: derecho, literatura, vida. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2003.

CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique. Diccionario de análisis del discurso. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005.

CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique. Diccionario de análisis del discurso. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005.

CLÉMENT, Catherine y KRISTEVA, Julia. Lo femenino y lo sagrado. Trad. Maribel García. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.

CÓDOBA ABUNDIS, Patricia. Construcción de la identidad femenina en programas de belleza radiofónicos. Comunicación y sociedad. Nueva Época 7 (77-99), 2007.

COURTÉS, Joseph. Análisis semiótico del discurso. Madrid: Gredos, 1997.

CUCHE, Denys. La noción de cultura en las ciencias sociales. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002. p. 110.

DELGADO, Manuel. Sociedades movedizas *Pasos a una antropología de las calles*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2007.

DÍAZ COTACIO, María Eugenia. El erotismo se lee en clase. Construcción de identidad discursiva en las revistas. En MARTÍNEZ, María Cristina. (Ed.), Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Cali, Colombia: Ediciones Univalle, 2005.

DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores): Historia de las mujeres, vol. 2: La Edad Media. Madrid, 1992.

DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores): Historia de las mujeres, vol. 4: Siglo XIX. Madrid, 1992.

FERNÁNDEZ, Ana María. La mujer de la ilusión, pactos y contactos entre hombre y mujeres. Buenos Aires: Paidós, 1994.

FONTANILLE, Jacques. Semiótica del discurso. Lima: Editorial Universidad de Lima, 2001.

FONTANILLE, Jacques y ZILBERBERG, Claude. Tensión y significación. Lima: Universidad de Lima, 2004.

FONTANILLE, Jaques. Textos, objetos, situaciones y formas de vida. Los niveles de pertinencia de la semiótica de las culturas. En: Revista de la Asociación italiana de estudios semióticos on-line. Trad. Horacio Rosales. 28 de mayo del 2004.

FOUCAULT, Michel Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Madrid: alianza editorial, 2000.

FOUCAULT, Michel. El sujeto y el poder. Por qué estudiar el poder: La cuestión del sujeto. Tomado de: HOUBERT, Dreyfus y RABINOW, Paul. Michel Foucault: Beyond Estructuralism and hermeneutics. Trad. Leslie Sawyer. Chicago press, 1983.

FOUCAULT, Michel. Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Madrid: Biblioteca Nueva Siglo XXI Editores, 2012.

FULLER, Nelly. En torno a la polaridad marianismo-machismo. En: género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino, ARANGO, Gabriela (Comp.). Bogotá D. C. Ediciones UNIANDES y Facultad de Ciencias Humanas UN, 1995.

GERGEN, Keneth. El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós, 1997.

GIMENEZ MONTIEL, Gilberto. Paradigmas de identidad. En: CHIHU AMPARÁN, Aquiles (Comp.) Sociología de la identidad. (pp. 35-61) México, D. F. UAM y Grupo editorial Porrúa, 2002. p.38.

GODEO, Eduardo Gregorio. El análisis crítico del discurso como herramienta para el examen de la construcción discursiva de las identidades de género. En Revista Interlingüística N°. 14, 2003, [Archivo en línea] Disponible desde internet: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=918726>. [Con acceso 12-03-2013]

GREIMAS, Algirdas Julien y COURTÉS, Joseph. Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Tomo I. Madrid: Gredos, 1990.

GREIMAS, Algirdas Julien y COURTÉS, Joseph. Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Tomo II. Madrid: Gredos, 1991.

GREIMAS, Algirdas Julien. Del sentido II. Ensayos semióticos. Madrid: Gredos, 1989.

GREIMAS, Algirdas Julien y FONTANILLE Jacques. Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo. México D.F.: Siglo XXI Editores.

HAMON, Philippe. Texto e ideología: para una poética de la norma. En: Criterios N° 2-28, enero 1989-diciembre 1990. La Habana: Documenta Magazines.

HERNANDO GONZALO, Almudena. Mujeres y prehistoria, en torno a la cuestión del origen del patriarcado. En SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (Ed.). Arqueología y género. Granada: Biblioteca de humanidades, Arte y Arqueología. Serie Monográficos N° 64, 2005.

HERNANDO, Almudena. Género y sexo. Mujeres, identidad y modernidad. En: Claves de razón práctica N° 188, diciembre del 2008. [Archivo en línea] Disponible desde internet: <http://www.upf.edu/materials/fhuma/age/docs/hernando3.pdf> [con acceso el 3-4-2013].

HERNANDO, Almudena. Mujeres y prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado. En: SÁNCHEZ, Margarita (Ed.) Arqueología y género. Granada: Biblioteca de humanidades, arte y arqueología, 2005.

JACORZYNSKI, W. R. En busca del paraíso perdido: el 'otro' en la mirada desde Chiapas. En: Estudios Sociológicos. Volumen XVIII: 52. Enero-abril, 2000.

JARAMILLO, Francis. "Mamita clementina". En voces y silencios. Testimonios de mujeres trabajadoras. HENAO, Amparo (Ed.). Medellín: Ediciones Escuela Nacional Sindical, 2005.

KIRKWOOD, Julieta. Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista. Santiago: Editorial Cuarto propio, 1990.

LAMAS, Marta. Cuerpo e identidad. En: Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

LATELLA, Gabriela, 1981-1982; 2011. Semiótica greimasiana y teoría de la comunicación. Revista de la Facultad de filología. [Archivo en línea] Disponible desde internet en Dialnet: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=143982> [con acceso el 3-2-2013].

LAURETIS, Teresa de. Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine. Trad. Silvia Iglesias. Madrid: ediciones Cátedra, 1992.

LEÓN, Magdalena. La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. En ARANGO, Gabriela (Comp.) Género e identidad. Bogotá: Ediciones UNIANDES y UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

LOCKE, John. Ensayo sobre el gobierno civil. Trad. A. Lázaro Ros. México: Aguilar, 1983. p. 58.

LUNA, Ambrosio. Ilusión, seducción, persuasión. Tópicos del seminario. Vol 14. Julio-diciembre 2005.

LUNA, Lola. El sujeto sufragista. Feminismo y feminidad en Colombia, Cali: Centro de Estudios de Género Universidad del Valle.

MARDONES, José María. Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Barcelona: Anthropos Editorial, 2001.

MARTÍNEZ, María Cristina. La argumentación en la dinámica enunciativa del discurso y la construcción discursiva de la identidad de los sujetos. En: Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Cali: Editorial Artes Gráficas Facultad de Humanidades Universidad del Valle, 2005.

Matrimonio igualitario [En línea]. Disponible desde internet en: <http://www.matrimonioigualitario.org/> [con acceso el 13 -04-2013].

MOLANO, Alfredo. Ahí les dejo esos fierros. Bogotá, D.C.: Aguilar, 2009.

MOLINA PETIT, Cristina. Dialéctica feminista de la Ilustración. Madrid: Editorial Anthropos, 1994.

MONCÓ, Beatriz. Antropología del género. Madrid: Editorial Síntesis S. A. y el Instituto de la mujer del Gobierno de España, 2011.

OSORIO LEMA, Paula Camila. Secreto entre sábanas. En: Vamos por ti mujer, [En línea]. Disponible desde internet: <http://www.vamosmujer.org.co/site/index.php/herramientas/banco-denoticias/245cronicasecretoentrelasabanas> [con acceso el 20-6-2012]

OTNER, Sherry. ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? En: HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate (Comp.) Antropología y feminismo. Barcelona: Anagrama. 1979.

PERROT, Michelle. Mi historia de las mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

RALLO DITCHE, Elizabeth; FONTANILLE, Jacques y LOMBARDO, Patricia. Dictionnaire des passions littéraires. París: Editions Belin, 2005.

RASTIER, François. Semántica interpretativa. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2005.

RASTIER, François. Situaciones de comunicación y tipología de los textos. En: Sens et textualité. París: Hachette, 1989. Traducción de SERRANO OEJUELA, Eduardo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa Calpe, 2002.

REGUILLO, Rossana. Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie. En: Diálogos de la comunicación N° 58 de Felafacs. Agosto del 2002. [Archivo en línea] Disponible desde internet: <http://www.dialogosfelafacs.net/textos-fronterizos-la-cronica-una-escritura-a-la-intemperie/> [con acceso 18-11.2012].

RICOEUR, Paul. Sí mismo como otro. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1996.

ROSALDO, Michelle Zimbalist. Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica. En: HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate (Comp.) Antropología y feminismo. Barcelona: Editorial Anagrama.

ROUSSEAU, Jean Jaques. Emilio o de la educación. Trad. Antonio Valiente. Barcelona: Fontanella, 1973. LOCKE, John. Ensayo sobre el gobierno civil. México: Ed. Original, 1995.

SAMPER PIZANO, Daniel. Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo I. Bogotá: Aguilar, 2004.

SAMPIERI, R. et al (1998). Metodología de la investigación. México: McGRAW-HILL(2º Ed.), p. 226.

SAUTU, Ruth et al. Manual de metodología. Buenos Aires: Clacso Libros, 2005. p. 27.

SERRANO OREJUELA, Eduardo. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. En: Semiótica discursiva [En línea], 2006. Disponible desde internet: [http://reocities.com /Paris/Tower/4027/competencia5.html](http://reocities.com/Paris/Tower/4027/competencia5.html) [Con acceso el 20-02 2013].

SERRANO OREJUELA, Eduardo. Narración, argumentación y construcción de identidad. En: MARTÍNEZ, María Cristina (Ed.) Didáctica del discurso. Argumentación y narración. Talleres (pp.97-103). Cali: Ed. Artes Gráficas Facultad de Humanidades Universidad del Valle, 2005.

SERRET, Estela. Hacia una redefinición de las identidades de género. En: Revista Géneros. Colima. Vol. 18, N° 9 (marzo-agosto 2011) [Archivo en línea] Disponible desde internet: http://www.pueg.unam.mx/formacion/images/Documentos/Modulo4/1%20Serret_Hacia%20una%20redefinicion.pdf [con acceso 24-01-2013]

SERRET, Estela. La subjetividad femenina en la cultura occidental moderna. En Sociológica, Revista del departamento de sociología. Universidad Autónoma Metropolitana. Año 5, N° 14, 1990.

THÉBAUD, Françoise. Introducción. En: Historia de las mujeres, vol. 5. DUBY Georges y PERROT, Michelle (directores). Siglo XX. Madrid, 1992.

TORRES, Andrés. Identidades discursivas divergentes en “Desterrados: crónicas del desarraigo” de Alfredo Molano y “No somos machos pero somos muchos” de Juanita León. Tesis de Maestría. Santiago de Cali: Ed. UniValle, 2010.

VECCHIO, Silvana. La buena esposa. En. Historia de las mujeres. Vol. 2. La edad media. DUBY, Georges y PERROT, Michelle. Madrid: Taurus.

VELÁSQUEZ, Magdala. Las mujeres en la propiedad. En: Revista Credencial Historia, Edición 149. Bogotá: 2002. Disponible desde internet: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo2002/lasmujeres.htm>. [Con acceso el 23-04-2013]

VELÁZQUEZ, Pilar. El espacio doméstico: Geometrías de la subjetividad. Tesis de Maestría en Sociología. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2011.

VILLORO, Luis. Poder, contrapoder y violencia. En: Valor y poder. México: Editorial UNAM. [En línea] Disponible desde internet: <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/handle/10391/1873>. [Con acceso el 23-04-2013]

VIVALDI, Gonzalo Martín. Géneros periodísticos. Reportaje, crónica y artículo. Madrid: Paraninfo, 1987.

WOOLF, Virginia. Un cuarto propio. Barcelona: Ediciones Júcar, 1991. p. 142. Traducción de Jorge Luis Borges.

ZILBERBERG, Claude. Del afecto al valor. En: QUEZADA MACCHIAVELLO, Óscar. Fronteras de la semiótica (Ed.) Lima: Universidad de Lima- Fondo de Cultura Económica, 1999.

ANEXOS

A. Que nadie te arrebatte la felicidad

Las dos hijas y Humberto dormían. Delfalina, como todas las noches, agarró el machete y un costal. Salió de la finca, caminó por el cafetal, extendió el costal como lecho, se acostó, miró al cielo y buscó a la luna, le habló: “Esta vida así no puede seguir, yo no puedo seguir viviendo así —lo repetía como un mantra, con los brazos extendidos— Luna, tú eres mi compañera, tú me tienes que guiar para salir adelante”. Regresaba a la finca, desvelada, con los ojos pequeños, como dos nueces, hipnotizados por una fuerza que le decía que vivir no era lo que ella hacía.

A la una de la madrugada estaba en la cocina, preparando el desayuno para 19 trabajadores que llegaban a las cuatro de la mañana. También les tenía que empacar el almuerzo y el algo. Humberto, el esposo, con quien se casó a los 16 sin saber qué era eso de ser esposa, se iba con todos los trabajadores para el monte. Sin darle un beso, sin decirle adiós. Después, lo mismo de siempre: alimentar ese par de niñas que ella no entendía cómo y por qué salieron de su vientre, luego coger un costal lleno de ropa sucia e ir a la quebrada a lavarla.

“Cuando llegaba a la quebrada, metía los pies en el agua y lloraba por ahí hasta medio día y decía: yo por qué me casé, sin estudiar, para esto. Hasta que me quedaba dormida y luego me levantaba toda quemada por el sol. Y lavaba y lloraba. Metía el trapo a la quebrada y veía como el agua se llevaba la espuma: ¡Dios mío, aquí se van mis ilusiones! Pero no, yo tengo que salir adelante; hablaba y hablaba. La espuma se la lleva el agua y por allá se purifica. Yo también, algún día, me quiero purificar. Por ahí a las cinco de la tarde terminaba de lavar la ropa, cuando veía de lejos a esos trabajadores y a Humberto, sentía una rabia. Me entraba para la cocina, ese era mi refugio. Él empezaba: ¡Delfa! la comida, el fresco, la merienda, no servís para nada, ¡Delfa!”, cuenta Delfalina, sentada en un pupitre, en la terraza de su casa, frente a su jardín florecido. Recuerda cuando tenía 24, ahora que tiene sesenta.

Su tiempo transcurría en la opresión de la soledad y los insultos de Humberto. Ella nunca protestaba, guardaba silencio tal como se lo enseñó su madre, su obligación era obedecerle al esposo en todo. Se refugió en la naturaleza, cuidaba patos, gallinas, marranos, conejos. Guiada por la intuición, les curaba las heridas, les ayudaba a parir; supo que era una fortaleza, que ella si era capaz de hacer algo, que Humberto estaba equivocado cada que le repetía que no servía para nada.

Un día Humberto se fue para Medellín porque estaba enfermo, Delfalina se quedó sola al mando de todos los trabajadores y sus dos hijas. Él le mandó a decir con su mamá que vendiera los animales y que se fuera para Medellín, que él había conseguido trabajo en una carnicería. Cinco meses tardó en vender todo, los animales eran suyos, pero la plata

que le dieron por ellos se la tenía que entregar a Humberto, porque él dijo. Llegó a la ciudad, por primera vez, a la dos de la tarde. Humberto no estaba en el terminal. Ella amarró a sus niñas con una cuerda a su cintura, porque le dijeron que se las podían robar, y esperó hasta las seis de la tarde, cuando apareció por fin Humberto.

“Nos fuimos a vivir a Castilla a una pieza de una tía de él. Desde que yo llegué, le dijo a la tía que yo iba a ser la sirvienta de ella. Él nunca tomaba la opinión de lo que yo hablaba, él siempre me decía: usted no hable, usted es una boba ahí, usted es una montañera que nunca sabe nada. Yo era encerrada en la cocina, no podía ni salir a la cera” recuerda Delfalina. En las noches él hacía lo de siempre, “yo me acostaba y ahí mismo llegaba y me decía: voltéese haber. Se montaba y ahí mismo se bajaba. Él me violaba, yo no entendía lo que él me hacía”. Así pasaron dos años y quedó en embarazo de su tercera hija.

Cuando la barriga le crecía y se le ponía dura, se daba cuenta que estaba en embarazo, se odiaba, no sabía cómo pasaba. “Para qué hijos —se lamentaba—, si la vida es para sufrir. Y él me decía: vos que no servís para nada, no me das sino mionas. Ahora es que me doy cuenta de que el hombre es el que define el sexo”. Cuando nació la niña se fueron a vivir donde otra familiar que al ver como lloraba Delfalina le dijo que no fuera boba, que planificara. Le explicó cómo, la llevó al centro de salud, le compró las pastillas. Feliz. No más hijos. Estaba feliz.

Arrendaron una casa en el Popular Número Uno. Don Anselmo, el dueño, le dijo a ella que él tenía un local pequeño para que montara un negocio. Se entusiasmó y esperó a Humberto para contarle. “Como uno toda decisión se la tenía que consultar al marido, le conté y me dijo: pendeja, qué se cree, una montañera como vos que va a ser capaz de montar un negocio, ¿usted conoce la plata? Usted no sirve para nada”. Al otro día, apenas vio a don Anselmo, le dijo que sí, que Humberto le había dado permiso. Fue donde don Alirio, un vecino que tenía tienda, le dijo que ella también quería montar una, pero que no tenía cómo surtir. Él le fió seis gaseosas, seis panes y un paquete de cigarrillos. Esa tarde vendió todo, seis meses después su tienda era la más grande del barrio. Humberto no le decía nada, pero le exigía la mitad de la plata de lo que ella vendiera, que porque él mandaba en la casa.

Tanta atención le puso al negocio que se le olvidaron las pastillas de planificar. Quedó en embarazo por cuarta vez. Nació un niño. Ella, con el bebé en las manos, le decía al doctor que no quería más hijos, él le dijo que podía operarla pero con la firma de marido. Ella, la que no servía para nada, le dijo esa noche a Humberto, el hombre de la casa, que quería ver cómo era su firma, que ella solo le conocía mamarrachos. Ofendido, le estampó cuatro firmas en una hoja. “Cuando yo me hice esa operación, sentí que la vida me sonreía. Miraba las estrellas, el sol y la luna. No más hijos, qué felicidad”, recuerda.

Delfalina soñaba con tener una casa propia, se la imaginaba de tres pisos y con un negocio. Un día don Anselmo le dijo que estaba vendiendo un lote unas cuadras arriba, valía

cinco mil pesos. Ella no podía de la dicha, tenía una plata ahorrada, podía comprarlo. Pero tenía que consultarle al marido. “Por la noche le dije a Humberto: ¿lo vamos a comprar? Otra vez salís con pendejadas, yo no sé quien le mete a usted eso en la cabeza, yo no me voy a poner a comprar nada Delfa, porque usted es muy llevaba de su parecer”. Delfa le dijo que sí a don Anselmo, que Humberto le dio permiso.

A punta de convites construyó la casa, le decía a los vecinos que ella les cocinaba y ellos le construían. El marido, apenas vio que era en serio, le dijo que le tenía que dar una parte de ese lote para que la mamá hiciera su casa. Ella dijo que sí. Después de meses de trabajo, habían levantado una casa de tres pisos. Puso una tienda de abarrotes, revueltería, carnicería y en el tercer piso montó una mesa de billar. Las hijas ya estaban grandes, le ayudaban con el negocio.

Pero otra vez, como si no tuviera derecho a la felicidad y Humberto estuviera ahí para recordárselo, la tranquilidad le era arrebatada. Él cada día llegaba con una mujer diferente, delante de sus hijas. Delfalina protestaba. “Él me decía, esta es mi casa, acá mando yo. A mí eso me martirizaba. Trabajar uno tanto y este hombre no ser capaz de tener siquiera un aliciente con uno, de decir vos sos una mujer que vale mucho”.

Supo que su sufrimiento era el destino que repetían muchas mujeres. El presidente de la acción comunal del barrio le dijo que iban a pavimentar la calle, que le ayudara a conseguir personas que trabajaran en la obra. “Yo reuní varias vecinas y por medio del trabajo empezábamos a conversar: es que esos maridos no sirven para nada, es que esos maridos viven echados, es que esos maridos miren con la una y con la otra y nosotras en la casa trabajando. Y yo les decía, sí, por eso es que a los hombres no les gusta que la mujer se consiga una amiga, porque ahí se les acaba la bobita de la casa. La bobita de la casa empieza a reflexionar y a darse de cuenta que esa no es la vida”. Después de que terminaron la calle, todas continuaron reuniéndose en FEPI, una fundación del barrio.

Pensó que quizás el problema era estar en casa, viendo como el marido se burlaba de ella, entonces se fue a trabajar a una fábrica de colchones en el municipio de Caldas. Como recibía un sueldo, Humberto le dijo que él no volvería a mercar. Con toda la responsabilidad de su casa encima, madrugó durante seis años para ir a trabajar como obrera, mientras en casa el marido se bebía y acababa con el negocio. La resistencia de Delfalina se quebraba. Aunque se alejara de casa por unas horas sufría lo mismo.

Renunció, volvió a casa, con la esperanza que todo podía cambiar, que Humberto algún día sería otro. Él realmente era otro. “Se había vuelto muy malo, se había juntado con una gallada del barrio y él se creía un sardino. Se mantenía lleno de anillos de oro y de pulseiras. Tenía dos revólveres y dos celulares. Salía con los sardinos a robar y los transportaba en un carro” dice.

Estaba sola, sus hijas se habían casado, seguía participando de las reuniones con las mujeres en FEPI, conoció la corporación Vamos Mujer, aprendió de sus derechos y de la violencia que sufrían las mujeres, “todo lo que nos decían sobre el maltrato, era como si eso ya estuviera escrito en mí”. Pero ella solo esperaba que Humberto cambiara. A él se le terminó la dicha cuando la Policía lo detuvo junto a los demás ladrones y los condenó a tres años de cárcel.

Y ahí estaba Delfalina, marcada con un “juntos hasta que la muerte nos separe”, visitándolo en la cárcel, llevándole comida, lavándole la ropa. Dividida entre él y lo que ella deseaba. Empezó a estudiar en las noches: “Eso era una felicidad, yo ponía la mano así en el pupitre, ese era el sueño mío, yo quería estar en esta silla escribiendo y mirando para el tablero, yo no salía a recreo ni nada. Como no sabía casi escribir, escribía tan despacio, miraba una letra y la otra. Estudié tres años, eso no lo borro de mi mente porque me llenó de satisfacción”, pensaba también, que de pronto él a verla inteligente la querría un poco.

Un día de visita en la cárcel, una señora la detuvo antes de verse con Humberto. Le dijo: “Señora, usted es muy bobita, usted viene un domingo y después viene la otra. Yo he visto como la trata de mal a usted. Y a la otra la carga”. Delfalina al ver a Humberto le dijo: “Hagamos de cuenta que nunca en la vida pasó nada, empecemos de cero, vamos a hacer una familia, pero eso sí Humberto, vos vas a ser un hombre distinto”. Y él: “Esta tan boba, qué se está creyendo, toda la vida me ha conocido así. Toda la vida he tenido mujeres, he sido jugador, bebedor. ¿Por qué no seguimos igual? De todos modos usted siempre es la primera y la otra es la segunda”. “Pues yo no quiero ser ni la primera ni la segunda, de ahora en adelante se acabó todo” le dijo ella. “Qué vas a ser vos capaz Delfa, vos como has sido de boba toda la vida. Usted no es capaz de nada”, dijo él. “Sabe qué Humberto, hasta hoy vine a visitarlo y haga de cuenta que hoy estoy muerta y enterrada en el cementerio. Y salí y me puse triste. Luego pensé: no más y no más Delfa ¡Ya! De hoy en adelante sos libre. Y así fue, al pie de la letra de ahí en adelante” relata.

Ella quería una separación por lo legal, él quería la mitad de los bienes de Delfalina, pero no sospechaba que ella tenía toda la fuerza que había oprimido durante años y un espíritu que se negaba a envejecer en el desasosiego. Ella ganó la pelea, lo que era suyo nadie se lo volvería a arrebatar. Con otras mujeres fundó la Asociación Luna Llena, para cultivar la confianza, para replicar sus historias de vida y que otras mujeres entiendan que deben ser autónomas y cortar con aquello que las haga sufrir. En la terraza de su casa, contempla las montañas del occidente y a las nubes gordas que anuncian la lluvia, recuerda un sueño que se le repite desde su infancia: “De las montañas se desbordan las quebradas por cuatro esquinas. Yo corro y cuando el agua me va a alcanzar salgo volando por encima de las montañas, por los árboles, por las nubes. Miro abajo, todo queda sereno, tranquilo”, sonríe, sus ojos de nuez siguen vislumbrando la serenidad.

Anamaria Bedoya Builes

Estudiante de Octavo Semestre de Periodismo en la Universidad de Antioquia. Ha sido Asesora del Concurso *Voces y silencios de mujeres trabajadoras* de La Escuela Nacional Sindical entre 2008 y 2010. También se ha desempeñado como Reportera en *Ecodiversos*, la Revista *Camineros*, el Periódico *De La Urbe y La Hoja*. Sus crónicas han sido galardonadas en los Premios *Emisión* 2008 de la Universidad de Antioquia y en las *Becas a la Creación y a la Cultura* en 2010 de la Alcaldía de Medellín.

B. SECRETO ENTRE SÁBANAS

*“...bordado el dueño de la cama
en la ropa interior”*

Silvio Rodríguez, *La desilusión*

Por: Paula Camila Osorio Lema

María no sabe bien cuándo empezaron los agravios. Relaciona, hace cuentas, y en el camino va recordando eventos que cuenta sin drama ni asomo de llanto. Tuvo miedo durante mucho tiempo, pero en los últimos años ha ido rompiendo el voto de silencio impuesto por su dócil naturaleza. Su rebelión ha sido lenta porque nace más de la rabia y del cansancio que del amor propio; modesta, como sólo puede serlo para quien siente que ya no tiene nada que perder.

Tiene cincuenta y tres años y lleva los últimos veintiocho casada con Antonio, a quien a veces, mientras habla, y casi por accidente, llama “gordo”. Se casó con él “como por tapar un hueco”. No enamorada, sino despechada del único hombre con el que ha gozado en su vida, y con quien cortó apenas supo que tenía familia. Todavía desilusionada, pero foco de una atención desacostumbrada, María se dejó convencer por la promesa de príncipe que todavía encarnaba Antonio. Tras unos pocos meses de amoríos, un embarazo no planeado y una propuesta de aborto que ella rechazó, María y Antonio juraron ante un cura estar juntos hasta que la muerte los separase.

Desde pequeña, y para capotear la mayoría masculina de su familia, ella se esforzó en ser invisible, en evitar el escándalo, en pasar, delgadita como es, desapercibida para todos. Era la décima de 18 hermanos, y a uno de ellos, José, le guarda todavía un discreto rencor. A veces, ante la dificultad de la madre de solventar los gastos de una familia tan extensa, José y ella se iban a pedir comida y monedas, en recorridos que casi siempre terminaban en un rastrojo, donde el hermano le bajaba los cucos y le metía mano. Como ahora su marido, José también la celaba, y acostumbraba encerrarla en el baño para evitar que saliera a jugar con los otros niños del barrio.

Su papá murió cuando era todavía muy niña, su mamá estuvo sin estar, siempre trabajando, o cansada, y ella, asustadiza como un pajarito, empezó a aportar a la economía de

su numerosa familia cuando tenía doce. Trabajó sobre todo en casas de familia, alguna vez en una pensión de solterones, y los hombres, siempre los hombres, que frente a su desamparo se alebrestaban. “A mí me han hecho muchas cosas pero a la vez no me han hecho nada”, dice mientras recompone su historia, que ha recorrido casi toda en puntillas, silenciosamente.

La primera vez –ubica luego de patinar entre hechos y momentos–, debió haber sido cuando todavía estaba en embarazo del primer hijo, algunos meses después del matrimonio, por allá a principios de los años ochenta. El suyo es un drama que se repite desde hace siglos, y todavía: Antonio bebía, llegaba “contentico”, y en la alcoba la buscaba pero ella no accedía. Que no le gustaban los borrachos, le había dicho siempre, pero él la obligaba, y cuando no podía la llamaba puta, le pegaba, le preguntaba si era que había pasado muy bueno con el otro. “Es por los celos”, repite ella mientras va contándolo todo, por momentos riéndose, casi explicando el milagro de no ser una amargada, y la mayor parte del tiempo dudando de las razones que esgrime. Que la iba a matar, le decía también Antonio, y hasta llegó a intentarlo un par de veces, una vez tratando de sofocarla con una almohada, y otra vez con un empujón por las escalas a cuyo fracaso debe hoy poder contar la historia. María no lo dice, pero cualquiera de sus cinco hijos (o varios) puede ser producto de una violación, y posiblemente todos hayan sido testigos desde el vientre de alguna de tantas vejaciones. Solo desde el vientre, dice, porque hasta hace muy poco mantuvo en silencio su pesar, siempre entre las sábanas.

Pasar calladita había sido rutina desde niña, y por lo mismo se le volvió rutina todo lo demás. “Yo aguanté tanto porque él era muy buen padre, se veía en ellos”, dice. Pagó siempre las cuentas a tiempo, fue lo que llaman un tipo responsable. “Lo que hizo me lo hizo fue a mí”, explica, aunque sin demasiada convicción. Además, a María le daban miedo la vergüenza, la alharaca, que la señalaran por abandonar el hogar, que se metieran los hijos y se armara un pleito mayúsculo. “Como por no deshonar”, dice, y es como si repitiera una lección aprendida desde tiempos remotos.

Hasta un día, no hace mucho, en que también su hija menor fue víctima de la voluntad paterna –o sea los celos–, y ella pensó que era momento de buscar en sus dos niñas el ánimo que le había faltado. Lina, como se llama, ya tenía quince años y un amiguito que a veces la visitaba, y al que una vez Antonio sacó de la casa a patadas y entre improperios. En medio del alboroto María habló por primera vez con ellas de su vida en pareja y los desmanes de Antonio, que a esas alturas probablemente ya habían dejado de ser secreto. Con los hijos no ha tocado nunca el tema, aunque algunos años atrás otro incidente la había hecho envalentonar por primera vez. Una amenaza de golpe, su segundo hijo como testigo y defensor, y ella que empuña un palo para decir, ya reventada, pero con coraje: “no va a ser la primera vez que coja un palo, lo voy a seguir cogiendo cada vez que usted me ofenda, cada vez que usted me pegue”.

–¿Nunca tuviste que coger el palo otra vez? –le pregunto, y ella responde:

—No, pero oiga, le digo pues que uno a la hora de enfrentarse a ellos, como con la fuerza, uno no es capaz. Mire, ellos lo debilitan a uno tanto mental y físicamente. Muy triste eso.

Poco después de tener a su última hija, que hoy tiene 17, María sentó su primer precedente importante. Pensaba Antonio que las mujeres que se operaban “se volvían putas”, y ella le dijo “bueno, voy a ser una puta pues pero yo no voy a tener más hijos”. Su mamá, más cercana en su adultez, le había sacudido en parte el miedo al decirle “mija, vea, no se ponga a tenele más hijos a ese hombre, no sea bobita, opérese que yo la cuido”. Pero ella no se quedaba a dormir, y a los días Antonio dejaría también claro su punto con una agresión que puso en riesgo médico a María. Le había dicho el doctor que no podía tener relaciones sexuales hasta pasados diez días del procedimiento, pero él, “contentico” como tantas otras noches, ignoró la recomendación y se arrojó sobre ella “como un animal”. María sintió un ardor en el ombligo, y con una fuerza proveniente no se sabe de dónde se lo sacudió de encima. Ese día los niños sí se despertaron. Vieron al padre, desnudo en el piso, gritando como un loco “perra, perra, perra”, y ella tuvo que consolarlos y ayudarlos a conciliar de nuevo el sueño. De entre todos los recuerdos, ese es el que le causa más horror. Un horror que en una ocasión, para un concurso de testimonios de mujeres trabajadoras, María confesó por primera vez: “Me quedaba en la casa con los niños, esperando la noche como si fuera mi enemiga, porque los maltratos eran siempre a la hora de dormir”.

Cuando intenta ubicar el último ataque, María vuelve a confundirse. Con el tiempo empezó a repetirle a Antonio que “el trago le hacía mucho daño”, y él dejó de beber. Eso hace unos cinco años, dice, pero un segundo después se acuerda de lo sucedido meses antes, cuando tras un largo periodo de sobriedad Antonio se emborrachó en la finca de su hermano en Guatapé. Ese día la historia se repitió, y ella accedió, y miró fijo el techo durante un rato, y le dio luego la espalda con la esperanza de que se durmiera. Pero él quiso más, y María se rebotó, olvidó que temía al escándalo y despertó el hermano, quien intervino para calmar la situación. Al rato Antonio empacó sus cosas y agarró el perro —que se habían llevado con ellos de paseo—, y así, de madrugada, furioso y borracho, se devolvió para Medellín. Pero ella no durmió más, y hasta que no verificó que había llegado —empantanado, mojado, con resaca y con el perro— no quedó tranquila. “Cuando él por ejemplo me ha ofendido y se va, yo pienso: ‘ay, ojalá no vuelva’. Pero al mismo tiempo: ‘jm, y donde le pase alguna cosa’”. Porque es su marido —irremediamente, piensa ella—, porque son ya casi tres décadas de convivencia, y porque ha sido así, un paso a la vez, con ocasionales desafíos, como ha ido salvando la distancia entre ella y su vulnerada dignidad de madre y esposa.

Antes María lloraba hasta que la cabeza le dolía, y al día siguiente él juraba no acordarse de nada. Dejó de beber, pero todavía le grita, la cuestiona cuando sale, le pide explicación de cada uno de sus movimientos. Ella no se deja atajar más, pero le explica, y hasta le consigue pruebas, como esa vez que le llevó el recordatorio de un funeral para que le creyera dónde había estado. Antonio todavía le pregunta por qué nunca comparte nada

con él, y para evitar una confrontación ella le dice “vea gordo, así me crié, y así me voy a morir”, como si en verdad creyera que eso es lo que le queda de vida. Lo evita en la casa, y en la cama que todavía comparten, aunque no pueda decir que haya disfrutado alguna vez el sexo con él. Pasa tranquila el día hasta que él llega, cuando le entra una aburrición muy parecida a la desesperanza.

Ahora María quisiera estar sola. Él no le muestra la puerta ante cualquier queja, como hacía antes, y aunque ella trate de no pensar en el futuro se le nota que quisiera irse. Ya difícilmente puede escudarse en la crianza de los hijos para no hacerlo, pero con esa rabia, con ese hartazgo, convive aún el miedo de siempre, la innombrable causa de tanto aguante, la cara de la necesidad: irse para luego verse obligada a volver, caer en la precariedad, la idea de que a sus años no puede aspirar a un trabajo digno. Ni al amor, ni a otra oportunidad: “uno ya no está en edad de pensar que va a venir un príncipe por mí y me va a salvar, nooooo”.

De todas maneras se le ve tranquila en medio de la resignación, e incluso ha subido de peso. Al menos ya no le duele, ya no llora —o eso dice—, porque aprendió a protestar, o a irse y dejarlo discutiendo solo, y eso le da un fresquito. Nunca ha denunciado, ni recibido atención, y ella solita ha sido artífice de su decoroso despertar. Debe ser por eso que hoy, en este chuzo en un parque, ante esta mesa, María parece estar en el punto de la inminencia, dispuesta a cualquier cosa, al alcance de su mano cualquier solución. Así, como quien no tiene nada que perder.

Paula Camila Osorio Lema

Estudiante de Octavo Semestre de Periodismo en la Universidad de Antioquia. Fue en 2010 Asesora del Concurso *Voces y silencios de mujeres trabajadoras* de La Escuela Nacional Sindical. Ha sido Coordinadora editorial, Reportera y Rectora del Periódico *De La Urbe* entre 2005 y 2007; y Reportera en los Periódicos *Compromiso*, *Ciudad Inder*, *El Balcón*, *Trece Grados*, *Universo Centro* y el Boletín de Noticias de Confiar.

C. MAMITA CLEMENTINA

Esta allí, sentada como siempre, como todos los días, la espalda recta, totalmente erguida como si con ella no hubiera cargado tantas cruces y como si los años no la hubieran tocado, ya casi a sus ochenta y dos años de edad y de estar caminando en este mundo.

Su espalda no reposa en nada, nada la sostiene, solo su columna, sus manos tomadas una por la otra, con sus dedos entre cruzados, repo-san sobre los músculos de sus piernas, sus pies derechos, firmes al piso, listos a dar el paso cuando sea necesario, su cabeza inclinada hacia el piso, su contemplación perdida entre los párpados, como si ya

estuvieran cansados de ver, su pensamiento, nadie lo sabe, su boca nunca gesticula sonido de reproche, nunca maldice, nunca reniega.

Su sello permanece fruncido; el sol así lo torno, tiene pliegues sobre pliegues en su rostro, su cabello permanece negro, sus canas son tan escasas como su sonrisa, tan raras como ver su cabello suelto y descubierto, lo mantiene oculto con un pañuelo blanco que dobla en triángulo, y amarra sus puntas tapando sus orejas en la parte de la nuca, sus vestidos siempre amplios de la cintura hacia abajo, y hasta un poco más abajo de la rodilla y un poco ajustados al talle, muy recatados y oscuros, siempre con mangas y nada de escotes y muchos menos el de ponerse el domingo el cual acompañaba con un chal negro y con una mantilla negra que usaba en la cabeza para entrar a la iglesia en vez de su pañuelo blanco de los otros días.

Lo que guarda en su mente tiene aún tanta lucidez, que difícilmente la engañas con las vueltas de los mandados, tiene muchos conocimientos, mucha sabiduría y también muchos sufrimientos, que se llevara cuando se vaya de este mundo; a veces deja percibir un poco de su trasegar cuando dice: "si en mi época se hubiera usado el divorcio, yo me hubiera divorciado a los quince días de casada", con una voz muy firme y convencida de su afirmación y al preguntarle por qué, era confirmar una vez más, ese daño que nos han hecho a las mujeres al condenarnos en vida a través de la religión.

Nacida en una vereda de Fredonia la cual estaba poblada por Osorno's y Bermúdez, solo se relacionaban entre sí, todos de una misma familia y consanguinidad, por lo que se enamoró de Fauriciano Bermúdez, primo hermano, muy enamorada, se casó; no obstante, ese amor solo le duró quince días, al cabo de los cuales descubrió, muy a su pesar, que su recién esposo estaba hablando con palabra de matrimonio con otra joven de una vereda cercana.

Por tanto ese fue el inicio de una vida de amargura y trabajo y el final de una historia de amor, que pudo haber sido muy bella. Ella empieza a descubrir el hombre que en sus propias palabras "era un mataperros", traducido a mi vocabulario, para que la entendiera, era un hombre que le pegaba porque sí y porque no, ella no podía decirle a nadie, ya que su familia le recordaba que había jurado ante Dios aceptar a su esposo para toda la vida hasta que la muerte los separara. Ella hace los trabajos de la casa normales y además le ayuda con la siembra y cosecha de maíz, frijol, café y cacao, también de algunas plantas medicinales y hortalizas como para aderezar los alimentos, de los cuales deja un poco para su utilización; ella sabe secar, moler y preparar las bebidas que consumen de café y cacao y realiza varios alimentos con el maíz, como sopas, tortas y mazamorra. Como esposa debía cumplir con otro mandato divino, tener los hijos que Dios le enviara, lo cual con mucha valentía, atrevimiento y desacato, sólo tuvo tres hijos, dos mujeres y un hombre, lo que del mismo modo la puso en apuros y merecedora de muchos golpes, ya que en esa época estaba mal visto tener tan pocos hijos y más aún tantas mujeres, que además de hacer perder el apellido se convertían en una carga, si no se tenía lo suficiente para pagar o arreglar un buen casorio.

Su esposo un hombre arriero y por ello andariego, que atravesó desde su vereda, toda la cordillera de su Departamento; la recorrió de punta a punta y no conforme con ello, pasó a Caldas, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca a donde llevó a toda la familia. En esa travesía que hicieron a pie y descalzos, los pocos corotos los llevaban las dos o tres mulas que tenían y se radicaron en la parte norte de este último departamento, después de haberlo recorrido hasta su parte central. Compró fincas, las sembraba con la ayuda de Mamita Clementina y para ella ayudarle tenía que dejar a sus hijos solos en la casita o choza a veces y hasta amarrados, un poco lejos de la cocina para que no se salieran o se aporrearan o quemaran con el fogón que siempre permanecía encendido o con rescoldo de ceniza, sobre todo el menor, el hombrerito y librarlo así de que algún animal salvaje o el ganado que pasteaba hasta su patio, los aporreara o matara. Aunque en una ocasión esto no fue suficiente y en una ida de ella a darles almuerzo los encontró con la visita de una culebra rabo de ají; en ese momento fue ella quien cogió coros y se fue; como decía ella siempre, era él, que apenas le daba una rabieta no solo la golpeaba sino que vendía todo cuanto tenían y a menos precio ya que su lema era que no iba dejar riqueza para que otros que no se la habían trabajado, la gozaran. A él no le importaba cuánto ella le ayudaba, todo lo que ella se reprimía y sufría para que la situación les mejorara y ni le importaba la suerte de sus hijas e hijo.

Ella buscó la ayuda de sus hermanos para comprar un pedacito de tierra de donde no la sacaran; pues estaba cansada de rodar de un lado a otro. Nuevamente la sentencia que recibió el día en que se casó, la anulaba; ella estaba obligada a acatar lo que disponía su esposo y debía desalojar su casa luego de que llegara el nuevo dueño; cuando de nuevo había ahorrado un poco y comprado una pequeña parcela, en la cual construyó con su propio esfuerzo y manos, una pequeña casa de bareque, en la que ella misma recolectó la boñiga y la tierra roja; ella pagó con lo que ahorró del acopio de café en fincas vecinas, el aserrín de la madera para el techo y la teja, después de una discusión con su esposo, él la vendió. En seguida de esto, tras haber vivido en varias veredas de un Municipio llamado El Dovio, sobre la cordillera Occidental del departamento del Valle del Cauca y recorrido desde Monte Azul y otras veredas más, hasta el río Garrapatas y otras de Versalles; decidieron irse a vivir a la cabecera del pueblo, de El Dovio, por ser menos frío que Versalles; más pobres que en los años anteriores, luego de ese vender y vender lo que conseguían, nunca aguantaron hambre, siempre sembraban y cosechaban para su propio abastecimiento; no habían lujos, sólo lo necesario con que asistir a la semana santa vestida dignamente, acorde a la tradición y la época, acompañada de sus hijos.

En El Dovio, hace lo mismo, su esposo compra, pelea con ella, la golpea y vende; en estos batallares les toca vivir la guerra desatada por la muerte del liberal Jorge Eliecer Gaitán. Ellos, que viven en pueblo conservador, ven como toda su parentela, que ha llegado igual que ellos a esas tierras, tienen que partir dejando todo por ser liberales, pero resguardando la vida. Mamita Clementina, cuenta cómo ella cuando estaba en el río lavando ropas con su hija menor (pues la otra ya se había casado y estaba llena de hijos, y su hijo rebuscaba su sustento en oficios muy diferentes al de su padre arriero), aún de madruga-

da, para aprovechar el agua del río limpia, ve como desfilan por la calle polvorienta los arrieros que cargan la muerte en sus mulas apeadas hasta con cinco cuerpos casi siempre de la misma familia y de diferentes edades y sexo; ese era el trabajo de muchos arrieros conservadores desde que empezaba a oscurecer hasta que salía el sol, el olor a sangre, aún fresca y el hedor de los primeros cuerpos ya casi fétidos pidiendo ser sepultados, inundaba el aire del caserío. A ella no le gustaba entrar en muchos detalles sobre esta época, prefería invocar una oración por aquellas almas, muchas de las personas que en vida conoció, ahora resultaban ser sus enemigas por ser unos godos y otros cachiporros.

Al quedar sin nada, ella se dedica a lavar ropas en el río, a almidonarla y posteriormente aplancharla, para con esto suplir sus necesidades básicas de alimentación y de su tabaco que no le faltaba en la boca, luego pasó a cigarrillo piel roja, que nunca mandaba a comprar por cajetilla sino por decenas. Una madrugada que se levanta aún calorosa de haber aplanchado hasta casi media noche las ropas almidonadas, para despachar a su esposo que se va a trabajar a una lejanía de esas donde estaban aserrando maderas; hacia un cairiso que tenían de cocina en la parte de afuera de las habitaciones y el cual solo tenía una pared y un techo soportado en ella y en dos paralelos de madera; ella siente cómo su pecho se queda vacío, sin nada de aire y por primera vez en su vida, siente cómo su cuerpo no responde a su deseo de estar de pie y tiene que pedir ayuda tumbando lo que encuentra a su paso para hacer bulla; su hija menor sale y la entra hasta su cama pero ya es tarde. A partir de ese día queda lisiada a una enfermedad que es llamada asma o asfíxia; las fuerzas han menguado en su cuerpo y en el de su esposo también, ya no pueden ahorrar para comprar de nuevo, enfermos y viejos van a parar de arrimados donde su hija menor que es la única que les sobrevive y quien a su vez estaba viuda y con dos hijos.

Su mirada es opaca, por tanto, una nube tenue de gris los trata de cubrir; aunque deja entrever ternura complaciente y algo de melancolía, cuando atisba a sus nietos jugar. Quizás recuerde su niñez, la niñez de sus hijos, quién sabe qué pensamiento le pueda remolinear en su mente, casi ancestral. La incomoda la bulla, las risas sin ton ni son; la complace una buena plática sobre el pasado ya muy lejano de su vida o sobre el presente de este mundo; no se detiene a escuchar el chisme de vecinas, pasa a otro tema sin molestar a nadie, como lo hace el día a la noche, no desaprovecha cuando habla con su nieta para advertirle sobre lo que le espera; es su vida de mujer, decía: "los tiempos han cambiado y si bien ya podemos votar por el caudillo de turno, los hombres nunca dejarán que nosotras opinemos sobre el mundo, debes ser una buena mujer para que des con un buen hombre y que ojala te valore, debes aprender todos los oficios de una casa y a cuidar a tus hijos a formarlos bien, debes aprender a horrar para la vejez, así te toque hacerlo a escondidas de él, quizás él muera primero y lo puedas usar, busca un hombre que sea un buen hermano, buen hijo y buen trabajador, cuidado con dejarte cuentear pues si tienes un hijo por fuera del matrimonio nadie te volteará a mirar para casamiento, aprende de las letras y los números lo que más puedas aunque eso a las mujeres no nos ayuda mucho, pero posiblemente tu corras con otra suerte, no te apures en casarte, así te pre-

sionen todos, es mejor vestir santos que desvestir borrachos, se orgullosa, y no te fijes en el peón de la finca".

Su moral o su religiosidad nunca le permitieron cuestionar el por qué ella debía trabajar desde que despertaba hasta que el cansancio la hacía buscar la cama sin mucho deseo de compartirla; hasta que se liberó de esa obligación y compró su propia cama, aunque en lo demás, no pudiera hacer lo mismo y debiera mantener servidumbre hacia su esposo.

Su respiración es muy pausada, casi por momentos no respira, su cuerpo se asfixia, sus pulmones no responden a su necesidad básica y natural de respirar, el cigarrillo que apagaba sólo cuando dormía y que casi no deja de fumar ni porque se ahogara; fue algo extraño y un acontecimiento el día que dijo que no quería fumar más; no le habían valido suplicas ni ruegos, tal vez el sentirse ya tan sola, luego de que su esposo muriera a su lado como lo había jurado y como él lo había dicho, sin nada de fortuna para repartir.

Su cuerpo es demasiado delgado, tocar sus brazos es como tocar unos huesos forrados por piel plegada y elástica, o da esa sensación al estirla, terminan en unas manos pálidas y frías en las cuales se pueden agarrar sus venas azules que sobresalen; no obstante, en ellas aún hay firmeza y ternura, según sea el caso. Su voz es suave e inquebrantable, cálida y mandona, tanto que nadie se rehúsa a acatar sus órdenes a la primera voz.

Sus días transcurrían así; nada de sobre saltos a no ser de que sus pulmones se detuvieran y la hicieran pedir auxilio con sus brazos alzados y con su boca y ojos totalmente abiertos para robarle al espacio un poco de aire y parar así la sensación de ahogo de su pecho, ante la impotencia de quien la estuviera acompañando en esos momentos.

Nunca le faltó una camándula y una novena en sus manos o en la cabecera de su cama, siempre oraba, desde que se despertaba hasta que se acostaba y no dejó de asistir a una misa un domingo, mientras pudo caminar, así tuviera que hacer más estaciones que Jesús, ella no dejaba de concurrir a misa de diez de la mañana.

Fue hija, hermana, esposa, madre y abuela. Ahora, es un cuerpo sentado recto al bordo de una cama que espera que el todo poderoso se acuerde de ella y no deje que muera reventada. Cuando siente deseos de dormir se acomoda en el centro del cabecero de su cama casi sentada para evitar un ahogo. La gracia del cielo llegó y durmió una noche, dejó que su último soplo de aire saliera de sus pulmones, emergiera por su boca y nariz imperceptible al oído, no permitió que un hálito regresara a ellos, aire ninguno, sin embargo no se dio por enterada, su fisonomía mostraba una extraña sensación de alivio, de regocijo, dando paz a quienes miraban su rostro, en especial a quienes la amaban y sufrían en silencio su enfermedad, quienes se ahogaban junto con ella cada vez que tenía una crisis. Su hija y nietos encontraron, al mirarla, el alivio necesario para sopesar la pena de su partida, que para ellos aún era prematura.

Francis Nelly Jaramillo Osorno

Pertenezco a la Corporación Mujeres Unidas de la Noroccidental. En la actualidad estoy en 2do. Semestre de Planeación y Desarrollo Social en la Universidad Colegio Mayor de Antioquia. Casada con dos hijos.

D. GOLPES DE LA VIDA

Esa mañana habíamos discutido por cualquier bobada que en este momento no es importante recordar. Mi hermana, Sonia, ese día vino a visitarme a escondidas de mi marido porque a él no le gustaba que yo recibiera visitas, y menos si mi hermana venía acompañada de su novio. Según mi esposo eran hombres que ella me traía, por lo que él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa. Ese día Sonia me trajo como regalo una torta.

Esa tarde, al llegar de trabajar y sin darse cuenta, le pidió a la empleada que le sirviera una porción y, después de comerse el primer bocado, cayó en cuenta que él no la había comprado y que yo tampoco pude haberlo hecho porque ni trabajaba, ni él me daba plata. Como no nos estábamos hablando por la discusión de esa mañana, le preguntó a mi hija quién la había comprado. Ella, con tan sólo seis añitos, ya conocía el temperamento de su papá y al oírlo gritar preguntando quién había traído la torta, empezó a temblar sabiendo que debía mentir sobre la presencia de otro hombre en nuestra casa. Pero su hermanito, de tan sólo cuatro añitos, no estaba al tanto de lo que ocurría y con total inocencia respondió que había sido el tío Martín. En ese instante mi marido la cogió contra la niña, empezó a gritarle y la mandó a dormir sin comer.

A mí eso me pareció un crimen por lo que yo la cargué y la llevé a su cuarto. Él trató de arrebátarmela pero yo no lo dejé: mi niña temblaba del susto. Después de dejarla me dirigí a la cocina para servirle un plato de comida y llevárselo a la habitación. Y cuando ese hijueputa vio lo que estaba haciendo, me metió un puño en el ojo izquierdo que me tiró al suelo. Inmediatamente empecé a sangrar y mis dos hijos corrieron hacia mí para ver qué había pasado. Mi reacción fue de histeria. No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer. Al oír los gritos, una de mis vecinas entró y se llevó a los dos niños. En eso yo me paré y me asomé al espejo del baño para ver lo que me había hecho: botaba sangre por la nariz y por el pómulos. Él se paró detrás, burlándose de mí. Yo alcanzaba a verlo a través del espejo, así que lo cogí con la intención de quebrárselo a los pies, pero no calculé, no pensé que estuviera tan cerca y se lo quebré en la cabeza. Alcanzó a cortarse el brazo derecho y, el muy hijueputa, me denunció ante la Fiscalía, alegando que fui yo quien primero lo atacó. Pero no la supo hacer, pues todos sus alegatos se vinieron al piso ya que si yo lo hubiera cortado primero, él no hubiera podido pegarme en el ojo izquierdo. Al final decidió retirar los cargos.

Gabriela es una mujer nacida en Quibdó, que pensó haber encontrado el amor de su vida en un policía que trabajaba por aquella época en su tierra. Gabriela es de tez clara, alta y muy conversadora. Su familia es una de las más conocidas en Quibdó y siempre se han

mantenido con una miscelánea que tienen en el primer piso de su casa; de esa manera puede estar pendiente de sus hijos mientras atiende a los clientes. A los veintiocho años de edad siente haber pagado todos sus pecados con ese infeliz matrimonio y por ahora no cree más en el amor, aunque anhela haber tenido una buena familia al lado del padre de sus hijos.

"Cuando conocí a José, tenía tan sólo dieciséis años. Ese día estaba en la casa de enfrente con mis amigas. Tenía unos shortcitos y una camiseta de tiritas. Estaba horrible, además de que tenía todos mis crespos sueltos. Mientras hablábamos y nos tomábamos una gaseosa, porque ese era el parche en mi época, pasó una patrulla de la policía. En esas una de mis amigas les silbó y ellos pararon. Por un momento me asusté, pero la verdad era que ella conocía al policía que iba manejando. Fueron muy amables y caballerosos, sobre todo José. Desde entonces empezamos a salir hasta que nos hicimos novios. Todos los domingos, mientras estuvo en Quibdó, mis papas lo invitaban a almorzar a la casa.

Recuerdo que mi mamá me decía que se veía que era muy jodido, pero que era todo un caballero. Después de almorzar siempre se sentaba en la sala, abría el periódico y se quedaba leyéndolo el resto de la tarde. De ahí se despedía muy educadamente de mis papas y yo siempre quedaba aburrída, pues ni bolas me paraba, y yo siempre me quedaba esperando aunque fuera una blujeaniadita. En Quibdó, duramos más o menos un año antes de que lo trasladaran a Medellín. Mientras él trabajaba yo estudiaba en el colegio, pero apenas terminé mi bachillerato me fui para la ciudad de la eterna primavera a continuar con mis estudios y a estar con él. Hice hasta cuarto semestre de Diseño de Interiores en la Universidad Bolivariana, porque a los 18 años quedé en embarazo. La verdad yo estaba muy contenta: siempre quise tener un hijo antes de que pasáramos al otro siglo, pues no me cabía la idea de que mi hijo cuando creciera me hiciera sentir más vieja sólo por ser de siglos diferentes.

José estaba contento por esta noticia, y apenas mi mamá supo me hizo devolver a Quibdó. Allá pasé mi embarazo pero la niña nació en Medellín el primero de enero. José no estaba en la ciudad en ese momento, pues lo habían enviado para otra base donde sólo se podía llegar en helicóptero; sin embargo, a los dos días ya estaba con nosotras. Nunca me pidió que nos casáramos, ni que nos fuéramos a vivir juntos, así que yo regresé a mi casa.

Cuando la niña tenía nueve meses, viajé a Cali para hacerle unos exámenes médicos. José estaba en alguna estación o base de Palmira, y tan pronto supo que yo estaba en Cali se vino con un amigo para vernos. Desde ahí nos fuimos a vivir juntos los tres. Después estuvimos en Bogotá, donde vivimos con mi suegro un tiempo y allí su comportamiento se empezó a revelar. Cada vez que discutíamos me empujaba y yo tan inocente, o más bien estúpida, pensaba: "Tan divino mi esposo como me regaña". Lo cierto es que nunca volvió a ser como la primera vez".

Gabriela siempre fue muy independiente, de un carácter fuerte y alocada, pero también muy enamoradiza, y así era que se sentía con José: enamorada. Cuando su hijo Daniel nació, a José lo empezaron a ascender y lo trasladaron para Medellín. Allí sus hijos estudiaban en el colegio de la policía, mientras Gabriela se dedicaba a los oficios del hogar.

Al ver que yo me quedaba sola tanto tiempo en casa, quise seguir estudiando y le conté mi idea a José y a mi mamá. Ella se alegró muchísimo y prometió ayudarme con el costo del semestre, ayuda que no encontré en José. Lo primero que me dijo era que él no iba a pagar empleada para que cuidara de los niños e hiciera los oficios del hogar, ni iba a dar más plata para el mercado, y que si yo tenía cómo mantener a la empleada podía hacer lo que quisiera. Pero eso sí, yo tenía que cocinarle porque él de manos de otra persona totalmente desconocida no iba a comer. Lógicamente mi sueño se vino abajo porque no podía pedirle más a mi mamá; así que me olvidé de la idea por completo.

Fueron muchos los desplantes que recibí de él, además de las humillaciones porque yo no mantenía plata. Un día me llamó a la casa y me pidió que nos encontráramos en el Éxito porque quería comprar una lavadora y deseaba que yo le diera mi opinión. Me emocioné demasiado, me arreglé rápidamente y esperé a que uno de los hombres que estaba bajo su mando me recogiera, porque sola no me dejaba andar en la calle. Cuando llegué al Éxito me mostró la lavadora que había escogido y pidió mi opinión. La lavadora era divina, además de grande, pero él la quería en gris y yo le dije que la quería blanca porque ese color hacía juego con la nevera, el calentador, los gabinetes y estéticamente la cocina se iba a ver más bonita. José se alteró y empezó a gritarme. Me dijo que la plata era de él y que él hacía lo que se le daba la gana. También me dijo que si yo quería la lavadora blanca podía comprarla pero con mi plata, y como yo no tenía ni dónde caer muerta, decidí callarme. Esta fue una de sus tantas humillaciones.

Delante de las únicas personas que no me humillaba era de sus subalternos y sus superiores. Recuerdo mucho el día que Juanes se presentó en concierto. No sé cómo logré convencerlo y accedió a que fuéramos con uno de nuestros vecinos, quien también era policía y su esposa era amiga mía. Llegando la hora de partir para el estadio me llamó y me dijo que no podía ir porque estaba de guardia, que me fuera con ellos y que luego nos veíamos en casa. Yo dejé a los niños en la casa de mi vecina para que su empleada los cuidara junto con sus niños. El concierto terminó alrededor de las once de la noche. Yo tenía afán de llegar a casa porque sabía que mi esposo terminaba guardia a media noche, pero como teníamos pases para entrar al camerino porque la policía trabaja en estos conciertos, a mi amiga le dio por entrar a conocer a Juanes. Llegué a casa a las 12:30 de la noche y cuando fui a abrir la puerta, José le había puesto seguro. Toqué el timbre hasta que se despertó y empezó a hacerme escanda lo por el balcón. No quería abrirme. Nuestro vecino se asomó y se disculpó con él por haberme traído tan tarde. Hasta ahí le llegó su escándalo. Me abrió la puerta, y pude entrar a la casa y acostar a mis hijos en sus cuartos. Sin embargo, yo seguía pensando que algún día todo cambiaría".

Después de tanto maltrato físico y psicológico, después de dejarme el ojo moreteado y yo haberle quebrado el espejo en la cabeza, caí en una depresión horrible. Ya no aguantaba más esta situación y como no tenía ni un peso, no me atrevía a dejarlo. Y ni modo de contarle a mis papas de la situación, primero porque mi mamá no me iba a dejar seguir viviendo así y yo no quería aceptar el fracaso de mi matrimonio, segundo, porque si les contaba y luego me arreglaba con mi esposo ellos iban a dejar de quererlo y ya las cosas se venían en mi con-

tra. La depresión me tomó por completo. Me la pasaba todo el día en la cama llorando y sólo me levantaba para despachar a los niños para el colegio; ya ni le hacía el desayuno al animal de mi esposo. Entonces optó por comprar el mercado medidito dependiendo de lo que los niños comieran. Yo no tenía derecho a comer.

Llegué a pesar 45 kilos. Sonia me llamaba de vez en cuando y me invitaba a comer porque más o menos se oía la situación de mi hogar. Le hice prometer que no le contaría nada a mis papas y ella mantuvo su palabra. Ahora dormía con los niños y sólo comía muy de vez en cuando un café con leche, un pan y un pedacito de queso. Para mí era mejor aguantar hambre que gastar la comida de mis hijos, aunque la depresión me mantenía inapetente. Fueron dos o tres meses que vivimos así, hasta que José me pidió el divorcio. Por un momento me sentí herida, pero a la vez me sentí aliviada, libre. Yo nunca puse resistencia. Ni siquiera quise pelear por los bienes que supuestamente me correspondían. La primera cita que tuvimos en el juzgado José y su abogada me dieron un documento para que lo firmara. Yo, tratando de dárme las de importante, me negué a firmarlo hasta que no consultara con un abogado. Lógicamente yo no tenía con qué pagar uno y me fui para la casa. Estando allá recibí una llamada de una mujer, la abogada de José, quien me aconsejó no firmar ese documento porque en él yo estaba renunciando a todo, hasta las cosas de los niños. José es el único estúpido que se consigue un abogado mujer. Con lo único que me quedé fue con la lavadora y recuperé las cosas de los niños. No quería desgastarme más. Eso era lo más justo con mis dos bebés, y la lavadora la quise porque donde mi mamá no había y yo sabía que ella nunca iba a comprar. Y ahora con nosotros tres de vuelta en casa, ropa era lo que iba a haber para lavar.

Los primeros meses fueron muy duros. Me sentía desgastada, acabada y fea. Mis niños no asimilaban totalmente la noticia, aunque sé que se sentían aliviados. Su papá, de pronto por aliviar un poco lo que estaba pasando, decidió llevárselos de vacaciones toda una semana para Coveñas.

Y yo, como recompensa a lo que acababa de hacer, decidí subirme la autoestima: me puse tetas. Aproveché esa semana que José se había llevado a los niños y no sé por qué, de estúpida, cuando ellos me llamaron a decirme, el primer día, que habían llegado bien, cambié mi saludo hacia José y en vez de decirle, "hola", le dije: "Tengo tetas nuevas". Fue tanta la rabia que le dio, porque finalmente las cosas habían cambiado, y hasta de pronto porque él ya no las iba a estrenar, que al otro día los niños estaban de vuelta conmigo. Eso lo hizo de pura ira. ¿Cómo es posible que acabando de llegar, al otro día devuelve a los niños?, ¿por qué no pensó en ellos un poquito?".

"Ya me resigné. Ahora que veo de una manera más objetiva, me di cuenta con quién me casé. Pero así estamos mejor, yo soy feliz con mis hijos en Quibdó y ellos están bien conmigo y con sus abuelos. Siempre trato de que tengan una buena relación con su papá pero él no ayuda para nada. Los ilusiona con viajes y visitas que nunca cumple y el contacto que tienen ya es muy poco. Pero a mis hijos simplemente el papá ya no les hace falta.

"En estos momentos tengo una relación ya de un año. Carlos tiene cuarenta años y es publicista. Viaja mucho entre Cali, Medellín y Quibdó. Por esa razón no nos vemos mucho, pero ahí vamos. Él trata de mimar a mis hijos, aunque mi hija no lo quiere mucho.

En alguna ocasión me dio un abrazo muy fuerte, pero indefenso, y ella pensó que me estaba maltratando. Mi mamá, aunque no se mete, también sé que no es del todo de su agrado. Obviamente mi actitud frente a las relaciones es más relajada, ya no sufro si me llama o no me llama, si viene o no viene. Aunque en el fondo, pero muy en el fondo, quisiera encontrar a alguien con quien llegar a vieja y ser feliz. En estos momentos estoy en sexto semestre de Administración de Empresas en una universidad de Medellín, a distancia. Y mientras estudio y crío a mis hijos, también estoy a cargo del almacén de mis papas con proyectos de ampliación y ventas de nuevos productos. Por ahí dicen que no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista. Yo ya lo viví y ya lo superé. Lo único que sé es que la vida sigue y algo muy bueno por suceder me está esperando.

Junio de 2006

Luz María Ararat Ospina. Los golpes de la vida. Cali 1983. Estudiante de Economía y Negocios internacionales, universidad Icelsi, Cali.

E. Adelfa (fragmentos analizados)

Aunque no hubiera nacido en Piedecuesta, por donde han pasado muchos ejércitos, me crié allá. Y fui al colegio de las monjas porque mi mamá tenía una hermana monja. O, para mejor decir, monjita, porque mi tía no tenía derecho a usar corneta grande, como las monjas ricas, que recibían el hábito a cambio de una dote. Como las monjas son esposas de Cristo, sus padres deben dar a los conventos un aporte y, si es grande, la comunidad les da corneta grande y cargos importantes. Las que dan dote pequeña, corneta pequeña, y a las que nada dan, sólo un velo para cubrirse el cabello.

A estas madrecitas les tocan los oficios: lavar los calzones y los hábitos de las otras, hacerles la comida, arreglarles las celdas. Las ricas se pavonean con sus alas grandes por los corredores, buscándoles a las novicias, y a las alumnas, alguna falla para tener algo en qué entretenerse. Son muy quisquillosas, muy cismáticas, muy orgullosas. Las de alas cortas son las que trabajan y dan clases. Las hermanas de velo son las que ponen el lomo. Su venganza es saber muchos secretos escondidos en las celdas y por eso un convento es un infierno.

Yo tuve muchos problemas con las monjas. A mí no me gustaba arrodillármeles. Mi papá era conservador aunque mi mamá fuera liberal. Propiamente hija de liberales de Piedecuesta. Su bisabuelo había sido guerrearante cuando las tropas liberales las mandaba el general Herrera, un macho de machos, un mandacallar. Mi padre era de Soatá, donde vine a nacer. Había aprendido sastrería cuando su abuelo se arruinó a causa del pago

que tenía que hacerle a Su Señoría, monseñor Peñuela, cada vez que salían las cosechas. Él sembraba trigo y los siervos de Su Señoría vigilaban las fincas. Sabían cuánto se sembraba, cuánto daban, a quién se vendían. Y cuando mi bisabuelo iba a recibir la plata, se le cruzaba algún diácono o subdiácono a cobrarle el sagrado diezmo. Lo hacían antes de que se pagara lo que la tierra producía. Por la derecha. Yo me acordaba de esa historia cuando el m-19 cobraba aportes de guerra a los mayoristas de Corabastos.

Pero, volviendo al principio, yo odiaba el santo rosario. Era un tormento aguantar de rodillas los misterios y luego, para peor, las jaculatorias y los ora pro nobis. Yo estaba en segundo de bachillerato y un día me rebelé. No quise arrodillarme. Alegué que me dolían las rodillas. La monja que llevaba la voz, la madre Ángel San Gabriel, se botó a obligarme. Primero a gritos y luego se montó sobre mis hombros para doblegarme. Era flaca, casi invertebrada. Si hubiera sido la Madre Hortensia del Santísimo Sacramento del Altar, habría quedado yo untada en el suelo de la capilla. Me iban a expulsar por hereje. Ya estaba escrita la resolución. Mi tía me dio un consejo: acepte una penitencia. Dígale al Consejo de la Comunidad que está arrepentida y que acepta como penitencia usar cilicios o disciplina. Ellas me oyeron y aceptaron. Al fin y al cabo, mi tío era capellán del colegio y le tenían mucho respeto y acatamiento. Él iba los sábados a celebrar la Santa Misa y a desayunar.

Los cilicios eran como una «corona de sacrificio» en el muslo. Se podían usar apretadísimos, apretados y menos apretados. Los usé. No tenía más remedio. Yo quería ser maestra y para eso tenía que llegar a la Normal. Así que disciplina en la pierna derecha, debajo del uniforme azul oscuro. Salvo los días de gimnasia que me dieron como dispensa. Por eso yo el uniforme blanco de los jueves lo adoré.

A los tres meses, la madre Hortensia me dijo muy solemne ne: «Te cambiaremos el cilicio por tu pertenencia a la Legión de María». «Listo», le dije, «le salgo a esa». Las legionarias teníamos un lugar especial en la capilla. Les ayudábamos a los acólitos, que eran hombres y estudiaban en el colegio de San José. Fue mi primer combate como mujer: ¿Cómo así que las niñas no podíamos alcanzar las vinagreras? La madre superiora me llamó y me dijo: «Lo que pasa es que la mujer no puede ser consagrada porque es la dueña del pecado original». Era un sermón muy largo. Mi tío me explicó, pero yo no tenía oídos para entenderle. Volvió a revolotear, entre velos, alas y sotanas, mi expulsión. Al final trancé por la misma razón: yo quería ser maestra de escuela.

Los sábados después de misa nos llevaban a los barrios pobres de Bucaramanga, unos despeñaderos hechos por el agua. La gente apenas si vivía. A las legionarias las dirigía una ex alumna, la señora Marujita, que era una mujer nervuda como un bejuco, rica, empolvada y regada de palabra. No golpeaba en los ranchos. Entraba como yo inc imaginaba entra la virgen al Purgatorio, a redimir desde sus alturas y tules. «¿Dónde están los pelados de esta casa?» Se callaba. Volvía a preguntar, pero los chinos se escondían, y las mamás, temerosas, no sabían qué responder. Por fin doña Marujita se pillaba uno debajo de una cama. Lo sacaba, lo miraba y le decía: «No me tengas miedo, hemos veni-

do a ayudarte». Preguntaba: «¿Dónde está el jabón y dónde la regadera?» Las mamás enmudecían. El silencio se sentaba entre las legionarias. «Jabón ¿Cuál jabón?», dijo alguna una vez, «si aquí lavamos con ceniza y el agua hay que acarrearla». Otra vez, recuerdo, doña Marujita llegó con un bulto entre su carro. El chofer lo bajó y nosotras lo cargamos. No pesaba. Entramos en un rancho de cartón y latas. La señora nos miró asustada. «¿Los pelaos ya desayunaron?», preguntó doña Marujita. «No, señora», respondió temblorosa la mamá de cinco chinos que se arremolinaban detrás de la mujer. Entonces la doña abrió el costal, sacó un paquete de Corn Flakes y dijo: «Se torna con leche». Nadie hablaba. «¿No tienen leche?», preguntó doña Maruja. Nadie respondió. No se trataba de ayudar. Se trataba de ofender, de hacer valer una diferencia, de hacer sentir el peso del poder. Si yo no lo pensaba así, así lo comprendía. Mi queja y mi llanto los dejé en la sotana de mi tío, que siempre me olía a cirio.

Al terminar el cuarto ario entré a la Normal de Bucaramanga. Era el primer ario en que era mixta. Nos matricularnos treinta y ocho hombres y diez y siete mujeres. Yo esperaba que mi papá saliera de la Quinta Brigada para regresar juntos a Piedecuesta. Él era trompeta en la banda de guerra. Había tratado de ganarse una plaza en la banda municipal, pero desafinó una nota de una pieza triste que necesitaba mucho pulmón y que la tocaban en los entierros para hacer llorar a los deudos. Y la verdad, era un lamento largo que hacía gemir hasta a los perros del batallón. Mi papá había aprendido el arte de su papá, y él de su papá. Así, se llegaba hasta las guerras. Su bisabuelo tocó en la batalla de Palonegro y desde entonces la trompeta era un trofeo que alcanzó a llegar a las manos de mi abuelo, que tuvo que empeñarla y nunca pudo recuperarla. La de mi papá se la dio un sastre de Susacón que lo aceptó como aprendiz en su casa. Hacía los oficios domésticos y los de la finca a cambio de «parva y enseñanza», como se decía. Pero los sones se le encaracolaron y ya hombre, hecho y derecho, volteó por la trompeta. Aprendió a sonarla y cuando perdió el concurso en el municipio, ganó el de la Brigada.

A veces no podíamos regresar juntos a Piedecuesta porque había una fiesta en el casino de oficiales. Mi papá se había especializado en dos piezas: El negrito del batey y La cumbia cienaguera. Podía tocarlas toda una noche, y me contaba que los oficiales, más que bailar, pisaban a su pareja.

Pero bueno. A mí en la Normal me iba bien. Por encima de todo yo quería ser maestra, y maestra de primaria, maestra de tiza y tablero. También choqué. El primer choque fue con un profesor de matemáticas. En una clase escribió en el tablero un número de seis cifras y preguntó: «¿Quién es capaz de sacar la raíz cuadrada?» Yo alcé la mano de primeras. Era muy ducha en la operación. Otros fueron levantando la mano con inseguridad. Pasó un compañero, y nada. No dio con el chiste. Yo seguía con mi mano alzada. La movía para que el cucho la viera. Nada. Pasó el segundo, el tercero. Nada. La mano me hormigueaba. Nada. Por fin dijo: esto es así y así, y dio el resultado. Yo me paré y le grité: «¿Acaso no me ve? ¿Es que las mujeres no contamos? ¡Usted debe ser marica!» El hombre enrojeció, bufó, tiró la puerta. Al día siguiente, Consejo Académico: expulsada la

señorita. Mi papá habló con el director de la banda, un sargento que, para mi fortuna, era primo del cucho, y se logró echar para atrás la sanción.

Meses después, otro problema. El cura Alipio era capellán de la Normal y no sólo dictaba clases de cultura religiosa, sino de historia. En religión nos hacía recitar las vidas de los santos: San Francisco, San Javier, Santo Domingo, San Martín. Ni una santa. Mejor, pensaba yo. Pero yo mantenía la inquina. De historia sólo nos hablaba de Bolívar y de Núñez, el Regenerador. El destino vive en la punta de una espina. Un día llegó muy orondo, pidió lápiz y papel y dijo: «Escriban la biografía de Miguel Antonio Caro». Yo me paré encendida y disparando: «¿Cuál Caro, si usted no ha dicho una sola palabra de ese señor? ¡Usted no puede preguntar sobre lo que no ha enseñado!» Nadie hablaba. El cura temblaba, las gafas no se le sostenían sobre las narices que se le hinchaban. Pasaron unos días. Yo estaba muy intranquila porque sabía que algo preparaba el cura. Por fin, una tarde en clase de religión preguntó: «¿Qué son los grupos de presión?» Todos nos mirábamos como preguntándonos: ¿y esto qué quiere decir? Él nos miraba a uno por uno. Al fin dijo: «Aquí en este recinto hay un grupo de presión que funciona y actúa al escondido». «¿Qué es un grupo de presión?», pregunté. «Es un círculo infame que inventó Camilo Torres», dijo el cura, «y usted es la líder, la manzana prohibida. Aquí está prohibido presionar a otro para que piense o actúe de una determinada manera». Me le crucé: «Entonces, ¿por qué usted lo hace?» Se echó una larga perorata sobre la revolución y sobre el apóstata Camilo Torres, un cristiano de cuna noble, corrompido por los grupos de presión comunista. Perdí las dos materias, pero aprendí a 011, saber quién era Camilo Torres.

Mi hermano, que estaba en el seminario, me lo explicó con pelos y señales. En el seminario ya había echado raíz la Teología de la Liberación. Al año siguiente, mi hermano abandonaba el seminario, se matriculaba en la vis y se conseguía una novia, que es hoy su esposa. Mi mamá lo aplaudió, pero mi papá lo censuró: «¿Un hijo mío en la U-ES, nido de comunistas?» Tenía razón. A los dos años, mi hermano estaba sentado en un Consejo de Guerra. Había sido consecuente con la consigna estudiantil: «A nosotros no nos saca la Policía, nos saca el Ejército».

Con mi grado de normalista debajo del brazo reuní a mi familia. «Me voy a vivir sola», le dije a mi papá. «Como Michín», me respondió. Mi mamá terció: «Ya es una mujer», y un mes después hacía la maleta. Mi hermano había sido declarado inocente y me acompañó a Bogotá, donde yo iba a presentarme en la Secretaría de Educación. Llegamos donde un pariente que nos alojó mientras yo hacía las vueltas. Por presión de mi hermano —el cura razón tenía— presenté también exámenes en la Universidad Nacional. Pasé, saqué el puesto 69- entre 5.432 estudiantes examinados. Quería estudiar Ciencias de la Educación, pero no hubo cupo ese año; tampoco en antropología. Curioso, había cupo en Farmacia.

Dije: «Mejor ser maestra del barrio La Victoria», donde me había asignado la alcaldía

El viaje a Yopal y la tristeza que me dejó la niña conociendo a su mamá muerta me acompañaron mucho tiempo. Caí en la cuenta de que detrás de las lágrimas, había una realidad muy dura y muy injusta. La dureza de la vida —el hambre, el dolor— hace de la injusticia un combustible peligroso. Por eso algunos curas, los que no son ni aceptan ser parte de la máquina del poder, se ponen al lado de los pobres. Era lo que decía mi hermano, que había vivido la justicia militar en carne propia y que trabajaba al salir de la cárcel con los curas de Golconda. Aunque nosotros nunca supimos a qué sabía la pobreza, yo hervía por dentro al palpar el hambre y la necesidad de los demás. Al barrio La Victoria, donde trabajaba como maestra, asomó su palabra un cura francés, el padre Fierre. Nunca supimos el apellido. Trabajaba con la gente, sudaba con ella, comía lo que le daban y tronaba contra el gobierno. A mí, que era cristiana, católica, que creía en Dios y poco o nada me gustaban las sotanas, Fierre me mostró un camino nuevo. Con él estudiamos la revolución del Concilio Vaticano II, la Teología de la Liberación, leíamos a Freiré y meditábamos con el Evangelio de San Mateo.

A pesar de no haber podido entrar a la Nacional, yo me sentía *de allá*. Vivía sus luchas, leía en la Biblioteca Central, jugaba básquet con un equipo de sociología y asistía a un círculo de discusión. Leímos el *¿Qué hacer?* de Lenin, *Así se templó el acero* y la *Crítica de la economía política* de Marx, que poco, o nada, entendía. En el 72 hubo un movimiento estudiantil contra dos rectores odiados por los estudiantes: Luis Duque Gómez en la Nacional y Luis Fernando Duque en la de Antioquia. Cerraron universidades, expulsaron estudiantes y profesores, pero la agitación no cesó. Al año siguiente se volvió a la pelea. Yo estaba ya cargada de argumentos y organicé un paro de solidaridad en la escuela de Santa Ana, a donde había sido trasladada. En plena clase, tiré la tiza, me senté en el escritorio y dije: «No trabajo más, estoy en paro de solidaridad con la Nacional». El director me llamó: «¿Qué le pasa? ¿Se volvió loca? ¿Qué tiene que ver lo que aquí hacemos con lo que allá no hacen?» La sugerencia de que el paro era una disculpa de vagos me golpeó la coca. Le tiré la puerta sin revirarle y me fui al patio. Me subí en un asiento y solté una perorata sobre nuestro deber como maestros pobres de estudiantes pobres. Me suspendieron ocho días. Cumplí la sanción con un sentimiento de orgullo y altivez que me hizo sentir parte de una cadena. Quedé iniciada. La gente me reconocía. En una asamblea de la Nacional, fui aplaudida.

La segunda salida fue la de la media jornada. Nosotros los docentes del Distrito trabajábamos desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. El gobierno consideraba ese tiempo como media jornada; nosotros alegábamos que a esas seis horas había que agregarles, y contabilizar, el tiempo de preparación y el de corrección de exámenes. Nos encangrejamos en este punto. Con Elizabeth Mayorga éramos las más revoltosas. Citábamos a asamblea de la concentración, hacíamos mítines, escribíamos volantes, distribuíamos chapolas, dibujábamos pancartas, íbamos a otras concentraciones vecinas y rebotábamos a los profesores, a los estudiantes y citábamos asambleas con padres de familia. Nos oían. Nos querían. No hablábamos de nuestra jornada de trabajo, sino de las ocho horas, de los tres ochos, de los mártires de Chicago, de la revolución mundial. Exagerábamos, sin duda, pero eso nos hacía sentir que cumplíamos un deber universal de justicia.

Había un sector de profesoras reacio a nuestro movimiento. Eran tres o cuatro viejitas, todas llamadas en diminutivo: Rosita, Cecilita, Ritica y Esperancita. Todas de suetercito y taconcitos. Se oponían en silencio y daban sus clases a espaldas de nosotras, pero de frente a las directivas. Las ignorábamos. Ellas no. Cuando ganamos la pelea, se nos acercaron a preguntar: «¿En cuánto quedó el salario?» Las miramos con desprecio. Ellas lo sintieron y una de ellas, Rosita, nos dijo con cierta nostalgia: «Cuando los años pasan, una no puede arriesgar como si estuviera joven; ustedes no tienen hijos todavía».

Entré a la Universidad Distrital. Algo me decía que por ahí pasaba una corriente armada. Yo quería estar al lado de ella sin participar en sus acciones. Les tenía mucho miedo a la sangre y a la pólvora. Mis sospechas parecieron no ser vanas. Me invitaron a una reunión de mujeres para preparar un encuentro internacional. Me sentí distinguida, casi alabada, con la invitación. Pero cuando comenzó, alguna de las participantes me llamó aparte. Yo dije: «Aquí fue, llegó el contacto». La compañera me dijo muy circunspecta: «Esta es una reunión restringida; usted no puede estar presente». Enrojecí, el cuerpo me temblaba, me sentí la mujer más humillada. No le contesté. Nunca volví a reuniones con mujeres solas.

Sin embargo, en la Nacional me pasaron una hojita llamada *Camino Comunero*. Comunero, pensaba yo, es Santander, Socorro, San Gil, Simacota. ¿ELN? Yo me sentía —aunque no lo quisiera— con el fusil al hombro. Buscaba a quien me dio la octavilla, pero no recordaba su cara. Pasaron semanas antes de que volviera a aparecer el compañero. Me dijo simplemente que fuera a sociología, a tal salón, tal día, a tal hora. El miedo me invadió. No dormía de pensar en el compromiso, en mi casa, en mis estudios. En fin, me veía en un Consejo de Guerra como mi hermano, o como la famosa Mona Mariela.

Temblando de pies a cabeza, me senté a la hora y en el sitio. No fue sino el susto: se trataba de una reunión para «hacer el análisis concreto de la situación concreta». Algo espesa la reunión, algo larga y, sobre todo, algo inútil. Pero volví a la siguiente y a la siguiente. Al tiempo me invitaron a trabajar con «obreros obreros», no con «maestros, que son pobres —dijo el compañero— y explotados, pero no son obreros. En el país no se ha hecho la revolución porque nunca se ha trabajado con obreros, sino con pobres, y los pobres no tienen poder sobre el capital como los obreros, que son los que lo producen». Sonaba convincente, aunque injusto. De todas maneras, terminé en la puerta de la fábrica de Croydon, y a los pocos días en la tolda de la huelga. Yo tenía, digamos, para usar el lenguaje de la época, doble militancia: una con el movimiento de maestros y otra con el misterioso *Camino Comunero*. No estaba yo del todo contenta. Recibí la orden de abandonar el trabajo con el magisterio y dedicarme sólo a la organización sindical. ¡Qué monotonía! Sobre todo porque en el magisterio se abrió la hendidura con una chapola: «Con las armas, con el pueblo, al poder». Mi día consistía en pillar dónde y quién citaba a una reunión. Fui a muchas. En todos los sindicatos, sedes, conferencias, mítines, esperando la siguiente chapola para cortarles la mano al cliente.

Se preparaba un paro nacional. Había una gran división: la UTC por un lado, la CTC por otro, la CSTC por otro; los maestros por su cuenta. Yo trabajaba día y noche. Hacía lo que me pedían. Salí nombrada delegada de la concentración escolar al comité de paro distrital. Un revoltijo. En esas:

asesinado José Raquel Mercado. Pánico general. Nadie se atrevía a tocar el tema en público. En privado se apoyaba o se censuraba. Mercado era el negociador de los obreros del ingenio Riopaila con el gobierno y con los empresarios. No era un dirigente al que se le tuviera confianza. Se decía que negociaba los paros y las huelgas, a favor de los empresarios, por plata. Hacía pocos días había declarado que en Colombia no se les tenía consideración a los dirigentes obreros como en Venezuela, donde tenían carro blindado y vacaciones pagas. Esas declaraciones tenían ofendido al sindicalismo. Se decía que era enemigo cerrado de todo intento de unidad sindical y que saboteara el paro que se preparaba. Fue un gran debate en voz baja.

La reacción del gobierno fue usar todas las formas de lucha. Con una mano da uno de sus palazos de ciego: tirar el manotazo a ver qué coge. En general, nada, pero crean terror. Es el objetivo. Con la otra mano, firma la suspensión de 480 docentes, entre ellos yo. Recibido el lapo, la gente comenzó a reaccionar: reuniones a puerta cerrada, asambleas abiertas. Se desplegó una actividad frenética.

En una de esas reuniones de duración indefinida, en las que esperábamos una decisión de la junta del paro, el presidente, un tal Juvenal Nieves, salió diciendo: «Aquí les traigo un abogado para que nos diga por dónde coger». Hubo alboroto general. Yo me subí en un pupitre y comencé a gritar para que me dieran la palabra. Pero, como me sucedía a menudo desde el colegio, no me veían. Grité, patié, tiré el pupitre, hasta que por fin pude hablar: «¿Cómo se atreve usted, señor presidente, a proponernos una solución jurídica a un problema político? ¿Acaso no se trata de una lucha? ¿Es que vamos a aceptar las limosnas legales?» El abogado alegaba que frente a la destitución cabía un recurso de reposición. Yo lo mandé a la mierda en medio de la gritería, a mi favor. Nieves se paró en la mesa con el perifono en la mano y gritó: «Compañera, vayase usted a freír espárragos; mejor dicho, a hacer obleas».

Regresé con mi derrota. Me quedé pensando: ¿Hacer obleas? Pues hagamos obleas. Obleas de solidaridad. ¿Cómo se hará una oblea? Me puse a buscar la fórmula. Llamé a mi tía la monja. Me dijo: «Harina de trigo, agua y una obleadora». «¿Y dónde consigo ese aparato?» «En San Víctorino, en tal sitio». Fui y compré uno.

A los dos días, muy a las siete de la mañana, llegué al sindicato con esa vaina y con la harina de trigo; junté unas mesas, conecté el aparatejo, fui a la cocina, busqué un pocillo, preparé la tal sopa y eché una cucharada en la plancha. Eso se volvió un pegote, comenzó a quemarse, el humero casi hace llamar a los bomberos. Me tocó apagarlo, lavar todo y volver a empezar. La gente comenzó a llegar. Cada uno daba una opinión: que así, que mucha harina, que mucha agua, que muy poco calor. Alguien dijo: «Lo que pasa es que falta aceite». Con el aceite fue peor. Un recién llegado miró y dijo: «No, no es con aceite, es con agua».

Yo miraba callada. No me importaba la oblea, sino la participación de la gente; veía cómo cada quien daba una nueva idea y se metía en el asunto. A las once de la mañana salió la primera oblea: todo el mundo aplaudió. La primera que salió nos la comimos entre todos.

Yo me felicitaba por dentro al ver el fervor, la esperanza. Ese imbécil dijo obleas y obleas es lo que vamos a hacer. Un milagro como la repartición del pan. Una oblea era capaz de reunir lo que un discurso no. En la tarde ya teníamos una pila de obleas hechas, crujientes, a la espera del arequipe. A la noche pusimos un puesto de venta en la puerta del sindicato. A la hora no quedaba una sola. Pasamos toda la noche haciendo las obleas. Al día siguiente pusimos una gran pancarta: « ¡Exigimos el reintegro de los maestros suspendidos y destituidos!» Esa noche teníamos reunión en Banaltex. Allá llegamos con la harina, el obleado y las ganas de rebotar a todo el mundo. Los compañeros nos ayudaron mucho. Pusimos un tarro de saltinas en una esquina de la mesa para que la gente, a conciencia, echara ahí la plata de la compra, sabiendo que estaba destinada para sostener el movimiento. Poco a poco no eran obleas lo que se compraba. Otros mandaron fabricar oblearios para producir obleas solidarias. La producción no sólo ayudaba a sostener la pelea, sino que era la medida y el símbolo de la lucha. Se llegó a tener veinte oblearios y a cocinar miles de obleas. Se batía también el arequipe y se repartía en los puestos de venta el apoyo.

De las escuelas del Distrito nos iban a comprar hasta cuando nosotros íbamos y poníamos mesa y obleario. Los niños compraban obleas, era leche limpia, arequipe sano. La organización crecía a punta de obleas, a la gente le llegaba más hacer una oblea, o comprarla, que oírse un discurso político o una orientación sindical o un sermón judicial. La oblea solidaria era un pretexto nacido del movimiento y por eso se sentía como parte de la lucha. Llegó a crecer tanto la industria de la solidaridad, que decidimos empacar obleas y vender en los INEM. En un momento el abogado, empapelado con sus recursos de reposición, solitario en una esquina y en la otra la fábrica de obleas que rumbaba como un panal. El ML, que en ese momento tenía la responsabilidad de dar directrices políticas, no sabía qué decir ni para dónde coger. Mientras tanto, nuestras fabriquititas andaban a toda máquina. Alguien apareció una vez con un bulto de papa: «No sé para qué —dijo—, pero podemos meterle papa al trabajo». De la papa salió el almuerzo y lo bautizamos también, como su hermana mayor, la oblea, solidario. Almuerzos solidarios. Los compañeros traían por la mañana lo que podían, lo que tuvieran, lo que podía estar sobrándoles, y a la olla, que comenzó a llamarse también solidaria. A nadie se le negaba el almuerzo. No dábamos abasto. Llegaba gente de los alrededores y de más allá.

Y para todos había. FECODE se reunía al pie de la olla. Ya no necesitábamos andar detrás de los dirigentes; ellos venían, como la montaña a Mahoma. Así, de la oblea, de la ironía, nació el Comité de Solidaridad. A Juvenal, que era el que me había mandado a hacer obleas, nosotras —había más mujeres que hombres metiendo el hombro— ahora lo mandábamos a comprar cilantro para la sopa. El pliego de peticiones de aquel año se hizo al lado del fogón. Una vez amasamos tamales para los directivos con nombre propio, todos iguales, pero contados. Cuando almorzaban, llegó Socorro Ramírez, que en esa época era una maestra de escuela, modesta, activa y con luz propia. Pidió tamal. «No, compañera, si usted no se apuntó, no hay». Ella, sin rezongos, tomó sopa. Era muy completa. Echaba pata barrio arriba, pasaba chircales, botaderos y cumplía con su trabajo como una hormiguita. La gente llegó a quererla mucho.

Como había distintos sectores políticos en FECODE y nosotras les hacíamos desayuno, almuerzo, comida, cena, refrigerios y demás, se presentaron cosas curiosas. Hubo jefes de cocina que si ellos eran del MOIR y tenían que mandarle la sopa a uno del Partido Comunista, le echaban el pocillo de arroz más bajito y le cambiaban la carne por hueso. Se instaló lo que llamamos el sectarismo de la papa. Éramos el reflejo del movimiento, y tuvimos que corregir sus vicios, digamos, en la fuente.

La oblea solidaria fue una cadena de poder del movimiento sindical. Ayudó a que ganáramos el reintegro. Pasamos hambre, pero al fin volvimos a trabajar. En diciembre de ese año se reunió en Medellín el Primer Encuentro del Sindicalismo. Muchos vieron en ese acto el primer resultado de la ejecución de José Raquel Mercado, que se atravesaba como una vaca muerta en el camino de la unidad. Preparando el encuentro, en *Camino Comunero* se dio una gran tensión. Había unos compañeros que nos habían invadido y querían trastearnos para su lado, un lado oscuro que no conocíamos. Hubo una reunión insólita: apagaron las luces del salón, apareció una mujer entre sombras, sólo le veíamos la silueta, y nos soltó una perorata sobre el poder del fusil. Nunca supimos si era del ML, prochina. Si era de las FARC, si era del EME. Era dogmática y beligerante. Estuvo también un compañero que años después identifiqué como Clemente, un uruguayo que fue el que cuidó en la «cárcel del pueblo» a Nicolás Escobar Soto, gerente de la Texas, y a quien ejecutó al verse sitiado. Luego tomó la decisión de suicidarse antes de entregarse vivo. Nosotros estábamos a mitad de camino entre las armas y los papeles: teníamos una máquina de escribir eléctrica, robada; una máquina de imprimir esténciles, también robada de la universidad, y una pistola que nadie sabía manejar pero que cuidábamos como si fuera un arma atómica que tuviera cien procesos encima.

Mientras nosotros le trabajábamos al movimiento sindical para el encuentro de Medellín, el M-19 nos trabajaba a nosotros. Nuestras diferencias con ese grupo entrista del EME, que no atisbábamos a saber de dónde venía, era que esos compañeros hablaban del socialismo y nosotros de democracia. Años después entendimos que esa era la diferencia entre la V Conferencia del EME y su VII Conferencia. *Camino Comunero* era de esta línea, sin saberlo.

Salí para Medellín sin un peso. Yo llevaba un gran rollo de propaganda. En la terminal me junté con dos compañeros de la asociación de mecánicos de aviación y otro compañero que llevaba una guitarra. Nos acomodamos en la banca de los músicos y animamos el viaje con canciones condimentadas: toda Violeta Parra, todo Serrat, todo Víctor Jara. Nos alojaron en la Universidad de Antioquia. Se cantó *La Internacional*. Hasta ahí, todo bien, todo heroico, todo emocionante. Alguien presentó una moción para cambiar el orden del día y se armó el despelote. Unos sí, otros no. Nosotros, los rebeldes, terminamos en la capilla; los otros, los oficiales, siguieron en el auditorio. Volaban panfletos: revolución, resistencia, insurrección. *Camino Comunero*, el nuestro, hablaba de armas y democracia, un coctel difícil de digerir. Titulaba la primera plana: «La democracia es probable, hay que conseguirla por la vía armada». Nosotros anticipamos en el 76 lo que definió la VII Conferencia del EME, que fue en el 79, y que terminó teniendo que tirarse todos a las aguas negras y envenenadas del río Bogotá, por allá cerca de Apulo.

De Medellín regresé muy activista; me parecía haberle entregado el alma a la revolución, como se le entrega al diablo, con plena convicción, con gusto. Me dediqué a que *Camino Comunero* fuera el camino que cogieran todas esas escuelas del suroriente de Bogotá. Hablábamos en toda reunión que se convocara, y en las que no, también. Escribíamos manifiestos, octavillas, mariposas. Pegábamos afiches. Nos convertimos en unos profesionales del engrudo, que nos quedaba en el punto de oblea, es decir, perfecto. Ni tan claro que chorreará toda la pared, ni tan espeso que necesitara espátula. Teníamos problemas con las pintas porque no todos habían cultivado la ortografía: «¿Revolución se escribe con b grande o con v chiquita?» y alguien, mamándole gallo, le respondía: «Con s». Y así quedó un letrero que pintamos en la carrera décima, antes de una marcha sobre la Plaza de Bolívar, a donde era difícil y arriesgado llegar porque «las armas se nos interponían».

La democracia es posible, gritábamos. Pero con la Policía armada de garrotes, pistolas y fusiles, era muy difícil probarlo. Cuando cayó Allende, cuando lo asesinaron, las armas ganaron el pulso. Era un argumento muy fuerte. Fue cuando comencé a usar boticas de ante y suela de goma. El *Camino Comunero* lo hacíamos a pie. Las boticas se convirtieron, sin querer, en un símbolo y en una autoincriminación. Se decía «andar con el sapo en las patas». Quien las usara, era de izquierda. Saqué una hoja a mis costillas, la escribía, la imprimía, la repartía: *Organicémonos* comentaba todo lo que sucedía en la zona. A su alrededor fui creando grupitos, tal y como me lo había dicho el *¿Quehacer?* de Lenin. Con el tiempo, esos grupos de discusión y crítica se volverían comandos. En 1979 el triunfo de la revolución en Nicaragua nos dio más fuerza. Las armas podían ganar y sobre ellas —alegábamos— podíamos construir una democracia. Me enamoré de un muchacho que estuvo con el grupo de colombianos *A Luchar* en la última etapa de la derrota del somocismo. Doble motivo de mi compromiso. Cuando el matrimonio se hace —utopía y pasión—, la vida queda empeñada.

Me uní a una organización en la que él trabajaba: *Frente Nueva Escuela*. Tratábamos de ser novedosos en la propaganda. Las tesis, las líneas, los dogmas nos parecían obstáculos para llegar a la gente, para tocar donde dolía y mostrarles el culpable de la herida. Buscábamos. Por ejemplo: en las jornadas del paro, usábamos todas las disculpas que la gente daba. Si alguien decía «No, es que cuando fui joven, yo ya luché», en el periódico aparecía una viejita con gafitas invitando al movimiento. A veces las sugerencias molestaban, pero, para ser claros, no había otra forma. Otro ejemplo: alguien decía: «Yo los acompaño de corazón», entonces dibujábamos una maestra muy elegante con un supercorazón. Es decir, todas las excusas las dibujamos, y todo ese material se lo dábamos a los equipos, y a la gente le encantaba porque la empezaban: esa del corazón es Rosa; esa viejita es Bertha. La que me enamoré de todo corazón fui yo. A pesar de que estaba más cerca del ELN por mi hermano, finalmente el amor me puso en otro camino.

En septiembre de 1977 estalló el Paro Cívico, un movimiento que se venía represando de atrás: una bomba social que nos tomó de sorpresa. Andaba encubierta. La mañana de la convocatoria, el cura de Marsella, un barrio vecino de mi casa, salió a cerrar la Avenida 68. Oí los gritos: el cura Cardona estaba con una gente cerrando la vía, yo me puse mis boticas, me fui corriendo, me metí entre la gente y bloqueamos la entrada del Llano. Ahí nos enteramos de todo lo que sucedía en

el país. El movimiento cívico desbordaba las luchas sindicales más radicales. Fue mi primer contacto con un país real: habíamos estado tratando de hacer una revolución y la gente casi nos la hace por encima de nosotros. Fue un gran golpe. Quedamos aturridos, pero notificados de que caminábamos sobre un volcán.

Al Frente Nueva Escuela yo llegué con treinta compañeros de *Camino Comunero*. Imprimíamos el periódico y lo distribuíamos por todo el suroriente. Ya teníamos práctica en la zona, la gente nos conocía, nos saludaba, nos escondía si necesitábamos. A la salida de una de esas reuniones de siete de la noche a tres de la mañana se me cruzó un muchacho que me había estado mirando todo el tiempo. Me invitó a llevarme a la casa. Yo le dije: «No, compañero, estoy en falda». A la siguiente reunión me pilló en bluyines. No tenía disculpa, acepté. Al bajar por el barrio Galán, me dijo: «Paremos y nos tomamos un tinto». Yo le veía la segunda intención. Pero, como me hicieron probona, acepté el tinto. Me dijo: «Los nicas están haciendo una gran campaña de alfabetización, ayudémosles». «¿Cómo?» dije. «Tengo una idea que a usted le va a gustar: hagámosles a los lápices que podemos mandar una espada de Bolívar en la punta». ¡Quedé estupefacta! A los ocho días habíamos concretado el proyecto: un afiche —full afiche— con los lápices como espadas de Bolívar. Es decir, con firma. Pegándolos en las esquinas me preguntó: «¿Por qué usted no se vincula al Movimiento Revolucionario de los Trabajadores, que llaman Los Martínez?» Yo no quise, soy fiel por naturaleza, así supiera quién estaba detrás del Frente.

Cuando se celebraba el segundo centenario del levantamiento comunero, acogimos la iniciativa de suprimir en las escuelas la tal izada de bandera y esas ceremonias patrioterías. Le pusimos una letra revolucionaria a un viejo bambuco. La estrenamos en varias escuelas. El paso siguiente fue más atrevido: para el 20 de julio del 79, nos echamos a la calle pidiendo cabildo abierto. Unos meses después se vino encima lo del Cantón Norte, una hazaña que marcó al M-19 y a la izquierda colombiana. La represión fue brutal. Fue como ver en nuestras ciudades y nuestros pueblos las mismas imágenes que habíamos visto por televisión después del bombardeo a La Moneda, donde murió Allende. La mano de hierro del Estado es torpe, tira como los toros cobardes, pero donde cala el cacho, no suelta. Con más miedo que prudencia continuamos nuestro trabajo. Mi amigo, el de los Martínez, seguía insistiendo, pero yo no le paraba bolas. Yo me resistía. Quizá me estaban estudiando ya, porque un muchacho que yo conocía por otro lado, y que era mi segundo en las obleas, me dijo un día, sin solemnidad ni recovecos: «Compañera, mire que quieren hablar con usted». La noticia fue tan amable y cauta, que me encendió el bombillo: es del EME. Me hice la desentendida con un desdeñoso «pues bueno, diga a ver, compa, cómo es la cosa». Me puso una cita a las doce del día en Banderas. Yo debía llevar un ejemplar de *El Tiempo*, abierto en la página de clasificados. No dormí en toda la noche. Me levanté temprano; me puse bonita y compré el periódico. Al medio día, a pleno rayo, estaba como otra estatua. Vi que pasados diez minutos alguien me miraba de lejos. Como soy medio cegata, no distinguía bien quién era el personaje. Cuando se fue acercando, la figura me era más y más familiar, hasta cuando apareció la cara de Luis Montenegro.

Nos abrazamos emocionados porque éramos viejos amigos. Pero desde ese instante él dejaba de ser un igual para ser mi contacto, y después el comandante. Me explicó con mucho cuida-

do el tema de seguridad. Las redes, los ritmos, los trucos, las medidas, los delitos, las sanciones. Un curso largo. Me arrastró con su atracción: jugar dos y tres papeles a la vez, de los que sólo uno era verdadero. Era un encuentro con la certeza. Todos dependíamos de todos: una caída representaba la de muchos. Vivía en un cuartico en la 68 con 50. Desde la calle se veía la ventana de su apartacho. Me advirtió: «En el balcón debe haber siempre un florero azul. ¿Lo ve?», me preguntó. «Si no está, algo grave pasó o está pasando. En ese caso, a perderse. Uno sabe lo que sabe, lo que uno no sabe es lo que aguanta».

Unas semanas después me presentó a Uriel. Vi alguna dificultad entre ellos, se les asomaba una pizca de rivalidad que con el tiempo creció. Uriel me enseñó el manejo de armas. Armarlas y desarmarlas, con los ojos abiertos o cerrados, limpiarlas, repararlas, dispararlas, conocer el ojo visor, calcular el blanco, resistir el culatazo. Un curso. Un curso delicado que me iba haciendo sentir el peso de la guerra, el miedo y al tiempo el desprecio a la muerte, el amor a la vida, la fuerza de lo que Bateman llamó la «cadena de afectos».

Poco después me presentaron una nueva compañera, Nubia, a quien también conocía. En realidad, casi todos los contactos que me presentaban oficialmente, yo los conocía y con muchos había trabajado. Éramos una familia que se reconocía, que sabía de su sangre aunque no conociera sus huellas digitales. Con Nubia comenzamos a ir a La Picota. Conocí todos los presos que tenían en ese penal. Les llevábamos regalos, libros, ropa. Ellos estaban muy bien organizados. Trabajaban, discutían, estudiaban, entrenaban y mantenían las líneas jerárquicas. En la cárcel yo ya era una más. La diferencia era que cuando tocaban el timbre para salir, yo podía hacerlo y ellos no.

Con Luis nos veíamos en citas que acordábamos y en los automáticos, encuentros rutinarios en sitios determinados y a horas fijas. El que no llegaba, algo le había pasado. Era otra forma de control. Una de esas citas fue en La Sultana, un sitio que a los vallunos —y al EME— les gustaba mucho por el pandebono y la avena. Estábamos raneando sin más de cosas, sin oficio, hasta cuando llegó el compañero de la moto. Traía en la mano *El Espado*. Sudaba. Dijo: «Miren», y abrió el periódico en la mesa: «Cayó imprenta del M-ip». Silencio. Luis leyó callado. Uriel no quiso saber el detalle. El compañero de la moto se sentó con nosotros, miró para un lado y para otro y dijo: «Eso pasa porque nos hemos burocratizado y no tenemos cuidado con lo que tenemos, como si fuera nuestro». Hasta ahí el argumento era impecable. Pero continuó: «Deberíamos hacer que cada uno de nosotros tuviera parte en lo que hace». «¿Cómo así?», preguntó Luis. «Pues si yo ayudo en un operativo y tiene éxito, una parte debe ser para mí, debe pertenecerme. Así yo podría cuidar con más interés lo que es colectivo». Luis palideció. No le salían las palabras. Por fin logró decir: «El EME no es una cueva de ladrones asociados. Aquí no estamos para hacer dinero».

Por el contrario, estamos en su contra como sistema, compañero. Es distinto recuperar a robar. Nosotros no somos delincuentes comunes; el delincuente común roba para eso que usted dice, para tener sus bienes, para comprarse un carro, una casa; si nosotros entramos a un sitio es porque recuperamos lo que sea y dentro de lo que recuperamos es todo para la organización. No puedo apropiarme de eso. Si los militantes vienen al M-ip para que ro-

bemos, entonces no estamos formando militantes políticos, estamos formando bandas de delincuentes. Se equivocó de sitio, compañero». La reunión se disolvió casi a gritos, pecando todos de emotividad excesiva y, sobre todo, de liberalismo. Pero fue la primera vez que oí una crítica a la raíz misma de lo que después se llamaría privatización.

Yo, como muchos compañeros, tenía lo que se llamaba doble militancia. Trabajaba con *Camino Comunero* y con el Frente Nueva Escuela, pero mi verdadera organización era el M-19, al que me debía. Sin embargo, al mismo tiempo, campanita con su pitico me molestaba: me hacía sentir traicionando a Camino y a Nueva Escuela. Resolví hablar con los dirigentes de todos mis grupos. Todos entendieron y todos me pidieron lo mismo: «Compañera, facilítenos los contactos con los que trabaja». Por supuesto, se los di sólo al EME.

Teníamos muchas actividades. Luis aceptó que yo dividiera mi trabajo entre lo sindical y lo militar. Seguí con el Frente Nueva Escuela, pero abandoné Camino. Yo era maestra de una escuela del Salazar Gómez. Todos los docentes posaban de seriedad. Asistían a reuniones sindicales, pero ninguno parecía muy comprometido con las causas sociales ni con las luchas salariales. Un buen día, Mireya, que era una profesora muy recatada, disciplinada, cumplidora, que era difícil que llegara a matar una mosca, no volvió a la escuela. Pasó el tiempo. Las fallas comenzaron a volverse vacíos, y los reproches, esperanzas. Mireya no aparecía. Nadie sabía nada de ella. Ni siquiera dónde vivía. Era tan cumplidora y tan discreta, que no causaba ni siquiera curiosidad. Hasta que *El Espacio* trajo la respuesta: había muerto en un operativo en la avenida 39 con carrera 16. Una balacera con la Policía. Se decía que había sido sapiada en el intento de robarse un copón del sagrario de la iglesia de los hermanos maristas.

Al M-19 le dio en ese tiempo por los robos sacrílegos. Las iglesias eran un sector que guardaba joyas y dinero de limosnas y que se cuidaba a punta de fe y reverencias. La Policía poco las cuidaba. Se les metieron la mano a varias, incluido el Museo de Arte Religioso de Duitama, que nos metió en un problema porque lo recuperado en peso —en onzas troy— significaba varios millones. Pero muchas piezas eran verdaderas obras de arte, difíciles de vender y además imposibles de fundir por principios políticos. Luis hizo un discurso largo y bien documentado sobre el arte y la revolución, citó a Gramsci, a Lukács, a Trotsky, a Mao. Mejor dicho, al santoral. Pero las armas valían, los operativos también, los profesionalizados comían, tenían familia. Un gran debate.

Para evitar otro, alguien propuso tomarnos las iglesias, pero no para robar casullas, sino para robar a la feligresía. Planeamos varias. Me tocó Santa Rosa de Lima, en el barrio Muzú, cerca de la Escuela de Policía General Santander, que era de verdad un policía más que un militar. La cita era a las seis de la mañana en una cafetería cercana. A la hora llegué yo. Ya estaba Luzhache con su bebé entre la barriga. Pero el compañero que debía traer los fierros, un par de armas cortas, nunca llegó. Decidimos hacer el operativo las dos. Entramos a la iglesia por el centro, despacio, pisando tapete. Las manos metidas dentro de los bolsillos delanteros de las sudaderas, como si lleváramos armas, y encaletada en un maletín una bandera del movimiento: «Con las armas, con el pueblo, al poder». El cura, que estaba diciendo

misa, quedó mudo cuando nos vio. Nosotras dábamos a entender que íbamos armadas. Mirábamos a los lados y decíamos: «Descuiden, no es un atraco, es un operativo político, somos de EME». Llegamos al altar. El cura se hizo a un lado. Desplegamos el cartel y lo pusimos sobre el altar. Hice un discurso corto citando a Camilo Torres y hablando del deber de todo cristiano de luchar por la justicia. El cura ablandó y se sumó de rodillas a lo que nosotras decíamos. Nos sorprendió. Salimos despacio, sin mirar para atrás, porque habíamos visto a los asistentes encarretados con el espectáculo y las consignas que hacíamos. Nos esperaba lo peor: una reprimenda violenta del mando que nunca llegó y una autocrítica de mala leche de quien había ordenado el operativo. Nos trataron casi de traidores por irresponsables. Si la Policía hubiera llegado, habríamos perdido dos cuadros porque nadie había podido responder los tiros. «Ustedes, militantes orgánicos —dijo el compañero—, no son dueños de su voluntad ni de su iniciativa en una organización clandestina». Nos sancionaron. Duramos tres meses sin poder acercarnos a los comandos. Días terribles de soledad.

Me volvió a contactar Uriel para darme una responsabilidad menor, casi ofensiva para una persona que, como yo, estaba dispuesta a jugarse la vida. Luis no había vuelto a aparecer. Me dieron la tarea secreta, muy secreta, de hacer los mapas de la escuela de Bello Horizonte. Yo la conocía muy bien, palmo a palmo. Era como mi casa, que entre paréntesis estaba dejando para irme a vivir en el barrio Britalia. Yo vivía con los viejos porque a mi papá lo habían trasladado a la banda presidencial, un gran honor. Vivíamos todos juntos, incluidos mis tres hermanos y mi hermana. Yo había decidido dejar la casa por seguridad. Temía que un día allanaran. Yo ya guardaba fierros, y fierros de verdad, que pesaban y sonaban. Conseguimos con un compañero del movimiento, carpintero él, casado y con dos niños, una casita en una loma alta del Britalia. El día del trasteo había yo contratado una zorra. Eché todo lo que pude, incluido un perifón que usaba en las reuniones del sindicato y en los mítines que hacíamos con maestros. Los chinos de la cuadra me ayudaban a montar cosas y cosas en la zorra, íbamos andando y los chinos recechando con el perifón: «La profesora se trastea, se cambia de barrio, viva la profesora». Yo sentada al lado del zorrero, me sentía la mujer más feliz del mundo, yéndome a vivir sola, o mejor, sin mi familia, que no era que no la quisiera, sino que quería protegerla. De golpe se armó un alboroto, la gente gritaba, los chinos se botaron de la zorra, yo miré: se me había caído un rollo de manifiestos del EME y habían quedado volando. La gente los recogía y unos leyéndolos y otros no, me los fueron entregando. Pero las siglas del EME, la espada de Bolívar y demás símbolos eran inocultables.

Yo dibujé el mapa de la escuela Bello Horizonte de memoria. Cuando el mando me pidió el croquis, yo le dije: «Esto es así y así, pero no está a escala y falta mirar a ver si hay algún cambio». El compa me contestó: «Descuide, compa, deje así, es suficiente». El mapa era para el comando que iba a hacer un operativo suicida, como en efecto resultó. Cuatro compás: dos compañeros, Gerardo y Liliana, que eran novios; Hernando Pizarro, hermano de Carlos, y otro compañero se tomaron la concentración de Bello Horizonte, que quedaba frente a las bodegas del IDEMA. Entraron a la escuela, metieron entre un aula a los profesores y a los directivos, entre llantos y ruegos, y a los chinos los metieron al IDEMA a que cogieran lo que en sus casas hiciera falta. Sacaban y sacaban cosas. Una maestra que llegaba tarde se pilló el despelo-

te, dio noticia a la Policía y se formó el tiroteo. Los chinos corrían como cabritos, los compañeros se desorientaron. Los peladi-tos no dejaban de cargar cosas pese a la balacera que se prendió. Gerardo y Liliana trataron de encaletarse en un sótano, que yo no había dibujado, y la Policía los persiguió a muerte. El, sabiéndose sin salida en esa ratonera, mató a Liliana y se descargó a su vez un tiro. Quedaron uno encima del otro. La ley le echó mano a Pizarro, y el cuarto se voló. Al saber el resultado, estuve para morirme porque me sentí la culpable de no haber hecho el dibujo a conciencia. La culpa se me hizo insoportable. Yo lloraba y me lamentaba día y noche. Me imaginaba a ese par de pelados en semejante laberinto, bien inexperto y bien asustado, y yo cargando esa culpa.

Comenzaron las investigaciones, las detenciones. *El Tiempo* dando fuelle. La Policía allanó la casa de Gerardo y Liliana, incautó libretas de teléfonos, cuadernos, diarios y recibos. Uno de ellos era un papel del fiador, un joyero amigo de algún compa del EME. Y lo allanaron también. No lo pudieron capturar y a mi casa fueron a parar. Lo escondimos. El peligro eran los hijos del carpintero, que nada sabía, y la mujer, que sabía menos. Más grave, nosotros hacíamos desde esa loma y en mi casa las interferencias de la televisión. Llegaba el comando con un maletín, sacábamos un palo largo desde la azotea con una especie de plato en la punta y comenzaba la interferencia con consignas grabadas sobre el EME. Quince segundos, desmontábamos el entable, suspendíamos el operativo y la acción quedaba hecha hasta nuevo intento, ocho o doce días después. ¿Qué tal —pensaba yo— un allanamiento con joyero y fierros y, para rematar, equipo de interferencia? Ni modo. Tocaba dejar el sitio limpio: es decir, conseguirle hospedaje seguro al joyero.